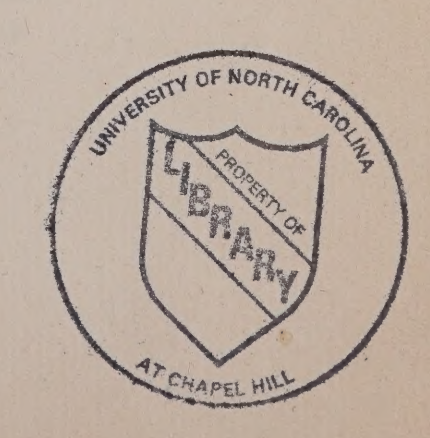

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
10001301976

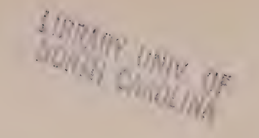
LECTURAS CLASICAS

LECTVRAS CLASICAS PARA NIÑOS



DEPARTAMENTO EDITORIAL
SECRETARIA DE EDVCACION





RAZONES DE LA PUBLICACION DEL PRESENTE LIBRO

El niño posee dentro de sí mismo, cierta potencialidad de desarrollo que le basta por sí sola para ejercitar determinadas adquisiciones mentales; la acción docente, cuando no la respeta, resulta errónea, porque hace artificiosa la enseñanza, ahogando la espontaneidad y mecanizándola. No hay que discutir la utilidad de obras preparadas para facilitar formas especiales de conocimiento, frecuentemente se exagera esta modalidad, produciendo en el espíritu estrechez que lo mantiene dentro de un infantilismo forzado, ya que las materias de enseñanza carecen en sí mismas de la parte estimulante que deben tener para facilitar su aprendizaje.

El espíritu que se educa bajo una disciplina fecunda, tiene en todos los instantes de su evolución, en derredor de los conocimientos formados, una penumbra de ideas, hipótesis, etc.; de aquí su progreso continuo; en cambio, el individuo que sólo lee textos, sabe o no sabe, sin término medio, todo lo aprecia dentro de fórmulas hechas.

La intención de hacer a todas horas obra pedagógica, echa a perder el mejor propósito y es causa fundamentel de errores de enseñanza; en tanto que si tiene por condición permanecer siempre accesible y ser constantemente penetrable, los niños la soportan celebrándola, porque ennoblece su espíritu formándoles su gusto literario y artístico. La acción de las lecturas en esta forma, es continua, nunca pierde su interés, ya que cumple con aquel principio de psicología experimental que ha servido de base para grandes innovaciones pedagógicas, "de la penetración de lo parcialmente inteligible," que debe exigirse a todo el material pedagógico; y no sucederá, como ahora con las lecturas escalonadas, que su acción es momentánea, perdiendo su interés de un día para el otro, no educando por consecuencia y obstruyendo el desarrollo mental del niño; pues los libros exclusivamente para niños, les parece a ellos mismos demasiado

pueril lo que contienen, la inteligencia del niño descubre con frecuencia algo que no le agrada en esa afectada simplicidad de los textos, les ocurre exactamente lo que nos pasaría a nosotros con libros que nos fueran hechos para nuestra edad y profesión.

Los libros de lectura para Escuelas son obras en que falta inspiración, y aunque la tuvieran, por ser hechos por inteligencias eminentes, pierden su carácter por el solo hecho de ser textos, estando, por este motivo, dentro de cierto radio.

El idioma español se pronuncia generalmente como se escribe. Desde el momento que el niño después de su primer año de escuela debe dominar los fundamentos de la lectura mecánica, la práctica de continuar obligándolo a que use textos para aprender a leer durante los años sucesivos de escuela, obliga a su espíritu a que se mantenga dentro de cierto plan mental, hecho condenado por las investigaciones psicológicas, en las que se basan los métodos pedagógicos modernos, ya que generalmente esos libros los forman lecturas peptonizadas.

La existencia de esos libros tiene su explicación en aquellos países cuyo idioma se escribe en una forma y se pronuncia en otra distinta; pero entre nosotros, ha resultado una imitación servil de los métodos sajones. Por consiguiente, desde el momento que el niño ha cursado su primer año escolar, habiendo aprendido a leer, esta Secretaría considera conveniente, que las prácticas sucesivas de lecturas, en los años posteriores de escuelas, se hagan en ediciones de clásicos apropiadas a su edad, para lo que desde luego se procederá a formar un libro. Estas lecturas, al mismo tiempo que perfeccionarán al niño en este ejercicio mucho mejor que lo hacen los malos textos de lectura usados hasta ahora, servirán manteniendo siempre su interés, para formar su gusto literario y artístico, puesto que desde una edad temprana, habrán estado en contacto con espíritus verdaderamente superiores, no dándose el caso, como sucede ahora, que hay jóvenes que llegan a adquirir un título profesional y en ninguna ocasión de su vida han leído un verdadero libro.—Bernardo J. GASTELUM.

A GUISA DE PROLOGO

A guisa de prólogo haré la historia de este libro.

Todo el que haya comparado nuestro ambiente hispanoamericano y aun español, con la cultura intensa de los países anglosajones, se habrá dado cuenta de lo escaso que son entre nosotros los libros; no tanto por su carestía, sino por lo difícil que comúnmente se hace encontrarlos, entre otras causas porque no existen traducidos a nuestro idioma. De allí que para hacer en nuestra raza, obra de verdadera cultura sea menester comenzar por crear libros, ya sea escribiéndolos, ya sea editándolos, ya traduciéndolos. Un hombre que sólo sepa inglés, que sólo sepa francés, puede enterarse de toda la cultura humana; pero el que sólo sabe español, no puede juzgarse, ya no digo culto, ni siquiera informado de la literatura y el pensamiento del mundo. Y siempre será para nosotros un bochorno tener que aprender lenguas extrañas, no sólo para comunicarnos con nuestros semejantes, lo cual estaría muy bien, sino aun para conocer el pensamiento del mundo.

Si los gobiernos de nuestros pueblos castizos tuvieran siquiera una noción de los deberes que impone el destino de una raza, si los gobernantes pudieran ver un metro más allá del ruín interés personal y de la corta preocupación del momento; si su patriotismo fuera de verdad un sentimiento elevado de decoro y de amor común, ya hace mucho tiempo que nuestras repúblicas se habrían puesto de acuerdo para establecer una casa editorial enorme, que diera a los noventa millones de hombres de habla española, todos los libros de que hoy carecen, escritos en su lengua y vendidos a mínimo precio. Urge fundar ya que no un gobierno común, por lo menos un Consejo educativo cultural, que dirija el pensamiento y el desarrollo espiritual de este pueblo.

Pero ya que estos son por ahora sueños irrealizables, nosotros resolvimos dedicar atención siquiera a las realizaciones parciales, y reflexionando particularmente en lo que leen los niños en las escuelas primarias, echamos de menos la maravillosa literatura infantil que han creado o traducido los ingleses, adaptándola siempre ingeniosamente a su propio temperamento. En cambio nuestros textos de segundo y tercer año son una prueba lamentable de que apenas copiamos las formas de la cultura, pero sin penetrar su intención. ¿Por qué graduar la lectura en dos y tres libros, si esto está muy bien en inglés, donde cada palabra tiene que ser aprendida ortográficamente, además de ideológicamente, mientras que en nuestro idioma, quien aprende a leer un buen libro de primer año, ya puede entender cualquiera otra obra escrita? ¿Por qué no se ha visto que estas lecturas graduadas tienen por objeto realizar ejercicios de deletreo, de (spelling) que en nuestro idioma son completamente absurdos? ¡En cambio, no se advierte que los ingleses complementan sus libros de simple ejercicio de lectura con cuentos maravillosos y lecturas de clásicos adaptados a la imaginación infantil! ¿Por qué el niño de México atiborrado de textos ha de carecer, sin embargo, de esa amenidad de información literaria que un niño de habla inglesa adquiere desde el tercer año de su enseñanza?

Tales reflexiones quedaron englobadas hace algunos años en una circular—que pasó inadvertida—la cual recomendaba que se substituyeran los textos mediocres con lecturas originales o adaptadas de la Ilíada y la Odisea, del Quijote y el Romancero. En honor de la verdad, la circular que menciono quedó sin efecto, no sólo por la indiferencia con que fué acogida, sino porque padecía del vicio tan común a nuestras leyes de mandar hacer las cosas, antes de que existan los medios de ejecutarlas. Sucedió con ella, en menor escala, lo que con nuestra famosa ley de enseñanza obligatoria y con los decretos de algunos generales revolucionarios, que han dictado penas severas contra el que no aprenda a leer; sucede que nadie toma en cuenta todo esto, por la sencilla razón de que no hay escuelas ni libros donde se pueda aprender. Si tuviésemos más sentido de gobierno, ya desde el 57, a la vez que dictar leyes copiadas sobre enseñanza obligatoria, hubiésemos dedicado algunas de las fincas expropiadas al clero, para formar fondos de enseñanza, antes de permitir que los bienes desamortizados llegasen a

constituir fortunas privadas y latifundios que han sido una nueva calamidad social.

Así nos pasó a nosotros con la circular aludida, no pudo permanecer en práctica porque no se hubiese podido encontrar un número suficiente de ejemplares. Al darnos cuenta de ello, pensamos que se podría hacer una gran edición infantil del Quijote para regalarla por todo el país, y en efecto, pudimos arreglarnos con una casa española que nos ha vendido cincuenta mil ejemplares, muy aceptables, a un precio extremadamente bajo.

Así que estuvo en nuestro poder la edición de referencia, el señor doctor Bernardo J. Gastélum, Subsecretario de Educación, mandó expedir una nueva circular en la que con mayor acopio de datos se señalaron los defectos de los textos usuales de lectura y la conveniencia de que los niños se instruyesen en los mejores ejemplos de la literatura universal, adaptada convenientemente a sus capacidades.

Esta segunda circular superó a la primera, cuando menos por las resistencias que ha suscitado. Muchos libreros se sintieron lastimados en sus intereses; algunos pedagogos se creyeron postergados; los diarios—con incompleta información sobre el asunto—escribieron, sin embargo, sesudos editoriales, condenando nuestros proyectos. Finalmente las principales casas editoras interpelan al suscrito en un concurrido banquete. El Estado no debe editar libros, nos dijeron "porque al hacerlo arruina a la industria privada, mediante una competencia desleal." Los niños no deben leer los clásicos, agregaron, "porque no están al alcance de sus pequeñas inteligencias."

Repusimos que el Estado tiene el derecho de abaratar el libro y difundirlo, aun cuando por hacerlo se arruinen veinte empresas, pero que en realidad lo que tendría que pasar era que todos aquellos que han aprendido a leer en el millón de libros repartidos por el gobierno tendrían que volverse clientes de los editores, porque tenían que seguir leyendo, y así, lo que hubieren dejado de vender de cartillas de enseñanza, lo recuperarían con creces, con los libros de todo género que un pueblo instruído consume.

Por lo que hace a la lectura escolar, les hicimos ver la

petulancia con que nosotros los mayores juzgamos el cerebro infantil. Nuestra propia pereza nos lleva a suponer que el niño no comprende lo que a nosotros nos cuesta esfuerzo; olvidamos que el niño es mucho más despierto y no está embotado por los vicios y apetitos. Tanto es así, agregué, que me atrevía a formular la tesis de que todos los niños tienen genio y sólo al llegar a los dieciséis años nos volvemos tontos. Además, les dije, es menester desechar el temor de los nombres que no se comprenden bien: la palabra CLASICO causa alarma; sin embargo, lo clásico es lo que debe servir de modelo, de tipo, lo mejor de una época. Lo que hoy llamamos genial, será clásico mañana, y lo clásico es lo mejor de todas las épocas. ¿Por qué ha de reservarse eso para los hombres maduros que frecuentemente ya no leen? ¿Y por qué a los niños se les ha de dar la basura del entendimiento únicamente porque nosotros suponemos que no entienden otra cosa?

Sin embargo, todos los problemas sociales, fáciles en la teoría, encuentran escollos a veces insuperables en la práctica. ¿Cómo íbamos a hacer para dar a los maestros los libros cuyo empleo se les recomienda? ¿Dónde están en castellano los bellos cuentos, las adaptaciones de Shakespeare y de Swift, de Grecia y Roma, que andan en las manos de todos los niños ingleses? Hay, es claro, unas cuantas obras, debidas a la reciente actividad de los editores de España; pero no bastan ni por el número, ni por la extensión, ni por el precio.

Se hace menester, por lo mismo, fabricar los libros; así como es necesario construir los edificios de la escuela. Y aquí está el presente libro, creación desinteresada de colaboradores de la Secretaría de Educación Pública, seis nobles ingenios que han puesto su esfuerzo a disposición de los niños de habla castellana.

Quien examine el índice de esta obra advertirá que se trata de una selección respetuosa de toda la literatura universal, depurada sin empequeñecimientos, rica y amena.

Podrá parecer extraño al criterio superficial que se mezclen tesis tan disímiles como el Aladino y el Prometeo y la Historia de Sarmiento o de Bolívar; pero a esto hay que responder que es así la vida de compleja en la apariencia, aunque uniforme en su sentido profundo y alto. En todo caso,

se ha observado el único criterio posible en una selección de esta índole, el criterio cronológico combinado con el de calidad.

Se nos ha sugerido que se adicione el volumen con noticias históricas, con reseñas geográficas; nos hemos negado porque no nos propusimos hacer una enciclopedia; quisimos ofrecer a los niños una visión panorámica ordenada en el tiempo, y la enseñanza profunda que sin duda derivarán de sentirse en contacto con los más notables sucesos, los mejores ejemplos y las más bellas ficciones que han producido los hombres.

José VASCONCELOS

ORIENTE

LOS VEDAS(1)

(1) Vedas. - Nombre de la antigua literatura sagrada del Indostán

MONTE
NEGRO



A LA AURORA



OS himnos se elevan hacia los dioses en el momento en que el carro de Indra, todo centelleante de luz, viene a despertar el mundo abatido.

Sube hasta el cielo que se desgarra y nos da esa alimentación luminosa que sacia nuestros ojos.

Hija del cielo, Aurora, diosa brillante generosa, detén al genio maléfico de la noche y expulsa al inmenso buho que cubría el cielo.

¡Ya ha nacido, ya va a brillar la divina Aurora; ven, ven gloriosamente y sube al cielo para hacerlo resplandecer de luz!

Eleva tu estandarte por encima de las montañas, y ven en tu carro que arrastran vacas de colores purpúreos.

Los fulgores de la Aurora se distinguen; ella avanza por grados; ilumina lo que la rodea y da a todo tintas tornasoladas. Bella y benévola, sonríe.

Hija del cielo, resplandece. Como la bailarina descubre su seno, lo mismo que la vaca muestra sus fecundas mamas, y así como ésta da su leche, la Aurora distribuye al mundo entero su luz.

Vedla, abriendo las puertas del cielo y coloreándose con los colores del Sol, su amante.

De igual modo que un profundo mar, así todo lo llena con su grandeza.

Siguiendo los pasos de las auroras pasadas, eres la primogénita de las auroras eternas. ¡Ven a reanimar todo lo que tenga vida, Aurora! ¡Ven a vivificar lo que está muerto, madre de los dioses, puesto que contigo todos los dioses despiertan! ¡Ojo de la tierra, porque sin ti el mundo sería ciego! Mensajera del sacrificio, noble Aurora, brilla para nosotros; aprueba nuestros votos y esparce sobre nosotros tu luz.

Aurora, bendice, iluminándolo con tus rayos, al padre de familia prosternado ante tí, rodeado de sus hijos.





A LOS MARUTS (1)

Hijos de *Rudra,* (2) compañeros de *Indra,* (3) venid en vuestros carros de oro; nuestra súplica os invoca.

Dioses prudentes, hábiles arqueros provistos de espadas, flechas, aljabas, venablos amenazadores y escudos sonoros, avanzad con majestad.

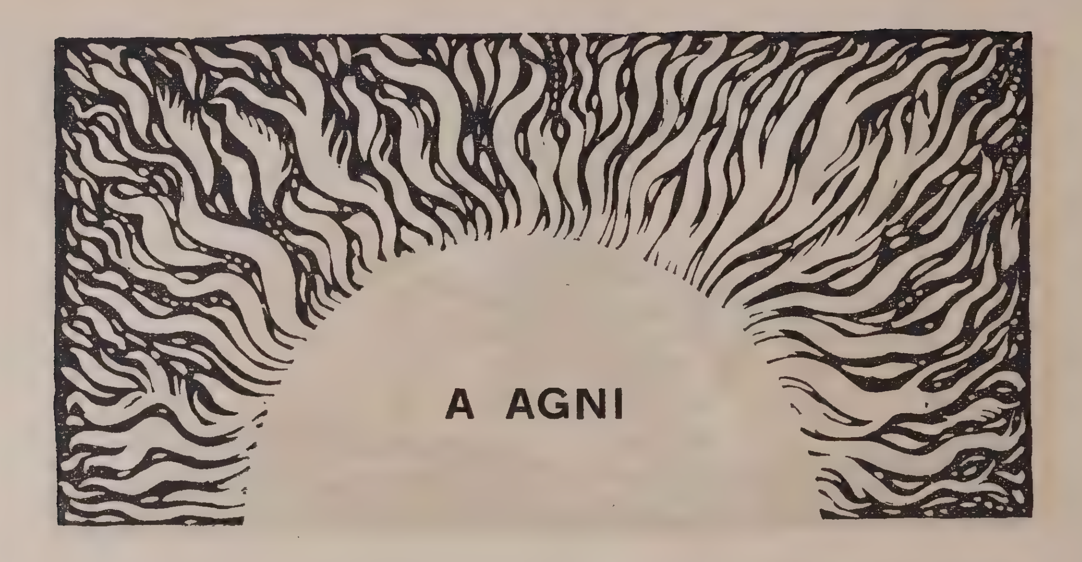
Agitad el cielo, removed las montañas celestes, y que vuestro rápido tránsito difunda tesoros sobre vuestros servidores. A vuestro paso las selvas tiemblan de temor, los lagos se conmueven y la Tierra se estremece. Enganchad vuestros gamos; picadles con el aguijón de plata y lanzadlos a galope hasta que resuene la Tierra.

Montados en los corceles amarillos y negros, vosotros cubrís todo el cielo.

Rodeados de húmedos vapores, radiantes, adornados con brazaletes de oro y con collares de oro, nobles héroes, sobre vuestros hombros descansan las espadas.

Aguijad a los rápidos gamos, corred y que el cielo muja como el toro en medio de sus vacas.

(1) MARUTS: Los Vientos, dioses hijos de Rudra.
(2) RUDRA. La Tormenta.
(3) Dios supremo. Indra va en un carro de oro tirado por corceles amarillos; él mismo resplandece de oro; en una mano ostenta el arco de oro y en la otra el rayo. Su cortejo está formado por sesenta y tres Maruts.



Que *Agni*, (1) brillando como el Sol desde la mañana, reciba nuestras ofrendas. Cantémosle al aire libre y puro como él, que nace con la aurora.

Agni levanta en los aires su llama blanca. El renace de su fuego; crece y devora las ramas que se le ofrecen.

Oh Agni, tus llamas puras como tú, se enlazan por todos lados; se adhieren a la leña de la pira; la acarician y la devoran con su cortante diente.

Como la correhuela silbante del guerrero, ellas se apoderan irresistibles de las ramas que gimen.

Oh Agni, tus rayos ardientes son como corceles libres a los que ni el freno ni la vida retienen, y que devoran la hierba de la pradera.

Tu fulgor te ha abierto los dominios terrestres. Golpea a tu enemigo y anonada al malvado.

Dios sublime, dotado de fuerza insuperable, danos la abundancia. Yo he elevado mis loores a la altura de tu poder. Dame, en cambio, una considerable y feliz opulencia.

(1) Deidad representada por el fuego.



LAS RANAS

Cuando las lluvias bienhechoras han refrescado la tierra, se oye el canto de las ranas.

Cuando llega el otoño se ven las ranas que corren para saciar su sed. Se sienten felices en la nueva estación y se visitan la una a la otra. Y saltando, brillante como las gotas de agua, la rana amarilla va a conversar con la rana verde.

Cada una responde a las otras, y forman un concierto ensordecedor de voces, porque, enmedio de las charcas de agua, charlan todas a la vez.

Los sacerdotes, cuando llega la noche, vierten el *soma* (1) y alrededor del vaso que lo contiene, cantan los himnos, como las ranas cantan alrededor del lago.

Lo mismo que las ranas se esconden durante el estío y se muestran en el otoño, los sacerdotes, sudorosos del calor del día, se reúnen por la noche.

Sacerdotes, sed nuestras ranas. Ranas amarillas o verdes, obtened por vuestras súplicas que el cielo nos conceda vacas fecundas y gordas, ricos pastos y una vejez feliz.

(1) SOMA: Vino del sacrificio.



RELATO DEL DILUVIO

Cierta mañana, Manú se hizo servir agua en un vaso. Mientras que se levaba las manos, un pececillo que había en el agua le dirigió la palabra: "Manú, sálvame, y yo te salvaré del diluvio que debe arrastrar a todos los seres."

—"¿Qué es necesario hacer para salvarte?" preguntó Manú al pez.

—"Mientras que somos pequeños nuestra existencia es precaria porque los peces grandes nos devoran. Déjame, pues, en este vaso. Cuando yo haya crecido, haz un estanque y llénalo de agua para que me reciba, y cuando haya crecido más aún, llévame al mar. Entonces seré bastante fuerte para librarme de todos los peligros.

Efectivamente, el pez creció y un día dijo a Manú: "Deberás construir un buque para salvarte del diluvio que te he anunciado. Haz exactamente lo que te digo. Cuando el diluvio comience, métete en el buque que habrás construído y déjate llevar por las olas; yo iré entonces a salvarte."

Cuando el pez llegó a ser enorme, Manú lo llevó al mar. Después construyó un buque y se metió en él, tan pronto como el diluvio comenzó.

Las olas pronto llegaron a levantar el buque y lo transportaron de un lugar a otro. Manú vió entonces venir el pez que él había salvado; lo ató por medio de un cable a su buque, y el pez, nadando vigorosamente, lo condujo hacia una elevada montaña que el mar no había podido cubrir.

Allí, el pez le dijo: "Amarra tu buque al tronco de aquel árbol corpulento. Conviene hacerlo así para evitar que las aguas, cuando se retiren, puedan arrastrarlo." Después se alejó y Manú no lo volvió a ver.

Cuando las aguas se retiraron, Manú salió de su buque y se halló solo en la tierra, porque el diluvio había sumergido todo lo que había en el mundo y había hecho perecer a todas las criaturas.

Manú vivió cuerdamente e hizo numerosas ofrendas al mar, al que pidió una compañera. Al cabo de un año, una mujer salió del mar y se dirigió hacia los dioses.

Estos le preguntaron quién era. "Soy la hija de Manú, respondió, y a él pertenezco." Los dioses quisieron obligarla a permanecer con ellos; pero ella se negó y fué a buscar a Manú, el cual le preguntó quién era.

"Soy tu hija" le respondió.—"¿Cómo puedes ser mi hija?" —"Las ofrendas que has dedicado al mar me han dado la vida, correspondiendo así a un voto que hiciste. Si quieres tener grandes riquezas y una larga prosperidad, hazme tu esposa durante un sacrificio y todos nuestros deseos se realizarán."

Manú celebró entonces un sacrificio y se unió a aquella mujer; vivieron largos años y fueron padres de la raza llamada raza de Manú.



EL KATA UPANISHAD



LA LECCION DE LA MUERTE



N día Vayasravasa, padre del joven Nachiketas, deseando agradar a Dios, sacrificó en su obsequio todos los animales que constituían su hacienda. Y al ver Nachiketas que se llevaban las ofrendas, reflexionó y se dijo a sí mismo:

—No creo que a Dios le guste que se maten animales en su honor, ni que se le haga regalo de vacas que comen hierba y toman agua y dan leche, agotando su fuerza. El que espera, con estos regalos, que Dios lo premie con el cielo, se equivoca y no alcanza nunca el cielo, porque son estos dones de muy poco valor.

Entonces se volvió hacia su padre y le dijo: —¿A quién piensas dedicarme a mí?

—¡Hijo mío—contestó su padre—yo te doy a la Muerte!

—Oh padre y señor mío—dijo Nachiketas—yo no temo la Muerte; pero creo que no valgo nada para ella, porque no soy sino uno de tantos hombres entre los hombres. Antes de mí, se han muerto miles de hombres. Cuando yo haya muerto, seguirán muriendo. Así pues ¿qué valgo para la Muerte?

Partió el joven y llegó a la casa de la Muerte, pero como estaba ausente, tuvo que esperarla tres días. Cuando regresó, sus criados le avisaron que un visitante distinguido la aguardaba. Apenada por su tardanza y agradecida por la visita, la Muerte dijo a Nachiketas:

—¡Oh buen joven! Por estas tres noches que has pasado sin comer en mi casa, te concedo tres dones. Pídeme lo que quieras, que yo te lo prometo desde luego.

—Quiero—dijo el joven—que cuando yo regrese a mi casa, mi padre no esté enojado ni inquieto por mí. Que no me riña por haber tardado ni se entristezca por mi ausencia, y que me acoja amorosamente.

—Concedido, dijo la Muerte, tu padre dormirá en paz sus noches al verte libre de mis brazos.

—En el cielo, oh Muerte, nadie teme que llegues tú. Allí el hombre no teme la vejez, ni el hambre, ni la sed, y disipado todo sufrimiento, es eternamente dichoso. Tú, sabia Muerte, conoces bien el fuego que conduce al cielo. Enséñamelo, pues la fe me embarga. Este es mi segundo dón.

—Ese fuego, Nachiketas, se halla escondido en el corazón, que es lugar secreto. Si conservas y avivas ese fuego, él te conducirá hasta el cielo. Y ahora pide tu último dón.

—En el mundo, oh Muerte, existe una duda terrible acerca de lo que sucede al hombre después que muere. Los unos creen que todo acaba entonces y los otros lo contrario. Revélame la verdad; he aquí mi último dón.

—Oh Nachiketas, dijo la Muerte, los dioses mismos han dudado sobre este punto. No me obligues a revelarte el secreto. Pídeme otra, otras cosas. Pídeme hijos centenarios e hijos de tus hijos, ganados abundantes, caballos, elefantes y oro; pídeme vastos territorios y vive tantos otoños cuantos quieras. Pídeme la riqueza y el medio de vivir largo tiempo. Sobre la tierra inmensa, oh Nachiketas, sé rey; yo colmaré todos tus deseos. Pide cosas difíciles de realizar, tántas como quieras; estas ninfas, con sus carros y sus arpas, que jamás mortal alguno ha visto, serán tus esclavas. Yo te las concedo. Pero no interrogues acerca de la Muerte.



—¡Cosas de un día! ¡Goces efímeros! No hacen sino agotar nuestro vigor. Guarda tus esclavas, tus carros y tus danzas. ¿A qué hombre le satisface la riqueza? ¿De qué sirve cuando tú llegas? ¿Cómo viviremos mientras existas tú? El dón que escojo es el que reclamo. Nachiketas no pide otro dón que aquel que llega hasta el secreto de todas las cosas.

—Atiende pues, oh Nachiketas. Una cosa es lo justo y otra cosa es lo agradable. Los dos caminos existen para el hombre, y el insensato escoge el camino de lo agradable. Pero tú, oh Nachiketas, has escogido sabiamente el camino de lo justo. Aquellos que escogen lo agradable, ciegos conducidos por ciegos, yerran el fin de la vida. El brillo de sus riquezas los ciega, el ruido de sus fiestas les impide escuchar la voz de su alma, que es parte del alma de Dios. El sabio que logra escuchar la voz que reside en su corazón, gracias a la calma de sus sentidos y de su espíritu, aparta su alma de sus órganos, se eleva por encima de la alegría y del dolor, cosas transitorias, y alcanza la divinidad. En cambio, el insensato nace y muere como el trigo, y vuelve a nacer en la tierra, porque no es digno de entrar en el reino de Dios, y cae una y mil veces en mis manos.

El alma es dueña del carro. El cuerpo es el carro. La razón es el cochero y el espíritu es rienda. Los sentidos son los caballos, los objetos de los sentidos son las rutas que recorre el carro. Alma, sentidos e inteligencia, constituyen al hombre dotado de sensación. El insensato deja desbocar los caballos; pero el sabio los guía con mano segura y los conduce por el camino del cielo y de la inmortalidad, al fin de las transmigraciones, en el seno de Dios. No necesita de su cuerpo el que quiera ser semejante a Dios, porque Dios no tiene forma, ni color, ni olor, ni tacto, ni sonido, ni gusto; es inagotable, eterno, sin fin ni principio, más grande que lo más grande, inmutable. Aquel que lo conoce escapa a la boca de la Muerte. Sólo nuestra alma, que viaja a lo lejos sin moverse, que recorre el espacio sin bogar, es capaz de alcanzar la divinidad inmortal.

Así Nachiketas, habiendo aprendido de la Muerte el secreto de la sabiduría y las reglas de la perfección, puro de toda mancha, libre de toda pasión, se libró de la Muerte, poseedor de la Inmortalidad. Lo mismo pasará con todos aquellos que conozcan su alma y la consagren a Dios.

EL RAMAYANA


R.MONTE
NEGRO.



EL RAMAYANA



UBO, en una época remota, una raza de terribles demonios, gobernados por un rey de diez cabezas que residía en la isla de Lanká. Estos seres dedicados al mal, no conformes con haber invadido poco a poco el mundo, amenazaron a los divinos habitantes del cielo.

Pero los dioses compusieron un brebaje y ordenaron a Dazaratha, rey de Ayodhya, que lo hiciera beber a sus mujeres, de las cuales tuvo cuatro hijos: Rama, Bharata, Lakshmana y Zatrughna. El dios Vishnú, (1) resuelto a sacrificarse por el bienestar de los dioses y de los hombres, encarnó en el príncipe Rama, quien debería ignorar su origen divino hasta no cumplir su misión.

El viejo rey Dazaratha, admirado por la sabiduría de Rama, se dispuso a compartir con él su gobierno, cuando desposase a la

(1) VISHNÚ: Dios de la trinidad inda. Literalmente el que penetra o se encarna.

princesa del país de Videha, llamada Sita; pero una de las mujeres del rey, la madre de Bharata, quiso evitar que Rama ocupase el trono de su padre; para lo cual compareció ante el rey, y dijo:

—Recuerdo, oh Dazaratha, tu promesa de concederme el primer favor que te pida, porque deseo en el corazón la prosperidad de mi hijo Bharata. Quiero que compartas tu reino con él y destierres a Rama durante catorce años.

El rey se resistió al cruel deseo de su mujer; pero como no podía dejar sin cumplimiento su promesa, con el alma llena de angustia ordenó el destierro de Rama. El divino príncipe, respetuoso, obediente a la voluntad de su padre, se retiró a los bosques en compañía de la amante Sita y de su devoto hermano Lakshmana.

Poco tiempo después, el gran monarca dispuso una cacería, y en ella dió muerte, por desgracia, al hijo de un anacoreta ciego. Delirante de dolor, el anciano maldijo al rey y le auguró una desdicha; de modo que Dazaratha, bajo la influencia de la maldición y con el alma perturbada por el alejamiento del príncipe predilecto, sentía acercarse el fin de su gloria. Un día, al despertar la reina Kosalya, se dió cuenta de que su esposo ya no era sino un cuerpo inanimado; la noticia se supo de pronto en todo el reino, la gente prorrumpió en dolorosos gemidos, y después de los funerales el palacio quedó abandonado como una cueva por el león.

Entonces Bharata, hijo virtuoso de una madre injusta, quiso dar la corona a Rama, porque era una ley constante del país la siguiente: "Mientras el primogénito exista, el segundo hijo no tiene derecho a la corona." Así que, acompañado por las reinas, los sacerdotes, los consejeros y los soldados, Bharata salió en busca de Rama.

Cuando hubo pasado el río Ganges, su guía dijo: "A partir de aquí debes ir hacia la selva, a buscar la confluencia de los ríos, donde hay mil variadas clases de pájaros. Harás alto en ese lugar, y en seguida dirigirás la marcha al retiro del ermitaño Bharadwaja, situado al oriente del bosque."

Así lo hizo Bharata, y cuando descubrió a cierta distancia la choza del ermitaño, mandó detener el ejército para seguir el camino acompañado solamente por el gran sacerdote, cuyos pasos seguía con humildad.

Apenas el ermitaño de las grandes maceraciones advirtió la presencia de Bharata, se puso en pie precipitadamente. "Permíteme que te ofrezca, dijo, los refrescos que deben darse a un huésped; pero quiero, además, dar un banquete al ejército que te sigue,

porque me será muy grato pensar, oh noble príncipe, que has recibido de mí una buena acogida."

Entonces, Bharadwaja entró al recinto del fuego sagrado para purificarse. Y como necesitaba disponer de todo aquello que la hospitalidad demanda, invocó al celeste genio Vizvakarma, a quien dijo estas palabras: "Quiero dar un banquete a mis huéspedes. Haz, pues, que corran por aquí todos los ríos de la tierra y del cielo; que entren por el Oriente y salgan por el Occidente; que unos sean de licor, otros contengan vino en vez de agua y que corra en otros una onda fresca y dulce, semejante por el sabor al jugo que se extrae de la caña del azúcar."

La tierra se allanó en una distancia inmensa y fué cubierta de tierno césped; aparecieron allí maravillosas plazas, caballerizas para los corceles, establos de elefantes, multitud de casas y palacios, y una morada real que deslumbraba por las muchas pedrerías. Luego, a una voz de Bharadwaja, se presentaron cincuenta mil mujeres celestes, flexibles como los tallos del loto, de las que una sola haría enloquecer de amor a cualquier hombre. "¡Vamos, decían, todo está dispuesto! Que, sin medida, se beba leche y miel. Tú, que deseas comer, gusta aquí de las viandas más exquisitas."

Los hombres del ejército, satisfechos en todo lo que pudiesen haber apetecido, arrebatados por los encantos de las mujeres, gritaban: "¡No queremos regresar a Ayodhya! ¡No queremos volver a la selva! ¡Este es el paraíso!" Pero, mientras que así se regocijaban en el retiro de Bharadwaja, transcurrió la noche. Entonces los dioses, los ríos, los coros de mujeres, se fueron misteriosamente.

Al siguiente día, Bharata mandó reunir el ejército y se puso en camino del lugar en que debía hallarse su hermano; así que. después de algunas jornadas, viendo subir el humo de un fuego sagrado en medio de la selva, se dirigió a la cabaña de donde procedía. En ella estaba el príncipe Rama, de hombros de león, con un áspero vestido de corteza y con el pelo crecido como el de los ermitaños.

El eminente Bharata, sorprendido por el aspecto de su noble hermano, se postró ante él, y dijo con voz apagada por el llanto: "¡Por causa mía fuiste condenado a tal suerte! ¡Vergüenza eterna para mi vida, censurada por todo el mundo!" Pero el generoso Rama besó la frente de su hermano, lo oprimió entre los brazos, y le dijo dulcemente estas preguntas: "¿Cómo pudiste venir a la selva sin tu padre? ¿Dónde está el magnánimo Dazaratha? ¿Viven alegres nuestras madres?"

Entonces Bharata, lleno de aflicción, hizo saber la muerte del gran monarca, y añadió: "¡Dígnate concederme ahora una gracia,

a mí que soy tu siervo! Hazte consagrar en el trono de tus padres, como Indra lo fué en el trono del cielo. Nuestras nobles madres y todos los súbditos que ves aquí han venido a buscar tu presencia; concédeles también el mismo favor." A lo cual repuso Rama: "Cuando mi padre y mi madre, distinguidos por tantas virtudes, me dijeron: "¡Vete a los bosques!" ¿de qué manera podría desobedecerlos? Aun después de mi destierro ¿cómo podría volver a Ayodhya, privada del mejor de los reyes? ¿Qué boca me dirá aquellas palabras, dulces al oído, con que mi padre me esperaba al regreso de los largos viajes?" Y, volviéndose a su dulce esposa, dijo: "Mi padre ha muerto, Sita." Los ojos de ella se obscurecieron con las lágrimas.

A pesar de los ruegos de Bharata, Rama, presintiendo su destino, insistía en el propósito de no regresar a Ayodhya. No había hombre que no llorase abatido por la pena, lo mismo los poetas, los guerreros y los comerciantes; igual los maestros y los sacerdotes de palacio. Si las mismas lianas lloraban una lluvia de flores ¿cómo no habían de llorar los humanos?

Rama, dominando la emoción, dijo a Bharata: "Basta, hermano. Detén las lágrimas; mira cómo nos atormenta el dolor. ¡Vamos, regresa a Ayodhya!" A lo que respondió Bharata, después de enjugar el llanto: "Regresaré, pero no olvides que me resigno bajo la condición que envuelven estas palabras tuyas: Toma a título de depósito la corona imperial."

Entonces, el eminente Bharata y su devoto hermano Zatrughna, seguidos por el ejército, regresaron a Ayodhya.

Así se acordaron sabiamente los sucesos para dar principio a la misión de Rama, cuya firme voluntad quiso ser doblegada por los demonios.

La diosa Zurpanaka interrumpió la soledad de Rama con el deseo de separarlo de Sita; pero Lakshmana intervino y la castigó bravamente. La ofendida Zurpanaka fué entonces ante su hermano Khara y con voz quejumbrosa demandó protección hasta no decidirlo a la venganza. "¡Vamos—decía—manda catorce demonios contra Rama! ¿No enciende tu ánimo valeroso el verme herida?"

El maléfico dios quiso complacer a su hermana; pero, como los catorce demonios fueran muertos por las flechas de Rama, la cólera ennegreció su espíritu. ¿Qué mortal osaba oponerle resistencia? El mismo Khara, al frente de su ejército, decidió combatirlo.

El sol, conforme iba acercándose a la cabaña de Rama, brillaba con un color semejante al del crepúsculo, cada vez más opaco, hasta perder su claridad; sopló un viento impetuoso; la luna y

las estrellas brillaron a la mitad del día. En aquel momento, los espíritus luminosos acudieron a presenciar el gran combate.

Impresionado por los siniestros augurios, Rama dirigió al devoto Lakshmana el siguiente lenguaje: "¡Corre en busca de Sita y llévala a lugar seguro de la montaña, porque se acercan nuestros enemigos!" Inmediatamente, Lakshmana, armado de flechas, condujo a Sita hacia una caverna de difícil acceso. Bien, pensó Rama, sujetando con fuerza su armadura.

En ese momento los Rakshasas (1) llegaron frente al divino príncipe; pero, aunque los animaba el deseo de combatir, cayeron en una profunda estupefacción, que así era imponente la presencia de Rama. Sin embargo, cuando vieron que el iracundo Khara se disponía a la lucha, los Rakshasas, semejantes a las grandes nubes de color de cobre, dispararon una tempestad de flechas sobre Rama, quien las recibía impasible, como el Océano las olas de los ríos.

También Rama disparaba sus dardos de oro, certeros, irresistibles, parecidos al zarpazo de la muerte. Rodaban por millares las cabezas de sus enemigos, tajadas en forma de media luna, a los pies de Khara furibundo, quien dirigiéndose a su hermano, dijo: "¡Reanima el valor de mi ejército, heroico Dushana! ¡Intenta un ataque más!"

Entonces Dushana se lanzó sobre el generoso príncipe, como si fuera la muerte, blandiendo una maza imponderable; ¡dijérase un trozo de montaña! Pero Rama cortó con una flecha los brazos del guerrero y la terrible maza vino al suelo.

Enmedio de tal desolación, Khara y Rama principiaron a dirigirse innumerables flechas, de tal modo veloces que la bóveda celeste se inflamaba a su contacto. Rama, con el cuerpo bañado en sangre, brillaba con el fulgor de un ardiente brasero; Khara rugía como la tormenta.

El Rakshasa arrojó sobre su divino enemigo una maza adornada de oro, inmensa, fulgurante; por donde iba pasando no quedaban sino cenizas; pero Rama disparó sobre ella la flecha de fuego, parecida a una serpiente, de manera que la maza viniese al suelo destruída.

Entonces, Khara desarraigó un árbol enorme, y al arrojarlo contra Rama, dijo para sí: "¡Ya moriste!" Pero nuevamente un raudal de flechas detuvo aquella mole; y en el acto el generoso príncipe de Ayodhya dió muerte a su enemigo.

Un sonido de tambores, acompasado a la alegría de los dioses celestes, acogió el triunfo de Rama, sobre cuya cabeza caía una in-

(1) Rakshasa: Genio maléfico, a quien se representa de diversos modos: Gigante enemigo de los dioses; guardián de las riquezas o especie de vampiro que frecuenta los cementerios. En general, el Rakshasa adopta cualquier forma y perturba la celebración de los sacrificios.

terminable lluvia de rosas. "¡Bien, bien!" aprobaron los inmortales testigos de la contienda.

Después, Rama regresó a su choza para seguir la vida del destierro, en compañía del hermano devoto y de la esposa de ojos de gacela.

El Rey de los demonios, Ravana, era el enemigo más fuerte de Rama. Quizá presentía al dios Vishnú bajo la forma del príncipe, porque se propuso separarlo de Sita, prosiguiendo la obra de Zurpanaka. La paz del retiro fué interrumpida una vez más, cuando Ravana pudo llevarse a Sita en su carro mágico.

Para Rama se abría una contienda terrible por librar a las puertas mismas de la ciudad Rakshasa, en la isla de Lanká. Sin pérdida de tiempo, convino una alianza con los monos; unió la isla al continente, lanzando picachos de montaña al mar; durante dos meses pasaron sus ejércitos de una orilla a otra, y dieron principio a la tremenda lucha.

La luz del sol fué seguida por la obscuridad de la noche, y el combate, bajo las sombras, era infinitamente pavoroso. "¡Hiende, destruye, golpea!" decían unos. "¡Mátalo, arrástralo!" gritaban otros. Rama y Lakshmana acechaban a los más valientes noctívagos y los herían con sus flechas parecidas al fuego. El campo de la lucha quedó convertido, después de unos momentos, en una mezcla repugnante de cuerpos desangrados y de flechas rojas.

Los héroes dieron principio a los combates singulares: Aquí el poderoso Dumrasa contra el prudente mono Hanumat; allá Ravana contra Sugrivá, príncipe de los monos; más adelante, Rama y Lakshmana contra el fiero Indradjit. Todos se combatían sin descanso, infatigables. Indradjit venció dos veces a los príncipes; la primera, dirigiéndoles serpientes, bajo la apariencia de dardos; pero el divino pájaro Garuda, ante quien se amedrentan los reptiles, los libró de una afrentosa muerte. La segunda vez, Indradjit disparó una nube de flechas emponzoñadas, y los príncipes cayeron a tierra; pero el mono Hanumat trajo sobre su espalda el pico de un monte, donde crecen las yerbas medicinales: una resucita a los muertos, otra saca las flechas del cuerpo, una más cicatriza las llagas y esparce sobre los miembros un color uniforme y natural. Hanumat las aplicó a Rama y a Lakshmana, quienes volvieron en sí para combatir en seguida al rey de los demonios.

Mientras Rama disparaba contra Ravana sus flechas innumerables, terminadas en hocicos de tigres y de leones o en picos de buitres y de cuervos, Lakshmana logró destruir la bandera del rey

y dar muerte al conductor de su carro; pero inmediatamente vino a tierra con el corazón partido por una flecha de Ravana.

Entonces Indra, viendo solo a Rama, le mandó su carro de oro, con bandera de asta de oro y cien zonas de campanillas; su coraza, su arco y sus flechas, parecidos a los rayos del sol. Matali, el cochero celeste, dirigió los caballos de Indra contra el carro de Ravana. Cuando llegaban a él, una lluvia de dardos arrasó a Matali, a la bandera y a los corceles divinos; sólo Rama permaneció en pie, peligrosamente amagado por Ravana.

La ansiedad invadió a los dioses, el mar se encrespó con furia, el sol parecía oprimido hacia el fondo del cielo; pero, después de algunos momentos angustiosos, Rama dió muerte a los caballos de Ravana e hirió a este mismo, tres veces en la frente y tres más en el pecho.

Entonces le dijo: "Tú, el más vil de los Rakshasas, vas a morir en castigo de haber dado prisión a mi esposa." Y en seguida le cortó una de las diez cabezas, pero en el acto fué substituída por otra, y así sucedió con cada una de las demás. En aquel trance, Rama dispuso de un dardo de Indra, construído por Brahma (1) en días remotos; ese dardo tenía al viento en las plumas y al sol en su aguzado extremo; en la parte media reposaban las divinidades del terror, y todo entero tenía la forma de la muerte. Rama lo disparó, colérico, sobre el corazón de Ravana, quien vino a tierra inanimado, ya sin esplendor, mientras el tremendo dardo volvía por por sí mismo a su aljaba.

Las escenas de esa formidable lucha se sucedieron sin cesar un instante—unas veces en el cielo y otras en la tierra—durante siete días.

La dulce Sita, cuya alegría no dejaba paso a la voz, fué llevada a su esposo; pero Rama, contrayendo las negras cejas, le dijo: "He hecho cuanto pude por lavar una ofensa. Tu libertad era para mí un caso de honor. Sin embargo, no es digno, en un hombre de familia ilustre, vivir nuevamente con su esposa, cuando ella viene de la morada de otro hombre." Sita desconsolada se doblegó un momento a los pies de Rama, y, deseosa de morir para la eternidad, se arrojó al fuego de una pira.

Los dioses aparecieron de pronto, conducidos sobre los aires por un carro celeste. Brahama, el augusto creador del mundo, dijo a Rama: "Tú eres Vishnú, morada de la verdad; se te conoce del principio al fin de los mundos, pero no se sabe tu principio ni tu fin.

(1) Brahma: Creador del universo, primera persona de la trinidad inda.

Entraste en ese cuerpo para dar muerte a Ravana, en beneficio de los dioses y de los hombres. Ahora vuelve gozoso a tu morada, oh la más fuerte columna en que reposa el principio del deber."

Entretanto, el fuego se consumió sin causar daño a Sita, y la puso en el seno de Rama, diciendo: "He aquí a tu esposa. Yo, que veo cuanto existe—lo manifiesto y lo oculto—, te garantizo que no tiene la menor mancha."

Después, a ruegos de Rama, Indra mandó una lluvia de ambrosía sobre el campo de la lucha para volver la vida al ejército de los monos, a quienes se concedió, además, la gracia de tener ríos límpidos, raíces, frutas y flores, aun fuera de la estación propicia.

Y, habiendo transcurrido los catorce años de destierro, Rama regresó a la ciudad de Ayodhya, en compañía de su devoto Lakshmana y de Sita.

Este poema, que da gloria, prolonga la vida y hace victoriosos a los reyes, es la obra principal que compuso Valmiki en tiempos remotos.

Será libre de pecado el hombre que pueda ocupar siempre su oído en el relato de la historia admirable y variada del príncipe de brazos infatigables. Tendrá hijos si quiere hijos; tendrá riquezas si tiene sed de riquezas. Los que simplemente escuchen este poema, obtendrán del cielo todas las gracias, tales como las hayan podido desear.



LA LEYENDA DE BUDA





LA LEYENDA DE BUDA



UDDHADANA era el rey de Kapilavastu en la vecindad de Benarés moderna, la ciudad sagrada de la India. Suddhadana contrajo matrimonio con Mahamaya, una hija del rey de un lugar cercano, como a unos sesenta kilómetros al sur del Himalaya. Durante mucho tiempo no hubieron hijos, pero cuando la reina tuvo cuarenta y cinco años, concibió en un momento feliz. Esa noche Mahamaya soñó que fué transladada por cuatro dioses al monte Himalaya, tan alto que besaba el cielo

azul del norte, y que allá fué bañada y purificada. En este momento, el espíritu santo de Buda se acercó a ella, como una nube iluminada por la luna llena, con un loto blanco en la mano, y penetró en el vientre virgen de Mahamaya. Al momento sucedieron cosas maravillosas: diez mil esferas temblaron, se apagó el fuego del infierno, los instrumentos de música sonaron sin que los tocaran, la corriente de los ríos se contuvo, los árboles y las plantas florecieron con magnificencia. Al día siguiente, los sabios Brahmanes interpretaron el sueño de la reina, diciendo que ella sería la madre de un emperador universal o un Buda Supremo. Durante nueve meses los dioses la colmaron de extremos cuidados, mientras que su cuerpo adquiría una transparencia tan sobrenatural que era posible ver al niño como una imagen en una urna de cristal. Al fin de diez meses lunares Mahamaya salió para visitar a sus padres, montada en un caballo enjaezado con arnés de oro. En el camino se desmontó del caballo para descansar bajo un árbol corpulento. En este lugar nació Gantama Buda, el futuro salvador del mundo.

Los sabios que aconsejaban al rey, predijeron que el heredero del trono sería un filósofo, mendigo y asceta, al momento que pudiese comprender el significado verdadero de lo que es la vejez, la enfermedad y la naturaleza de la muerte. El padre no admitía semejante predicción y, a este fin, tomó todas las precauciones para evitarla. No le permitiría ver estos estados. Al efecto le construyó un palacio hermosísimo, en donde constantemente estaba rodeado de gozo y lujo, capaces de seducir a los mismos dioses. Después de pocos años, le casó con una bella mujer llamada Yoshadhara. ¡Pero qué fuerza podían tener las ligas de la familia y del hogar para un hombre que nació destinado a hacer pedazos todas las ligaduras de la ilusión de la vida y de la misma muerte!

Mientras tanto, los dioses del cielo estaban profundamente inquietos; el tiempo transcurría, el Salvador Grande no debía permanecer más en esa vida de gozo y diversión.

El príncipe Gantama yacía en una alcoba con su esposa y su hijo; los dioses del cielo le rodearon en espíritu y entonaron este cántico: "Príncipe sagrado, ha llegado el tiempo de buscar la ley suprema; la bandera ondea ya en el aire; es tiempo ya de salir y solucionar el problema de la vida."—El príncipe, pues, el pensador profundo, oyó este llamamiento sublime—. . . .No pudo dormir.

Era una noche hermosísima. Los rayos de la luna llena entraban por la ventana abierta, llevando el perfume de los "beles y chamelis" del jardín, y caían sobre la tierna frente del niño y sobre el pecho desnudo de Yoshadhara, que dormían profundamente, enlazando la madre al niño con su brazo izquierdo. El príncipe les

dirigió la última mirada sin atreverse a tomar al niño en sus brazos por temor de despertar a su esposa. Levantó la cortina de joyas que separaba al dormitorio del corredor y salió al aire libre; alzó la cabeza y vió el cielo azul constelado de innumerables estrellas. Montó en *Kantaka*, su caballo favorito que naciera el mismo día que él, y en compañía de Channa, su amigo de confianza, salió de la capital. Channa procuró disuadirlo de la inquebrantable resolución que le imponía su misión, pero el futuro salvador sabía que su única tarea, su tarea más alta, era encontrar la solución de la vida. Cuando hubieron llegado a las afueras de la población desmontó de su caballo y mandó a Channa volver a su casa con Kantaka y le suplicó que contara a su padre su misión sublime.

—"Encontrar una solución para librar al mundo de la repetición del nacimiento y de la muerte, de la tristeza y del dolor." Channa besó sus pies, Kantaka los lamió y los dos dejaron al príncipe solo, a orillas de la capital.

El príncipe siguió caminando; más adelante encontró un cazador a quien le dió sus ropas reales en cambio de las propias de un mendigo.

Llegó a la ermita de unos Rishis (1) bien conocidos por su sabiduría ilimitada; mas su sistema y filosofía no pudieron darle la solución que buscaba. "Infeliz mundo, pensó él, ¡qué ignorancia, qué ilusión!" Dejando aquella ermita se fué a un bosque cerca de la ciudad moderna de Gaya, donde pudiera sumirse en pensamientos profundos.

Pasaron muchos años, después de los cuales el pensador se acercó al "Arbol de la sabiduría" que brillaba como una montaña de oro puro. Se sentó bajo aquel árbol, jurando que nunca levantaría la cabeza sino hasta que encontrara el conocimiento final. Se alegró el "Arbol de la Sabiduría" y arrojó joyas a sus pies. Los dioses esparcieron flores y perfumes sobre su cabeza y le rogaron, con palabras suplicantes y canciones enternecedoras, que persistiera en su voto supremo. Los espíritus malos procuraron seducirlo, pero todo en vano. Se quedó inmóvil como un lirio en el agua quieta. Permaneció sentado bajo el árbol, hasta que, durante la noche, la luz del conocimiento perfecto que buscaba, alboreó en su corazón. A las diez, comprendió la condición de todos los seres que habían permanecido en los mundos sin límite. A las once, obtuvo ya la vislumbre del conocimiento que explica todos los misterios de la vida humana. Al amanecer se transformó en un Buda Supremo, el sabio perfecto.

Comenzó entonces la predicación de Buda—la predicación

(1) Rishis: Ascetas.

de la Doctrina Buena, a todos los que quisieran saber acerca de ella. Buda visitó muchas poblaciones predicando la doctrina suprema del *Nirvana*, la libertad absoluta de las cadenas de la personalidad, como el espacio encerrado en un jarro se escapa de su límite y se une con el espacio universal cuando se rompe el jarro. El deseo de conservar esa personalidad es el origen de la tristeza y de todos los sufrimientos.

Después de una vida de predicación de cuarenta y cinco años, Buda comprendió que la hora de alcanzar el Nirvana se acercaba. Reclinóse en un lecho bajo un árbol denominado *Sal* y dijo a sus discípulos: "Voy a partir del universo al Nirvana. Con perseverancia, lograrán ustedes también obtener la libertad absoluta de todos los deseos de la vida, esa cadena de ignorancia." Después de pocos momentos terminó todo.

LA VIDA DE BUDA

LA historia de la vida del Fundador del Budismo es una de las más bellas que jamás se han referido.

El Príncipe Siddartha Gantama, de Kapilavastu ciudad situada a unas cien millas al nordeste de Benarés, a cuarenta millas de los picos inferiores de las montañas de los Himalayas, era hijo de Suddhadana, el rey de los Sakyas. Nació en el año 623 A. de C. y su nacimiento está rodeado de encantadoras leyendas del mismo modo que lo están los nacimientos de todos los demás grandes iluminados. Se cuenta que tuvieron lugar grandes prodigios, como, por ejemplo, que apareció una magnífica estrella, del mismo modo que más tarde se dijo con respecto al nacimiento de Cristo. Su padre, el rey, como era natural en un monarca indo, había mandado hacer el horóscopo del niño inmediatamente después de su nacimiento, resultando de la predicción del mismo, que su destino debía ser de un alcance muy notable y trascendental. Fué predicho que podía sobrepujar a todos los hombres de su época, siguiendo una de las dos líneas que tenía a su elección: o podía convertirse en un rey de un poder temporal mucho más extenso que el de su padre, un Señor de Señores o Emperador de toda la Península Inda, tal como sólo de vez en cuando ha sucedido en la historia, o podía abandonar por completo todos los privilegios anexos a su real estirpe y convertirse en un asceta errante, consagrado a perpetua pobreza y castidad. Pero, que si elegía este último destino, sería además el más grande instructor religioso que el mundo había

conocido, y que los millares de hombres que le seguirían en su *camino,* serían muchísimo más numerosos que los súbditos de cualquier reino de la tierra.

No debe causarnos sorpresa alguna que el rey Suddhadana se impusiese algo ante la idea de que su hijo primogénito pudiera llevar esta vida de mendigo, y que desease que su real descendencia se perpetuara y engrandeciera. Así, pues, se esforzó desde un principio en dirigir la elección del príncipe hacia las líneas temporales con predilección a las espirituales; y puesto que conocía que la aceptación de la vida espiritual sería muy probablemente determinada por la vista de las penas y sufrimientos humanos, así como por el deseo de remediarlos, resolvió (así lo cuenta la historia) apartar de la vista del Príncipe todo lo que pudiese sugerir estos tristes pensamientos. Se dice que decidió que el Príncipe no debía conocer nada de cuanto se refiere a la decrepitud y a la muerte, y que ordenó que se le colocara en medio de las diversiones y placeres temporales, así como que se le enseñase a dedicarse a fomentar la gloria y el poder de la real casa.

El Príncipe habitaba un soberbio palacio, rodeado por millas de magníficos jardines, en el cual estaba realmente prisionero, aun cuando lo ignoraba. Hallábase rodeado de cuanto podía contribuir a sus placeres bajo todos los aspectos; sólo se permitía que se le acercase lo joven y lo bello; cuantos estaban enfermos o sufrían de algún modo eran cuidadosamente apartados de su vista. Así pasó, según se sabe, sus primeros años, confinado en este extraño y sin embargo delicioso mundo. El muchacho creció hasta que llegó a la edad viril, y entonces fué desposado con Yasodhara, la hija del Rey Suprabuda. Se creyó, al parecer, que este nuevo estado absorbería por completo la atención y la vida del Príncipe, pero está escrito que durante todo ese tiempo surgían a intervalos en su mente recuerdos de otras vidas, y un confuso presentimiento de un gran deber no cumplido turbaba su reposo. Sin embargo, cuando fué llegado el momento, se casó y tuvo un hijo, Rahula. Pronto después de este suceso principió a aumentar su pena y disgusto. Y parece ser que insistió en pasar al mundo exterior a fin de ver algo de la vida de los demás. Escrito está que de este modo se puso en contacto por vez primera con la decrepitud, con la enfermedad y con la muerte, y profundamente afectado a la vista de tales miserias, tan comunes entre nosotros, aunque completamente nuevas y desconocidas para él, sintió una gran tristeza al contemplar el triste destino de sus semejantes. Viendo, además, cierto día a un santo ermitaño, le impresionó vivamente su sereno y majestuoso aspecto, y comprendió que en este mundo había a lo menos uno que estaba por encima de los males de la vida. Desde ese momento su resolu-

ción de vivir la vida espiritual se hizo más y más firme, hasta que al fin llegó el instante en que, a la edad de veintinueve años, abandonó definitivamente su rango de príncipe, dejando todas sus riquezas en manos de su esposa e hijo, y se retiró a la selva para dedicarse a la vida ascética.

Como es muy natural, Gantama pertenecía, como su padre y todos los demás habitantes de la India, a la gran religión Inda, y, por lo tanto, se dirigió a los principales ascetas Brahmanes con el objeto de adquirir las instrucciones y los consejos que necesitaba en su nueva vida. Pasó un período de seis años entre estos instructores, con el objeto de aprender de ellos la verdadera solución del problema de la vida, a fin de hallar un remedio a las miserias del mundo, pero no pudo encontrar cumplidamente lo que buscaba. La enseñanza de esos instructores parece haber sido siempre que sólo por medio del más rígido ascetismo, e imponiéndose las más duras privaciones, puede uno escapar a las penas y sufrimientos que son la herencia de todos los hombres, y por lo tanto Gantama ensayaba uno tras otro todos sus sistemas hasta en sus más minuciosos detalles, aunque siempre con un ardiente deseo no satisfecho de encontrar algo más grande, más verdadero, y un más allá real y positivo. El riguroso y persistente ascetismo a que se entregó, quebrantó al fin su salud, y se cuenta que un día estuvo a punto de morir extenuado de hambre. Después que se hubo restablecido, comprendió que, si bien para hallar lo que buscaba, podía el ascetismo ser un método bueno para ser practicado *fuera* del mundo, no era, sin embargo, este método el más apropiado para llevar la luz *al* mundo y, en consecuencia, pensó que para ayudar a sus semejantes debía cuando menos vivir el tiempo necesario para encontrar la verdad que les podía hacer libres. Parece ser que desde los primeros momentos observó la más altruista conducta. Aunque poseía todo cuanto podía hacer la vida feliz y apetecible, las mudas penalidades y miserias de tantos millones de infelices repercutían sobre él de una manera tan vívida, que mientras vivió, jamás le fué posible conocer la felicidad. No para sí, sino para los demás, deseaba hallar un medio de escapar a las miserias de la vida física; no para sí, sino para los demás, sentía la necesidad de una vida elevada que pudiese ser vivida por todos.

Viendo, pues, que todas las prácticas ascéticas eran ineficaces, las abandonó, dedicándose desde aquel momento a educar su mente en el ejercicio de la más alta meditación. Colocóse inmediatamente debajo del árbol Bodhi, resuelto a obtener por el poder de su propio espíritu el conocimiento que buscaba. Sentado allí en profunda meditación, examina todas estas cosas y estudia hondamente en el corazón la causa de la vida. Al fin, por medio de un poderoso esfuer-

zo, obtuvo lo que deseaba, y entonces vió desarrollarse ante sí el maravilloso esquema de la evolución y el verdadero destino del hombre. Así se convirtió en Buda, el iluminado, disponiéndose entonces a compartir con sus semejantes el maravilloso conocimiento que había obtenido. Salió a predicar sus nuevas doctrinas, principiando con un sermón que todavía se conserva en los libros sagrados de sus discípulos. En la lengua de ellos, el Palí (que es todavía la lengua sagrada, como el Latín para la Iglesia Católica), este primer sermón es conocido con el nombre de *poner en movimiento las ruedas del carro real del Reino de la Justicia.*

Para decirlo en breves palabras, el Buda presentaba ante sus oyentes lo que él llamaba *el sendero medio.* Declaraba que los extremos, en cualquier sentido que fuesen, eran igualmente contraproducentes; decía, por una parte, que la vida del hombre del mundo, absorto por completo en sus negocios y persiguiendo sueños de gloria y poder, era de resultados perjudiciales y funestos, puesto que de este modo descuidaba por completo todo aquello que era realmente digno de estima y consideración. Pero, por otra parte, enseñaba también que el riguroso ascetismo, que dice al hombre que debe renunciar por completo al mundo y que le aconseja que se dedique exclusiva y egoístamente a buscar los medios de separarse y escaparse del mismo, era igualmente perjudicial y nocivo. Sostenía que *el sendero medio* de la verdad y del deber, era el mejor y más seguro, y que si bien la vida consagrada exclusivamente a la espiritualidad, podía ser vivida por aquellos que estaban suficientemente preparados para ella, había, sin embargo, también una perfecta y verdadera vida espiritual posible para el hombre que todavía tenía su sitio y desempeñaba su misión en el mundo. Basaba su doctrina de una manera absoluta, sobre la razón y el sentido común. No pedía a nadie que creyese ciegamente, sino que, por el contrario, abriesen los ojos y mirasen en torno de sí. Declaraba que, a pesar de todas las miserias y sufrimientos del mundo, el gran esquema, del cual el hombre forma parte, es un esquema de justicia eterna, y que la ley bajo la cual vivimos es una ley misericordiosa que sólo necesita que la comprendamos y que adaptemos nuestra conducta a ella. Declaraba que el hombre mismo es la causa de sus sufrimientos, debido a que se deja dominar por el deseo, yendo constantemente tras aquello que es el objeto de sus ansias; y que la felicidad y la satisfacción se pueden obtener más fácilmente limitando y restringiendo los deseos, que por medio del aumento de los honores y las riquezas. Enseñó este *sendero medio* por toda la India, con el más sorprendente éxito, durante un período de cuarenta y cinco años, y murió, a los ochenta de su edad, en la ciudad de Kusinagara, el año 543 A. de C.

Las fechas dadas más arriba son las de los anales del Oriente, y aunque los orientalistas europeos se negaban al principio a aceptarlas, tratando de probar que Buda vivió en una época mucho más próxima a la Era Cristiana, ulteriores investigaciones les han forzado a colocar esta época en una fecha más lejana, por cuyo motivo aceptan ahora que los anales originales son dignos de confianza.

Actualmente, pues, las fechas relacionadas con la época en que vivió Buda son aceptadas sin oposición alguna. Por lo que se refiere a los detalles que acerca de la vida de Buda se nos dan, difícil es decir hasta qué punto podemos confiar en su exactitud. Probablemente, la veneración y cariño de sus discípulos envuelve su memoria con una especie de velo o aureola legendaria, como ha sucedido con todos los demás grandes instructores religiosos. Sin embargo, nadie puede dudar de que poseemos una muy bella historia, que contiene la vida de un hombre superior, de una gran pureza y dotado de una maravillosa claridad de visión espiritual.

Su vida es absolutamente sin mancha. Su constante heroísmo iguala a su convicción; él es el modelo perfecto de todas las virtudes que predica; su abnegación, su caridad, su constante dulzura, jamás le abandonan ni por un solo instante.... El prepara en el silencio su doctrina durante seis años de trabajo y de meditación; la propaga con el solo poder de la palabra y la persuasión, durante más de medio siglo, y cuando muere—en brazos de sus discípulos—es con la certidumbre del sabio que ha practicado las más nobles virtudes y que está seguro de haber encontrado la verdad.



PANCHATANTRA

M CINITE
NEGRO.



PANCHATANTRA(1)



IVIA en cierto lugar de un bosque un león llamado Madotkata, y eran sirvientes suyos un tigre, un cuervo y un chacal. Corriendo ellos un día por aquí y por allá, como vieran un camello llamado Kathanaka, dijo el león: "Ay, qué animal más raro; sepamos qué tal es, si salvaje o domesticado." Al oír esto, el cuervo contestó: "Señor, es animal doméstico y se llama camello, especie de bestia que tú puedes comer;

(1) PANCHATANTRA: De *pancha*-cinco y *tantra*-hilo, serie, significa la obra compuesta de cinco series. Por su materia, pertenece este valioso libro de cuentos a los conocidos bajo la denominación de *Nitizaştra*,-enseñanza de la conducta.

mátale, pues." "Yo—respondió el león—no mato a ningún huésped; pues se ha dicho:

Quien mate al que llega a su casa, confiado y sin temor, aunque sea su enemigo, comete el mismo crimen que si matara a un centenar de brahmanes. (1)

Por lo tanto, aseguradle protección y traedle a mi presencia para que le pregunte la causa de su venida."

Todos procuraron inspirarle confianza y, habiéndole asegurado su protección, lo llevaron a la presencia de Madotkata, a quien saludó el camello. Preguntado en seguida por el león, contó el camello todo lo que le había acontecido, comenzando desde el momento en que se extravió de la caravana. Después de escucharlo le dijo el león: "¡Ay, Kathanaka! no vuelvas más al pueblo a sufrir penas llevando carga; quédate para siempre aquí conmigo, a vivir sin temor en este bosque, comiendo puntas de césped que parecen perlas." "Está bien"—dijo el camello. Y, sin sospechar temor de ninguna especie, se quedó a vivir felizmente entre ellos.

Así las cosas, tuvo lugar un día un combate del león con un gran elefante que andaba por el bosque. Los trompazos y dentelladas de éste causaron una herida al león, quien quedó tan mal parado, que estuvo a punto de morir. La debilidad de su cuerpo fué tal que ni podía mover un pie; y por la postración en que yacía, todos éstos, el cuervo y los demás, atormentados por el hambre, sufrían mayores penas. Entonces el león les dijo: "¡Ay! buscad en cualquier parte algún animal para que yo, aunque me encuentre en esta situación, le mate y os dé de comer."

Saliéronse los cuatro a vagar; pero como no vieran ninguna pieza, se pusieron el cuervo y el chacal a deliberar entre sí. "¡Ah, cuervo!—dijo el chacal—¿para qué hemos de correr tanto? Ese Kathanaka está confiado en nuestro amo, matémosle y hagamos provisiones. "Muy bien has dicho—contestó el cuervo;—pero el amo le ha dado a éste el dón de seguridad, de modo que no le podemos matar." "Oh, cuervo—repuso el chacal—yo informaré a nuestro amo de manera que él mismo lo mate. Esperad vosotros aquí mientras yo me llego a casa y vuelvo con el permiso del amo."

En diciendo esto se fué corriendo hacia el león y, llegado a su presencia, le dijo: "Señor, venimos de recorrer todo el bosque sin haber encontrado ni un solo animal. ¿Qué hacemos, pues? Nosotros ahora, por causa del hambre, ni siquiera podemos andar un paso y el señor está necesitado de una buena alimentación. Si el

(1) Brahmanes: Sacerdotes de Brahma, creador del mundo y primero de los dioses de la trinidad inda.

señor diera su permiso, con la carne de Kathanaka se haría hoy una buena comida."

Cuando el león oyó la palabra cruel del chacal, le dijo encolerizado: "¡Nik! vil criminal, si vuelves a decir eso te despedazo al instante; porque yo le he asegurado al camello mi protección. ¿Cómo, pues, he de dar orden para que le matéis?"

El chacal repuso: "Si le matara usted después de haberle prometido su protección, habría pecado; pero si él mismo, por el afecto que le tiene, le da lo que le queda de vida, ya no hay pecado! Si pues él por sí mismo se ofrece a morir, hay que matarle; si no, hay que matar a uno cualquiera de nosotros para que el señor tome buen alimento, pues el hambre le tiene en apurada situación. ¿Qué valen nuestras vidas si no llegan a ser útiles al señor? Además, si algo desagradable le ocurriera a usted, nosotros deberemos entrar en seguida a la pira. Porque se ha dicho:

El hombre que sea el sostén principal de la familia debe ser defendido con todo esfuerzo, pues muerto él, perece la familia; roto el cubo, no corre la rueda."

Entonces Madotkata respondió: "Si es así, haz lo que gustes."

El chacal se fué corriendo y dijo a los demás: "¡Eh! nuestro amo está grave. ¿Para qué seguir vagando? ¿Quién nos defenderá en el bosque sino él? Ya que el hambre es la causa que lo aleja de este mundo, ofrezcámosle nuestro propio cuerpo para pagarle los beneficios que le debemos. Pues se ha dicho:

El criado que deja morir al amo, viviendo él y conservando sus sentidos, ese criado va al infierno."

Con los ojos llenos de lágrimas, así que oyeron al chacal, se inclinaron ante Madotkata y se sentaron. Al verles éste, les dijo: "¿Habéis cogido o visto algún animal?" En seguida, desde el medio de ellos, repuso el cuervo: "Señor, hemos corrido por todas partes, pero no hemos podido agarrar ni ver una sola pieza. Cómaseme hoy el señor y sustente su vida; que con ello usted se reanimará y yo alcanzaré el cielo."

Pero el chacal interrumpió: "¡Eh! tú eres de pequeño cuerpo. Aunque te coma el señor no tiene bastante para sustentarse, y además resultaría un mal. Porque se ha dicho:

La carne de cuervo la desecha el perro; es poca y mala. ¿Para qué comer una cosa que no sacie el hambre?

Pero ya has demostrado el afecto que tienes al amo; quedas libre de la deuda por el pan que recibiste y has adquirido fama de hombre de bien en ambos mundos. Quítate de delante, pues que voy a ofrecerme al señor."

Dicho esto, el chacal saludó respetuosamente al león y se postró ante él, suplicando: "Señor, devóreme para sustentar hoy su vida y hágame ganar los dos mundos."

Entonces el tigre le interrumpió: "Oh, has dicho bien; pero también tú eres de pequeño cuerpo y tu propia especie, por ir armada de uñas, no es comible. Con esto has demostrado la nobleza de tu alma; pues bien se ha dicho:

Por un motivo los reyes escogen su gente entre los nobles: porque éstos ni al principio, ni al medio, ni al fin, cambian jamás de proceder.

Quítate de delante para que yo me ofrezca al señor."

Dicho esto, el tigre saludó a Madotkata, suplicando: "Señor, haga usted hoy de mi carne sustento para su vida; concédame eterna morada en el cielo y extienda sobre la tierra mi excelsa fama. Hágalo así, no desmaye en el asunto."

Al oír las palabras del tigre, Kathanaka pensó: "Todos estos han pronunciado gloriosos discursos y el amo no ha matado a nadie. Yo también diré lo que pide la oportunidad para que estos tres estimen mis palabras." Y, habiéndolo resuelto así, dijo al tigre: "Oh, has dicho verdad; pero también tú estás armado de uñas y ¿cómo te ha de comer el amo así? Porque se ha dicho:

Quien llegare a meditar en su corazón males para los de su propia raza, sufre él esos mismos males en este mundo y en el otro.

Apártate entonces de delante para que yo me ofrezca al señor."

Dicho eso, se acercó Kathanaka al león: "Señor, éstos no son comibles para tí. Aderézate sustento con mi cuerpo para que yo alcance los dos mundos."

Apenas acababa de hablar, cuando el tigre y el chacal destrozaron por el vientre a Kathanaka y se prepararon la comida con su cuerpo. Por esto digo yo:

Algunos sabios pueden obrar mal, como el cuervo, el chacal y el tigre obraron en el caso del camello.

Cierto rey tenía un mono tan cariñoso y tan de su confianza, que ni siquiera al dormitorio le prohibía entrar. Un día, mientras dormía el rey, el mono le daba viento con un abanico, cuando se paró una mosca encima del pecho de aquél. Tantas veces cuantas huía aventada por el abanico, volvía al punto a ponerse en el mismo sitio. Irritado entonces el estúpido mono y llevado de su natural aturdimiento, agarró un sable de agudo filo y soltó un golpe sobre la mosca. Ella se fué volando; pero el rey murió con el pecho partido por el sable. Por esto, el hombre que desee larga vida procurará no mantener a ningún criado estúpido.

Además, en cierta ciudad había un brahmán muy instruído, a quien, por los pecados de la anterior existencia, le había tocado en ésta ser ladrón. A la misma ciudad vinieron de otra parte cuatro brahmanes a comprar vestidos. Al verlos, el primero pensó: "¿Cómo me las arreglaré para apoderarme del dinero de éstos?" Y, habiendo reflexionado bien el punto, empezó a referir ante ellos varias relaciones muy elocuentes sacadas de diversos libros, de tal modo que, habiendo logrado inspirarles confianza, entró desde entonces al servicio de ellos. Pues bien se ha dicho lo siguiente:

La mujer libertina afecta pudor; la sal y el agua producen una mezcla frigorífica; discreto es el estafador y de dulces palabras el bribón.

Estando el ladrón al servicio de los brahmanes, acabaron ellos de comprar sus vestidos y adquirieron después muchas joyas y piedras preciosas. Se las colocaron entre las piernas y se prepararon para volver a su país. El brahmán ladrón, al ver a los otros apercibidos para el regreso, quedó con el corazón muy aturdido: "¡Ay! —se decía—aun no he podido quitarles nada; pero me he de ir con ellos y, así que pueda, les mato y me apodero de todas las joyas." Y empezó a llorar con mucha pena delante de los brahmanes, diciendo: "¡Ay, amigos, ya están ustedes preparados para marchar y dejarme solo! Mi corazón queda tan ligado a ustedes por el lazo del afecto, que desde la mala nueva de su partida perdí la tranquilidad. Háganme, pues, el obsequio de llevarme en su compañía donde vayan."

Enternecido el corazón de los brahmanes al oír tan lastimeras palabras, se lo llevaron consigo hacia su región. Iban los cinco de camino cuando, al pasar por una pequeña aldea, unos cuervos empezaron a gritar: "*¡Kiratas!* (1) Viene gente rica con aspecto de llevar brillantes. Los matáis y os lleváis su riqueza."

(1) KIRATAS: Miembros de una tribu semisalvaje de la Montaña.

Los kiratas oyeron los gritos y llegaron rápidamente junto a los brahmanes. Los apalearon y les robaron sus vestidos; pero como no parecían las joyas, les dijeron con aire de disgusto: "Hasta ahora nunca ha errado la palabra de los cuervos. Por lo tanto, ustedes llevan riqueza en cualquier parte. Si no la sacan en seguida, los mataremos para registrar una por una las partes de sus cuerpos." El brahmán ladrón al oír semejante amenaza, meditó en su corazón: "Si matan a estos brahmanes, les registran los miembros y se llevan las joyas, también me matarán a mí; pero, como yo no traigo joyas, voy a entregarme primero, pues así libro a los demás." Y se ha dicho:

¿Por qué temes la muerte, niño, si el miedo no te libra de ella? Hoy o dentro de cien años la muerte es cierta para todos los que vivimos.

Así pues:

Quien pierde la vida en defensa de una vaca o de un brahmán atraviesa el disco del sol y llega a la suprema morada.

Y, habiendo reflexionado así, dijo: "Kiratas, si así lo quieren ustedes, máteseme a mí primero e inspecciónese me." Así lo hicieron ellos, pero al ver que no llevaba riqueza alguna, soltaron a los cuatro.

Por esto yo digo:

Más vale un enemigo sabio, que un amigo estúpido.

Hay en la populosa región meridional una ciudad llamada Pataliputra. En ella vivía el comerciante Manibhadra, quien por culpa del destino gastó toda su hacienda cumpliendo con los deberes que le imponían la justicia, la propia conservación y el amor. Al quedar pobre y verse objeto de continuo menosprecio, cayó en el mayor desaliento. Una noche al acostarse pensó: "¡Ay qué horror es la pobreza!" Y se ha dicho:

Moralidad, paciencia, liberalidad, dulzura y nobleza, virtudes son que no brillan en el hombre que ha perdido su fortuna.

Como la belleza del invierno llega a desvanecerse azotada por el viento de la primavera, así el esfuerzo intelectual del pobre.

Su inteligencia se malgasta teniendo que pensar siempre en manteca, sal, aceite, arroz, vestidos y leña.

Después de haber hecho estas reflexiones, pensó: "Lo mejor es que no coma y me mate; pues ¿para qué me sirve esta calamitosa vida? Y con esta resolución se durmió. Pero se le apareció en sueños un tesoro de cien millones bajo la forma de un monje budista que le dijo: "Varón eminente, no llegues a despreciar tanto la vida. Bajo mi forma se oculta un tesoro de cien millones adquiridos por tus antepasados. Con esta misma figura vendré a tu casa mañana por la mañana. Me das en la cabeza un buen golpe de bastón, con lo que me convertiré en oro que no se acabará nunca." Al despertarse por la mañana y recordar el ensueño, Manibhadra se abismó en un mar de reflexiones: "¿Será verdad este sueño o no lo será? No sé que decir. Seguramente que será ilusión porque yo no pienso más que en la riqueza." Y se ha dicho:

Todo lo que ve en sueños el hombre enfermo, el apenado, el sumido en la meditación, el atormentado de amor y el borracho, no son más que ilusiones.

Entretanto llegó un barbero llamado por la mujer de Manibhadra para que le limpiara los pies; y mientras se los estaba lavando, se apareció de repente el monje tal como se ha indicado. El comerciante le descargó un porrazo en la cabeza con un palo de madera que tenía cerca. Al punto quedó hecho de oro y cayó al suelo. Lo ocultó el comerciante en el interior de su casa, y para tener contento al barbero, le dijo: "Acepta, buen hombre, este dinero y estos vestidos que te doy y no digas a nadie nada de lo sucedido."

Pero el barbero, apenas llegó a su casa, pensó: "Seguramente que todos los monjes, al ser heridos en la cabeza, se vuelven de oro. Por lo tanto, mañana al amanecer llamaré yo a muchos, les pegaré con un palo en la cabeza, y me haré con una gran fortuna de oro." Con esta resolución pasó la noche muy angustiado. Al levantarse por la mañana, preparó un recio bastón y se fué en seguida a un convento de religiosos budistas. Allí hizo tres reverentes salutaciones a la estatua del señor de los *Jinas,* (1) dando vueltas de rodillas en torno de ella; y con el borde de su manto puesto en la boca, recitó en alta voz:

Gloria a los Jinas, los únicos que poseen la suprema ciencia que conduce a la salvación, y cuyas almas desde su nacimiento son incapaces de albergar ningún deseo.

(1) La estatua de Buda. Los Jinas son monjes budistas que viven en la más alta Pureza. Jina significa *victorioso.*

Además:

La lengua que los alabe esa es verdadera lengua; el corazón que en ellos se complace, es buen corazón; y sólo son dignas de alabanza las manos que se emplean en honrarles.

Después de haberlos alabado así, se acercó al primero de los religiosos mendigos, se arrodilló a sus pies, y le dijo: "Gloria a ti, yo te saludo." Y habiéndose levantado, después de recibir la bendición que le prometía aumento en las virtudes, las instrucciones sobre los actos religiosos y el obsequio de un rosario, hizo un nudo de su manto y dijo con respeto: "Venerable, es menester que hoy tengas un momento de esparcimiento en mi casa con los demás monjes." El monje respondió: "Oh, ¿cómo dices eso, conociendo nuestra ley? ¿Somos acaso como los brahmanes para que nos invites? Nosotros vamos por todas partes y sólo cuando vemos un oyente devoto entramos a su casa; difícilmente cedemos a sus solicitaciones y no comemos más que lo indispensable para mantenernos. Vete, pues, y no vuelvas a decir semejante cosa."

Al oír esto el barbero, dijo: "Venerable, yo conozco vuestra ley, pero son muchos los oyentes que os solicitan. Ahora tengo en casa preparadas telas de mucho valor a propósito para forrar manuscritos y he dado dinero a copistas para que me copien libros. Es preciso, pues, que vosotros obréis conforme a las circunstancias."

En seguida el barbero se fué a casa y preparó un bastón de mimosa que puso en un rincón de la puerta del convento. Cuando salieron en fila todos los religiosos, los condujo a su casa; pues todos con el deseo de la rica tela y del dinero, dejaron a los oyentes muy devotos que ya conocían y siguieron a éste con el corazón alegre. Pues bien se ha dicho esto:

El solitario que ha abandonado su casa y no tiene más vaso que la mano ni más vestido que el firmamento, ese mismo es arrastrado en este mundo por la codicia; ¡mirad qué cosa más extraña!

Envejecen los cabellos del que se hace viejo; envejecen también los dientes, los ojos y los oídos. Sólo el deseo rejuvenece.

Luego que hubieron entrado los monjes a la casa del barbero, éste cerró la puerta y empezó a descargarles palos en la cabeza. De resultas de los golpes, unos murieron y otros, con la cabeza rota, se lamentaban desesperadamente. Entonces los guardias de la fortaleza se dijeron: "Oh, ¿qué gran tumulto es éste en medio de la ciudad? Vayamos, vayamos." Y cuando todos, gritando de esta manera, llegaron corriendo a la casa del barbero, vieron a los religiosos que huían llenos de sangre.

En seguida ataron al barbero y lo condujeron con los heridos al Palacio de Justicia. Allí le preguntaron: "Eh, ¿por qué has cometido tan mala acción? "

"¿Qué he de hacer yo?—contestó,—he visto cometer otra semejante en casa del comerciante Manibhadra." Y les contó todo lo sucedido en casa del comerciante, tal como lo había visto. Entonces los jueces llamaron al comerciante y le preguntaron por qué había matado a un religioso. Manibhadra narró la historia del monje de oro y los jueces dijeron en seguida: "Oh, que sea empalado este infame barbero que se decide a verificar un acto sin haberlo meditado." Y añadieron:

"Lo que no se haya visto bien, ni conocido, ni oído, ni meditado, nunca debe hacerlo el hombre, como lo hizo el barbero."



RABINDRANATH TAGORE

LA LUNA NUEVA

(POEMAS DE NIÑOS)





EN LAS PLAYAS



N las playas de todos los mundos se reúnen los niños. El cielo infinito se encalma sobre sus cabezas; el agua impaciente se alborota. En las playas de todos los mundos, los niños se reúnen, gritando y bailando.

Hacen casitas de arena y juegan con las conchas. Su barco es una hoja seca que botan, sonriendo, en la vasta profundidad. Los niños juegan en las playas de todos los mundos.

No saben nadar; no saben echar la red. Mientras el pescador de perlas se sumerge por ellas, y el mercader navega en sus navíos, los niños cogen piedrecillas y vuelven a tirarlas. Ni buscan tesoros ocultos ni saben echar la red.

El mar se alza, en una carcajada, y brilla pálida la playa sonriente. Olas asesinas cantan a los niños baladas sin sentido, igual que una madre que meciera a su hijo en la cuna. El mar juega con los niños, y, pálida, luce la sonrisa de la playa.

En las playas de todos los mundos se reúnen los niños. Rueda

la tempestad por el cielo sin caminos, los barcos naufragan en el mar sin rutas, anda suelta la muerte, y los niños juegan. En las playas de todos los mundos se reúnen, en una gran fiesta, todos los niños.





EL MANANTIAL

¿Sabe alguien de dónde viene el sueño que pasa volando por los ojos del niño? Sí. Dicen que mora en la aldea de las hadas; que, por la sombra de una floresta vagamente alumbrada de luciérnagas, cuelgan dos tímidos capullos de encanto, de donde viene el sueño a besar los ojos del niño.

¿Sabe alguien de dónde viene la sonrisa que revuela por los labios del niño dormido? Sí. Cuentan que, en el ensueño de una mañana de otoño, fresca de rocío, el pálido rayo de la luna nueva, dorando el borde de una nube que se iba, hizo la sonrisa que vaga en los labios del niño dormido.

¿Sabe alguien en dónde estuvo escondida tanto tiempo la dulce y suave frescura que florece en las carnecitas del niño? Sí. Cuando la madre era joven, empapaba su corazón de un tierno y misterioso silencio de amor, dulce y suave frescura que ha florecido en las carnecitas del niño.





EL ASTRONOMO

Yo sólo dije: "Cuando, al anochecer, la luna llena se enreda en las ramas del *cadabo*, ¿no podría nadie cogerla?"

Pero *Dada* (1) se rió de mí, y me respondió: "Hijo; eres la criatura más tonta que he conocido. La luna está lejísimos de nosotros; ¿quién la va a coger?"

Yo le dije: "Dada, ¡tú sí que eres tonto! Cuando madre se asoma a la ventana y, sonriendo, nos mira jugar, ¿te parece a ti que está tan lejos?"

Dada me dijo otra vez: "¡Qué niño tan simple eres tú! Pero, chiquillo, ¿dónde ibas a buscar una red tan grande que cupiera en ella la luna?"

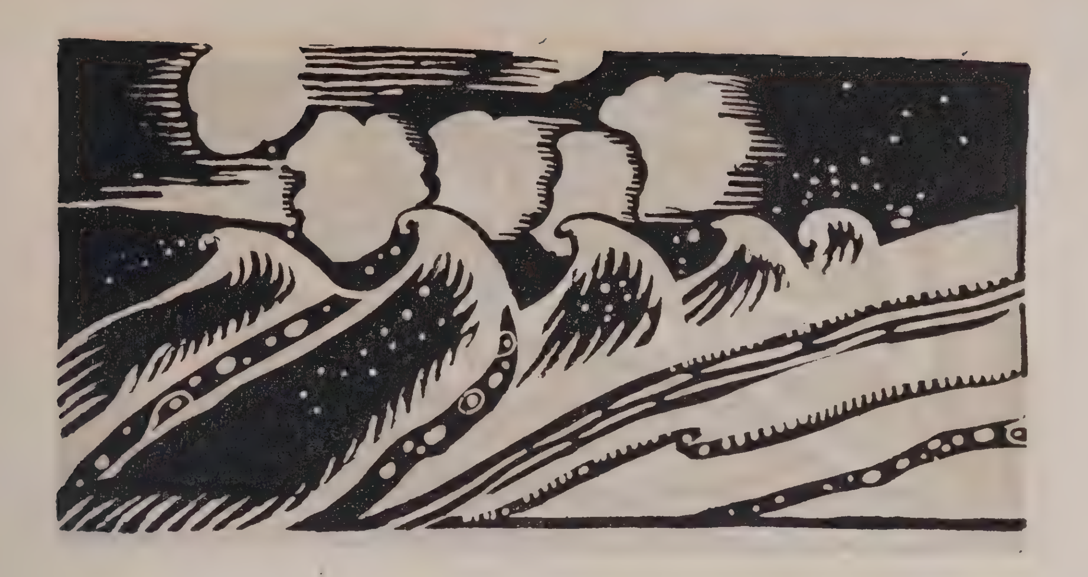
Yo le dije: "Estoy seguro de que podrías tú cogerla con las manos."

Pero Dada se echó a reír y me dijo: "¡En mi vida he visto un niño más tonto! Si la luna se acercara más, ya tú verías lo grandísima que es."

"Dada, ¡qué disparates enseñan en tu escuela!"—le dije yo. "Cuando madre baja la cabeza para besarnos, ¿te parece a ti muy grande su cara?"

Pero Dada me sigue diciendo: "¡Qué niño más tonto eres! ¡Qué niño más tonto eres!"

(1) El hermano mayor.



NUBES Y OLAS

Madre, los que viven en las nubes me gritan: "Mira; jugamos desde nuestro despertar hasta que se muere el día; jugamos con el amanecer de oro y con la luna de plata." Yo les pregunto: "Pero ¿cómo subiré hasta donde estáis vosotros?" Y me contestan: "Llega hasta el borde de la tierra, alza las manos al cielo y las nubes te levantarán." "Mi madre me está esperando en casa,"—digo yo. "¿Cómo dejarla y subir?" Y ellos se sonríen y pasan flotando.

Pero yo sé un juego más bonito que ése, madre. Mira; yo seré una nube y tú serás la luna. Te taparé con mis manos y nuestro techo será el cielo azul.

Los que viven en las olas me gritan: "Cantamos desde el alba hasta la noche; viajamos, más y más allá siempre y no sabemos por dónde pasamos." Yo les pregunto: "Pero ¿cómo podré unirme a vosotros?" Y me responden: "Ven a la orilla de esta playa, cierra los ojos, espera, y te llevarán las olas." Les digo: "Mi madre no quiere nunca que salga de noche. ¿Cómo voy a ir?" Y ellos se sonríen y pasan danzando. . . .

Pero yo sé un juego mejor que ése, madre. Yo seré la ola y tú serás una playa desconocida. Llegaré rodando, y romperé, riéndome, en tu falda, y nadie sabrá en el mundo dónde estamos tú y yo.



LA FLOR DE LA CHAMPACA

Oye, madre; si, sólo por jugar, ¿eh?, me convirtiera yo en una flor de champaca, y me abriera en la ramita más alta de aquel árbol, y me meciera en el viento riéndome, y bailara sobre las hojas nuevas.... ¿sabrías tú que era yo, madre mía? Tú me llamarías: "Niño, ¿dónde estás?" Y yo me reiría para mí y me quedaría muy quieto. Abriría muy despacito mis pétalos, y te vería trabajar.

Cuando, después del baño, con el pelo mojado abierto sobre los hombros, pasaras tú por la frescura de la champaca al patinillo donde rezas, sentirías el perfume de la flor, madre, pero no sabrías que salía de mí. Después de la comida de las doce, cuando estuvieras sentada a la ventana, leyendo el Ramayana, y la sombra del árbol te cayera en el pelo y en la falda, yo echaría mi sombrita chica sobre la hoja de tu libro, en el mismito sitio en que leyeras; pero ¿adivinarías tú que era la sombra de tu hijito? Cuando, al anochecer, con la lámpara en la mano, fueras tú al establo, de pronto caería yo otra vez al suelo, y sería otra vez tu niño, y te pediría que me contaras un cuento.

"¿Dónde has estado tú, picarón?" "No te lo cuento, madre," nos diríamos.



LA ESCUELA DE LAS FLORES

Cuando caen los aguaceros de junio, y los negros nubarrones braman por el cielo, y el viento mojado del Este viene por el desierto a tocar la flauta en los bambúes, las flores surgen, sin que nadie sepa de dónde, en súbito tropel y se ponen a bailar sobre la yerba, locas de alegría.

—Madre, ¿las flores van a una escuela que hay debajo de la tierra, no? Allí, cerrada la puerta, estudiarán sus lecciones; y si quieren salir a jugar antes de la hora, su maestro las pondrá de rodillas en un rincón. Pero, cuando llueve, ¡qué día de fiesta para ellas!

Las ramas se golpean ruidosamente en la arboleda; suspiran las hojas en el loco viento; las nubes de tormenta palmotean con sus manos gigantes.... Y las flores-niñas salen corriendo, vestidas de rosa, de amarillo, de blanco....

—Madre, oye; las flores tienen su casa en el cielo, entre las estrellas, ¿sabes? ¡Mira tú, si no, cómo quieren subir! ¿A que no sabes tú por qué corren tanto? ¡Yo sí lo sé! Y sé a quién tienden sus brazos. Las flores tienen una madre, como yo te tengo a ti, madre mía.



MIMOS

Si en vez de ser tu niño, madre, fuese yo un perrito, ¿me dirías tú que no, cuando quiero comer en tu plato? Di, ¿me echarías tú de tu lado, diciéndome: "¡Vete de una vez, perrillo del demonio?" ¿Sí? ¡Pues vete tú, madre, vete! Ya no volveré más cuando me llames, ni te dejaré más que me des de comer.

Si fuera yo un lorito verde, en vez de ser tu niño, madre mía, di, ¿me tendrías tú preso para que no me fuese volando? ¿Me reñirías con el dedo, diciéndome: "¡Qué maldito pájaro este! ¡Todo el día y toda la noche picando su cadena!" ¿Sí? Pues vete, madre, vete tú. Yo me iré volando al campo y no te dejaré ya más tenerme entre tus brazos.



SUPERIORIDAD

Madre, tu niña es una tonta. ¡Qué ridícula y qué simple es la pobre! ¡No sabe distinguir entre las luces de la calle y las estrellas! Si jugamos a comer chinitas, se cree que son comida de verdad, y quiere tragárselas. Si le doy mi libro y le digo que tiene que aprender el a, b, c, rompe las hojas y se ríe alegremente como si hubiera hecho una gran cosa. La riño, entonces, enfadado, moviendo la cabeza, y la digo que es muy mala.... Y vuelve a reír, y le parece un juego muy gracioso. Todo el mundo sabe que papá no está aquí; pero si yo, jugando, grito: "¡Papá!" vuelve la cabeza como una loca y cree que papá está con nosotros. Cuando les doy clase a los borricos que trae la lavandera para cargar la ropa, y le digo a tu niña que yo soy el maestro, se pone a gritar sin razón y me llama: "¡Dada, Dada!" Luego, quiere coger la luna. Le dice a *Ganesa* (1), Gonasa y se le figura que es una gracia. Madre, tu niña es una tonta. ¡Qué simple y qué ridícula es!

(1) GANESA: nombre del dios de cabeza de elefante, muy común en la India.



EL HOMBRECITO GRANDE

Yo soy pequeño porque soy un niño. Cuando yo tenga la edad de mi padre, seré grande. Entonces, si mi maestro viene a decirme: "¡Que es tarde! ¡Coge la pizarra y los libros!",— yo le diré: "¿No estás tú viendo que soy ya mayor como papá? Ya no tengo que dar más lección." Y mi maestro se quedará pensando, y dirá: "Es verdad, ya es mayor. Puede, si quiere, dejar los libros."

Me vestiré y me iré de paseo a la feria, donde hay tanta gente. Vendrá mi tío corriendo y me dirá: "Hijo mío, vas a perderte. Déjame que te coja en brazos." Yo le responderé: "Tío, ¿no ves que soy ya grande como papá? Ya puedo venir solo a la feria." Y mi tío dirá: "Pues es verdad; puede ir donde quiera, que es ya mayor."

Cuando vuelva mi madre del baño, como yo sabré ya abrir la caja con mi llave, me encontrará dándole dinero al ama, y me dirá:

"¿Qué es lo que estás haciendo, loco?" Yo le contestaré: "Pero, madre ¿No lo sabes tú? Yo soy ya mayor, como papá, y tengo que pagarle a mi niñera." Y mi madre dirá para sí: "Que le dé dinero a quien quiera, que ya es un hombre."

Para las vacaciones de octubre, padre volverá a casa y, creyéndose que soy todavía un niño, me traerá de la ciudad zapatitos y vestidillos de seda. Yo le diré: "Dáselos a mi Dada, papá, que yo soy ya tan grande como tú." Y padre pensará y dirá: "Es verdad. El puede comprarse su ropa si quiere, que ya es mayor."





EL HEROE

Figúrate tú, madre, que andamos de viaje, y que atravesamos un peligroso país extranjero. Tú vas en un palanquín, y yo troto al estribo en un caballo colorado. Es ya tarde, y el sol se pone. Ante nosotros se tiende, solitario y pardo, el desierto de Joradigui. Todo el paisaje está seco y triste. Tú piensas, asustada: "Hijo, no sé adónde hemos venido a parar." Y yo te digo: "No tengas tú miedo, madre."

Los abrojos de la tierra desgarran. El camino que atraviesa el campo es estrecho y retorcido. Los ganados se han vuelto, de los grandes llanos, a sus establos de las aldeas. Cada vez son más obscuros y más vagos la tierra y el cielo, y ya no vemos por dónde vamos. De pronto, tú me llamas y me dices en voz baja: "¿Qué luz será esa, hijo, que hay allí, junto a la orilla?"

Un grito horrible raja la obscuridad, y unas sombras se nos vienen encima. Tú te acurrucas en tu palanquín y repites, rezando, los nombres de los dioses. Los esclavos que te llevan se esconden, temblando de terror, tras un espino. Yo grito: "Madre, no tengas cuidado, que aquí estoy yo."

Al viento los cabellos, se acercan más cada vez los asesinos, armados con largas lanzas. Yo les grito: "¡Alto ahí, villanos! ¡Un paso más, y sois muertos!" Dan otro terrible aullido, y se abalan-

zan. Tú, convulsa, me coges de la mano y me dices: "Hijo mío, por amor de Dios, huye de aquí." Yo te contesto: "Madre, tú mírame a mí; ya tú verás."

Luego, meto espuelas a mi caballo, que salta en furioso galope. Chocan, resonantes, mi espada y mi escudo. El combate es tan espantoso, que si tú lo pudieras ver desde tu palanquín, te helabas de horror, madre. Muchos huyen, muchos más caen bajo mi espada. Tú, mientras, ya lo sé yo, estarás pensando, sentada allí solita, que tu hijo ha muerto.... Entonces, yo vuelvo a ti, todo ensangrentado, y te digo: "Madre, ha concluído la pelea." Y tú sales de tu palanquín y, apretándome contra tu corazón, te dices. mientras me besas: "¿Qué hubiera sido de mí, si mi hijo no me hubiese acompañado?"

....Cada día pasan mil cosas sin razón. ¿Por qué no había de suceder una cosa así, una vez? Sería como el cuento de un libro. Mi hermano diría: "Pero ¿es posible? ¡Yo que lo creía tan endeble!" Y los hombres del pueblo repetirían asombrados: "¡Qué suerte que fuera el niño con su madre!"



RABINDRANATH TAGORE

EL ABANDONADO

(CUENTO)



EL ABANDONADO



L anochecer, la tormenta se hizo imponente. A juzgar por la tremenda descarga de agua, el estallido del trueno y los incesantes destellos del relámpago, pudiera haberse creído que estaba librándose en los cielos una batalla encarnizada, entre dioses y demonios. Negras nubes ondeaban, como estandartes de la fatalidad; el Ganges era azotado hasta la locura, y los árboles de los jardines ribereños cabeceaban de parte a parte, suspirando y lamentándose. En Chandernagor, encerrados en un cuarto de una casa de la orilla, marido y mujer discutían obstinadamente, a la luz de la lámpara de barro, sentados sobre la cama hecha en el suelo.

Sharat, el marido, estaba diciendo: "Me gustaría que te quedaras aquí otros cuantos días, y así volverías a casa repuesta del todo."

Su mujer, Kiran, respondió: "Pero si ya estoy completamente bien.... ¿Qué daño me va a hacer el volverme a casa, tan buena como estoy?"

Las personas casadas comprenderán que la conversación no fué tan breve como yo lo he contado. No es que fuera asunto difícil, pero los argumentos en pro y en contra no se acababan nunca. Como una barca sin timón, la disputa daba vueltas y más vueltas alrededor del mismo punto; y al fin amenazaba sumergirse en un diluvio de lágrimas.

Sharat dijo: "Pues dice el médico que debieras quedarte unos diítas más."

Kiran contestó: "¡Tu médico lo sabe todito!"

"Bueno,—siguió Sharat; "ya sabes tú lo de males que hay ahora por ahí. Creo que harías bien en seguir aquí uno o dos meses todavía."

"¡Me figuro que en este momento no hay aquí un alma que no esté reventando de salud!"

Lo ocurrido fué esto: Kiran era la niña mimada de su familia y de sus vecinos, y cuando se puso tan mala, estuvieron todos preocupadísimos. Los sabihondos del pueblo tomaron a insulto que un marido se alborotara tanto por una simple esposa, hasta el punto de llegar a indicar la conveniencia de llevarla a mudar de aires, y preguntaban que si Sharat se figuraba que nunca antes había estado enferma ninguna mujer, o si era que había averiguado que los del pueblo a donde quería llevársela eran inmortales. ¿Acaso se imaginaba él que los designios del Destino no regían en semejante sitio?... Pero Sharat y su madre no hicieron el menor caso, pensando que la vidita de la que ellos querían tanto, valía más que todo el saber junto de la aldea; que así acostumbramos a razonar cuando está en peligro un sér amado. De modo que Sharat se fué a Chandernagor, y Kiran se repuso; pero todavía estaba muy endeble. Se había quedado tan desmejorada, que su carita daba lástima; y el corazón del marido se encogía sintiendo en qué poquito había estado que no se la llevara la muerte.

A Kiran le gustaba divertirse, y la soledad de su casa de la ribera no le hacía pizca de gracia. Ella no tenía mucho que hacer, los vecinos no eran agradables, y, ¡qué antipático era aquel estarse, todo el día, de la medicina al régimen, del régimen a la medicina! ¡Bonita distracción pasarse la vida midiendo dosis y preparando cataplasmas!

Y esto era, en suma, lo que discutían ella y Sharat, encerrados en el cuarto, aquel anochecer tormentoso.

Mientras Kiran se dignó responder, cabía luchar en buena lid;

pero cuando cerró el pico y se puso a mirar desconsoladamente a otro lado, meneando su cabecita, el pobre del marido se quedó completamente indefenso; y estaba ya a punto de rendirse del todo, cuando un criado gritó alguna cosa tras la puerta cerrada.

Se levantó Sharat, abrió, y el criado dijo que una barca había volcado en el río, con la tormenta, y que uno de los que iban en ella un muchachillo bramín, había podido llegar nadando a la orilla, en el jardín de la casa.

Kiran volvió al momento a su dulce sér, y corrió a buscar ropas secas para el muchacho. Luego, le calentó leche, y lo hizo traer al cuarto.

El muchacho tenía un largo pelo rizado, grandes ojos expresivos, y todavía no le apuntaba el pelo en la cara. Kiran le hizo tomar un poco de leche, y luego se puso a hacerle todo género de preguntas.

Dijo él que se llamaba Nilkanta, y que formaba parte de una compañía de cómicos que venían a trabajar en una finca cercana; que la barca se había hundido en un momento, con la tormenta, y que no sabía lo que hubiera podido ocurrir a sus compañeros. El, buen nadador que era, había llegado a duras penas a la orilla.

Nilkanta se quedó allí. Kiran, pensando en el peligro que había corrido el muchacho de sucumbir de muerte tan horrible, se tomó un gran interés por él; Sharat miró como una suerte que hubiera aparecido en aquellos momentos, pues ahora su mujer tendría algo en que distraerse y tal vez pudiera él persuadirla a que se quedara otro poco de tiempo; su madre también se alegró de la ocasión que se le presentaba de hacer un acto de bondad por su huésped bramín, y el propio Nilkanta estaba contentísimo de aquella escapatoria suya por partida doble, de su amo y del otro mundo, y también de haber encontrado hogar en aquella casa rica.

Pero al poco tiempo Sharat y su madre mudaron de parecer y no veían el momento en que el muchacho se fuera. Nilkanta se regodeaba fumándose secretamente los puros de Sharat; si diluviaba, se salía impertérrito, con el mejor de los paraguas de seda de Sharat, a dar una vuelta por el pueblo; hacía amistad con el primero que topaba; más aún, se había traído consigo un perro callejero, y lo tenía tan consentido, que el animalito se entraba por toda la casa con las patas llenas de barro, y solía dejar señales de su visita sobre la misma inmaculada cama de Sharat; por fin, reclutó un bando abnegado de chiquillos de toda condición y tamaño, y no quedó en la vecindad un solo mango que pudiera aquel año madurar tranquilo.

Era indudable que Kiran tenía buena parte de culpa en que el muchacho se echara a perder de aquel modo. Ya se lo decía Sharat

muchas veces, pero ella no le hacía el menor caso. Lo puso hecho un figurín, con las ropas desechadas de Sharat y además le dió otras nuevas; y como le era muy simpático y tenía ganas de saber más de su vida, lo estaba llamando a toda hora a su cuarto. Después de bañarse y de comer, al mediodía, Kiran solía sentarse en su cama, con su caja de hojas de betel; y mientras su doncella le secaba el pelo y la peinaba, Nilkanta se le ponía delante y le recitaba trozos de su repertorio, adornándolos con ademanes apropiados y canciones del caso, y sacudiendo loco sus cabellos de duende. Y así, las largas horas de la tarde se pasaban animadamente.

Kiran intentaba con frecuencia persuadir a Sharat a que viniera a sentarse con ella y lo escuchara también, pero él, que había cogido al muchacho una cordial antipatía, no consentía nunca; ni tampoco Nilk anta podía hacer tan bien sus papeles cuando estaba delante Sharat. La madre se dejaba conquistar, a veces, con la esperanza de oír nombres sagrados en los versos; pero el atractivo de la siesta podía más en ella que la devoción, y pronto caía en el laberinto del sueño. Sharat le calentaba las orejas, con relativa frecuencia, al chiquillo; pero aquello no era nada comparado con lo que él tenía costumbre de pasar, como mozo de la compañía, y le importaba poco. En su corta experiencia de la vida, había llegado a la conclusión de que, así como este mundo se compone de tierra y agua, la vida humana está compuesta de comida y palos, y que los palos predominan bastante.

Sería difícil decir la edad de Nilkanta. Para catorce o quince años, tenía la cara demasiado vieja, pero era demasiado niño para los diecisiete o los dieciocho. Parecía o un niño excesivamente precoz o un hombre muy retrasado. La realidad era que se había ido muy pequeño aún con los cómicos, que los papeles que solía hacer con ellos eran tales como los de Radika, Damayanti, Sita y la Compañera de Vidya, y que esa Providencia que anda en todo, había arreglado las cosas de tal manera, que Nilkanta llegó a la precisa estatura que necesitaba su empresario, y no creció ya más. Y como todo el mundo lo veía tan bajillo y él mismo se sentía pequeño, no le daban el trato debido a su edad. Estas causas naturales y artificiales se combinaban y lo hacían parecer unas veces demasiado joven para los diecisiete y, otras, un chiquillo de catorce con más picardía que uno de diecisiete, y el no tener sombra siquiera de bozo en su cara aumentaba la confusión. Bien porque fumara o porque hablase palabras impropias de su edad, los labios se le apretaban con arrugas de hombre duro y viejo, pero la inocencia y la juventud brillaban en sus grandes ojos. Yo me figuro que su corazón se le había quedado joven, y que el candente foco de la popularidad había forzado a madurar a destiempo su aspecto exterior.

En el albergue tranquilo de la casa y el jardín de Sharat, en Chandernagor, la naturaleza pudo abrirse paso sin trabas. El muchacho se había rezagado en una especie de juventud malsana, pero ahora, callada y rápidamente, se desbordó su vida, y sus diecisiete o dieciocho años se revelaron debidamente. Nadie notó el cambio; la primera señal fué que cuando Kiran lo trataba como un niño, él sentía vergüenza.

Un día en que la loca de Kiran le propuso que hiciera de señora de compañía, la idea de vestirse de mujer lo lastimó, aunque no podía saber por qué; y ya, cuando ella lo llamaba para que representase otra vez sus papeles de antes, él se quitaba de enmedio. A él no se le ocurría pensar que seguía siendo el criado de una compañía de cómicos, y hasta resolvió aprovecharse del secretario de Sharat, para educarse un poco; pero como Nilkanta era el niño mimadito de la mujer de su amo, el secretario no podía verlo ni en pintura. El hábito de su vida errante, además, le hacía imposible tener el pensamiento ocupado mucho tiempo, y el abecedario tramaba pronto una danza brumosa ante sus ojos. Solía ir a sentarse, con un libro abierto en la falda, contra un arbusto de champaca, junto al Ganges, y así se pasaba las horas muertas. Abajo suspiraba la corriente, las barcas pasaban temblando, los pájaros revolaban ligeros, con inquieto piar, en lo alto.... Lo que pensaba Nilkanta mientras miraba el libro, sólo él lo sabía, si es que lo sabía. No adelantaba una sola palabra, pero el glorioso pensamiento de que estaba realmente leyendo un libro, le colmaba el alma de exaltaciones. Si pasaba una barca, alzaba el libro, a gritos hacía ver que estaba dándole firme a la lectura; luego, a medida que la barca pasaba, su energía iba decayendo.

Antes, cuando cantaba, lo hacía automáticamente; ahora las coplas le revolvían la imaginación. Las palabras no eran gran cosa, y además, estaban vanamente repetidas; y hasta aquel sin sentido suyo se le escapaba; pero cuando decía aquello de:

Pájaro dos veces nacido (1), *¡ay!, ¿por qué quieres*
dañar a nuestra real señora?
Ganso, ¡ay!, ¿por qué quieres matarla
en un bosque obscuro? (2).

se sentía como trasladado a otro mundo y entre otras gentes. Esta tierra tan vulgar, su propia vida miserable se le hacían música, y él mismo se transfiguraba. El cuento aquel del Ganso y la Hija del Rey, echaba sobre el espejo de su fantasía un cuadro de belleza tal,

(1) Una vez, en el huevo; otra, al salir del cascarón.
(2) Véase la nota sobre Damayanti.

que todo lo sobrepasaba. Sería imposible decir qué se figuraba él que era, pero el esclavillo sin nada de la comparsa de cómicos desaparecía por completo de su memoria.

Cuando al anochecer el niño necesitado se acuesta, sucio y hambriento, en su casa vacía, y oye del príncipe y la princesa, y del oro de las fábulas, su pensamiento rompe las cadenas de la pobreza y el hambre, salta de su tugurio negro, que apenas alumbra la vela temblorosa, y se pasea, con fresca hermosura y vestidos refulgentes, sin sombra de miedo a obstáculo alguno, por ese reino encantado donde todo es posible.

Así, el burrillo de carga de unos cómicos ambulantes, errando en espíritu entre sus canciones, se forjó de nuevo a sí propio y el mundo en que vivía. El agua que tiembla y arrulla; las hojas rumorosas y los pájaros que llaman, la diosa que lo había acogido a él, al desvalido, al olvidado de Dios, su cara graciosa y adorable, sus exquisitos brazos con las pulseras relucientes, sus pies rosados, suaves como las hojas de las flores; todo, por obra de magia, se hizo una sola cosa con la música de su canción. Cuando la canción terminaba, el miraje se desvanecía; y Nilkanta el del tablado aparecía de nuevo, con sus locos cabellos de trasgo; y Sharat, que acababa de oír las quejas del vecino, cuyo vergel de mangos había destrozado Nilkanta, entraba, le tiraba de las orejas y lo abofeteaba. Entonces, Nilkanta, el niño, el capitán adorado de los pilletes, surgía otra vez, y hacía una nueva travesura en tierra, en agua, y en las ramas que están sobre agua y tierra.

Poco después de la aparición de Nilkanta, el hermano menor de Sharat, Satish, vino a pasar sus vacaciones universitarias con ellos. Kiran se sentía extraordinariamente complacida con tener algo nuevo en que ocuparse; ella y Satish eran de la misma edad, y se divertían de lo lindo jugando y peleándose, y haciendo las paces, y riendo, y hasta llorando. Kiran, cuando menos lo esperaba Satish venía por detrás, y lo sujetaba tapándole los ojos; o, con los dedos llenos de bermellón, le ponía "mico" en la espalda; o lo encerraba en la casa, y echaba por fuera el cerrojo, muerta de risa. Satish, por su parte, no se quedaba atrás: le escondía las llaves y las sortijas, le echaba pimienta en el betel o la ataba a la cama, cuando la cogía distraída.

Entretanto, sólo Dios sabe lo que pasaba Nilkanta. Se llenó, de pronto, de una amargura que tenía necesidad de desahogar en alguien o en algo; y zurraba iracundo a los chiquillos, sus fieles compañeros, sin motivo, y los echaba llorosos; la emprendía a patadas con su perro vagabundo, antes tan querido, hasta que el animal hacía retemblar los cielos con sus aullidos; y si salía a dar un paseo,

dejaba cubierto todo el suelo de ramillas y hojas de los árboles del camino, que iba apaleando con su bastón.

A Kiran le gustaba ver comer bien y a gusto a la gente. Nilkanta tenía un apetito insaciable, y jamás rehusaba nada rico, por muchas veces que se le ofreciera; y Kiran gozaba mandándolo llamar para que comiese en presencia suya, y lo agobiaba de presentes delicados, dichosa con la alegría de ver comer, hasta hartarse, a aquel muchacho bramín. Desde que Satish llegó, Kiran tenía mucho menos tiempo disponible, y raras veces venía ya a ver comer a Nilkanta. Su ausencia, antes, no hacía la menor mella en el apetito del muchacho, que no se levantaba hasta haber apurado su tazón de leche y haberlo luego enjuagado concienzudamente con agua; costumbre que le quedó, como reliquia, de sus días de miseria, cuando tomar leche era lujo inusitado, para permitir que siquiera se desperdiciara una gota. Pero, si ahora Kiran no estaba delante para suplicarle que probase esto o lo otro, se ponía tristón y nada le sabía bien; se levantaba sin comer gran cosa, y le decía a la criada desmayadamente: "No tengo ganas de comer." El se imaginaba que aquel diario "no tengo ganas de comer" llegaría a oídos de Kiran, y ya veía la desazón de ella, y esperaba que mandara llamarlo, para hacerle que comiese. No ocurrió así, sin embargo. Kiran no lo supo nunca, y no mandó por él; y la criada se comía todo lo que él dejaba.

Se iba a su cuarto; apagaba la lámpara, se echaba a obscuras en la cama y hundía la cabeza en la almohada, en un ahogo de sollozos. ¿Qué tenía? ¿Contra quién se quejaba? ¿De quién esperaba alivio?... Nadie venía, más que la Madre Sueño, que apaciguaba con sus blandas caricias el corazón herido del muchacho sin madre.

Nilkanta llegó al convencimiento inquebrantable de que Satish estaba envenenándole a Kiran el corazón contra él. Si ella, distraída, no le sonreía como de costumbre, sacaba en consecuencia que algo había tramado Satish para incomodarlos. Con todo el fervor de su odio, les rezaba a los dioses, que, en el próximo nacimiento, él fuera Satish y Satish él. Se figuraba que la cólera de un bramín no puede nunca ser en vano; pero, mientras más quería fulminar a Satish con el fuego de sus maldiciones, más se le consumía en sus llamaradas su propio corazón. Y entretanto, oía arriba a Satish, riendo y bromeando con su cuñada.

Nunca se atrevió Nilkanta a mostrarle abiertamente su enemistad a Satish, pero ideaba cien maneras mezquinas de fastidiarlo. Si Satish, cuando iba a nadar al río, se dejaba el jabón en la escalera de la casa de baños, al volver a cogerlo se encontraba que había desaparecido. En una ocasión, vió que su túnica listada favorita le pasaba flotando en la corriente; pensó que se la habría llevado el viento.

Un día, Kiran, deseando entretener a Satish, mandó por Nilkanta para que les recitara algo, y él se estuvo callado, en lúgubre actitud. Muy sorprendida, Kiran le preguntó qué le pasaba, y él continuó callado. Cuando Kiran le instó, otra vez, para que les dijese algún trozo predilecto de ella, contestó: "¡No me acuerdo!" —y se fué.

Llegó, por fin, el momento de volver a casa. Todos andaban atareados empaquetando cosas. Satish también se iba con la familia, pero a Nilkanta nadie le dijo nada. A nadie parecía habérsele ocurrido si debía o no debía ir.

Para ser exactos: Kiran había propuesto llevárselo con ellos; pero su marido, su suegra y su cuñado se negaron tan resueltamente, que no insistió más. Dos o tres días antes de la marcha, ella mandó llamar al muchacho, y con palabras bondadosas le aconsejó que se volviera a su casa.

Nilkanta se había sentido tan olvidado aquellos días, que este rasgo de bondad no pudo soportarlo, y se echó a llorar. Los ojos de Kiran también se llenaron de lágrimas. Se sentía llena de remordimiento, pensando que había creado un lazo de cariño, a sabiendas de que no podía ser duradero.

Pero Satish se molestó con el lloriqueo del muchachote. "¡El muy necio! ¿A qué vienen esos berridos? ¡Lo que tienes que hacer es hablar!"—le decía. Kiran le echó en cara a Satish su falta de buenos sentimientos, y él le contestó: "Tú, hermana, eres una inocente. No se puede ser tan buena y confiada como tú eres. Ese pamplinoso, sabe Dios de dónde habrá salido. Aquí se le ha tratado como a un rey, y, claro está, el tigre no tiene ganas de volverse otra vez ratón. (1) Ya sabe él que no hay nada como unas lagrimitas para ablandar los corazones."

Nilkanta se fué, furioso. Hubiera querido ser cuchillo, para despedazar a Satish; agujón, para pasarlo de parte a parte; fuego, para hacerlo cenizas. Pero Satish se quedó sin una cicatriz, y sólo su propio corazón era el que chorreaba sangre.

Satish, cuando vino de Calcuta, se había traído una hermosa escribanía. El tintero estaba montado en una barca de nácar, que arrastraba un ganso de plata falsa, en el cual se sostenía el portaplumas. Era objeto que estimaba mucho, y lo limpiaba cuidadosamente todos los días con un pañuelo de seda viejo. Kiran, riéndose, le daba en el pico al ave plateada, y le decía:

"*Pájaro dos veces nacido, ¡ay! ¿por qué quieres dañar a nuestra real señora?*"

(1) Alude a un cuento popular indo, de un santo que convirtió su ratón favorito en tigre.

Y el tiroteo de palabras consabido, estallaba entre ella y su cuñado.

La víspera de la marcha, se echó de menos el tintero, y no podía ser encontrado por ninguna parte. Kiran sonreía: "Cuñado, tu ganso se ha ido volando en busca de tu Damayanti (1)."

Pero Satish andaba indignado a más no poder. Tenía por seguro que Nilkanta le había robado el tintero, porque algunos de la casa dijeron que lo habían visto rondando, la noche antes, la habitación; y lo mandó llamar, que se presentara ante él. Kiran estaba también delante. "¡Tú me has robado el tintero, ladrón!,"—le dijo Satish a Nilkanta bruscamente;—¡traémelo ahora mismo!"

Nilkanta, lo mereciera o no, siempre se había dejado castigar por Satish, con perfecta ecuanimidad; pero al oír que le llamaba ladrón delante de Kiran le llamearon los ojos, feroces de ira, se le hinchó el pecho, y la gargante se le cerraba. Si Satish hubiera dicho una palabra más, habría saltado sobre él, como un gato montés, hechas garras sus uñas.

Kiran, profundamente conmovida por aquello, se llevó al muchacho a otro cuarto, y le dijo con su modo bondadoso y dulce:

"Nilu, si has cogido de veras el tintero, dámelo sin que nadie se entere, y yo te prometo que no te fastidiarán más." Gruesos lagrimones caían por las mejillas del muchacho, hasta que, al fin, escondió la cara entre las manos y sollozó acerbamente. Kiran volvió al cuarto donde estaba Satish, y dijo: "Estoy segura de que Nilkanta no ha cogido el tintero." En cambio, Sharat y Satish estaban convencidos igualmente de que nadie más que Nilkanta podía haberlo cogido.

Pero Kiran dijo con decisión: "No."

Sharat quería preguntarle al muchacho, y su mujer no se lo permitió. Entonces, Satish propuso que se registrara su cuarto y su cofre. Kiran dijo: "¡Si te atreves a hacer eso, no te lo perdonaré nunca, nunca! ¿Vas a convertirte en espía de un pobre inocente?" Y mientras hablaba así, sus maravillosos ojos se cargaban de lágrimas. Esto lo decidió todo, e impidió, del modo más terminante, que se molestara más a Nilkanta.

El corazón de Kiran se derramaba de piedad ante aquel ultraje que se intentaba contra un muchacho sin hogar. Compró dos trajes nuevos y un par de zapatos, y con ellos y un billete de banco además, se fué, al anochecer, sin que la sintieran, al cuarto de Nilkanta. Quería ponerle su recuerdo, para darle una sorpresa, en el cofre, que también había sido regalo de ella.

Buscó en su llavero una llave que le sirviera, y sin hacer el

(1) Quiere decir que iba por una esposa para Satish.

menor ruido abrió el cofre. Estaba tan revuelto y tan lleno de chismes, que no había manera de meter las ropas nuevas; así es que Kiran pensó que lo mejor sería sacarlo todo y hacer ella bien el equipaje. Salieron primeramente a relucir cuchillos, trompos, ovillos de cordel para barriletes, cañillas de bambú, conchas afiladas para mondar mangos verdes, fondos de vasos, otra porción de cosas de esas que ama el corazón de un chiquillo.

Luego venía una copia de ropa blanca, alguna limpia y otra no. Y debajo de la ropa blanca, ¡el tintero, con ganso y todo!

Kiran se quedó allí sentada, encendida de vergüenza, con el tintero en la mano; desvalida, maravillada.

Nilkanta, que había entrado detrás de Kiran en el cuarto, sin que ella lo sintiese, y lo estuvo viendo todo, pensó que Kiran había venido como un ladrón, a cogerlo; que su mala acción había sido descubierta. ¿Cómo iba él ya nunca a convencerla de que no era un ladrón, de que sólo la venganza lo había impulsado a coger el tintero, con la idea de tirarlo al río en cuanto hubiese tenido ocasión? Y fué débil un momento, y lo había metido en el cofre. "¡Yo no soy un ladrón!,—su corazón le gritaba;—¡un ladrón, no!" Entonces, ¿qué era, vamos a ver? ¿Qué iba a decir? ¿Había robado y, sin embargo, no era un ladrón? ¿Cómo podría explicar a Kiran lo soberamente equivocada que estaba ella tomándolo por un ladrón? Y él, ¿cómo podría soportar el pensamiento aquel de que ella había intentado sorprenderlo?

....En fin, Kiran, dando un hondo suspiro, volvió a poner el tintero en el cofre, y, como si hubiera sido ella misma la ladrona, lo tapó con la ropa blanca, colocó luego los cachivaches como los había encontrado y encima dejó las ropas nuevas, las botas y el billete, todo lo que había traído para Nilkanta.

Al otro día, no fué posible dar con el muchacho; la gente del pueblo no lo había visto y la policía no consiguió tampoco descubrir rastro de él. Sharat dijo: "Bueno, ahora, por curiosidad, vamos a abrir el cofre." Pero Kiran se obstinó en la negativa y no consintió que se abriera. Se lo subieron a su cuarto, y sacó el tintero y lo echó al río.

Todos se volvieron a casa, y el jardín se tornó desolado en un día. Sólo el hambriento perrillo callejero de Nilkanta se quedó vagando a lo largo del río, aullando, aullando como si fuera a partírsele el corazón.

LAS MIL Y UNA NOCHES





LAS MIL Y UNA NOCHES



ABIA una vez dos hermanos: Schariar, rey de Persia y Schazenand, rey de la gran Tartaria, de quienes refiere una crónica que sufrieron mucho por la infidelidad de sus mujeres, lo cual sugirió a Schariar una venganza tremenda: dispuso casarse cada noche con una mujer distinta y ordenó a su gran *Visir* (1) que, al nacer el nuevo día, estrangulase a la recién desposada. Esta orden consternó al pueblo y le indujo a maldecir de su soberano.

El gran Visir tenía dos hijas, las dos jóvenes y de sorprendente belleza; pero Schahrazada, mayor de edad, lo era también en prudencia y en sabiduría. La pequeña se llamaba Dinarza. Y sucedió que Schahrazada, con el propósito de volver la paz a su pueblo, quiso casarse con el rey, porque si lograba vivir durante algunos meses, podría conquistar su cariño y amenguar su crueldad.

(1) Visir: Ministro del Rey.

Para conseguirlo, la noche de sus desposorios encargó a Dinarza que la despertase antes del amanecer y la dijese: "Hermana mía ¿no quieres contarme un cuento? Porque ya no podré dormir más en el día."—Lo cual se cumplió como fué encargado, de modo que Schahrazada contó un cuento, pues el rey se lo permitía y tomaba interés en el relato. Pero como no terminase aún cuando amaneció y el rey tuviese necesidad de atender sus labores, le fué concedido un día más de vida a la esposa para que acabara su cuento. Lo que se repitió mil noches y una noche, durante las cuales Schahrazada mantuvo el interés del rey con cuentos maravillosos como *la Historia de Simbad el marino, la Historia del pájaro que habla, del árbol que canta y del agua de oro y la Historia de Aladino o de la Lámpara Maravillosa.*





HISTORIA DE SIMBAD EL MARINO

Durante el reinado de un famoso Califa (1), vivía en Bagdad (2) un pobre mandadero que se llamaba Himbad. Fatigado un día de gran calor con el peso de su carga, se paró en una calle estrecha, donde reinaba un fresco agradable y perfumado que convidaba a tomar algunos momentos de descanso.

Sentóse junto a un gran edificio, en el que se celebraba sin duda algún festín, a juzgar por los instrumentos músicos que se oían confundidos a ese ruido especial que produce siempre la alegría de los convidados. Quiso el buen mandadero averiguar lo que hubiese, y dirigiéndose a uno de los criados que estaban en el pórtico, le preguntó el nombre del dueño de la casa.

—¿Es posible—exclamó el criado—que vos, vecino de Bagdad, ignoréis que vive en este palacio el célebre Simbad el Marino, ese famoso viajero que ha recorrido todos los mares que alumbra el sol?

El mandadero había oído, en efecto, hablar de la opulencia del señor Simbad, y no pudo prescindir de comparar las riquezas y el bienestar de éste con la miseria a que él se veía reducido y los afanes que le costaba mantener a su numerosa familia.

Nuestro hombre, entregado a un acceso de desesperación, vió salir del palacio a un criado que le dijo:

—Seguidme; mi amo, el señor Simbad, quiere hablaros al momento—y condujo al asombrado Himbad a una gran sala donde estaban varias personas, alrededor de la mesa del banquete, compuesto de exquisitos manjares.

(1) Título del soberano.
(2) Antigua capital del Califato de Oriente.

Veíase en el sitio de honor a un hombre grave, de aspecto respetable y de larga barba blanca. Era Simbad el Marino, que al notar la turbación natural del mandadero, se acercó a él, le sirvió de comer y de beber con el mayor agrado, tratándole de hermano según la costumbre de los árabes. Concluída la comida, dijo Simbad al mandadero que había escuchado sus exclamaciones desde la ventana, y que iba a sacarle del error en que se encontraba al creer sin duda que había adquirido sus riquezas sin trabajos ni penalidades de ninguna especie.

—Sí, señores—continuó Simbad dirigiéndose a los convidados después que el pobre mandadero murmuró algunas palabras de excusa— he sufrido mucho durante una larga serie de años, y los peligros de mis aventuras en los siete viajes que he hecho exceden a cuanto pueda concebir la imaginación. Voy a relataros mi historia para que os sirva de recreo, y de enseñanza al hermano Himbad que hace poco se lamentaba de su triste suerte.

PRIMER VIAJE DE SIMBAD EL MARINO

Heredero en mi juventud de una brillante fortuna, derroché la mayor parte en el lujo y los placeres, sin acordarme de cuán transitorias son las cosas mundanas, ni de la necesidad en que todos estamos de gastar con orden para no vernos en la vejez reducidos a la escasez y la miseria. Pero llegó un día en el que reflexioné con juicio, y resuelto a abandonar la senda de perdición que había emprendido, reuní el poco dinero que me quedaba y salí con algunos mercaderes en un buque fletado a nuestras expensas.

Fuimos a diversos países, tomando y dejando mercancías, y una mañana vimos una isla casi a flor de agua, semejante a una pradera por su fertilidad y su aspecto. Cuatro pasajeros desembarcamos para comer y beber en tierra, libres del balanceo del barco, cuando la isla tembló de repente con ruda y violenta sacudida. Nos gritaron de a bordo que estábamos sobre el vientre de una ballena, y cada cual se salvó como pudo, unos a nado y otros en la chalupa, dejándome a mí sobre el monstruoso animal que a poco se hundió en el abismo de los mares. Me así a un pedazo de madera que habíamos llevado para hacer fuego, y ví con dolor que el buque se alejaba a toda vela, creyéndome muerto.

Dos días estuve a merced de las olas en la situación más angustiosa del mundo, hasta que las aguas mismas me arrojaron a una isla de pintoresca apariencia. Bebí el agua cristalina de un manantial que encontré junto a unos árboles frutales, y repuestas un poco mis aniquiladas fuerzas, avancé hasta una llanura donde

pacía una yegua, atada a un poste de madera. Me acerqué a contemplar la belleza del cuadrúpedo, y, mientras le examinaba, salió un hombre del centro de la tierra y me preguntó quién era. Le referí mi aventura, y entonces, tomándome de la mano, me llevó a una gruta donde había varios hombres que me dijeron ser palafreneros del rey Mihrage, soberano de la isla, y que iban a aquel prado todos los años a que pastaran las yeguas de su señor.

Al otro día fuí con ellos a la capital, y el rey Mihrage me recibió a las mil maravillas y dió orden de que no me faltase nada de lo necesario. Visité a los mercaderes, por si encontraba el medio de regresar a Bagdad, y frecuenté el trato de los sabios de la India y el de los señores de la corte, a fin de instruirme en las ciencias y en las costumbres del país.

Un día entró un buque en el puerto y comenzó a descargar mercancías sobre las que reconocí mi propia marca, y persuadido de que aquel barco era el mío, pregunté al capitán que a quién pertenecían los géneros. El capitán me respondió:

—Teníamos a bordo un mercader de Bagdad, llamado Simbad, que desembarcó con cuatro hombres en lo que al principio se creyó isla, pero que no era más que una ballena colosal dormida a flor de agua. Encendieron fuego los expedicionarios para asar un poco de carne, y la ballena, martirizada por el dolor, se hundió en las profundidades del mar. Todos pudieron salvarse a excepción de Simbad, cuyas mercancías traigo aquí a fin de venderlas y entregar luego el importe, con los beneficios, a la familia del desgraciado náufrago.

—Capitán—le dije— yo soy Simbad, y por consiguiente, podéis entregarme los géneros que me pertenecen.

Y le referí el verdadero milagro de mi salvación; pero no quiso creerme, sospechando si sería algún impostor que tomaba el nombre de Simbad para hacerme dueño de las mercancías, hasta que desembarcaron varios tripulantes que me reconocieron en seguida. El capitán, confuso, me pidió perdón y dió gracias al cielo por haberme preservado de la muerte.

Hice presentes al rey Mihrage de lo más selecto que poseía, a cuyo obsequio correspondió con regalos de gran valor, y me embarqué en el buque, no sin una abundante provisión de sándalo, de alcanfor, pimientas y cuantos frutos producía la isla, por valor de cien mil *cequíes* (1). Llegué al fin a Bassora, y con las ganancias de mi primer viaje compré tierras, esclavos y una casa magnífica para establecerme, resuelto a olvidar los pasados peligros.

Simbad se detuvo al llegar a este punto, sirvió de beber a sus

(1) Monedas de oro.

convidados, y dando una bolsa con cien cequíes al mandadero, le dijo:

—Tomad y volved mañana a oír el resto de mis aventuras.

Lleno de gozo, el pobre Himbad dió aquella suma a su familia, y al siguiente día fué puntualmente a la cita del ilustre viajero, quien, terminada la comida, habló en estos términos:

SEGUNDO VIAJE DE SIMBAD EL MARINO

Yo había resuelto pasar tranquilamente el resto de mis días en Bagdad; pero pronto me cansé de una vida tan ociosa, y sentí vehementes deseos de navegar y de traficar. Así, pues, emprendí mi segundo viaje en compañía de otros honrados mercaderes.

Cierto día desembarqué con otros compañeros en un islote, y mientras ellos se entretenían, cogiendo flores y frutas, yo tomé las provisiones que había llevado conmigo y fuí a sentarme a la sombra de un árbol que se erguía junto a un arroyuelo. Comí con buen apetito y, sin poder evitarlo, me dormí. Cuando me desperté, ya no ví el buque anclado.

Os dejo imaginar mi dolorosa sorpresa: creía que moriría de dolor. Al fin me sometí a la voluntad de Dios, y sin saber lo que me estaría reservado, me encaramé a la copa de un árbol y miré a todos lados para ver algo que me hiciese concebir esperanzas de salvación.

Por la parte del mar, sólo agua y cielo se ofrecía a mi vista; mas al pasear mi mirada por el interior de la isla, descubrí un objeto blanco que llamó mi atención; bajé del árbol, tomé las escasas provisiones que me quedaban y dirigí hacia allá mis pasos.

Cuando estuve cerca, observé que aquel objeto blanco era un globo de enormes dimensiones. Me acerqué más aún, lo toque, di vueltas alrededor por ver si encontraba alguna abertura o si había medio de poder escalarlo; pero todo fué en vano.

Era ya la hora del crepúsculo vespertino; pero la atmósfera se obscureció de repente, como si negros nubarrones encapotasen el cielo, y al levantar la cabeza para averiguar la causa de aquel fenómeno que tanta sorpresa me había causado, ví a un pájaro enorme que avanzaba volando hacia mí.

Me acordé entonces de un ave llamada Roc, de la que había oído hablar con frecuencia a los marineros, y comprendí entonces que aquel globo blanco no era más que un huevo de aquel pájaro.

Al verle venir, me apreté cuanto pude al huevo, y cuando el ave extendió sus alas sobre éste, ví que sus garras parecían grandes ramas de la más vieja encina. Sin pérdida de tiempo me até a ellas

con mi turbante, con la esperanza de que cuando el Roc levantase el vuelo me transportaría lejos de aquella isla desierta. En efecto, pasé así toda la noche; pero en cuanto salió el sol, el pájaro me remontó hasta las nubes, tan alto que no se divisaba la tierra, y descendió luego con tal rapidez, que yo no tenía conciencia de mí mismo.

Apenas toqué con el pie terreno firme, me desaté del pájaro, el cual apresó una descomunal serpiente y levantó de nuevo el vuelo, llevándola en el pico.

El sitio en que me encontraba era un valle profundo, rodeado de montañas altas y escarpadas que le circuían como una terrible muralla. El suelo se veía cubierto de magníficos diamantes, y los árboles llenos de serpientes tan monstruosas, que la más pequeña hubiera podido devorar a un elefante. Vino la noche, y aterrorizado me refugié en una gruta, cuya entrada tapé con piedras para defenderme de los reptiles que lanzaban horribles silbidos, irritados sin duda porque no podían penetrar en mi retiro. Al amanecer se fueron y yo me dormí, pero me despertó en seguida el ruido causado por la caída de varios pedazos de carne fresca que arrojaban desde lo alto de las peñas. Yo había oído decir que los mercaderes de diamantes iban a aquel valle en la época que las águilas tienen cría; echaban carne en las grutas, se pegaban a ella los diamantes, y luego las águilas sacaban la carne para llevarla a sus hijuelos, a la cima de las montañas, donde los hombres se apoderaban de las piedras preciosas, valiéndose de tal astucia porque es imposible penetrar en el valle.

Entonces comprendí que estaba en una especie de tumba, y comencé a imaginar los medios de que me valdría para salir de ella. Hice una rica provisión de diamantes, me até al pedazo de carne más grande que vi a mi al rededor, y apenas me puse boca bajo para esperar, vinieron dos águilas gigantescas en busca de provisiones, y la más poderosa me llevó consigo a su nido, en lo alto de una roca. Los mercaderes que allí había principiaron a gritar para que el águila se espantase, y grande fué el asombro de todos al verme a mí, contra quien se irritaron después, suponiendo que había ido al valle a privarles de sus beneficios. Les referí mis aventuras, y, para contentarlos, les dí parte de los diamantes que había cogido en la gruta, que eran de tal tamaño y valor, que se mostraron muy reconocidos a mi generosa conducta. Después de una peligrosa caminata llegamos al primer puerto, y más tarde a la isla de Roha, donde existe el árbol del alcanfor, el cual es tan frondoso, que más de cien hombres pueden tomar sombra bajo sus espesas y extendidas ramas. El jugo que se forma del alcanfor corre por una abertura que se practica en el tronco, y al caer en un vaso, se congela y

toma consistencia, y apenas se extrae dicho jugo, el árbol se seca y muere al momento.

Al fin llegué a Bagdad, más rico que antes, a causa de las muchas piedras preciosas de que me había apoderado, a cambio de tantas penalidades y peligros, y mandé dar a los pobres de la ciudad una abundante limosna.

Simbad terminó así el relato de su segundo viaje, hizo entregar otros cien cequíes al mandadero, quien, con los demás convidados, volvió a las veinticuatro horas para oír de boca del noble anciano la relación del nuevo viaje.

TERCER VIAJE DE SIMBAD EL MARINO

La vida inactiva y perezosa me mataba—dijo Simbad—, y lo aventurero de mi carácter unido a mis pocos años, hizo que saliese de Bagdad otra vez en busca de nuevos riesgos a países desconocidos.

Estábamos en plena mar, y una fuerte tempestad nos arrojó a las costas de una isla que, según dijo el capitán, estaba habitada por salvajes muy velludos que no tardarían en acometernos, y, aunque todos eran enanos, no podíamos oponerles resistencia. Si matábamos a algunos, nos aniquilarían sin remedio, porque su número era mayor que el de una plaga de langostas. En efecto, una nube de hombrecillos de dos pies de altura y de aspecto repugnante, rodearon, nadando, el buque, y se subieron por todas partes con la ligereza de los monos, sin cesar de dirigirnos la palabra en un idioma que no comprendimos. Envalentonados con nuestra pacífica actitud, nos obligaron a desembarcar, llevándose el buque a otra isla, y tristes y desesperados nos pusimos en marcha hasta llegar a un gran palacio, cuyo vestíbulo nos causó espanto al ver esparcidos por el suelo huesos y fragmentos de miembros humanos. La puerta de la habitación se abrió de improviso, y apareció un hombre negro de horrible figura, tan alto como un pino. Tenía un solo ojo en medio de la frente, inflamado y rojo como una ascua encendida, los dientes afilados cual los de una fiera, las enormes orejas le caían sobre los hombros, y las uñas largas, puntiagudas y semejantes a las garras de las aves de rapiña. A la vista del gigante nos quedamos muertos de terror. El monstruo me asió por la cintura, con la misma facilidad que si hubiera sido una costilla de carnero, y, al verme tan flaco, me soltó, examinando sucesivamente a los demás compañeros de infortunio. El que más le agradó fué el capitán, a quien atravesó el cuerpo con un pincho de hierro; encendió fuego, lo asó como a un pajarito y se lo cenó con las mayores demostracio-

nes de agrado. En seguida se puso a dormir, y el bramar del viento y el rugir de la tempestad no eran nada en comparación de sus ronquidos.

Tan horrible nos pareció a todos nuestra situación, que muchos de mis compañeros estuvieron a punto de ir a arrojarse al mar, antes que esperar una muerte tan horrible como la que les estaba reservada. Entonces dijo uno de ellos:

—Nos está prohibido quitarnos la vida por nuestra propia mano; pero, aunque nos estuviese permitido, ¿no es más razonable que nos deshagamos de ese monstruo?

—¡Cómo no se nos ha ocurrido antes!—exclamé yo.

Todos los compañeros aprobaron la idea.

—Queridos hermanos—les dije— en la playa hay mucha madera; construyamos barcazas, y cuando las tengamos terminadas, aprovechemos una ocasión para huir. Entretanto, pongamos en ejecución el proyecto de librarnos del gigante: si lo conseguimos, podemos esperar que llegue un barco que nos saque de este lugar maldito; y si nos falla el golpe, ganamos las barcazas y nos ponemos en salvo.

A todos agradó mi plan y construímos en seguida varias barcazas, capaces para transportar tres personas.

Al caer de la tarde volvimos al palacio; el gigante llegó poco después que nosotros. Forzoso nos fué presenciar cómo se comía otro compañero nuestro; pero aquella misma noche nos vengamos de su crueldad.

Cuando terminó su detestable cena, se acostó y no tardó en dormirse. Apenas le oímos roncar, pusimos al fuego una barra de hierro puntiaguda y, cuando estuvo al rojo blanco, le atravesamos con ella el ojo.

El dolor que experimentó le hizo lanzar un grito espantoso. Se levantó como una fiera con los brazos extendidos, tratando de coger a alguno de nosotros en quien desahogar su rabia. Vanos resultaron empero sus intentos, y entonces buscó a tientas la puerta y salió del palacio, aullando horrorosamente.

Salimos en pos de él y a todo correr nos dirigimos a la plaza, al lugar donde teníamos las barcazas. En seguida las botamos al agua y nos embarcamos en espera de que despuntase el día. Mas a los pocos momentos aparecieron numerosos gigantes, y mientras nosotros bogábamos con todas nuestras fuerzas, ellos nos arrojaban enormes piedras y hacían naufragar todas las barcazas, excepto la en que yo me hallaba, y todos los hombres que transportaban perecieron ahogados.

Mis dos compañeros y yo logramos llegar a alta mar, y entonces nos vimos a merced de las olas y en grave riesgo de perecer

también. Pasamos todo el día y la noche siguiente en una cruel incertidumbre acerca de nuestro destino; mas al salir el sol, conseguimos tomar tierra en una isla en la que encontramos exquisitas frutas con las que pudimos reponer las fuerzas perdidas. Nos dormimos luego en la playa, pero en seguida nos despertó el silbido de una serpiente.

Estaba tan cerca de nosotros que se tragó a uno, a pesar de nuestros gritos y de los esfuerzos que aquel hacía para escapar a la muerte. Mi otro compañero y yo emprendimos la fuga, y nos refugiamos en la copa de un árbol elevadísimo, donde pensábamos pasar la noche. No tardamos, empero, en oír de nuevo a la serpiente que se enroscó en el tronco del árbol y agarrando a mi compañero lo devoró también.

Cuando fué de día, bajé del árbol más muerto que vivo, pues estaba persuadido de que me esperaba una muerte horrible. Cansado y con la desesperación en el alma, me alejé del árbol y me dirigí a la playa, con ánimo de arrojarme al mar; pero Dios tuvo compasión de mí, y en el momento que iba a realizar mi culpable designio, ví un buque en lontananza. Grité con toda la fuerza de mis pulmones para ser oído y agité al aire mi blanco turbante con objeto de que me vieran. Felizmente, toda la tripulación vió las señas que yo hacía, y el capitán envió una chalupa para recogerme.

Cuando estuve a bordo, los mercaderes y los marineros me preguntaron cómo era que me hallaba en aquella isla desierta, y cuando les hube contado lo que me había sucedido, los más viejos me dijeron que habían oído hablar muchas veces de los gigantes que habitaban aquella isla y que eran antropófagos. Acerca de las serpientes, afirmaron que abundaban en aquel lugar.

Llegamos a un puerto, y mientras los mercaderes desembarcaban sus mercancías para venderlas o cambiarlas, el capitán, llamándome aparte, me dijo:

—Hermano, tengo en depósito algunas mercancías que pertenecían a un mercader que viajaba en este buque. Como supongo que ese mercader ha muerto, trafico con los géneros que dejó para que así produzcan algo hasta tanto que pueda entregarlos a sus herederos, junto con los beneficios. Así, pues, espero que querréis encargaros de esas mercancías y comerciar con ellas, a condición, empero, que vuestro trabajo ha de ser recompensado.

Acepté gustoso, porque me ofrecía ocasión para no estar ocioso.

El escribano de a bordo iba registrando las mercaderías y anotando el nombre de sus dueños.

—¿Con qué nombre he de registrar los géneros que se me confían?—pregunté al capitán.

—Con el de Simbad el Marino—me contestó.

Al oír pronunciar mi propio nombre, me estremecí de pies a cabeza, y mirando fijamente al capitán, reconocí en él al que en mi segundo viaje me había abandonado en la isla, mientras yo dormía junto a un arroyo. Al principio no pude reconocerle a causa del cambio que se había operado en toda su persona. No es, pues, de extrañar que tampoco él me reconociera, tanto más cuanto que me tenía por muerto.

—Capitán—le pregunté—¿es cierto que el mercader de quien son estos géneros se llamaba Simbad?

—Sí—me contestó—; ese era su nombre; natural de Bagdad, se embarcó en mi buque en el puerto de Bassora. Un día que tomamos tierra en una isla para hacer agua y provisiones, no sé cómo, me hice a la vela sin darme cuenta, hasta cuatro horas después, de que el mercader no había vuelto a bordo con sus compañeros. Teníamos el viento de popa y tan fuerte que nos impedía virar para ir a recogerlo.

—Así, pues, ¿creéis que ha muerto?

—Ciertamente.

—Pues os engañáis, capitán. Abrid bien los ojos y ved si tengo algún parecido con el Simbad que dejasteis abandonado en la isla desierta.

El capitán me miró de hito en hito, y, reconociéndome, al fin exclamó abrazándome:

—¡Bendito sea Dios que ha reparado así mi falta! Esas son vuestras mercaderías, que os las devuelvo mucho más gustoso que a vuestros herederos.

Yo me hice cargo de ellas, renuncié a los beneficios que con su tráfico había logrado el capitán y, demostrando a éste como pude mi profundo agradecimiento, volví a Bagdad con tantas riquezas que yo mismo no sabía su valor exacto.

CUARTO VIAJE DE SIMBAD EL MARINO

El cuarto viaje—continuó Simbad—lo emprendí hacia Persia, y con tan mala fortuna al principio, que un huracán deshizo nuestra embarcación, se llevó las mercancías y sólo seis hombres pudimos salvarnos en una isla donde nos vimos rodeados de una multitud de negros, que nos sirvieron cierta hierba para comer. Mis compañeros, acosados por el hambre, la comieron en efecto con avidez; pero yo, llevado de un presentimiento fatal, no quise probarla. A ellos se les turbó en seguida la razón, que era lo que deseaban los negros antropófagos para devorarlos en seguida, mientras yo huía siempre por sitios extraviados para no caer en manos de aquellos

caníbales. Al séptimo día de la marcha, llegué a la orilla del mar y vi a una porción de blancos como yo, ocupados en coger pimienta de los árboles, y, después de contarles mi naufragio, me embarqué con ellos y fuí a la isla de que procedían, donde me presentaron a su rey, que era excelente Príncipe. Tanto me distinguió con sus favores, que al poco tiempo fuí considerado, no como extranjero, sino como favorito del bondadoso soberano.

Todos los hombres, en aquel país, montaban a caballo sin brida, sin estribos y sin silla, objetos que les eran desconocidos por completo. Los hice construir a propósito, y admirados el rey y los señores de la corte de aquello que creían un invento mío, me colmaron de regalos y de riquezas.

Como yo frecuentaba la corte con mucha asiduidad, cierto día me dijo el rey:

—Simbad, yo te estimo y quiero que todos mis vasallos te conozcan y quieran como yo. Así, pues, te ruego que te cases, a fin de que el matrimonio te retenga en mis Estados y no pienses en volver a tu patria.

No podía yo oponerme a semejante ruego, y me dió por esposa una joven de su corte, noble, hermosa, prudente y rica.

Terminada la ceremonia nupcial, me establecí en la casa de mi esposa, con la cual viví algún tiempo en la más perfecta armonía.

Enfermó la mujer de un vecino nuestro, al que me unía muy estrecha amistad, y no me separé de su lado hasta que aquélla murió.

El pobre marido parecía no poder sobrevivir al dolor que semejante pérdida le producía, y le dije para consolarlo:

—Dad gracias a Dios que os conserva la vida y pedidle que os la prolongue por muchos años, para pensar en la amada difunta.

—¡Ay!—exclamó—. ¿Cómo queréis que pida semejante gracia, si apenas me queda una hora de vida?

—Vamos, desechad tan sombríos pensamientos. Sois joven, gozáis de excelente salud y. . . .

—A pesar de eso—me interrumpió—moriré, pues dentro de una hora me enterrarán junto con mi esposa. Tal es la costumbre establecida por nuestros antepasados: el marido debe seguir a la tumba a la mujer y la mujer al marido, enterrando vivo al sobreviviente.

Semejante noticia me llenó de terror.

Poco después acudían a la casa mortuoria los parientes, amigos y vecinos de los esposos para asistir a las exequias.

Amortajaron el cadáver con sus más ricos vestidos y joyas,

y colocándolo en el ataúd, se organizó el cortejo, que iba presidido por el viudo.

Llegamos a la cima de una alta montaña, levantaron una piedra que cubría la boca de un pozo, y bajaron el cadáver. Hecho esto, el marido abrazó a sus parientes y amigos, y sin oponer resistencia dejó que le tendieran en un ataúd, en el que colocaron un cántaro de agua y siete panecillos, y lo bajaron al pozo, como habían hecho con el cadáver. Terminada la ceremonia, cerraron nuevamente el pozo con la losa que lo cubría y cada cual volvió a su casa.

No pude disimular al rey mis impresiones.

—Señor—le dije—estoy profundamente asombrado de la costumbre que existe en vuestros Estados de enterrar a los vivos con los muertos.

—¡Qué quieres, Simbad!—me respondió—. Es una ley de la que yo mismo no puedo eximirme. Si la reina, mi esposa, muriese antes que yo. . . .

—Pero, señor—le interrumpí—supongo que los extranjeros no están obligados a observar esa costumbre.

—Te engañas, Simbad—me contestó el rey sonriendo.

Volví a mi casa apenado por tan tremenda noticia.

El temor de que mi esposa muriese antes que yo y que me sepultaran vivo con ella, hacía que me entregase a tristes reflexiones. Temblaba de pies a cabeza a la menor indisposición de mi mujer, y suplicaba a Dios fervorosamente que me la conservara; pero ¡ay! enfermó, al fin, gravemente y murió en pocos días. ¡Imaginaos lo que pasaría por mí!

El rey, acompañado de toda su corte, quiso honrar con su presencia la fúnebre comitiva, y las personas más notables de la ciudad me hicieron el honor de asistir al sepelio.

Procedióse conmigo y con mi mujer de la misma manera que en el entierro de que os he hablado.

A medida que, dentro de mi ataúd, en el que habían colocado las provisiones de costumbre, descendía al fondo del pozo, iba examinando, a favor de la luz que entraba de arriba, la disposición del subterráneo, que era una gruta vastísima. Bien pronto, sentí un hedor insoportable, exhalado por los numerosos cadáveres que yacían aquí y allá.

En cuanto llegué al fondo, salí del ataúd y me alejé de aquellos cuerpos putrefactos.

Pude sostenerme algunos días con los panes y el agua que me habían entregado; pero, agotadas mis provisiones, me dispuse a morir, cuando, al volverme, ví un bulto que huía. Seguí a aquella sombra durante mucho rato, y distinguí a lo lejos una luz que semejaba una estrella. Continué avanzando hacia aquella luz, y des-

cubrí, finalmente, que penetraba por una hendedura de la roca, lo bastante ancha para dejar paso al cuerpo de un hombre.

Embargado por la emoción que tal descubrimiento me produjo, quedé un momento como aturdido; me repuse en seguida, pasé por la hendedura y me encontré en la orilla del mar.

Os dejo pensar cuál sería mi alborozo.

Cuando, tras un breve descanso y respirando a plenos pulmones, fuí dueño por completo de mis sentidos, comprendí que el bulto que yo había visto y seguido no era otra cosa que un ave de rapiña que penetraba en el subterráneo para devorar los cadáveres.

Volví a entrar en el cementerio, tomé los panes y el agua, comí con avidez a la luz del sol, y me dediqué luego a despojar a los cadáveres de sus joyas y de sus ricos vestidos, todo lo cual amontonaba en la playa para hacer un gran fardo, valiéndome de las cuerdas que habían servido para bajar los ataúdes.

Al cabo de tres días divisé un buque que pasaba a corta distancia del lugar donde me encontraba, y vistas las señales que yo hacía con mi turbante, al mismo tiempo que gritaba con todas mis fuerzas, el capitán envió una chalupa para recogerme.

Contesté a las preguntas que me hicieron los marineros diciéndoles que dos días antes me había salvado de un naufragio, juntamente con mis mercancías, y, cuando estuvimos a bordo, el capitán rehusó las joyas que yo quería regalarle por el auxilio que me había prestado.

Pasamos por delante de muchas islas, entre ellas la de la Campana, distante diez jornadas de la isla de Serendib, con viento favorable, y seis de la isla de Kela, en cuyo puerto echamos el ancla.

Realizamos allí magníficos negocios comerciales y nos hicimos nuevamente a la vela con rumbo a otros puertos, en los que continuamos nuestro tráfico con mucho provecho.

Por último, llegué felizmente a Bagdad, poseedor de inmensas riquezas y resuelto a darme la mejor vida de los hombres de mi clase y condición.

QUINTO VIAJE DE SIMBAD EL MARINO

Los placeres a que me entregué no fueron parte a hacerme olvidar las penalidades que había sufrido, mas tampoco hacíanme renunciar al vivísimo deseo que experimentaba de realizar otros viajes.

Así, pues, adquirí numerosas mercancías, y haciendo colocar los fardos en un carro, me encaminé al puerto de mar más próximo.

Pero una vez allí, para no depender de un capitán y tener un

buque en que yo solo mandase, compré una nave que equipé a mi gusto, con tripulantes elegidos por mí mismo.

Con viento favorable nos hicimos a la mar.

El primer puerto en que echamos el ancla, tras muchos días de navegación, fué en el de una isla desierta en la que hallamos un huevo de Roc de dimensiones tan colosales como el otro de que ya os he hablado. Contenía un pollo de Roc, próximo ya a romper el cascarón, y los mercaderes que habían desembarcado de mi buque, acabando de romper el huevo, a fuerza de hachazos, se apoderaron del pollo, que hubieron de sacar en fragmentos, y se lo merendaron alegremente después de haberlo asado.

Mas apenas habían terminado su sabrosa comida, divisáronse, a lo lejos, en el horizonte, dos gruesas nubes, y el capitán a quien había confiado yo la dirección de mi buque, sabiendo lo que aquello significaba, díjome que eran los padres del Roc muerto, y que era preciso que volviésemos a bordo si queríamos escapar al peligro que nos amenazaba.

Los dos enormes pájaros cerniéronse un momento sobre nuestras cabezas, y con gran sorpresa por nuestra parte, retrocedieron por donde habían venido, cuando ya nos creíamos perdidos sin remedio.

Sin embargo, no duró mucho nuestra alegría, pues a los pocos momentos reaparecieron, llevando cada uno en las garras dos peñascos que parecían montañas. Revolotearon sobre la nave unos instantes y, cuando creyeron que no podía fallarles el golpe, dejaron caer uno de los peñascos; pero la habilidad del timonel, que viró rápidamente, nos libró de aquel peligro. Mas, por desgracia, el otro Roc dejó caer también la mole que transportaba, y dando de lleno en el centro del buque, lo sumergió, con toda la tripulación y pasajeros. Yo, empero, pude salir a flote tras no pocos esfuerzos, y agarrado a una tabla fuí arrastrado por las olas hasta la costa de la isla.

Me senté sobre la hierba para descansar y tomar alientos, y me interné luego en la isla para reconocer el terreno.

De pronto divisé, sentado sobre la margen de un río, a un viejo que, al parecer, estaba muy enfermo. Suponiendo, al primer momento, que era un pobre náufrago como yo, me acerqué a él, saludándole con una inclinación de cabeza.

—¿Qué hacéis aquí?—le pregunté.

Pero en vez de contestarme, me hizo señas de que me lo cargase a las espaldas y le pasase a la otra orilla del río, donde se proponía, según creí entender, coger algunas frutas.

Así lo hice, y cuando hube llegado a la opuesta margen, le dije, inclinándome para que pudiera hacerlo con más facilidad:

—Bajad ahora, puesto que ya estáis servido.

Pero aquel viejo que habíame parecido tan enfermo y decrépito, cruzó sus piernas sobre mi pecho y, asiéndome con ambas manos por el cuello, me apretó con tal fuerza que casi me asfixió. Aflojó luego el anillo de hierro que eran sus manos, y dándome fuertes golpes en el pecho, me obligó a enderezarme y a proseguir mi camino, con él a cuestas, a través de los árboles, haciendo que me detuviera para que él comiera la fruta que iba cogiendo. Llegó la noche, y creí que al fin me soltaría, pero me engañé. Permitió, sí, que me echara en tierra para dormir, pero continuó montado sobre mis espaldas.

Transcurrieron de esta forma varios días hasta que, en cierta ocasión, encontré en mi camino varias calabazas secas. Tomé la de mayor tamaño, y, después de haberla limpiado cuidadosamente, comencé a exprimir en ella racimos de uva, pues en aquella isla abundan extraordinariamente las viñas. Hecho esto, deposité la calabaza en un lugar a propósito para que fermentara el líquido, y pasados varios días me ingenié de modo que el viejo me condujese allí.

Tomé entonces la calabaza y bebí con fruición un vino exquisito, que me hizo olvidar por un momento mi triste situación.

Notó el viejo el efecto producido por aquella bebida y, cogiendo la calabaza, apuró con avidez todo su contenido, que no era escaso, pues había la cantidad suficiente para emborrachar a dos hombres.

No tardó el vino en subírsele a la cabeza; comenzó a cantar a su manera y a golpearme en la cabeza, pero con menos fuerzas que de costumbre, hasta que, por fin, se le aflojaron las piernas, desprendióse de mi cuello y cayó pesadamente sobre la hierba, privado de los sentidos. Entonces cogí con ambas manos un peñasco y le aplasté su maldita cabeza.

Contentísimo de verme libre del cruel anciano, me encaminé a la playa donde encontré a varios tripulantes de un buque que acababa de fondear para proveerse de agua, los cuales, cuando les hube contado mi aventura, me condujeron a bordo.

Salí de la isla en compañía de aquellos hombres, y de arribada a un puerto de gran comercio, nos dedicamos a coger cocos, fruto muy abundante en el país. Llegamos a un espeso bosque compuesto de árboles altos, rectos, y de troncos tan lisos, que a pesar de nuestros esfuerzos, no nos fué posible subir hasta las ramas, como lo hizo, con sorprendente agilidad, una bandada de monos, chicos y grandes, que huyeron de nosotros apenas nos presentamos en el bosque. Como la necesidad es madre de la ciencia, apedreamos con furor a los monos, y los animales, que comprendieron sin duda

nuestro designio, cogían cocos arrojándolos con unos gestos y unas contorsiones que demostraban bien a las claras su justa cólera. Así es que, en pocos minutos, llenamos nuestros sacos, cuando de otro modo nos hubiera sido imposible conseguirlo.

Repitióse la operación, que me produjo considerable ganancia, pues luego en la isla de Camari cambié los cocos por madera de áloe, y me consagré día y noche a la pesca de perlas, que allí tanto abundan. Dueño de una fortuna inmensa, regresé a Bagdad, donde, por espacio de dos meses, descansé de las fatigas de mi larga excursión, antes de emprender la siguiente, que voy a referiros:

SEXTO VIAJE DE SIMBAD EL MARINO

Cinco naufragios había experimentado en mis viajes—continuó Simbad— y a pesar de ellos y de las súplicas de mis parientes y amigos, no me fué posible contener los impulsos de mi carácter, y partí por sexta vez a la India, resuelto a hacer una extensa navegación.

Grande fué, en efecto, y un día, perdido el rumbo y sin saber dónde estábamos, nos anunció el capitán del barco, en medio de la mayor desolación, que íbamos arrastrados por una poderosa corriente a chocar contra la costa, y que, por tanto, nuestra pérdida era inevitable. Cada cual encomendó su alma a Dios, y en efecto, a los pocos minutos fuimos a dar al pie de una montaña inaccesible, aunque la Providencia nos permitió desembarcar los víveres y el cargamento de mercancías.

Después nos dijo el capitán:

—Ya sólo resta cavar cada uno nuestro sepulcro, porque estamos en un sitio tan funesto que nadie se ha salvado de cuantos en él han puesto la planta.

Y así debía ser, en efecto, porque todos aquellos lugares estaban llenos de huesos humanos y de despojos de buques naufragados al pie de la montaña fatal, cuyos peñascos tenían la particularidad de ser de cristal de roca, de rubíes y de otras piedras de gran valor. La cima era elevadísima, y afligidos, sin poder dar un solo paso para salir de tan cruel encierro, permanecimos en la playa consumiendo las pocas provisiones que nos quedaban. Concluídas éstas, vino el hambre, y después la muerte, que se llevó uno por uno a todos mis compañeros, y yo me quedé solo, y en tal tribulación, que un día pensé ya en quitarme la vida.

Dios tuvo compasión de mí, inspirándome la idea de ir a la entrada de cierta gruta, por donde corrían las aguas de un río caudaloso, al parecer. Supuse en seguida que forzosamente debería

conducir a tierras habitadas, y formé el proyecto de construir una barca con gruesos maderos para embarcarme en ella y dejar que me arrastrase la corriente. Así lo hice sin pérdida de tiempo, y después de poner en la barca un cargamento de ámbar, telas y piedras preciosas, comencé a remar en la obscuridad de la gruta, cuya bóveda era tan baja en ciertos sitios, que los peñascos herían mi cabeza. Al cabo de cuatro días y agotadas mis escasas provisiones, se apoderó de todo mi sér un sueño semejante al más profundo letargo. No sé cuánto tiempo estuve durmiendo; pero sí que al despertar me encontré en medio de feraces campiñas, junto a un río donde estaba amarrada la barca, y rodeado de muchos negros, los cuales me hablaban en un idioma desconocido para mí. Uno de ellos, que sabía el árabe, me dijo entonces:

—Hermano mío, no te cause sorpresa el verte entre nosotros: habitamos esta campiña, y al venir hoy a regarla con las aguas del río que sale de la montaña, te vimos dormido en esa embarcación que está ahí atada, deteniéndola para esperar a que despertases y a que nos cuentes tu historia.

Les referí lo sucedido con toda exactitud, y tan sorprendente les pareció, que quisieron que repitiese delante del rey de aquel país el relato de mi naufragio. Monté en un caballo que me trajeron, y seguido de los negros que conducían en hombros la barca con su cargamento, hice mi entrada en la ciudad de Serendib, residencia del soberano, a quien fuí presentado en el acto. El Príncipe me recibió con extremada benevolencia, y maravillado de lo extraordinario de mis aventuras, las hizo escribir en letras de oro para conservarlas en los archivos del reino. No menos lleno de admiración se mostró al ver las piedras preciosas y las mercancías de que yo era portador, y lejos de aceptar una parte de ellas, como le propuse, me dijo que iba, por el contrario, a aumentar con sus dones mi riqueza.

La isla de Serendib está situada en la línea equinoccial; por consiguiente, son iguales de duración los días y las noches; abunda en ricos frutos y en perlas, y allí existe la altísima montaña adonde fué a refugiarse Adán después de ser expulsado del paraíso.

Al fin, supliqué al rey que me permitiese volver a mi patria. Concediómelo bondadosamente, y cuando fuí a despedirme de él, me hizo grandes regalos, entregándome, a la vez, un mensaje para mi soberano, acompañado de un riquísimo presente.

—Tomad—me dijo—y entregadlo al Califa Haroun-al-Raschid, Comendador de los creyentes, como prueba de mi amistad.

Los regalos que me hizo consistían en lo siguiente:

1.° una copa tallada en un enorme rubí, llena de perlas, cada una de las cuales pesaba medio dracma; (1)

(1) Octava parte de una onza.

2.° una piel de serpiente, cuyas escamas eran del tamaño de las monedas de oro ordinarias y cuyas propiedades consistían en que preservaba de toda clase de enfermedades al que se acostaba sobre ella;

3.° cincuenta mil dracmas de madera de áloe y treinta granos de alcanfor.

Y todo esto acompañado de una bellísima esclava, cuyos vestidos estaban cubiertos de piedras preciosas.

El Califa, lleno de curiosidad por saber si eran ciertas las fabulosas riquezas que se atribuían al rey de Serendib, me preguntó lo que había yo visto en la isla, y le respondí que, en efecto, el rey de las Indias poseía mil elefantes, un palacio cubierto con una techumbre en la que brillaban cien mil rubíes, que tenía veinte mil coronas enriquecidas de diamantes, y que eran de oro y de esmeraldas las lanzas y las armas todas de los servidores de su espléndida corte.

Terminada la ceremonia de recepción—añadió Simbad—me despidió el Califa, y yo me retiré a mi casa a disfrutar de los cuantiosos bienes que la Providencia me había concedido.

SEPTIMO Y ULTIMO VIAJE DE SIMBAD EL MARINO

Cuando regresé de mi sexto viaje, formé el decidido propósito de no volver a embarcarme. Pero cierto día que daba un banquete a varios amigos para festejar mi regreso, me anunciaron que un oficial del Califa deseaba hablarme.

Abandoné al punto la mesa y salí a su encuentro.

—El Califa—díjome el mensajero—me ha ordenado que os conduzca a palacio.

Seguí al oficial, y cuando estuve en presencia del soberano, me postré a sus pies.

—Simbad—me dijo el Califa— tengo necesidad de vuestros servicios. Es preciso que vayáis a llevar mi contestación y mis presentes al rey de Serendib, pues es muy justo que corresponda a sus finezas para conmigo.

El mandato del Califa cayó sobre mí como un rayo.

En pocos días estuve, sin embargo, en disposición de ponerme en camino, híceme cargo del mensaje y de los regalos que el Comendador de los creyentes enviaba al rey de Serendib y partí para Bassora, en cuyo puerto me embarqué.

La travesía fué de lo más feliz que puede desearse.

Llegado a la isla de Serendib, expuse a los ministros del Rey

el encargo que se me había confiado, y les rogué que me consiguieran una audiencia del soberano.

Así lo hicieron, y al siguiente día fuí conducido con toda pompa a presencia del rey, quien, al reconocerme, dió señales de la más viva alegría.

—¡Oh, Simbad, bien venido seais!—me dijo—. Os juro que, desde vuestra marcha, he pensado frecuentemente en vos. Bendigo este día porque os vuelvo a ver.

Le agradecí con frases salidas del corazón sus bondades y le entregué la carta y los regalos de que era portador.

El rey de Serendib recibió con visibles demostraciones de íntima satisfacción aquellas muestras de amistad del Califa, y me despedí de la corte, cumplida mi comisión, cargado de presentes que me hizo el soberano.

Me embarqué nuevamente con la intención de regresar en seguida a Bagdad, pero el destino lo dispuso de otra manera y llegué más tarde de lo que hubiese querido.

A los cuatro días de navegación fuimos atacados por unos corsarios que mataron sin piedad a los pocos que quisieron oponerles resistencia, vendiéndonos a los demás como esclavos en una isla de que yo no tenía noticia. Caí en manos de un opulento mercader, el cual me preguntó si sabía algún oficio; le dije que mi profesión era la del comercio y que los corsarios se habían apoderado de cuanto poseía.

—¿Pero, al menos, sabréis manejar el arco y las flechas?—exclamó.

—Sí—respondí,— ese ha sido mi ejercicio favorito de la juventud.

Entonces me dió dichos instrumentos, llevándome a un bosque para que, subido en un árbol, diera caza a los elefantes. Una vez en aquel sitio, me dejó solo hasta que al amanecer del día siguiente apareció una manada, y tuve la suerte de matar uno de los más hermosos. Al momento lo noticié a mi amo, y juntos enterramos al elefante para precipitar la putrefacción y sacarle luego los colmillos, que era con lo que comerciaba el mercader.

Dos meses estuve dedicado a la caza, y apenas pasaba un día que no diese muerte a uno de los referidos animales, con gran satisfacción de mi amo; pero una tarde los elefantes, lejos de pasar junto al árbol en que los acechaba, se detuvieron haciendo horroroso ruido, y uno de ellos, el más poderoso, derribó con la trompa el árbol, cual si hubiera sido una débil caña. En seguida me montó sobre su joroba, al verme caído en tierra, y me paseó triunfalmente a la cabeza de los demás animales. Luego me hizo bajar con el auxilio de la trompa, y todos se retiraron, dejándome asombrado de aquella rareza, pues que yo creí haber llegado al último día de

mi vida. Me encontré en una colina cubierta de huesos de elefantes, y no dudé de que estos animales, con su prodigioso instinto, me habían llevado a su cementerio para que hiciese buena provisión de colmillos y cesara de perseguirlos.

Así concluyó Simbad, diciendo al mandadero Himbad que no volviera a quejarse con tanta amargura de su suerte, porque los hombres que parecen más dichosos y opulentos, no han adquirido su fortuna, a veces, sino a costa de penalidades, trabajos y fatigas.

Simbad dió al mandadero mil cequíes de oro, admitiéndole en el número de sus amigos, para que, después de abandonar su humilde profesión, conservase un eterno recuerdo de las peligrosas aventuras de Simbad el Marino.

—Señor—dijo Schahrazada cuando terminó la historia de Simbad el Marino,—aunque sé todavía un sinnúmero de cuentos, creo que Vuestra Majestad se cansará de escucharme.

Pero, como el rey le respondiese con benévolas palabras, la dulce Schahrazada principió en seguida la historia siguiente:





HISTORIA DEL PAJARO QUE HABLA, DEL ARBOL QUE CANTA Y DEL AGUA DE ORO

Había en otros tiempos un príncipe persa, llamado Khoruscha, al cual le agradaba mucho recorrer por la noche, disfrazado, las calles de la ciudad, en busca de lances y aventuras. Murió el Sultán, su padre; el Príncipe subió al trono, y a pesar de su alta categoría, no por eso prescindió de sus primeras aficiones, que le proporcionaban el enterarse a fondo de lo que en su capital ocurría. Una noche, que salió acompañado de su gran Visir, se detuvo a la puerta de una casa de pobre aspecto, miró por el ojo de la cerradura, y vió a tres hermanas sentadas en un sofá. Estaban conversando:

—Yo—decía una—quisiera casarme con el panadero del Sultán para comer siempre ese pan tan bueno que hacen en palacio.

—Y yo—replicó la segunda—desearía ser mujer del cocinero mayor del soberano, porque me gustan mucho los excelentes guisados.

—Pues yo, por mi parte—dijo la menor de las hermanas, que era una joven muy linda,— no soy tan modesta como vosotras, y codiciaría ser esposa del Sultán.

Los deseos de las tres hermanas, y sobre todo el de la menor, le parecían tan extraños al Sultán, que determinó satisfacerlos, para lo cual hizo que su gran Visir llevase a las jóvenes, al día siguiente, a palacio. Fueron allá, inquietas y temerosas, y grande fué su rubor al saber que el soberano había descubierto el secreto de sus pensamientos y que estaba, además, decidido a realizarlos sin demora. Quisieron excusarse, pero todos sus esfuerzos se inutilizaron ante la voluntad del Sultán; celebráronse las bodas aquel



mismo día; las de las hermanas mayores con la poca ostentación que era consiguiente a la clase humilde de sus respectivos maridos, y la de la hermana menor con la pompa y el fausto que requería el enlace del soberano. Esta notable diferencia excitó los celos y la envidia de las dos hermanas, quienes resolvieron vengarse de la Sultana a toda costa. Valiéronse de intrigas y malos medios para apoderarse del primer hijo que tuvo su hermana, arrojando al recién nacido, dentro de una cesta, en el canal que pasaba por los jardines de palacio.

Casualmente paseaba en aquel momento a lo largo del canal el intendente de los jardines, y al ver la cesta que flotaba sobre las aguas, llamó a un jardinero y le ordenó que la recogiese.

El buen intendente se quedó aturdido al descubrir que la cesta contenía un niño que, a pesar de ser recién nacido, como se echaba de ver en seguida, acusaba una belleza extraordinaria.

Largos años hacía que el intendente estaba casado, sin que el cielo le hubiese concedido un hijo; así, pues, interrumpiendo su paseo, mandó al jardinero que le siguiese con la cesta, y entró en la habitación de su mujer, exclamando:

—¡Esposa mía, ya tenemos un hijo! Buscad en seguida una nodriza y cuidadlo como si fuera vuestro.

La mujer tomó al niño, y mientras le cubría de besos, pensaba el intendente:

—No me cabe duda de que ha sido arrojado al canal desde las habitaciones de la Sultana; pero me guardaré mucho de practicar investigaciones que podrían llevar la guerra adonde tan necesaria es la paz.

Al año siguiente, la Sultana dió a luz otro Príncipe, y las desnaturalizadas hermanas lo colocaron también en una cesta y lo echaron al canal, diciendo al Sultán que su hijo tenía forma de gato.

Afortunadamente para el niño, el intendente de los reales jardines paseaba a lo largo del canal y lo llevó a su casa.

El sultán de Persia, desesperado por esta nueva desgracia, de la que culpaba a su esposa, pensaba castigar a ésta cruelmente; pero el Visir logró calmarlo.

Finalmente, la Sultana dió a luz por vez tercera una Princesa, y la inocente criatura corrió la misma suerte que sus hermanos.

Las dos hermanas, que habían decidido no dar por terminada su abominable empresa hasta ver a su hermana menor despreciada por el Sultán, confiaron también al canal la Princesa que, como sus hermanitos, fué recogida por el intendente.

El Sultán Khoruscha no pudo contenerse al tener conocimiento del nacimiento de un nuevo monstruo.

—¡Cómo!—exclamó.— ¿Esa mujer, indigna de mi afecto, va

a llenar mi palacio de monstruos? No será así, a fe mía. Ella es también un monstruo, del que debo librar al mundo.

Pronunciada así la sentencia de muerte, ordenó al Visir que la hiciera ejecutar sin pérdida de tiempo.

Este y los cortesanos que se hallaban presentes, se prosternaron ante el Sultán, suplicándole que revocase la sentencia.

—Señor—dijo el Visir,—permítame Vuestra Majestad hacerle presente que las leyes del reino sólo condenan a muerte al que haya cometido un gran delito. A infinidad de mujeres les ha sucedido y les sucede diariamente lo mismo, y por esto se les considera dignas de compasión, pero no de castigo. Puede Vuestra Majestad no volver a verla, pero dejarla vivir. El continuo dolor en que vivirá desde que la retiréis vuestra gracia, será el mayor castigo que pudiera aplicarse a una delincuente.

—Es cierto—repuso el Sultán;—que viva, pero en condiciones que la hagan desear la muerte. Mandad que la encierren en una jaula de madera, de modo que quede fuera la cabeza, y vestida con telas groseras, exponedla en la puerta de la mezquita principal. Ordenad al mismo tiempo que todo musulmán que vaya a hacer sus oraciones, está obligado a escupirla en el rostro, so pena de sufrir el mismo castigo.

El tono con que el Sultán pronunció este último decreto hizo enmudecer al Visir, y la bárbara orden fué cumplida.

El intendente y su mujer criaron a los príncipes con ternura paternal que aumentaba a medida que crecían en edad. Revelaban todos ingenio extraordinario y la Princesa una belleza sorprendente.

Cuando tuvieron edad para ello, el intendente les puso un maestro para que les enseñase a leer y a escribir; y la Princesa, que asistía a sus lecciones, mostró tan vehementes deseos de instruirse, que su padre adoptivo la dió el mismo preceptor, y en poco tiempo alcanzó y aún aventajó a sus hermanos.

Con los mismos maestros estudiaron geografía, poesía, historia y ciencias, incluso las ocultas, y como nada encontraban difícil, hicieron tales progresos que sus maestros se vieron obligados a declarar que sabían ya tanto como ellos.

Los Príncipes aprendieron también *equitación*, (1) y la Princesa, que no quería que la sobrepujasen en nada sus hermanos, ejercitóse con ellos, de manera que sabía montar a caballo, guiarlo y tirar la *jabalina* (2) con destreza sorprendente.

El intendente, henchido de gozo al ver que los niños por él criados correspondían de tal suerte a los sacrificios y penalidades que por ellos se había impuesto, quiso hacer aún mayores gastos

(1) Arte de montar a caballo.
(2) Arma semejante a un dardo o pequeña lanza.

para mayor comodidad de sus hijos adoptivos, y convirtió su modesta casa en magnífica mansión rodeada de jardines, a los que añadió un bosque extensísimo y poblado de animales de todas clases, con objeto de que los Príncipes pudieran dedicarse al ejercicio de la caza cuando lo tuvieran por conveniente.

Cuando el edificio estuvo concluído, alhajado con arreglo a su magnificencia y en condiciones de ser habitado, el intendente fué a postrarse a los pies del Sultán y le suplicó que, en atención a su edad tan avanzada, le relevase de un cargo que había desempeñado durante los reinados del abuelo y del padre del actual soberano, y continuaba desempeñando aún. El Sultán se resistió al principio a desprenderse de un servidor tan fiel, pero al fin, conmovido por sus súplicas, hubo de ceder, asegurando al viejo intendente que siempre le querría y honraría como hasta entonces.

La esposa del intendente había muerto ya, y el anciano se instaló en su palacio en compañía de los dos Príncipes, a quienes había impuesto los nombres de Baman y Perviz, y de la Princesa, que se llamaba Parizada.

No sobrevivió mucho tiempo a su amada esposa, pues a los cinco meses de habitar su nueva residencia, murió repentinamente, sin haber podido revelarles su elevado origen.

Baman, Perviz y Parizada, que no habían conocido otro padre que el intendente de los jardines del Sultán, rindiéronle los honores fúnebres que el amor y la gratitud filial exigían de ellos.

Satisfechos con los cuantiosos bienes que heredaron, vivieron juntos y amándose mutuamente, sin más ambición que la de ser gratos los unos a los otros.

Cierto día, que los dos Príncipes habían ido de caza y la Princesa quedó sola en el palacio, llegó una vieja y devota *musulmana*(1) rogando que le permitiesen entrar para hacer sus oraciones.

La Princesa ordenó que la condujesen al oratorio que, a falta de *mezquita*, (2) había hecho construir el intendente, y que cuando la devota hubiese terminado sus oraciones, la enseñasen la casa y el jardín y se la presentasen luego.

Parizada aguardaba a la vieja musulmana en un vasto salón que sobrepujaba en magnificencia a todos los departamentos del suntuoso palacio.

—Mi buena madre—le dijo en cuanto vió a la anciana,—acercaos y tomad asiento a mi lado. Me felicito de que la fortuna me ofrezca ocasión de aprovechar el buen ejemplo y oír los buenos consejos de una persona como vos.

(1) Creyente de la secta de Mahoma.
(2) Templo del culto mahometano.

La devota quería sentarse en el suelo, pero la Princesa la obligó a hacerlo en el sitio de honor.

—Señora—dijo entonces la anciana,—no esperaba ser recibida con tanta benevolencia que no merezco; pero me lo mandáis y fuerza es obedeceros.

La conversación se prolongó largo rato sobre los ejercicios de devoción que la musulmana practicaba y sobre su género de vida, y, por último, le preguntó Parizada qué le había parecido su casa.

—Señora—repuso la anciana,—muy mal gusto había de tener para no encontrarla admirable; es espléndida, amena, alhajada con magnificencia, y está situada en un paraje encantador. Sin embargo, me tomaré la libertad de deciros que, para no tener igual en el mundo, le faltan tres cosas.

—¿Qué cosas son ésas, mi buena madre?—preguntó la Princesa. Os ruego que me las digáis, pues os juro que haré cuanto esté en mi mano para adquirirlas.

—Señora—contestó la devota musulmana,—son: el pájaro que habla, un pájaro singular que se llama Bulezar, el cual tiene, además, la virtud de atraer a todas las aves canoras para que acompañen su voz; el árbol que canta, cuyas hojas son otras tantas bocas que forman un concierto armonioso de voces diferentes; y, por último, el agua amarilla de color de oro, de la cual basta una gota para hacer un surtidor perenne que cae en la pila sin que ésta rebose jamás.

—¡Cuánto os agradezco, mi buena madre, las noticias que me dais! Segura estoy de que sabéis también el lugar donde se hallan, y os suplico que me lo reveléis.

Y para complacer a la Princesa, contestó la anciana:

—Esas tres preciosidades se hallan en un mismo sitio, en los confines de este reino. La persona que vaya a buscarlas no tiene más que caminar veinte días, siguiendo siempre la carretera que pasa por delante de esta casa, y al cabo de ese tiempo, el primero a quien pregunte por dichos objetos, le informará del lugar en donde puede encontrarlos.

Apenas proferidas estas palabras, se marchó la devota, y la Princesa, muy preocupada con la revelación, refirió lo sucedido a sus hermanos cuando éstos estuvieron de vuelta. El príncipe Baman se levantó de repente, y dijo que había resuelto ir en busca del pájaro, del árbol y del agua de oro, para regalar las tres cosas a su querida hermana. Tanto ésta como el príncipe Perviz, quisieron disuadirle de su intento, exponiéndole los peligros a que iba a arriesgarse; pero Baman se mostró decidido a emprender la aventura e hizo en seguida los preparativos necesarios para la

marcha. A punto ya de partir, dió a su hermana un cuchillo envainado y le dijo:

—Toma; de vez en cuando saca el cuchillo, y mientras que la hoja esté brillante, será una prueba de que vivo; pero si se empaña y gotea sangre, es que habré dejado de existir. Entonces acompaña mi muerte con tus lágrimas y tus oraciones.

El valeroso Príncipe abrazó a sus hermanos por última vez, y bien armado y equipado, tomó el camino recto, atravesando toda la Persia, hasta que a los veinte días cabales de marcha, vió a un anciano de aspecto desagradable, sentado a la sombra de un árbol, a corta distancia de la pobre choza que le servía de abrigo contra los rigores de la intemperie. Las cejas blancas le caían hasta la nariz; el bigote, blanco también, le cubría la boca, y la barba y los cabellos le llegaban hasta los pies. Tenía las uñas de tamaño descomunal y llevaba un sombrero de anchas alas, semejante en la forma a un quitasol; su vestido consistía en una estera arrollada en derredor del cuerpo.

Este anciano era un *derviche* (1) retirado del mundo y de sus vanidades, lo cual explicaba el abandono y desaseo de su persona. El príncipe Baman, que desde por la mañana había estado atento en observar si encontraba a alguien que le diese noticias, se detuvo junto al derviche, echó pie a tierra y saludó al anciano, el cual contestó, pero tan confusamente, que el Príncipe no entendió ni una sola palabra; y viendo que se lo estorbaba el bigote que le cubría la boca, sacó unas tijeras y pidió al derviche permiso para cortárselo. No se opuso el anciano, y concluída la operación, dijo el derviche:

—Quienquiera que seais, os agradezco el servicio que me habéis hecho y estoy pronto a recompensarlo en lo que de mí dependa. Supongo que no os habréis bajado del caballo sin motivo, y así, decídmelo y procuraré complaceros.

—Buen derviche—replicó el Príncipe,—vengo de lejanas tierras y busco el pájaro que habla, el árbol que canta y el agua de oro. Ignoro el sitio en que están estas preciosidades, y, si lo sabéis, os ruego me enseñéis el camino para no perder el fruto de mi largo y penoso viaje.

—Señor—respondió el derviche con el semblante demudado, conozco el camino por que me preguntáis, y el cariño que ya os tengo me hace titubear en daros respuesta afirmativa. El peligro a que vais a exponeros es inmenso; otros valerosos caballeros que han pasado por aquí, me han hecho la misma pregunta y ni uno solo ha vuelto triunfante de la atrevida empresa, de la cual traté

(1) Monje mahometano.

siempre de disuadirles. No vayáis más adelante y volveos a vuestro país.

—Cualquiera que sea el peligro de que me habláis—dijo el Príncipe,— lo arrostraré sin miedo alguno, porque creo tener más valor que mis enemigos.

—¿Y si los que os acometan no se dejan ver, porque son tan numerosos como invisibles, cómo os defenderéis contra ellos?

—No importa, yo sabré arreglarme—respondió el Príncipe,— y os suplico por segunda vez que me mostréis el camino.

Viendo el derviche que eran vanos sus consejos, metió la mano en un saco que tenía junto a sí, sacó una bola y la presentó al Príncipe.

—Tomad esta bola—dijo—y cuando estéis a caballo, tiradla y seguid tras ella hasta la falda del monte donde se pare; bajaos entonces, y dejad suelta la brida del corcel, que os esperará en el mismo sitio. Al subir, encontraréis a derecha e izquierda una multitud de piedras negras, y oiréis una confusión de voces que os insultarán para desanimaros e impedir que lleguéis a la cumbre; no os asustéis ni miréis hacia atrás, porque al punto os convertiréis en piedra negra como aquéllas, que son otros tantos señores frustrados en su intento. Si lográis evitar el peligro y llegáis a lo alto del monte, hallaréis una jaula y en ella un pájaro, y como éste habla, le preguntaréis dónde se encuentra el árbol y el agua de oro, y él os lo indicará.

Ahora, haced lo que gustéis.

—Agradezco vuestras advertencias—dijo el Príncipe— y creo que pronto me veréis cargado con las preciosas maravillas que busco.

Tomó Baman la bola, montó a caballo, y, no sin dar gracias al derviche, arrojó al suelo la bola, según éste lo había prevenido. Fué rodando hasta la falda del monte, y allí se detuvo el Príncipe, dejando el caballo, que permaneció inmóvil a pesar de tener la rienda suelta. Empezó Baman a subir la cuesta, flanqueada de piedras negras, y apenas hubo dado cuatro pasos, cuando oyó las voces de que le había hablado el derviche:

—¿A dónde va ese calavera atolondrado?—decían.

—¿Qué es lo que quiere? No lo dejéis pasar.

Y otras le llamaban ladrón y asesino, y se burlaban luego de él y de su loco empeño en conseguir la jaula con el pájaro.

El Príncipe siguió subiendo intrépidamente, pero las voces hicieron tal estruendo y algarabía que se asustó; comenzaron a temblarle las rodillas, volvió la cabeza para retroceder, y en el acto quedó transformado en piedra negra, lo mismo que su caballo.

Desde el día en que salió el Príncipe Baman, llevaba su hermana a la cintura el cuchillo que el joven le dejó para que supiera

si estaba muerto o vivo. Grande fué la pena de la Princesa y de Perviz cuando vieron un día que chorreaba sangre el misterioso cuchillo. Lloraron ambos la pérdida de su hermano querido. Parizada se arrepintió mil veces de haberle revelado la conversación de la beata.

—Parizada, lloramos inútilmente a nuestro hermano; nuestras lágrimas y nuestro dolor no habrán de devolvérnoslo. Así pues, acatemos la voluntad de Dios y resignémonos a sus inescrutables designios. ¿Por qué dudas ahora de las palabras de la devota que tuviste por ciertas y verdaderas? Si esas tres cosas no existiesen realmente, habríase abstenido de hablarte de ellas. ¿Qué motivos tenía para engañarte? ¿No la acogiste, por ventura, con toda la bondad de que eres capaz? Por lo tanto, en vez de llorar y lamentarnos, lo que debemos hacer es averiguar el paradero de nuestro hermano. Tal vez no ha muerto y le ha ocurrido alguna desgracia por haber olvidado o hecho algo que no podemos adivinar. Yo estaba dispuesto a emprender en su lugar el viaje que ha hecho; ahora, pues, con doble motivo debo ponerme sin pérdida de tiempo en camino, y así lo haré.

En vano le manifestó la infeliz Princesa que iba a quedarse sola en el mundo, sin amparo y sin consuelo; el Príncipe persistió en su resolución, y en vez de un cuchillo, dió a su hermana un collar de perlas con cien cuentas, diciéndole:

—Repasa las cuentas de este collar durante mi ausencia, y si se detienen en el hilo sin correr atrás ni adelante, como si estuviesen pegadas las unas a las otras, será prueba de que he sufrido la misma suerte que mi hermano. Pero no creo que suceda así, y espero tener la dicha de volver a verte muy pronto.

El Príncipe marchó, y a los veinte días de camino tropezó con el mismo derviche en el paraje en que Baman le hubo encontrado. Hízole las preguntas oportunas; el anciano respondió en iguales términos que empleaba siempre, y por medio de la conversación supo que el joven era hermano del que le había cortado el bigote.

—Si no seguís con más exactitud mis consejos—dijo el derviche,—os sucederá lo propio que a vuestro hermano, o lo que es lo mismo, seréis al punto convertido en piedra negra.

Dió luego al Príncipe una bola del saquillo y las instrucciones necesarias, que el joven observó con puntualidad. Cuando se detuvo la bola paró el caballo y subió la cuesta a pie muy decidido a llegar a la cumbre, pero a los cinco o seis pasos oyó cerca de sí una voz de hombre que le decía:

—Aguarda, temerario, que voy a castigar tu insolencia.

El Príncipe Perviz no pudo contenerse al escuchar el insulto; tiró del sable, volvió hacia atrás para vengarse, y apenas tuvo

tiempo de ver que nadie le seguía, porque quedó transformado en piedra negra, lo mismo que su caballo.

Desde que marchó el Príncipe Perviz, la Princesa Parizada no se había descuidado un solo día de pasar las cuentas del collar de perlas que aquél le había entregado. Al instante mismo en que Perviz sufría la misma desgraciada suerte que su hermano Baman, notó la Princesa que las perlas no obedecían al movimiento que quería imprimirles, y no dudó de que aquello significaba la muerte de Perviz.

Y como de antemano había decidido lo que debía hacer si llegaba el desgraciado caso, se sobrepuso a su dolor y al día siguiente, vestida de hombre, armada convenientemente y provista de todo lo necesario, montó a caballo y se puso en camino, siguiendo el mismo que recorrieron sus hermanos.

A los veinte días de marcha ininterrumpida, encontró al derviche, y echando pie a tierra fué a sentarse a su lado, después de saludarle, y le dijo:

—Buen derviche, permitid que descanse un momento junto a vos y dignaos indicarme dónde se encuentran el pájaro que habla, el árbol que canta y el agua de oro.

—Señora—repuso el derviche,— por la voz he conocido que sois mujer. Sé dónde se encuentran esas tres cosas por las que preguntáis; mas decidme, ¿por qué motivo queréis saberlo?

—Buen derviche—contestó la Princesa Parizada,—me han referido tantas maravillas acerca de ello, que ardo en deseos de verlas.

—Y no os han engañado, señora—replicó el derviche;— pero es el caso que se oponen dificultades casi insuperables a la realización de vuestro deseo. Creedme, lo que debéis hacer es volver a vuestra casa, pues no quisiera yo contribuir a vuestra perdición.

—Querido anciano, he venido desde muy lejos y seríame muy doloroso regresar sin haber conseguido mi objeto. Supongo que esas dificultades pueden acarrearme la muerte. De todos modos, explicadme en qué consisten y qué peligros pueden amenazarme, a fin de hacerme cargo si, confiando en mi valor, me es dable llevar a cabo mi empresa.

El derviche le hizo entonces las mismas advertencias que a sus hermanos, exagerando los obstáculos y ponderando lo difícil que era subir hasta la cima de la montaña para apoderarse de la jaula en que estaba encerrado el pájaro que hablaba, el cual había de indicarle dónde se hallaban el árbol que cantaba y el agua dorada. No se olvidó tampoco de hablarle de los gritos y voces amenazadoras que salían de todas partes y de las piedras negras que infundían pavor sabiendo que eran caballeros y animales encantados.

—Deduzco de cuanto me habéis dicho—repuso la Princesa,— que la mayor dificultad consiste en saber dominarse para llegar hasta la cima de la montaña, sin hacer caso de los insultos, ruegos o amenazas que se me dirijan y sin mirar nunca atrás. En cuanto a lo último, confío en que podré ser dueña de mi voluntad; mas, por lo que se refiere a las voces, no estoy muy segura de que el miedo no se apodere de mí. Ahora bien; como en las empresas peligrosas es lícito recurrir a algún artificio, yo lo emplearé y estoy cierta de que saldré victoriosa.

—¿Y qué artificio es ése?—preguntó el derviche—¿Qué pensáis hacer?

—Taparme los oídos con algodones para no oír las voces por fuertes y espantosas que sean.

—Ignoro—replicó el anciano—si alguno ha hecho ya uso de ese medio; lo único que os diré es que todos han fenecido en la empresa. Pero una vez que estáis tan resuelta a acometerla, tomad esta bola, arrojadla al suelo y deteneos cuando ella se pare. Lo demás ya lo sabéis; procurad no olvidar mis consejos y repetidas recomendaciones.

La Princesa se tapó los oídos con algodones después de llegar tras de la bola a la falda del monte y comenzó a subir con paso firme y decidido. El algodón no era de gran efecto, porque a pesar de él oía Parizada los groseros insultos que de todas partes se le dirigían. Sin embargo, llegó a tal altura que pudo descubrir la jaula y el pájaro, el cual, en lugar de animarla, le decía con voz atronadora:

—Retírate, no te acerques, vete de aquí.

Pero la Princesa, sin arredrarse lo más mínimo, puso la mano sobre la jaula y se apoderó de ella.

—No extrañéis, señora—dijo el pájaro mientras la joven se quitaba el algodón de los oídos—que yo me haya juntado con los que defendían mi hermosa libertad; pero de ser esclavo, prefiero teneros por dueña, y desde ahora os juro fidelidad y sumisión a todos vuestros mandatos. Sé quién sois, y día llegará en que os haga un gran servicio; por de pronto, decidme lo que queréis para obedeceros al punto.

—Primeramente—respondió gozosa la Princesa—dime dónde está el agua de oro.

El pájaro le indicó el paraje, y la Princesa llenó un frasco de plata del precioso líquido.

—Ahora dime dónde puedo encontrar el árbol que canta.

—En ese bosque inmediato—respondió el pájaro.

Fácil le fué a la joven distinguirlo, no sólo por su altura, sino también por el armonioso concierto que oyó.

—Le he visto y oído—dijo al pájaro;—pero no puedo llevármelo a causa de sus enormes dimensiones.

—No es preciso tampoco—replicó el ave,—porque bastará que arranquéis una rama y la plantéis en vuestro jardín; echará raíces en seguida, y dentro de poco será un árbol tan lozano y frondoso como el que acabáis de admirar.

—Aun no es bastante esto—dijo la Princesa cuando tuvo en su poder las tres preciosidades;—eres causa de la muerte de mis dos hermanos, que deben estar entre esas piedras negras, y quiero a todo trance llevármelos conmigo.

—Tomad ese cántaro que veis ahí—contestó el pájaro—y al bajar de la montaña, verted un poco del agua que contiene sobre cada piedra negra, y de este modo recobraréis a vuestros hermanos.

Parizada, con la jaula, el cántaro, la rama y el frasquito lleno de agua de oro, comenzó a bajar, vertiendo el líquido del cántaro sobre cada piedra que encontraba, la que instantáneamente se convertía en un hombre, apareciendo también los caballos de los señores transformados. De este modo volvieron a la vida los príncipes Baman y Perviz, los cuales abrazaron a su hermana, colmándola de elogios y bendiciones.

—Queridos hermanos—les preguntó,—¿qué habéis hecho aquí?

—Dormir—le contestaron.

—Si—replicó la Princesa;—pero sin mi auxilio duraría aún vuestro sueño, y quién sabe si no hubierais despertado hasta el fin del mundo. ¿No recordáis que vinísteis en busca del pájaro que habla, del árbol que canta y del agua de oro, y que visteis a vuestra llegada estos lugares sembrados de piedras negras? Mirad si queda una siquiera. Los señores y los caballeros que nos rodean y vosotros mismos erais esas piedras.

Y les explicó de qué manera había podido volverlos a su sér natural.

Los Príncipes Baman y Perviz, lo mismo que los caballeros que la rodeaban, prorrumpieron en grandes elogios del valor heroico de la Princesa, declarando que, lejos de envidiarla por haber llevado a cabo una empresa que en vano intentaron ellos, creíanse obligados, y así lo hacían, a declararse sus esclavos.

—Señores—replicó la Princesa,—si habéis oído atentamente lo que os he dicho, sabréis que cuanto he realizado ha sido con el exclusivo objeto de recuperar a mis hermanos; por lo tanto, nada tenéis que agradecerme, y no veo en vuestro ofrecimiento más que un acto de cortesanía. Os considero, pues, tan libres como lo erais antes de vuestra desgracia y me felicito de haber tenido ocasión de conoceros. Mas, apresurémonos a alejarnos de este lugar funesto;

monte cada cual a caballo y regresemos al país de donde hemos venido.

Y esto diciendo, dió ella misma el ejemplo, tomando las riendas de su caballo. En aquel momento le rogó Baman que le permitiese llevar la jaula.

—No, el pájaro es mi esclavo—contestó Parizada,—y quiero llevarle yo misma; toma tú la rama del árbol que canta, y tú, Perviz, te encargarás del frasquito que contiene el agua de oro.

Así se hizo, y Parizada, a ruegos de todos, se puso a la cabeza de la numerosa comitiva, que emprendió la marcha, encontrando muerto al anciano derviche, no se supo si de vejez o porque no era ya necesario enseñar a nadie el camino que conducía a las anheladas preciosidades que conquistó la heroica Princesa, quien llegó felizmente a su casa con los Príncipes sus hermanos. Parizada puso la jaula en el jardín, y apenas comenzó el pájaro a cantar, cuando los ruiseñores, los pinzones, las alondras y otra infinidad de pájaros, vinieron a acompañarle con sus gorjeos. La rama la hizo plantar a su presencia en un cuadro del mismo jardín, arraigó al instante, y a los pocos días era ya un árbol corpulento cuyas hojas producían la misma armonía que aquel del cual había sido desprendida. Mandó colocar en medio del jardín una hermosa concha de mármol, y cuando estuvo dispuesta, derramó la Princesa en ella el agua de oro, y salió un surtidor que se elevaba a la altura de veinte pies, volviendo a caer sin que se derramase una sola gota. La nueva de tamaños portentos cundió por las cercanías, y como las puertas del jardín estaban siempre abiertas, no faltaron gentes que acudieron en tropel a admirar tan sorprendentes maravillas.

Al cabo de algunos días, repuestos los Príncipes de las fatigas del viaje, volvieron a sus antiguas costumbres de cazar diariamente, y emprendieron una partida a tres leguas de su casa. Cuando estaban entretenidos en perseguir a un ciervo, se presentó el Sultán de Persia cazando en el mismo sitio que los Príncipes habían elegido, y así que vieron que se acercaba, tomaron el partido de retirarse para evitar su encuentro; pero le hallaron en un sitio tan estrecho que no podían dejar de ser vistos. Sorprendidos así, postráronse a las plantas del Sultán, el cual les ordenó que se levantasen, preguntándoles quiénes eran y dónde vivían. El Príncipe Baman tomó la palabra.

—Señor—dijo,—somos hijos del último intendente de los jardines del palacio de Vuestra Majestad y habitamos una casa que hizo construir poco antes de su muerte.

—Según veo—replicó el Sultán—gustáis de la caza.

—Señor—dijo el Príncipe Baman—es nuestro ejercicio favorito; ninguno de los súbditos de Vuestra Majestad destinado a ser-

vir en los ejércitos, debía desatenderlo con arreglo a la antigua usanza de este reino.

—Desearía veros cazar—repuso el Sultán,—y espero que al punto vengáis conmigo.

Los Príncipes montaron a caballo, siguieron al soberano, y al poco trecho salieron varias fieras de sus guaridas; el Príncipe Baman escogió un león para combatirle, y el Príncipe Perviz un oso. Partieron ambos al mismo tiempo con indecible arrojo, y manejaron las armas con tal maestría, que pronto vió el Sultán caer a las fieras bajo los golpes de los diestros cazadores. Baman, sin detenerse, escogió otro oso y su hermano un fiero león, saliendo también triunfantes de la tremenda lucha.

—Quiero utilizar vuestro valor—dijo admirado el Sultán,—y por consiguiente, deseo que no os expongáis más tiempo a los peligros de luchar con esas fieras.

El Sultán sintió una inclinación tan irresistible hacia los Príncipes, que les ordenó fuesen a la corte incorporados a la comitiva.

—Señor—dijo el Príncipe Baman—Vuestra Majestad nos honra más de lo que nos merecemos y le suplicamos nos dispense de recibir tamaño favor.

—¿Y por qué no queréis venir conmigo?

—Señor, tenemos una hermana menor con la cual vivimos tan estrechamente, que nada hacemos sin consultarla antes, y ella nos corresponde del mismo modo.

—Alabo esa unión—dijo el Sultán;—consultad a vuestra hermana y mañana, cuando venga a cazar, me daréis la respuesta.

Los Príncipes se olvidaron durante dos días consecutivos de hablar a Parizada de la aventura, y el Sultán, lejos de incomodarse por ello, sacó de una bolsa tres bolitas de oro y las puso en el pecho de Baman, diciéndole:

—Estas bolas harán que esta noche no os olvidéis de mi encargo, y mañana espero saber si vendréis o no conmigo a la corte.

Gracias a este recurso, se acordó Baman de referir lo sucedido a la Princesa, la cual opinó que debían los jóvenes ir a la corte a hacer fortuna, aunque ella pasase por el duro trance de quedarse sola en la casa, privada de la presencia de hermanos tan queridos.

Sin embargo, fué de parecer que se consultase al pájaro que hablaba y que había ofrecido su auxilio cuando la familia se hallase en algún conflicto. Fueron a ver al pájaro, y enterado éste de lo que sucedía, contestó:

—Es preciso que los Príncipes accedan a los deseos del Sultán, y que además le ofrezcan esta casa para que vea a Parizada, porque de todo ello resultará un gran beneficio.

Los dos jóvenes no dudaron ya sobre el partido que deberían

tomar, y al día siguiente dijeron al Sultán que estaban prontos a seguirle a la capital y ponerse a sus órdenes. El soberano, muy gozoso, los colocó a su lado en la cabalgata, honor insigne que dispensaba a pocos personajes de la corte, y así entró en la ciudad, cuyos habitantes quedaron prendados de la gallardía y gentileza de ambos jóvenes.

Una vez llegados a palacio, comieron en la mesa misma del Sultán, conversando con tal lucidez e ilustración que el Soberano de Persia no volvía en sí de entusiasmo y de su sorpresa al encontrar dos personas de tanto talento bajo la apariencia de sencillos cazadores.

Concluído el banquete, se celebró un magnífico concierto, hasta que, acercándose la noche, se despidieron del Sultán los Príncipes, muy agradecidos por los obsequios que les había dispensado, y no sin rogarle que honrase su casa en la primera ocasión que fuese a cazar por las cercanías. Así ofreció el Sultán que lo haría con sumo placer, y Parizada, al saber la promesa del soberano, fué en el acto a consultar con el pájaro acerca de lo que debería presentar al Sultán, que fuera de su agrado.

—Lo que más gusta a Su Majestad—repuso el pájaro,—es un plato de pepinos con relleno de perlas.

—Eso que dices es un disparate—replicó asombrada la Princesa;—las perlas no se comen, y además todas las que yo tengo no bastarían para hacer el relleno.

—No os apuréis por ello—dijo el pájaro;—id mañana, de madrugada, al pie del primer árbol del parque, cavad a mano derecha, y allí encontraréis las perlas que os hagan falta.

La Princesa mandó llamar a un jardinero, hizo que cavase, y a cierta profundidad tropezó el hombre con un bulto que era un cofrecito de oro. Abriólo la Princesa y vió que estaba lleno de perlas de igual tamaño; gozosa con su tesoro, fué en busca de sus hermanos, los cuales quedaron atónitos al contemplar tanta riqueza, y saber el origen de ella. Se dispuso en seguida un espléndido banquete para obsequiar dignamente al soberano, y el cocinero se quedó sorprendido cuando la Princesa le ordenó que hiciese un plato de pepinos rellenos con las perlas que le presentó.

A la mañana siguiente, fueron los Príncipes a encontrar al Sultán de Persia para conducirle a su casa, donde le esperaba la Princesa Parizada, de quien quedó prendado al ver su belleza y su finura en los saludos, y las palabras que le dirigió antes de enseñarle la quinta, que el Sultán comparó con un magnífico palacio, pero lo que más le llamó la atención fué el jardín y el surtidor de agua de color de oro.

—¿De dónde proviene esta agua maravillosa—dijo—que no

me canso de mirarla? ¿En qué sitio está el manantial de este surtidor que no tiene igual en el mundo?

La Princesa no le contestó nada y le condujo al árbol que cantaba.

—No veo los músicos que cantan tan deliciosamente—dijo el Sultán mirando a uno y otro lado;—¿están debajo de la tierra o suspendidos e invisibles en el aire?

—Señor—respondió la Princesa sonriendo—no son músicos los que forman ese concierto, sino las hojas del árbol que tiene delante Vuestra Majestad. Acérquese más y se convencerá de ello.

El Sultán quedó embelesado al oír la música maravillosa, y también quiso saber de qué país provenía el árbol; la Princesa, sin embargo, no satisfizo su curiosidad, y le llevó a ver al pájaro que hablaba. Al acercarse el soberano al salón, vió un sinnúmero de pájaros que hacían resonar sus trinos en el aire; mucho extrañó que estuviesen allí y no en los árboles del jardín, y fué mayor su asombro cuando oyó que la Princesa dijo, dirigiéndose al pájaro que estaba en la ventana:

—Esclavo mío, he aquí al Sultán; salúdale cual se merece y le corresponde por su alta jerarquía.

Dejó el pájaro de cantar y respondió:

—Que sea bien venido el Sultán, a quien Dios colme de prosperidades.

—Te doy las gracias por tus buenos deseos, y me complazco al ver en ti al Rey de los pájaros—contestó el Sultán maravillado.

En seguida se pusieron a la mesa, y cuando llegó el turno al plato de los pepinos, al partir uno, vió Su Majestad el relleno de perlas, y miró alternativamente a los Príncipes y a la Princesa para interrogarles; pero el pájaro se adelantó y dijo:

—Señor, ¿Vuestra Majestad se pasma de ver un relleno de perlas, habiendo creído tan fácilmente que la Sultana, su esposa, dió a luz a todos sus tres hijos muertos?

—Así me lo aseguraron—respondió el Sultán.

—Sí, pero fueron las hermanas de la Sultana, envidiosas de su brillante casamiento—añadió el pájaro.—Estos que aquí veis son vuestros hijos, arrojados al agua y recogidos por el jardinero mayor de palacio, quien los educó, como veis, con cariñoso esmero.

—Doy entero crédito a lo que me dices—exclamó el Sultán conmovido—porque desde el primer momento comprendí por instinto que la sangre de estos Príncipes era la mía propia. Venid acá, hijos míos, que yo os abrace y que os haga las caricias de un tierno padre.

Abrazáronse todos, derramando lágrimas de gozo, y terminada la comida, dijo el soberano que al día siguiente volvería a la

quinta de los Príncipes para presentarles a la Sultana, su madre, y que por lo tanto se dispusiesen a recibirla.

Regresó el soberano a la capital con toda presteza, y su primer acto fué ordenar el arresto de las envidiosas hermanas de su esposa; hecho así, y confesas y convictas del crimen de infanticidio, fueron descuartizadas inmediatamente. Todo se ejecutó en menos de una hora. En seguida fué el Sultán, con lujosa comitiva, a la puerta de la mezquita a sacar a su esposa de la cárcel de madera en que había pasado tantos años, y públicamente le pidió perdón de la injusticia cometida, participándole el castigo de sus culpables hermanas. La Sultana, vuelta a palacio y a su rango y consideraciones, vistió un traje magnífico, y en unión de su esposo se trasladó a la quinta donde habitaban sus hijos, a los cuales no conocía, circunstancia que no amenguó el cariño que su maternal corazón les profesaba.

Es indescriptible la escena que tuvo lugar en la casa de campo, como asimismo el asombro de la Sultana al contemplar el pájaro, el árbol y el agua de oro. En seguida se dirigieron todos a la corte, seguidos de una brillante comitiva, y los habitantes de la ciudad, que ya sabían que el Sultán había descubierto a sus tres hijos y devuelto a la Sultana su libertad, se agolpó en tropel en las calles del tránsito a aclamar y vitorear a sus Príncipes.

Parizada no quiso abandonar su pájaro, el cual atraía a las aves, que se posaban cantando sobre los árboles y sobre los tejados de las casas.

A la noche hubo grandes iluminaciones y regocijos, que duraron muchos días en celebración del fausto suceso que había llenado de alegría el corazón del Sultán de Persia.

Mucho agradó al rey Schariar la historia de los tres hermanos, y Schahrazada, cediendo a las súplicas de su esposo, empezó a narrar:



LA HISTORIA DE ALADINO O DE LA LAMPARA MARAVILLOSA

En la capital de un reino de la China, muy rico y de vasto territorio, había un sastre llamado Mustafá, pobre en extremo, y cuyo trabajo apenas le daba para mantener a su mujer y a un solo hijo que tenía.

Aladino (tal era el nombre del hijo del sastre) se había educado en el más completo abandono, y por lo tanto adolecía de grandes defectos y de perversas inclinaciones. Desobediente a sus padres y aficionado a la holganza, pasaba los días enteros fuera de su casa, jugando en las calles con vagabundos de su edad y de su especie.

Quiso el padre enseñarle el oficio de manejar la aguja; pero no pudo conseguirlo de grado ni por fuerza, y Mustafá, afligido al ver las malas inclinaciones de su hijo, fué atacado de una enfermedad que le llevó al sepulcro al cabo de algunos meses.

La madre de Aladino, que conocía la inutilidad de su hijo y su oposición a ejercer el oficio de su padre, cerró la tienda y realizó los géneros y utensilios, con cuyo importe y el de su trabajo en hilar algodón, esperaba pasar una vida modesta pero tranquila. Con la muerte de Mustafá desapareció la barrera que se oponía de vez en cuando a que Aladino siguiese el torrente de sus depravadas aficiones, y a los quince años era el muchacho más travieso y más pervertido del pueblo. Un día, estaba jugando en la plaza con otros

chicos, según su costumbre, cuando un extranjero, mágico africano que pasaba por allí, se detuvo para contemplarle.

Ya fuera que notase en el semblante de Aladino los signos característicos del hombre que necesitaba para sus planes, o ya que supiese cuáles eran las disposiciones del muchacho, es lo cierto que el africano llamó a Aladino aparte y le preguntó si era hijo del sastre Mustafá.

—Sí, señor—respondió el joven;—pero mi padre hace mucho tiempo que murió.

Al oír estas palabras se arrojó el mágico africano al cuello de Aladino abrazándole y llorando con amargo desconsuelo. El muchacho le preguntó la causa de su aflicción y entonces le dijo que reconociese en él a su tío, que era hermano de Mustafá, y que de regreso de un largo viaje, cuando esperaba verlo, recibía de pronto la noticia de su muerte. El extranjero se informó en seguida del sitio en que vivía la madre de Aladino y dió a éste un puñado de monedas para que se las llevase a la viuda, asegurándole que iría a verla al siguiente día.

Aladino se separó del supuesto tío y fué corriendo a buscar a su madre, a quien refirió la aventura; pero la buena mujer le dijo que nada sabía de tal pariente, pues el único hermano que tuvo su difunto esposo había fallecido hacía algunos años.

Al día siguiente se apareció de nuevo a Aladino el mágico africano, el cual dió a su sobrino, como le llamaba, algunas monedas de oro para que se las llevase a su madre a fin de que dispusiera una comida a la que pensaba asistir. Pidió nuevos informes de la casa de su cuñada; Aladino se la enseñó perfectamente, y el extranjero se alejó de la plaza donde jugaba nuestro héroe.

La viuda de Mustafá hizo grandes preparativos, pidió una vajilla prestada para recibir y obsequiar dignamente al hermano de su marido. Apenas estuvo todo corriente, llamaron a la puerta de la casa. Aladino se apresuró a abrir y entró el africano cargado de hermosas frutas y de botellas de vino que depositó sobre una mesa. Renuncio a describir la escena que tuvo lugar, y las lágrimas que derramó el extranjero al evocar el recuerdo de su hermano, besando el sitio favorito que Mustafá ocupaba en el sofá de recibimiento. Después de dar rienda suelta a su dolor, y cuando se hubo serenado un poco, dijo a la madre de Aladino:

—No extrañes, hermana mía, el no haberme visto durante tu matrimonio con Mustafá de feliz memoria. Hace cuarenta años que salí de este país que es el nuestro; he viajado por Asia y por Africa, donde he permanecido mucho tiempo hasta que llegó un día en que sentí vivos deseos de volver a ver a mi patria querida y a los objetos amados del corazón. Son infinitas las contrariedades

y grandes los peligros que he arrostrado hasta tocar el término de mi viaje, y figúrate cuál habrá sido mi pena al saber la muerte de mi hermano.

El mágico africano echó de ver el efecto que estas palabras hacían en la viuda, y cambió repentinamente de conversación, preguntando a su sobrino cómo se llamaba.

—Aladino—respondió el muchacho.

—Y bien, Aladino, ¿en qué te ocupas? ¿sabes ya algún oficio?

Bajó Aladino los ojos avergonzado, y entonces su madre tomó la palabra para decir que era un holgazán y un perezoso, que su padre no había podido sacar fruto de sus consejos y de sus castigos, que ella se veía obligada a trabajar de continuo para mantener las obligaciones de la casa, y que estaba decidida a cerrar a su hijo las puertas del hogar para que fuese a otra parte a procurarse fortuna.

—Eso que tú haces no es razonable, Aladino—dijo el africano, mientras la pobre viuda lloraba copiosamente;— es menester ayudarse para ganar la vida, y yo quiero darte los medios de que seas hombre de provecho. Hay muchas ocupaciones y diversos oficios; si el de tu padre te disgusta elige otro, por ejemplo, el de comerciante. Si lo aceptas estoy dispuesto a ponerte al frente de una tienda de ricas telas; con el dinero que ganes puedes comprar otros géneros nuevos, y de esta manera reunirás con paciencia, honradez y trabajo, una fortuna que te aleje de la miseria.

Esta proposición halagó el amor propio de Aladino, que aborrecía, en efecto, toda clase de trabajo manual, y aceptó de buena voluntad la promesa del africano, el cual le ofreció establecer la tienda en el corto plazo de dos días. Gozosa la viuda de Mustafá con el proyecto, no dudó que el mágico fuese hermano del difunto al ver el bien que iba a dispensar a su sobrino. La conversación giró sobre el mismo asunto durante la comida, terminada la cual se retiró el mágico, quien al día siguiente llevó a Aladino a casa de un mercader de ropas hechas para que vistiese al joven con sus más ricos trajes.

Cuando Aladino se vió transformado con tanta ventaja desde los pies hasta la cabeza, no tenía palabras bastantes para expresar su gratitud al mágico, quien lo llevó consigo a casa de los mercaderes más ricos de la ciudad para que le conociesen, y luego le condujo a las mezquitas y a los departamentos del palacio del Sultán que puede visitar el público.

Por último, le hizo entrar a su habitación, y después de obsequiarle con largueza, le acompañó a la casa materna. Grande fué el gozo de la viuda al ver a su hijo vestido de aquella suerte, y

bendijo mil y mil veces al mágico por su generosidad, asegurándole que Aladino sabría corresponder a ella.

El africano aplazó un día más el establecimiento de la tienda prometida, bajo el pretexto de que el viernes estaban todas cerradas; pero añadió que aprovecharía esta circunstancia para pasear con Aladino por los jardines de la ciudad, a fin de que empezase a acostumbrarse a la vista y al trato de las gentes de alta sociedad.

Así se convino con gran contento del joven, que lleno de impaciencia se vistió muy de mañana al siguiente día, y al ver al africano corrió apresuradamente a reunirse con él.

—Vamos, hijo mío,— le dijo a Aladino,— hoy quiero que veas lo más notable de los alrededores de la ciudad.

Salieron por una puerta que conducía a un paraje poblado de magníficos palacios y pintorescos jardines, y avanzando siempre entraron en un jardín bello como ninguno, sentándose ambos en el borde de un gran estanque para descansar un momento. El astuto africano sacó de un ancho bolsillo frutas y pasteles que dividió con Aladino, y concluído el pequeño refrigerio prosiguieron marchando insensiblemente hacia adelante hasta llegar cerca de unas altas y escarpadas montañas. Aladino, que nunca había andado tanto, se sintió lleno de cansancio.

—¿A dónde vamos, querido tío?—preguntó al fin con cierta inquietud;— si avanzamos más, creo que no tendré fuerzas para volver a la ciudad.

—¡Animo!— replicó el mágico,— deseo que veas un jardín que sobrepuja a todos los que hemos dejado atrás, y ya queda poco camino. Cuando estés dentro de aquel paraíso olvidarás las fatigas de la marcha.

El joven se dejó persuadir y llegaron a un paraje situado entre dos montañas de mediana altura, divididas por una cañada de corta extensión, paraje elegido por el mágico africano para llevar a cabo el gran designio que le había impulsado desde el fondo del Africa hasta la China.

—Quedémonos aquí—dijo a Aladino;— ahora verás cosas extraordinarias, maravillas tales como nunca se han presentado a los ojos de un mortal. Mientras yo saco fuego del pedernal con el eslabón, reúne tú todas las malezas más secas que encuentres en estos sitios.

Hízolo así Aladino; el mágico prendió fuego al montón, arrojó a las llamas un perfume que produjo un humo muy espeso, y pronunció al mismo tiempo unas palabras mágicas que el joven no pudo comprender.

Estremecióse un poco la tierra para abrirse delante del mágico y de Aladino, dejando al descubierto una losa de pie y medio

cuadrado, con una gran argolla de bronce en el centro que servía sin duda para levantarla. Asustado Aladino de todo lo que veía, tuvo miedo y quiso emprender la fuga; pero el mágico le dió un bofetón tan tremendo, que la boca del muchacho se llenó toda de sangre. El pobre Aladino exclamó temblando y con las lágrimas en los ojos:

—¿Qué os he hecho yo para que me castiguéis con tanta crueldad?

—Tengo mis razones para obrar así— replicó el africano.—Además ocupo el lugar de tu padre y me debes obedecer; pero, no tengas cuidado, sobrino mío—añadió dulcificando su voz— ya ves lo que he ejecutado con la virtud y el poder de mi perfume. Pues bien, debajo de esa piedra existe un tesoro inmenso que te hará más rico y poderoso que todos los reyes de la tierra, y nadie hay en el mundo más que tú a quien sea permitido levantar la losa y entrar dentro del agujero. Si yo lo hiciese nada podría conseguir, y por lo tanto es preciso que ejecutes fielmente lo que yo te mande.

La esperanza del tesoro consoló a Aladino, el cual prometió hacer cuanto le indicase el supuesto tío.

—Ven, le dijo éste, acércate, pasa la mano por la argolla y alza la piedra.

—Pero, querido tío, no tengo fuerzas para ello, y será menester que me ayudéis.

—No; entonces nada lograríamos si yo intervengo; pronuncia el nombre de tu padre y de tu abuelo, tira de repente, y verás cómo levantas la losa.

Aladino hizo lo que se le ordenaba, y, en efecto, alzó la piedra bajo la cual se dejó ver una cueva de tres o cuatro pies de profundidad, una puerta muy pequeña, y algunos escalones para descender más.

—Hijo mío—dijo el africano,— oye bien y obedece con exactitud todo lo que voy a decirte. Baja, y cuando llegues al último escalón encontrarás una puerta abierta que te conducirá a un gran salón abovedado y dividido en tres departamentos; a derecha e izquierda verás cuatro jarrones de bronce llenos de oro y plata que te guardarás muy bien de tocar siquiera. Antes de entrar en la primera sala, cuida de recoger y ceñir el traje a tu cuerpo para no rozar con él ni los objetos que encuentres ni las paredes, pues de lo contrario morirás instantáneamente. Atraviesa sin detenerte, las tres salas, y al final de la última hallarás una puerta y luego un hermoso jardín con árboles cargados de frutos; cruza este jardín por un camino que te conducirá a una escalera de cincuenta escalones por los cuales se sube a una azotea. Así que llegues a ella verás un nicho y en él una lámpara ardiendo. Apodérate de

ella, apágala, y cuando hayas tirado la torcida y el líquido, guárdala en tu seno y traémela en seguida. A la vuelta puedes tomar de los árboles del jardín los frutos que más te agraden.

Y el mágico, al concluir sus instrucciones, puso una sortija en uno de los dedos de Aladino para preservarle, según dijo, de cualquier mal que pudiese sobrevenirle. El muchacho bajó a la cueva y ejecutó, con rigurosa exactitud, cuanto el mágico le previno, y dueño ya de la lámpara se detuvo en el jardín lleno de admiración y de asombro. Cada árbol ostentaba frutos de diferentes colores; los había blancos, que eran perlas; transparentes, que eran brillantes; los verdes eran esmeraldas; los encarnados rubíes, los azules turquesas, los morados amatistas y los amarillos topacios, y todos de un tamaño y de una perfección admirables. Mejor hubiera querido Aladino que aquellos frutos fuesen higos, uvas y naranjas, porque desconocía el valor de las piedras preciosas, y creyó que eran cristales de colores; pero el brillo y la diversidad de matices le entusiasmó tanto, que cogió una gran cantidad de aquellos frutos con los cuales llenó todas sus faltriqueras, y en tal situación, y hasta no ocupar las manos con tantas riquezas, se presentó a la entrada de la cueva donde lo aguardaba el mágico con impaciencia.

—Dadme la mano para ayudarme a subir— dijo Aladino.

—Mejor es, hijo mío, que tú me des antes la lámpara y te verás libre de ese estorbo y de ese peso.

—No, no me incomoda lo más mínimo, y os la daré cuando suba.

El africano se empeñó en recibir la lámpara; pero Aladino no podía entregársela sin sacar antes las joyas magníficas de que estaba cargada, y así es que se obstinó en su primera negativa. Furioso el mágico ante la tenaz resistencia de Aladino, arrojó cierta cantidad de perfume en el fuego de malezas, que continuaba ardiendo, pronunció con rabia dos palabras mágicas, y la piedra de la argolla volvió a su primitivo lugar, y todo quedó en el mismo estado que cuando llegaron el mágico y Aladino al sitio misterioso.

El mágico no era hermano del sastre Mustafá, y por consiguiente ningún parentesco tenía con Aladino. Había nacido efectivamente en Africa, donde se dedicó, desde su juventud, al arte de la magia que allí se mira con especial predilección. Después de cuarenta años seguidos de encantamientos, de ensayos, de estudios y operaciones, supo que existía en el mundo una lámpara maravillosa que haría a su poseedor más rico y opulento que todos los monarcas juntos del Universo. Supo luego el mágico, por medio de una operación de *nigromancia*, (1) que la lámpara existía en un

(1) Adivinanza de lo futuro por evocación de los muertos.

lugar subterráneo de la China, y que le era indispensable el auxilio de una segunda persona para apoderarse del objeto precioso, supuesto que él nada conseguiría.

Por eso eligió a Aladino con objeto de que le hiciese tan importante servicio, decidido, apenas tuviese la lámpara en sus manos, a pronunciar las palabras mágicas y sepultar en el centro de la tierra al pobre joven, único testigo del suceso. Pero la suerte dispuso que no se apoderase de la lámpara, y viendo desvanecidas, con la obstinación del muchacho, sus hermosas esperanzas, y las ilusiones que se había forjado en sus sueños de ambición, resolvió volver a Africa, como lo hizo el mismo día, sin pasar por la ciudad, temiendo que le creyesen autor de la desaparición de Aladino.

Era casi seguro que no se sabrían jamás los pormenores del hecho ni se hablaría nunca de Aladino; pero el mágico no recordó que le había dado un anillo milagroso que fué la salvación del infeliz enterrado en vida. Mil veces llamó a gritos a su tío al verse solo en aquella especie de sepulcro, aunque sus voces y sus lamentos no salían de las tinieblas que le rodeaban. Aladino tentó por todas partes con ánimo de volver al jardín y a la azotea; pero no encontró salida ninguna, y redoblando sus quejas y su llanto, se echó al pie de la escalera privado de luz y decidido a esperar la muerte.

Dos días estuvo en aquella situación sin comer ni beber, hasta que al tercero y al dirigir una plegaria a Dios, frotó con una mano el anillo que el mágico le había puesto en la otra, sortija cuya virtud desconocía, y se le apareció de repente un Genio colosal que dirigió a Aladino estas palabras:

—¿Qué es lo que deseas? Héme aquí dispuesto a obedecer tus órdenes como el más humilde de los esclavos.

Aladino en otras circunstancias hubiera tenido miedo ante la aparición sobrenatural; pero preocupado con el peligro que corría, contestó sin vacilar, que deseaba a todo trance salir de aquel obscuro y terrible recinto. Abrióse la tierra en el instante, y el joven se vió fuera de la cueva, y justamente en el mismo sitio a donde el mágico le había conducido.

Escaso de fuerzas, y dando gracias al Cielo por verse libre de tan dura prisión, regresó penosamente a la ciudad y llegó al fin a la casa de su madre. La pobre mujer que consideraba muerto a su hijo, se entregó a los transportes de la mayor alegría, y esto, unido a la debilidad del cuerpo, por falta de alimento, hizo que Aladino se desmayase en brazos de su madre. Siguiendo los consejos de ésta, se alimentó y bebió poco a poco para no perjudicar su salud en aquel estado de endeblez, y ya algo repuesto de las impresiones recibidas durante los tres días, comenzó el relato de

su aventura, de la que no omitió la más mínima circunstancia, lamentándose de que su madre le hubiera entregado con tanta confianza en manos de un hombre infame y desconocido que había tratado de perderle. La viuda de Mustafá, en los arrebatos de su amor materno, se deshizo en injurias y denuestos contra el bárbaro impostor que quiso atentar contra la vida de su hijo, y después de dar este desahogo natural a su indignación, suplicó a Aladino que se acostase para descansar de las penalidades que había sufrido.

Así lo hizo, mientras la viuda colocó en un rincón del sofá las piedras preciosas, cuyo valor desconocía absolutamente lo mismo que su hijo, creyendo ambos que eran cristales de colores. Aladino se despertó muy tarde al día siguiente, pidió de almorzar, y su madre le dijo que se habían agotado en la casa las provisiones; pero que iba a hilar un poco de algodón y a venderle al momento para procurarse algunas monedas.

—No—replicó Aladino,—no quiero que trabajéis hoy, madre mía; dadme la lámpara que traje ayer, la venderé y con el dinero que me den tendremos para comer hoy.

—Aquí está la lámpara—contestó la viuda;—pero la veo muy sucia, y si la limpio un poco me parece que podrás sacar mejor partido.

Y se puso a limpiarla con agua y arena, cuando de improviso apareció un Genio asqueroso y gigantesco, que exclamó con formidable acento:

—¿Qué es lo que deseáis? Héme aquí dispuesto a obedecer como esclavo a todos los que tengan la lámpara en la mano.

La madre de Aladino, sobrecogida de terror, cayó al suelo desmayada; pero el joven, acostumbrado a esta clase de espectáculos, se apoderó de la lámpara y dijo en tono firme y resuelto:

—Tengo hambre, dame de comer.

Desapareció el Genio un momento, y volvió luego con ricos manjares en platos y vasos de oro y plata que depositó sobre la mesa, huyendo después repentinamente como había venido.

Ocupóse Aladino, en primer término, en socorrer a su madre, y luego que lo hubo conseguido, rociándole el rostro con agua fría, la invitó a gozar de las ricas viandas. Apenas pudo comprender el milagro la viuda del sastre, admirada de ver aquellos platos, de los que se exhalaba un delicioso perfume; hizo varias preguntas a su hijo, que éste prometió satisfacer al concluir el almuerzo. Sin embargo, los manjares eran tan buenos y abundantes, y tan excelente el apetito de la madre y el hijo, que la hora de la comida les sorprendió sentados aún a la mesa, la cual dejaron al fin, y para otra ocasión los manjares que no habían tocado siquiera. He-

cho esto, Aladino refirió a su madre lo ocurrido con el Genio mientras estaba desmayada, y la buena mujer que nada comprendía de Genios y apariciones, rogó a su hijo que conservase la lámpara, pues ella no la tocaría más, si era causa de que aquel monstruo se le presentase. Después, llena de terror, aconsejó a Aladino que vendiera la lámpara y el anillo para no tener trato ni comercio con unos Genios que eran demonios, según el dicho del Profeta. Opúsose a ello Aladino, fundado en que los Genios podían proporcionarles cuanto quisiesen en el mundo; dijo, y con razón, que el mágico no hubiera emprendido su viaje desde Africa sin saber de antemano el maravilloso poder de la lámpara, y que sin el anillo no le hubiese sido posible salir del obscuro subterráneo que se abrió delante de él como por encanto. Lo que sí ofreció a su madre fué guardar cuidadosamente ambos objetos y no hacer uso de ellos sino en caso de perentoria necesidad. Convencida de la fuerza de estas razones, se sometió la viuda al parecer de Aladino, determinada a no meterse en lo que pudiera ocurrir a consecuencia de la resolución de su hijo.

Y no volvió a hablar una palabra más del asunto.

Se acabaron, como concluyen todas las cosas de este mundo, los manjares proporcionados por el Genio, y Aladino no quiso esperar a que el hambre les atormentara. Tomó una de las fuentes de plata para venderla, proponiendo la compra de ella a un judío que se encontró en la calle.

A primera vista conoció el usurero el valor positivo de la alhaja y preguntó el precio; pero Aladino no quiso decirlo, porque en realidad no lo sabía, encomendándose a la buena fe del comprador. Por si acaso era ignorancia, sacó el judío, para probarlo, una moneda de oro de su bolsillo, moneda que representaba la sexagésima parte del valor de la fuente. Aladino, al verla, se apoderó de ella y echó a correr tan gozoso y con tal rapidez, que el judío convencido de que no sabía el mérito de la alhaja, comenzó también a correr tras él para ofrecerle menos aún de lo que le había dado. Pero le fué imposible alcanzarlo, y Aladino, loco de alegría, entregó el dinero a su madre, quien compró abundantes provisiones para seis o siete días.

Los platos fueron vendidos unos después de otros, y a medida que lo exigían las necesidades de la casa, y el judío, temeroso de perder tan buen negocio, los pagó todos al mismo precio que el primero, y así transcurrió algún tiempo, durante el cual, Aladino acostumbrado a una vida ociosa, se paseó por el pueblo, y contrajo relaciones de amistad con algunas personas de distinción.

Pero los recursos se agotaron, y entonces el hijo del sastre frotó la lámpara con menos fuerza que su madre lo había hecho, así es

que el Genio se le apareció, repitiendo sus primeras palabras con más dulzura:

—Tengo hambre, dame de comer.

El Genio se desvaneció y volvió a presentarse de nuevo con manjares y un servicio de mesa parecido al de la vez primera. Avisada la madre de Aladino de que éste pensaba evocar al demonio como le decía, salió de la casa, y regresó a ella cuando el Genio hubo huído a su misterioso retiro.

Pasaron algunos días, y apurados los manjares, recurrió Aladino a la venta de los platos y de la fuente, y ya se dirigía a la tienda del antiguo judío, cuando un platero respetable por su ancianidad y su honradez, llamó al joven al verle pasar por la calle, le preguntó qué iba a hacer con aquellas alhajas, y Aladino le refirió lo acontecido con el judío, y el precio a que había comprado los platos anteriores. El platero, indignado, pesó uno de ellos delante de Aladino, le enseñó lo que era el marco de plata, y pagó al joven el justo valor del precioso metal, o sea una cantidad sesenta veces mayor que la satisfecha por el viejo usurero. Aladino dió gracias de todo corazón al buen platero y se retiró con su tesoro.

A pesar de que tanto Aladino como su madre comprendieron lo inagotable y rico del manantial de prosperidades que la lámpara les suministraba, vivieron siempre sin apariencias de riqueza, y sin permitirse más gastos en público que los proporcionados al trabajo de la viuda. Dos años transcurrieron en esta vida apacible y tranquila; Aladino iba con mucha frecuencia a las tiendas de los mejores y más opulentos joyeros de la ciudad, donde no sólo adquirió la costumbre de tratar a las personas de distinción, imitando sus maneras, sino que al cabo de pocos meses, y en fuerza de ver comprar y vender piedras preciosas, comprendió el inmenso valor de las que había cogido en el jardín del subterráneo, y supo que poseía con ellas un tesoro inestimable. A nadie, ni aun a su madre, reveló el secreto, y esta prudencia fué causa de que la fortuna le elevase a la altura que veremos después.

Paseábase un día Aladino por las calles de la ciudad, cuando oyó publicar en alta voz un bando del Sultán, en el que ordenaba cerrar las tiendas y que los habitantes todos permaneciesen dentro de sus casas, mientras la princesa Brudulbudura, hija del Sultán, iba y regresaba del baño.

Esto excitó la curiosidad de Aladino hasta tal punto que, para conocer a la Princesa, tuvo la audacia de colocarse a la puerta misma del baño, en cuyo sitio le sería fácil contemplarla frente a frente. La hermosura y regularidad de las facciones de Brudulbudura, la elegancia del talle y el aire majestuoso de su persona, hicieron gran impresión en el ánimo de Aladino, el cual se retiró a su casa triste y

pensativo. Apenas comió ni habló una sola palabra, y su madre, inquieta y afligida, creyéndole enfermo, le hizo diversas preguntas que quedaron sin contestación. El joven no pudo dormir aquella noche hasta que a la mañana siguiente confesó a su madre la entrevista de la víspera, le dijo que estaba enamorado de la Princesa, y resuelto a pedirla en matrimonio a su padre el Sultán.

Al oír la madre de Aladino la última parte del discurso de su hijo, prorrumpió en una carcajada, asegurándole que el amor le había trastornado el juicio.

—Os equivocáis, madre mía—replicó Aladino;— no sólo conservo la razón, sino que he previsto las observaciones que íbais a hacerme. Bien comprendo que soy el hijo de un pobre sastre sin nombre y sin fortuna; que es un atrevimiento en mí el poner los ojos en la Princesa, y que los sultanes no se dignan conceder la mano de sus hijas sino a príncipes herederos de un trono; pero mi resolución es invariable, y os ruego que vayáis vos misma a pedir al Sultán, para vuestro hijo, la mano de la hermosa Brudulbudura.

El asombro de la buena mujer creció de punto al enterarse de la extraña pretensión de Aladino.

—Hijo mío—le dijo—soy tu madre, y no hay en el mundo sacrificio que no esté dispuesta a hacer en obsequio de tu felicidad. Si se tratase de una joven de nuestra clase, trabajaría de corazón hasta conseguir el verla enlazada contigo, pero de esto a lograr la mano de la Princesa, hay una distancia inmensa que tu madre no podrá nunca recorrer. Supongamos que tengo la insolencia de presentarme en palacio para hablar a Su Majestad: ¿a quién me dirijo diciéndole el objeto de mi conferencia que no me califique de loca y me mande expulsar de palacio? Supongamos también que pueda llegar a la presencia del Sultán: ¿qué méritos tienes tú para aspirar a la mano de su hija? ¿De qué palabras me valgo para hacer una petición tan absurda y extravagante? Además, es costumbre llevar algún presente al Sultán a fin de que escuche con alguna benevolencia las reclamaciones de sus súbditos, y nosotros no tenemos posibilidad de adquirir un objeto digno de la grandeza del soberano, y sobre todo que le haga perdonar lo disparatado de mi demanda. Reflexiona con calma y comprenderás que me es imposible acceder a tus locos deseos.

—No os inquiete la dificultad del regalo—respondió Aladino—porque soy poseedor de una gran cantidad de piedras preciosas de inestimable valor, y que hasta ahora habíamos tomado por cristales de colores. Hablo de los frutos que traje del jardín subterráneo, joyas cuyo precio he conocido después de frecuentar, por algún tiempo, las tiendas de la ciudad, y no hay en el mundo ningunas que puedan igualarse en tamaño, riqueza y calidad, con las que

nosotros tenemos. Estoy convencido de que este regalo agradará al Sultán, y para ver el efecto, traed una bandeja de porcelana, y vamos a colocarlas según sus diferentes colores.

Así se hizo, y Aladino y su madre, que hasta entonces sólo habían visto las piedras a los resplandores opacos de una lámpara, y no a los rayos del sol del día, quedaron deslumbrados al ver las luces y cambiantes de aquellas piedras, dignas de enriquecer la corona del rey más poderoso del Universo.

Sin embargo, la viuda empleó parte de la noche en disuadir a su hijo del proyecto; pero Aladino le contestaba que si la empresa era difícil, con el auxilio de la lámpara maravillosa saldrían felizmente del paso, aunque sobre este talismán debía guardarse siempre el mayor secreto.

Al cabo se dejó convencer la madre de Aladino, y al siguiente día, después de envolver la bandeja en un lienzo de extraordinaria blancura, se dirigió temblando de miedo y de incertidumbre al palacio, donde estaban ya reunidos los visires, los señores de la corte y gran número de personas que tenían negocios pendientes en el *Diván.* (1) La pobre mujer se colocó enfrente del Soberano para ser vista de Su Majestad; pero la audiencia terminó, nadie le dijo una sola palabra, y la mujer salió de palacio con todas las demás personas, fatigada de haber permanecido en pie cerca de dos horas.

Aladino, al ver a su madre regresar con el presente en la mano, creyó que el Sultán había rechazado sus pretensiones, y ya se consideraba el hombre más infeliz de la tierra, cuando la viuda le refirió lo acontecido, prometiéndole volver a palacio al otro día.

Así lo verificó, pero obtuvo el mismo resultado, y durante seis días consecutivos repitió su silenciosa visita, hasta que el Sultán, al ver siempre delante del trono a aquella mujer que no profería una sola palabra, le preguntó, lleno de curiosidad, al gran Visir, quién era y lo que solicitaba de la corte; pero el Visir supuso que sería alguna mujer de las que iban a Palacio a molestar al soberano con quejas de los vendedores de comestibles y que probablemente llevaba bajo el lienzo la muestra del artículo y la prueba de la culpabilidad del mercader.

No satisfizo al Sultán esta respuesta, y así es que al séptimo día ordenó, en la hora de audiencia, que condujesen a las gradas del trono a la madre de Aladino, a la cual dirigió la palabra con bondadoso acento, preguntándole el motivo que la llevaba diariamente a su palacio.

La viuda se prosternó dos veces, y luego dijo:

—Monarca superior a todos los soberanos del mundo: antes de exponer a Vuestra Majestad el objeto extraordinario que me

(1) Supremo consejo que trata los negocios del Estado y de la justicia.

conduce hasta aquí, le suplico me perdone el atrevimiento y la audacia de la demanda que voy a hacerle. Sólo al recordarla siento que mis mejillas se tiñen con el color de la vergüenza.

El Sultán ordenó que saliesen todos sus servidores del salón para que hablase con más desahogo y libertad la madre de Aladino. Luego que se quedaron solos, y que el Sultán prometió a la viuda que ningún mal le sobrevendría por ofensivas o injuriosas que le pareciesen al pronto sus palabras, la buena mujer, algo más tranquila, refirió al Sultán desde el principio hasta el fin los proyectos de Aladino, su amor hacia la Princesa, las reflexiones que le había hecho como madre cariñosa, para que desistiese de sus descabellados planes, y por último la obstinación del joven que se empeñaba a todo trance en ser esposo de la bella y encantadora Brudulbudura.

Oyó el Sultán las palabras de la madre de Aladino sin dar señales de cólera ni de burla, y antes de responder le preguntó qué era lo que guardaba con tanto esmero debajo del lienzo blanco. La viuda presentó entonces las piedras preciosas al Soberano, quien permaneció inmóvil de sorpresa ante el maravilloso espectáculo que a sus ojos se ofrecía. Al cabo de un rato exclamó enajenado de gozo:

—¡Oh! Es imposible que haya en el mundo una colección de piedras más ricas, y el presente que me hacéis es digno de la Princesa mi hija, y digno también de ser dueño de su mano el poseedor de tantos tesoros. Hoy nada os digo, buena mujer, pero venid a verme dentro de tres meses, contados desde hoy.

La madre de Aladino, que ni en sueños esperaba tan favorable acogida, volvió a su casa loca de alegría con la esperanza que le había dejado entrever el Sultán. Aladino la aguardaba con la mayor ansiedad, y al oír de labios de su madre los pormenores de la entrevista, se creyó el más dichoso entre todos los mortales, dándole gracias por el interés y el cariño con que había desempeñado su difícil comisión.

Pasaron los tres meses del plazo; la madre de Aladino fué a palacio puntualmente, y se colocó en el mismo sitio que el primer día. Apenas la vió el Sultán, dejó a un lado el despacho de los asuntos del reino, y mandó a la viuda que se acercase.

—Señor—exclamó la madre de Aladino—hoy concluye el plazo de tres meses que se sirvió fijar Vuestra Majestad, y me tomo la libertad de venir a recordarlo al soberano más poderoso de la tierra.

El Sultán había diferido tres meses su respuesta, en la confianza de que pasado este tiempo no volvería a oír hablar más de un casamiento que juzgaba desigual y poco conveniente para su hija, así es que no supo qué contestar a la viuda; consultó al efecto

con su gran Visir sin ocultarle la repugnancia que sentía en dar la mano de la Princesa a un desconocido, y el gran Visir, para eludir el compromiso, aconsejó al Sultán que pusiese a su hija a tan alto precio, es decir, que exigiera tantas riquezas al aspirante, que ningún hombre, por opulento que fuese, pudiera alcanzar la mano de Brudulbudura.

Siguió el Sultán el consejo del gran Visir, y volviéndose a la viuda, le dijo:

—Los soberanos deben tener palabra, y yo estoy pronto a cumplir con la mía, siempre que vuestro hijo me presente cuarenta grandes fuentes de oro macizo llenas de piedras iguales a las de su primer regalo. Esta riqueza deberá ser traída a palacio por cuarenta esclavos negros y cuarenta blancos, que sean hermosos, de buena estatura y vestidos con lujosa magnificencia. Sólo a este precio podrá obtener la mano de la Princesa mi hija.

La madre de Aladino se prosternó y salió de palacio, riéndose por el camino, de la locura de su hijo y de la imposibilidad en que se vería de salir triunfante de las exigencias del Sultán. Cuando llegó a su casa, y después de enterar a Aladino del éxito de su embajada, quiso persuadirle de que debía abandonar su temeraria empresa.

—Nada de eso, madre mía,—replicó el joven;—confieso que esperaba mayores dificultades aún por parte del Sultán, pero lo que pide es demasiado poco y muy pronto quedará satisfecho. Dejadme obrar en libertad.

Salió a la calle la viuda en busca de provisiones, y Aladino, apenas se vió solo, frotó la lámpara maravillosa. Presentóse el Genio, y el enamorado mancebo le dirigió estas palabras:

—Acabo de obtener en matrimonio a la hija del Sultán; pero éste me pide que antes le lleve cuarenta fuentes de oro macizo llenas de frutos del jardín donde me apoderé de la lámpara. También exige cuarenta esclavos negros e igual número de blancos, de buena figura y ricamente vestidos. Anda y tráeme todo esto para llevarlo al Sultán antes de que acabe el día.

Desapareció el Genio no sin prometer a Aladino que serían cumplidos sus deseos, y volvió pocos momentos después con ochenta hermosos esclavos blancos y negros. Cada uno tenía en sus manos una fuente de oro cincelado llena de perlas, rubíes, brillantes y esmeraldas, y cubierta con un paño de tisú de plata bordado de florones de oro. Los trajes de los esclavos deslumbraban por su elegante magnificencia. Preguntó el Genio a Aladino si estaba contento y si deseaba algo más; pero el joven dijo que no, y desapareció de repente con igual misterio que venía.

Volvió la madre de Aladino, y al ver a la brillante comitiva no

pudo articular ni una palabra; tal fué su estupor, su admiración; pero el impaciente joven le rogó que se dirigiera inmediatamente seguida de los esclavos al palacio del Sultán para que éste comprendiese por la exactitud en enviarle el dote de su hija, el anhelo de que estaba poseído el corazón del amante de la Princesa.

Desfilaron los esclavos, y Aladino esperó tranquilo que el Sultán se dignase al fin admitirle como yerno.

Apenas salieron los esclavos a la calle, se agolpó a su paso una inmensa muchedumbre absorta delante del magnífico espectáculo que presentaban con sus ricas vestiduras que valían cada una más de un millón y con las fuentes de oro sobre la cabeza, dejando ver el tesoro esplendente que contenían. Llegada la comitiva a palacio en medio del pueblo que la seguía, creyeron los soldados que aquellos hombres eran reyes y se apresuraron a besar el borde de sus vestiduras, pero el primero de los negros les dijo:

—Nosotros no somos más que esclavos, y nuestro señor vendrá cuando sea tiempo.

El lujo de los departamentos del palacio, y de los trajes de los servidores del Sultán, todo se eclipsó ante la riqueza de los recién llegados, los cuales entraron por su orden en el salón del trono, depositando a los pies del Sultán las fuentes de que eran fieles portadores. Luego, blancos y negros, cruzaron las manos sobre el pecho con la mayor modestia.

—Señor—exclamó entonces la viuda—mi hijo Aladino sabe muy bien que estos dones valen menos que la hermosa princesa Brudulbudura, pero confía en que Vuestra Majestad se dignará concederle su mano después de haber cumplido con la condición que tuvo a bien imponerle su soberano.

El Sultán no oyó siquiera las frases de la madre de Aladino, trastornado como estaba en presencia de aquellas riquezas y de aquellos esclavos que parecían reyes poderosos por su aspecto, su hermosura y su magnificencia. Al fin preguntó en alta voz al gran Visir si creía digno esposo de su hija al hombre que le enviaba tan soberano presente.

El gran Visir, aunque lleno de celos al considerar que la Princesa iba a desposarse con un desconocido cuando él aspiraba a unirla con su hijo, no pudo menos de contestar:

—Señor, lejos de creer a Aladino indigno de poseer la mano de la Princesa, diría que merece más aún, si no estuviese persuadido de que no hay en el mundo tesoro que iguale a la hija de Vuestra Majestad.

Los señores de la corte demostraron con entusiastas aplausos que participaban de la opinión del gran Visir, y ya el Sultán, sin

informarse de las cualidades de Aladino, y subyugado ante el prestigio de su opulencia, dijo a la viuda de Mustafá:

—Id y decid a vuestro hijo que le espero con los brazos abiertos para recibirle, y que cuanto mayor sea su diligencia, más grande será mi placer en otorgarle la mano de la Princesa.

Concluída la audiencia, quiso el Sultán que su hija viera a través de las celosías los regalos y los esclavos que le ofrecía su prometido esposo, como así se ejecutó, desfilando la comitiva por delante de los *ajimeces* (1) de la habitación de Brudulbudura.

Voló a su casa la madre de Aladino para dar a su hijo la buena nueva, recomendándole, terminado su relato, que se presentase en la corte rodeado de la pompa y del esplendor posible.

Aladino, enajenado de gozo, se retiró a su cuarto y frotó con fuerza la lámpara. El Genio se le apareció inmediatamente.

—Quiero—le dijo—darme un baño perfumado, y cuya agua proporcione a mi tez la mayor hermosura. Después necesito un vestido que no tenga igual en el mundo, y superior a los de los más poderosos reyes; luego me darás un caballo por el mismo estilo y cuyos arneses valgan más de un millón; cuarenta esclavos, aun mejor vestidos que los que te pedí ayer, seis esclavas, cada una de las cuales traiga un traje suntuoso para mi madre, y por último deseo diez mil monedas de oro repartidas en diez diferentes bolsillos. Ve y vuelve pronto.

A los pocos momentos Aladino era dueño de todo lo que quería; tomó cuatro bolsillos o sean cuatro mil monedas de oro, dando las otras seis a su madre, con los trajes y las esclavas que destinaba a su servicio.

Dispuesto el plan, dijo Aladino al Genio que podía retirarse y que le llamaría cuando tuviese necesidad de sus servicios. El Genio desapareció. Después hizo preguntar al Sultán si estaba dispuesto a recibirle, y éste contestó que le aguardaba con impaciencia.

Aladino montó a caballo; iban delante veinte esclavos arrojando al pueblo puñados de monedas de oro, y otros veinte detrás servían de rica y vistosa escolta al brillante jinete, que en un momento se atrajo las miradas y las bendiciones de toda la ciudad asombrada de tanta munificencia. Nadie reconoció en Aladino al joven vagabundo que poco antes había jugado por calles y plazas, y la noticia de que iba a casarse con la Princesa Brudulbudura dió a su persona un encanto y un prestigio que deslumbró a todos cuantos se apresuraban a presenciar la marcha de la comitiva. Llegado que fué a palacio, quiso Aladino dejar a la puerta su caballo, según lo

(1) Ventanas de doble arco divididas por una pequeña columna.

exigía la etiqueta de la corte; pero el gran Visir se opuso a ello en nombre de su señor, y Aladino obtuvo el favor insigne de ir cabalgando hasta el pórtico del salón del trono entre dos filas de soldados que se inclinaban a su paso.

El continente y la gallardía de Aladino agradaron tanto al Sultán, que bajó los escalones del trono para recibirle e impedir que se prosternase. Lejos de esto, abrazó al joven en testimonio de amistad, sentándole después a su lado.

Aladino describió, con gran elocuencia, lo humilde de su posición, su escaso mérito para aspirar a la mano de la Princesa y su atrevimiento en poner los ojos a tanta altura, por lo cual pidió perdón al Sultán, dándole gracias al mismo tiempo, toda vez que de aquel enlace dependía la felicidad eterna de su vida.

—Hijo mío—respondió el monarca abrazándole por segunda vez—no hay para mí honra mayor que la de conceder la mano de mi hija a tan cumplido caballero, y no cambiaría este placer por la posesión de todos mis tesoros unidos con los vuestros.

En seguida, y a los acordes de una música melodiosa, pasaron a otro salón, donde el Sultán comió solo con Aladino en presencia de los señores y dignatarios de la corte, admirados, a semejanza del Sultán, de ver el talento con que el joven sostenía la conversación de su soberano. Este ordenó al primer *Cadí* (1) de su reino que extendiese el contrato de boda de la Princesa con Aladino para que el casamiento se verificara aquel mismo día; pero el afortunado joven rogó al monarca con el mayor respeto que aplazase la ceremonia algunos días de que necesitaba para construir un palacio digno de la belleza de Brudulbudura. Accedió a ello el Sultán, otorgándole los terrenos que necesitase frente a su propio palacio, con lo cual terminó la conferencia de aquel memorable día.

Aladino regresó a su casa con la misma ostentación y entre iguales aclamaciones que había salido de ella, y cuando se vió solo en su habitación, llamó al Genio por el medio conocido.

—Genio—le dijo al verle aparecer—ante todo te doy gracias por el celo y la exactitud con que has obedecido hasta aquí mis mandatos, y hoy reclamo más que nunca tu interés y tu diligencia. Quiero que en el menor tiempo posible me construyas, frente al palacio del Sultán, otro palacio que le supere en magnificencia, para recibir en él a la princesa Brudulbudura, mi esposa. Dejo a tu capricho la elección de los materiales, pero desearía que en lo más alto del palacio fabricases un gran salón con su cúpula de cuatro fases iguales, cimentadas en plata y oro macizo, y en cada una de ellas tres ventanas, cuyas celosías, a excepción de una que deberá

(1) Juez.

ser imperfecta, ostentarán transparentes y dibujos hechos con piedras preciosas, de tal suerte y con tanto arte que sean la admiración de cuantos las contemplen. Quiero, además, que el palacio tenga patios extensos, frondosos jardines, y sobre todo, un sitio que me indicarás, lleno de monedas de oro y plata. No te olvides de ningún departamento, de los trenes de caza, palafreneros, y de cuanta servidumbre se necesite para que corresponda a la suntuosidad del edificio. Vete y vuelve cuando hayas rematado la obra.

Al despuntar la aurora del siguiente día se presentó de nuevo el Genio, y le dijo a Aladino:

—Señor, el palacio está concluído; venid a ver si estáis contento de mi trabajo.

Fué Aladino al lugar designado, y no pudo menos de confesar al Genio que había excedido a sus mayores esperanzas. Luego que recorrió admirado todos los departamentos y que supo el sitio donde se ocultaba el tesoro, que era inmenso, pidió al Genio que colocase una alfombra de terciopelo desde la habitación de la Princesa hasta la puerta del palacio del Sultán, su padre. El Genio obedeció la orden con la rapidez de un relámpago, y desapareció después de acompañar a Aladino a su casa.

Fueron saliendo poco a poco a la calle las gentes de la ciudad, y al momento se extendió por toda ella y llegó a palacio la noticia de la maravilla hecha por Aladino. El gran Visir atribuyó el palacio al arte de encantamiento y de hechicería; pero el Sultán no opinó lo mismo, creyendo que un hombre tan poderoso como su futuro yerno se había valido nada más del auxilio del dinero, que en todos tiempos y en todos los países del mundo ha hecho siempre verdaderos milagros.

Cuando Aladino volvió a su casa y despidió al Genio, hizo que su madre vistiese un rico traje para ir al palacio del Sultán y acompañar aquella noche a la Princesa luego que estuviera en disposición de trasladarse al nuevo palacio. Hijo y madre dieron un adiós a la casa que iban a dejar para siempre y, sin olvidar por supuesto la lámpara maravillosa, se dirigieron seguidos de esclavos y servidores, a la residencia del Sultán.

El sonido de las trompetas y las armonías de las músicas anunciaron su llegada, y la viuda fué introducida en el departamento de la Princesa por el jefe de los eunucos. Brudulbudura la obsequió de una manera espléndida, y cuando llegó la noche se despidió la Princesa del Sultán su padre en medio de lágrimas y de sollozos que no permitieron a uno ni a otro proferir una sola palabra. La joven se puso en marcha con la madre de Aladino, seguida de cien esclavos cuyos trajes eran de sorprendente magnificencia. Iban las músicas delante, y a los lados cuatrocientos pajes del Sultán con

antorchas en las manos, lo cual, unido a la iluminación del palacio de Aladino, casi reemplazaba a la claridad del día. Una inmensa muchedumbre acudió a aclamar a la Princesa, que fué recibida en el pórtico por el enamorado galán.

—Princesa—le dijo—en nombre del amor que os profeso, perdonadme la osadía de haber aspirado a vuestra mano, pero en ello consiste toda mi felicidad.

—Príncipe—respondió la Princesa—no he hecho más que cumplir con la voluntad de mi padre, y después de haberos visto, confieso que le he obedecido sin repugnancia.

Gozoso Aladino al oír respuesta tan lisonjera, condujo a su esposa a la sala del festín, dispuesto por el Genio con el lujo que él sabía hacerlo.

Durante el banquete se oyó un concierto de voces e instrumentos tan delicioso, que Brudulbudura aseguró que jamás había oído cosa parecida. Y es que las cantantes eran hadas elegidas por el Genio esclavo de la lámpara. Luego dió principio el baile que, al concluir a una hora avanzada de la noche, puso fin a los festejos preparados por Aladino para celebrar sus bodas.

Al día siguiente fué a comer el Sultán en compañía de los Príncipes sus hijos y consagró casi todo el tiempo a examinar el palacio, que calificó, por la riqueza y el buen gusto, una de las mayores maravillas de la tierra. Mucho le llamó la atención al entrar en el salón de las celosías, que una de ellas estuviese sin acabar cuando las demás eran un modelo de primor y de arte. No podía comprender la causa, y Aladino entonces le dijo:

—Señor, no he querido que se perfeccione esa celosía para que Vuestra Majestad tenga la gloria y me dispense la honra de concluir por sí mismo este palacio.

—Y lo haré altamente complacido—respondió el Sultán.

Aquel día, dió orden a los joyeros más hábiles de su reino para que sin levantar la mano terminasen la celosía incrustándola de piedras preciosas; pero los joyeros y los diamantistas, después de examinar la riqueza del salón, declararon que no tenían piedras que igualasen siquiera a las otras celosías. El Sultán entonces les dió todas las que constituían los presentes de Aladino, el Visir y los señores de la corte suministraron las suyas, y sin embargo los artífices no podían llegar ni aun a la mitad de la obra. Viendo Aladino que el Sultán y todos se esforzaban en vano, frotó una noche la lámpara maravillosa y ordenó al Genio que pusiera la celosía idéntica a las demás, como así se verificó en un abrir y cerrar de ojos.

El asombro y la admiración del Sultán no tuvo límites al convencerse más y más del extraordinario poder de Aladino, a quien confió, pasado algún tiempo, el mando de las tropas que iban a cas-

tigar a los rebeldes que se habían sublevado en los confines del reino. Aladino se condujo como buen soldado y experto general, y la victoria militar aumentó el prestigio de que ya gozaba por su generosidad, su nobleza y su magnificencia.

A pesar del tiempo transcurrido, el mágico africano no se había olvidado de Aladino, y aunque estaba en la íntima convicción de que éste habría muerto en el fondo del subterráneo, consultó sin embargo sus signos nigrománticos, y supo con rabia que el joven vivía rico, feliz, unido a la princesa y respetado de todos. Ya no tuvo duda el infame de que su víctima había hecho uso de la lámpara maravillosa, y resuelto a perder a Aladino, se puso en marcha sin reposar un instante, y lleno el corazón de odio y de venganza, entró al fin una noche en la capital donde Aladino residía. La vista del palacio y las noticias que en todas partes le dieron del esplendor del Príncipe y de la magia de su poderío, confirmó las sospechas del mágico, y ya no pensó en otra cosa que en apoderarse por cualquier medio de la lámpara, poderoso talismán que operaba tantas maravillas.

Hizo la fatalidad que Aladino estuviese ausente en una partida de caza, y el africano se aprovechó de esta circunstancia para obrar sin demora. Compró en una tienda una docena de lámparas de cobre bruñido, las puso en una cesta, y con ellas debajo del brazo, se dirigió al palacio de Aladino, gritando en la puerta:

—¿Quién quiere cambiar lámparas viejas por lámparas nuevas?

La gente del pueblo, al oír la extraña proposición, creyó que aquel hombre estaba loco rematado; pero el mágico siguió gritando con tal fuerza, que las esclavas de la Princesa le oyeron también y propusieron a su señora cambiar por una nueva la lámpara vieja ya y usada que Aladino tenía colgada en su habitación, y que dejó allí imprudentemente sin confiar a nadie el precioso secreto. Así es que Brudulbudura no tuvo inconveniente en acceder a ello creyendo complacer a su esposo, y un eunuco bajó en seguida a buscar el cambio. El mágico se apresuró a darle la lámpara mejor que tenía, y temblando de placer porque no dudaba que era dueño al fin del talismán, se alejó del palacio con la lámpara maravillosa, y por calles excusadas se dirigió al campo a esperar a que la noche cubriese la tierra con su manto. Cuando la obscuridad fué completa, frotó la lámpara, y en el acto se le apareció el Genio.

—¿Qué quieres?—le preguntó.—Heme aquí dispuesto a obedecerte.

—Te mando—replicó el mágico—que transportes el palacio de Aladino con todo lo que contiene, y que me lleves también a mí a Africa, colocándonos en el lugar de mi residencia.

En el acto se cumplieron los deseos del mágico, y no tan sólo

desapareció el palacio, sino que no quedó ni la señal más leve de que hubiese existido nunca.

Fácil es comprender el asombro, el estupor del Sultán y de la población entera al darse cuenta del hecho. Todos se frotaban los ojos creyendo que eran juguetes de una pesadilla, y el celoso Visir aprovechó la ocasión para decir a su soberano que siempre calificó a Aladino de mágico hechicero, y que por su opinión jamás se hubiese casado con la Princesa un hombre de tan incomprensible conducta y misterioso proceder. Irritado el Sultán, y lleno de pena por la desaparición de su querida hija, mandó a los oficiales de palacio que fuesen en busca de Aladino para cortarle la cabeza como impostor y reo de Estado.

Salieron las tropas y a poca distancia de la ciudad encontraron a Aladino dedicado a los placeres de la caza; el Príncipe protestó de su inocencia al saber el motivo de la prisión; pero los oficiales, cumpliendo con la orden que tenían, le ataron con una cadena por los brazos y por la cintura, y a pie y en tan humillante situación fué conducido a la ciudad.

Las gentes del pueblo, que tanto le amaban por los beneficios sin cuento que a todos había dispensado, se amotinaron al verle prisionero, trataron de sacarle de manos de la fuerza armada, y fué preciso que el oficial de la escolta usase de grandes precauciones para evitar que le arrebatasen a Aladino, que compareció al fin ante el Sultán. Este no quiso oírle, y mandó al verdugo que le diese muerte en el mismo patio del palacio, y ya iba a ser descargado el golpe terrible, cuando el pueblo echó abajo las puertas, derribó a los centinelas, y con gritos amenazadores pidió el perdón de su querido Príncipe. Acobardado el Sultán al ver la actitud de la plebe, hizo al reo gracia de la vida, dejándolo en completa libertad. Sólo entonces se retiraron las masas pacíficamente, y Aladino, con más tranquilidad de espíritu, preguntó al Sultán cuál era la causa repentina de su enojo. El soberano le refirió la desaparición del palacio y la de su adorada hija, y Aladino, inocente del suceso, pidió cuarenta días de plazo para encontrar a la Princesa, consintiendo en morir si no lo conseguía dentro de dicho término. Loco de dolor, de incertidumbre, y sobre todo, sin esperanzas de lograr su objeto, salió de la ciudad, y al cabo de tres días de vagar errante por los campos, se retorcía una noche con desesperación las manos donde llevaba el anillo que le dió el mágico a la entrada del subterráneo, cuando de repente se le aparece el Genio diciéndole:

—¿Qué me quieres? Soy el esclavo del anillo, y estoy dispuesto a obedecer tus mandatos.

Aladino, que ni siquiera se acordaba de aquel talismán, quedó agradablemente sorprendido y pidió ser transportado en el acto

al sitio en que se encontrase la Princesa. Al momento le llevó a Africa, colocándole en los jardines mismos de su palacio. Reconocióle al punto a pesar de la obscuridad, y no dudó de que aquel milagro era obra exclusiva de la lámpara maravillosa, echándose en cara su descuido de haberla dejado a la vista y no guardada como otras veces. Sin embargo, ni sospechó siquiera que el mágico africano fuese la causa de sus desventuras.

Poco después de amanecer se levantó la Princesa, y desde las ventanas de su habitación vió a Aladino paseando por los jardines. Es imposible describir la alegría que experimentaron los esposos al verse cuando se creían separados por una eternidad; pero después de los primeros transportes, Aladino se apresuró a preguntar a la Princesa lo que había sido de la lámpara vieja que en su departamento dejó colgada. Brudulbudura le contó la historia, desgarrando el velo de lo que hasta entonces era un misterio para su esposo, y le dijo que el mágico africano llevaba siempre en el seno la lámpara cuidadosamente oculta.

—Es preciso librarnos a toda costa de ese hombre infame —exclamó Aladino—y cuento con tu auxilio para llevar a cabo el plan que he concebido. ¿El mágico africano viene a verte a este palacio?

—Sí, antes no me libraba ningún día de su visita, pero la repugnancia que mostraba al recibirle ha hecho que sólo venga una vez cada semana.

—Pues bien, vas a vestir tus mejores trajes, y adornada con las joyas de más mérito le admitirás a tu presencia invitándole a una cena espléndida. Sin que él lo note arrojarás en su copa de vino estos polvos que siempre llevo conmigo, cuyo efecto es el de privar instantáneamente del conocimiento a la persona que los toma. Yo estaré escondido en el departamento inmediato, y apenas caiga al suelo el infame, te aseguro que seremos libres y poderosos como en otro tiempo.

La Princesa Brudulbudura, que aborrecía al africano y que deseaba naturalmente volver contenta y feliz al lado de su buen padre, accedió gustosa a cuanto Aladino le propuso, y en efecto, a los dos días invitó al mágico a cenar con ella. El nigromántico, acostumbrado a los rigores de la Princesa, no cabía en sí de puro gozo, y aceptó el convite sin demora. La Princesa había preparado de antemano la botella de que el mágico debía servirse, y en efecto, apenas vació la primera copa, cayó al suelo como herido del rayo, a causa de los polvos vertidos en el vino. Salió entonces Aladino por una puerta secreta que abrió instantáneamente Brudulbudura, y rogó a ésta que fuese a esperarle a una habitación inmediata, mientras él trabajaba para regresar a China.

Así lo hizo la Princesa, y Aladino, al verse solo, se lanzó hacia el mágico africano que yacía exánime en el suelo, y se apoderó con ansia de la lámpara oculta bajo el traje del hechicero. La frotó como de costumbre, y se presentó el Genio.

—Te llamo—le dijo Aladino—para que transportes este palacio a la China sin pérdida de momento, y lo coloques en el mismo lugar de que fué arrancado.

Dos ligeros estremecimientos, uno al partir y otro al llegar, demostraron a Aladino que su orden había sido fielmente cumplida.

El Sultán, inconsolable por la pérdida de su hija, que era lo que más adoraba en el mundo, no dejó ningún día de asomarse al amanecer a las ventanas de su habitación con la vana esperanza de ver de nuevo al ídolo de su corazón. Así es que, apenas despuntó la aurora de la mañana en que fué vuelto a su sitio el palacio de Aladino, ya contemplaba el Sultán tristemente el paraje que era la tumba de su felicidad y de sus ilusiones, cuando le pareció ver el palacio que surgía entre nubes, del centro de la tierra. En un principio creyó que soñaba, y al convencerse de la realidad no tuvo límites su alegría, y en alas del amor paternal corrió a abrazar a la Princesa. No fué menor el gozo de ésta al ver a su padre, a quien refirió con la voz entrecortada por las lágrimas todo lo sucedido, para demostrarle la inocencia de Aladino, y que ella era la única culpable, puesto que cometió la imprudencia de cambiar la lámpara maravillosa, cuyo poder ignoraba, sin consentimiento de su esposo. El Sultán, enternecido, abrazó a Aladino, el cual, con objeto de persuadirle de la verdad, le llevó al salón donde estaba el cadáver del africano, causa de sus infortunios, cadáver que fué arrojado a un muladar para que sirviese de pasto a los animales inmundos.

Diez días duraron en la ciudad las magníficas fiestas que ordenó el Sultán en celebración del regreso de los Príncipes; pero la suerte implacable reservaba a Aladino una nueva desgracia que debía poner en peligro su existencia.

Tenía el mágico africano un hermano menor, nigromántico como él, aunque más perverso y de sanguinarios instintos. Alarmado al no recibir las noticias de su hermano en el largo intervalo de un año, consultó las estrellas, los signos cabalísticos y cuanto posee la nigromancia para sus experimentos, y averiguó con todos sus pormenores y circunstancias el trágico fin de que el africano había sido víctima. Resuelto a vengarse de Aladino, se puso en marcha, y después de un penoso viaje llegó a China, entró en la capital, residencia del Sultán y supo, por unos y otros, que existía allí una santa mujer, llamada Fátima, que vivía retirada del mundo en una ermita, y que era célebre por sus virtudes y por las curas maravillosas que hacía. Concibió en el acto su detestable plan, y una noche,

a las doce, fué a buscar a Fátima en su ermita, cuya puerta pudo abrir sin hacer el más leve ruido. Vió a la santa mujer acostada a la luz de la luna, sobre un miserable lecho, y se aproximó a ella con un puñal desnudo en la mano. Fátima se despertó sobresaltada.

—Si gritas—le dijo el mágico—te hundo este cuchillo en el corazón. Guarda silencio, dame tu vestido y píntame la cara como la tuya, para que yo me parezca a ti. Si así lo haces te juro perdonarte la vida.

La pobre mujer hizo temblando lo que se le mandaba, y enseñó al mágico cómo había de llevar el rosario y cubrirse con el manto cuando fuera a la ciudad para semejarse a ella. El mágico se miró a un espejo, y convencido de que nadie podría reconocerle, faltó a su juramento, estrangulando a la infeliz Fátima, cuyo cadáver arrojó a la cisterna de la ermita. Al día siguiente se dirigió al palacio de Aladino en medio de un pueblo inmenso que le rodeaba, creyendo que era la virtuosa Fátima. Oyó la princesa Brudulbudura el ruido que hacían las gentes en derredor de la supuesta curandera, averiguó la causa y ordenó a cuatro eunucos que condujesen a la santa a su presencia. El mágico, introducido en el salón de las celosías, entonó una elocuente plegaria por la salud de Brudulbudura, quien encantada al ver la unción religiosa de la buena mujer, le rogó que se quedase a vivir en el palacio. Fátima, o por mejor decir el mágico, se hizo al pronto de rogar; pero luego accedió siempre que se le permitiese comer en la habitación que iba a destinársele. La Princesa estuvo conforme y preguntó a la fingida santa si era de su agrado el salón en que se encontraban.

—No he visto—respondió el mágico—nada más bello y admirable en mi vida; pero, para que fuese una verdadera maravilla sin igual en la tierra, deberíais hacer colocar en la cúpula el huevo de un águila blanca de prodigioso tamaño, y que tiene su nido en la más alta cima del Cáucaso.

La Princesa no echó en olvido el consejo del mágico, y cuando regresó Aladino de la partida de caza en que se encontraba a la sazón, se apresuró a decirle que tenía el capricho de que el salón de las celosías ostentase en su techumbre el huevo del águila blanca. Aladino, deseoso siempre de complacer a la Princesa, fué a su habitación, frotó la lámpara y dijo al Genio, luego que éste hubo aparecido:

—Quiero que inmediatamente coloques en la bóveda de mi salón un huevo del águila blanca que anida en las alturas del Cáucaso.

—¡Miserable!—exclamó el Genio dando un grito que conmovió el palacio hasta sus cimientos—¿no te basta lo que hemos hecho por ti? ¿Quieres, ingrato, que los esclavos de la lámpara te traigan

a su señor, que está encerrado en ese huevo y lo cuelguen en la bóveda de tu palacio? Lo único que te libra de nuestro furor es que no eres autor directo de esa imprudente demanda, sino el hermano del mágico de Africa a quien diste la muerte que merecía. Tu nuevo enemigo vive en tu propio palacio, disfrazado con el traje de la virtuosa Fátima, a cuya santa mujer acaba de asesinar, y él es quien ha sugerido a la Princesa la idea que me has manifestado hace poco. Trata de asesinarte a ti también, y te lo anuncio para que vivas prevenido.

Y desapareció.

Aladino fué a la habitación de su esposa, y sin decirla nada de cuanto le había participado el Genio, fingió un fuerte dolor de cabeza; la Princesa mandó buscar a Fátima en seguida para que curase a su marido, y refirió a éste los motivos que justificaban la residencia de aquella mujer en el palacio. Llegó el mágico disfrazado, se aproximó a Aladino con pretexto de reconocerle la cabeza e instantáneamente sacó un puñal de la cintura para darle muerte; pero Aladino, prevenido ya, se apoderó del arma con ligereza y atravesó el pecho del infame, que rodó sin vida por el pavimento. En seguida descubrió todo el misterio a la asustada Brudulbudura, la cual dió gracias al Cielo por haber librado a Aladino de la persecución de los dos hermanos mágicos, sus implacables enemigos.

Pocos años después, murió el Sultán sin dejar hijos varones, por cuya razón le sucedió en el trono la princesa Brudulbudura, quien transmitió el supremo poder a su querido esposo Aladino. Ambos reinaron largo tiempo, dejando al morir una ilustre y memorable descendencia.

Cuando transcurrieron mil y una noches, Schahrazada no pudo seguir sus relatos prodigiosos, pues había dicho ya cuantos conservaba en la memoria y cuantos le sugirió su delicado ingenio, por lo cual pidió clemencia al rey Schariar, si no por merecimiento propio, por el de sus tres pequeños hijos, de los cuales refieren las crónicas que el mayor ya caminaba solo, el segundo se servía de andaderas y el último necesitaba aún de los cuidados maternales.

El rey Schariar, convencido de la fidelidad y de la ternura de su esposa, le aseguró larga vida, y sus nombres fueron nuevamente palabras de bendición en los labios de sus súbditos.

LEYENDAS DEL LEJANO ORIENTE





EL SUEÑO DE AKINOSUKE



N *goshi*, cuyo nombre era Miyata Akinosuké, vivió en la provincia de Yamato... (Aquí es preciso decir que en los tiempos feudales del Japón había una clase privilegiada de soldados agricultores, terratenientes libres, a los que llamaban *goshis*.)

Akinosuké tenía un hermoso jardín. En él existía un antiquísimo cedro, bajo cuyas amplias y elevadas ramas solía dormir en los días de calor bochornoso, en esos días en que era imposible permanecer en casa. Una tarde se hallaba echado, en compañía de dos amigos (también *goshis*) bajo la sombra del magnífico árbol. Bebían vino y charlaban alegremente. De pronto, Miyata se sintió muy amodorrado, tan amodorrado que tuvo que rogar a sus amigos que le dispensaran el que durmiera una pequeña siesta delante de ellos. Se colocó en posición cómoda, junto al tronco del árbol, y soñó lo siguiente:

Miyata Akinosuké empezó su sueño creyendo ver que, mientras estaba descansando en su jardín, aparecía a lo lejos una larguísima procesión, igual que el cortejo de un gran señor, que descendía lentamente por la colina próxima, y que él se subió a una altura para contemplarla mejor. Era una procesión tan larga que Miyata no recordaba haber visto nunca otra parecida. Y la procesión avanzaba hacia su jardín. Observó que en el cortejo venía un considerable número de jóvenes lujosamente vestidos, que conducían un gran palanquín de laca, semejante a un palacio. Los cordones con que lo llevaban suspendido de sus hombros eran de brillante azul. Cuando la procesión llegó a pequeña distancia de la vivienda de Akinosuké, se detuvo. Y un hombre, adornado con enormes cintas y emblemas, persona de alto rango sin duda alguna, avanzó hasta Miyata, se inclinó reverentemente, y dijo:

—Honorable señor: estáis ante un vasallo del Rey de la Tierra de los Duendes. Mi señor el rey me manda a saludaros en su augusto nombre y a ponerme por completo a vuestra disposición. También me ordena que os informe que su augusta voluntad desea veros en palacio. En consecuencia, servíos entrar inmediatamente en este noble palanquín que el rey os manda para conduciros hasta el palacio.

Al oír estas palabras, Miyata quiso hacer algunas objeciones; pero quedó sorprendido al notar que apenas podía expresar los sonidos, y en aquel momento le pareció que su voluntad le abandonaba, y se vió obligado a cumplir todo lo que se le propuso. Akinosuké entró en el carruaje, y el vasallo se puso a su lado e hizo una señal. Los palanquineros asieron los cordones de seda, volvieron el cochecillo hacia el Sur y empezaron a caminar.

En muy poco tiempo, según le pareció al alucinado *goshi*, el carruaje llegó frente a una gran entrada. Tendría unos dos pisos de altura y era de un estilo chino que nunca había visto en otra parte. El vasallo se apeó de su montura, y le dijo:

—Voy a anunciar vuestra ilustre presencia.

Y desapareció.

Después de una corta espera, Akinosuké vió salir a dos hombres de apariencia noble, que iban vestidos con trajes de seda púrpura y se cubrían con altos gorros cuya forma indicaba la alta categoría de sus dueños. Llegaron hasta la entrada, saludaron respetuosamente a Miyata y le ayudaron a salir del palanquín, haciéndole entrar por la puerta grande. Luego le condujeron a través de un palacio cuyo frente parecía extenderse de Este a Oeste en una longitud de varias millas. Akinosuké se vió introducido en un maravilloso salón de ceremonias, que no tenía principio ni fin (así de grande era), y alhajado con esplendor inimaginable. Sus guías le llevaron hasta el

sitio de honor, y con mucha finura y delicadeza le pidieron permiso para sentarse en unos divanes separados. Entretanto, salieron unas doncellas en traje de recepción, y le pusieron delante unos refrescos. Cuando Miyata humedeció su seca garganta, los dos cortesanos vestidos de púrpura se inclinaron hasta tocar con la cabeza en el suelo, delante del atónito *goshi*. Y empezaron a hablar, haciéndolo alternativamente, según la etiqueta de la cortesía.

—Ha llegado la hora de cumplir con nuestro deber y éste es el de informaros sobre los motivos de vuestra venida a este gran palacio.... La augusta voluntad de nuestro señor, el rey, desea que seáis su yerno.... Y es también su orden y deseo que os caséis en este mismo momento con la augusta princesa su hija doncella.... Pronto os conduciremos al salón del trono, donde su Alta Majestad os espera. Mas es necesario, primeramente, que os vistamos con trajes y adornos apropiados para la gran ceremonia.

Al terminar, ambos cortesanos se levantaron a un tiempo, marchando hacia una alcoba en la que había un gran armario de laca dorada. Lo abrieron y sacaron varios trajes y ceñidores de géneros costosísimos, y un casquete regio. Con todas estas cosas ataviaron a Miyata, poniéndole en estado de dignificar su futura realeza principesca, y le llevaron al salón del trono en el cual vió al Rey de la Tierra de los Duendes, cubierto con el gran gorro negro de su dignidad real y vestido con un traje de seda amarilla. Delante del *daiza* (1), a derecha e izquierda, se hallaban infinidad de altos dignatarios, colocados en fila, inmóviles y magníficos como las estatuas de un templo. Akinosuké, avanzando por entre todos ellos, saludó al rey, haciendo las postraciones usuales.

Su Majestad le respondió con palabras cariñosas, y le dijo:

—Ya os han informado del motivo por el cual os trajeron a nuestra presencia. Hemos decidido que seáis el esposo elegido para nuestra hija, y los esponsales deben celebrarse ahora mismo.

Cuando el rey terminó de hablar, se oyeron los acordes de una música alegre y bellísima. Y de detrás de unos cortinones salió una interminable hilera de bellas cortesanas, que se hicieron cargo de Akinosuké para conducirle a la cámara en que le esperaba su real novia.

La habitación era inmensa y apenas cabían los invitados reunidos para atestiguar la ceremonia nupcial de Miyata con la princesa. Todos se inclinaron ante Akinosuké cuando se acomodó en su cojín, dando frente a la hija del rey, que parecía una doncella celeste. La boda se celebró en medio de grandes y regocijadas fiestas. Después, la parejita fué conducida a una serie de departamentos que

(1) Este era el nombre que daban al estrado o grada en el cual se sentaba el príncipe o gobernador feudal para conceder las audiencias. Literalmente significa "el gran banco"

les habían sido destinados en otro lugar del palacio. Allí recibieron miles de felicitaciones de muchísimas personas nobles, y regalos de boda en número incalculable.

Algunos días más tarde, Miyata volvió a ser llamado al salón del trono. Y el rey le recibió con mayores demostraciones de afecto aún que en la vez anterior, y le dijo:

—En la parte sudoeste de nuestro Imperio hay una isla que se llama Raishu. Os hemos nombrado gobernador de ella. Aquel pueblo es leal y dócil; pero sus leyes no han sido puestas de acuerdo con las de nosotros y sus costumbres no han sido reguladas de un modo prudente. Os confiamos el deber de mejorar la condición social (hasta donde sea posible) de aquellos lejanos súbditos. Y deseamos que los gobernéis con bondad y sabiduría. Ya están hechos todos los preparativos necesarios para vuestro viaje a la isla de Raishu.

Akinosuké y su esposa abandonaron el palacio y fueron acompañados por una gran corte de oficiales y de nobles, hasta el muelle. Ahí embarcaron en un navío del rey, y con viento favorable se dieron a la vela para Raishu, a donde llegaron con felicidad. Todo el pueblo de la isla se había reunido para darles la bienvenida.

Inmediatamente se posesionó Akinosuké de sus nuevos deberes, los cuales no eran muy penosos. Durante los tres primeros años de su gobierno se ocupó, más que en otra cosa, en el estudio y ordenamiento de nuevas y justas leyes. Pero como tenía muchos y sabios consejeros que le ayudaban en sus tareas, jamás encontró desagradable el trabajo. Cuando estuvo terminado todo, quedó sin deberes activos que cumplir, fuera de la asistencia a los ritos y a las ceremonias que dimanaban de las antiguas costumbres. El país llegó a ser tan sano y tan fértil que las enfermedades desaparecieron casi por completo. Y los habitantes eran tan buenos y tan pacíficos, que no se vulneraba ninguna ley. Akinosuké vivió y gobernó en Raishu por espacio de veinte años más. Llevaba ya en el país, por consiguiente, veintitrés años, y durante tan largo período ninguna sombra de tristeza obscureció la gran felicidad con que transcurría su vida.

Pero, al llegar al vigésimocuarto año de su gobierno, le ocurrió una tremenda desgracia, pues su esposa, que había traído siete hijos al mundo, cinco niños y dos niñas, enfermó gravemente y murió. Fué enterrada con extraordinaria pompa en la cúspide de una bellísima colina del distrito de Hanryoko. En su tumba se erigió un esplendoroso monumento. La muerte de la princesa causó tanta pena en el enamorado corazón de Miyata, que perdió la afición al vivir.

Cuando terminó el período reglamentario del duelo, llegó a Raishu un enviado de la Tierra de los Duendes. Era un heraldo

real. Entregó a Akinosuké un mensaje de condolencia, y exclamó:

—Estas palabras que os voy a dirigir son las que me mandó a comunicaros nuestro augusto señor, el rey: "Hemos decidido enviaros a vuestro propio y antiguo país. En cuanto a los siete hijos que tenéis, son los nietos y nietas del rey, y se cuidará de ellos como es menester. Por esto, librad a vuestro corazón de que pase angustia por ellos."

Miyata se preparó sumisamente para el cumplimiento de esta orden. Y arregló su marcha. Una vez que todos sus asuntos estuvieron terminados, y después que dió la audiencia de despedida, se dirigió al embarcadero, hasta donde le acompañaron los consejeros, sus oficiales y el pueblo, que le tributó grandes honores. Había preparado un barco y en él se dió a la vela, bajo el claro azul del cielo y sobre el espeso azul del mar... Y la forma de la isla se hizo azul también. Luego se tiñó de gris, y, por último, se desvaneció para siempre. Akinosuké se despertó de pronto: ¡Estaba junto al cedro de su mismo jardín!

Durante los primeros momentos se quedó estupefacto. Pero en seguida divisó a sus compañeros, todavía sentados cerca de él, bebiendo y charlando. Los contempló de un modo aturdido, y gritó:

—"¡Qué extraño!"...

—Miyata debe de haber estado soñando—exclamó, riéndose, uno de los amigos.—¿Qué visteis?... ¿Qué era lo extraño?

Entonces refirió su sueño, el maravilloso sueño de los veintitrés años de estancia en la isla de Raishu. Y se quedaron asombrados de que hubiera podido soñar tanto en tan pocos minutos como estuvo dormido.

Uno de los *goshis* exclamó:

—Ciertamente habéis visto cosas fantásticas; pero también nosotros hemos visto algo extraño y fantástico mientras estabais sesteando. Una pequeña y linda mariposa de colores amarillos estuvo revoloteando sobre vuestra cabeza durante unos segundos. Y nos quedamos observándola. Se posó en la tierra, a vuestro lado, cerca del árbol. Casi al mismo tiempo de haberse posado, apareció una hormiga grande, muy grande, que salió de un agujero, y, asiéndose a la mariposa, la arrastró dentro de él. Precisamente en el momento de despertaros, la mariposa volvió a salir del hoyo, revoloteó de nuevo sobre vuestro rostro, y desapareció. No sabemos hacia donde ha ido.

—Quizá fuera el alma de Akinosuké—insinuó el otro *goshi*—porque yo la ví revolotear en la boca de Miyata... Mas aunque la mariposa fuera el alma de Akinosuké, el hecho no puede explicar un sueño tan raro...

—Las hormigas nos pueden dar la solución—replicó el que había hablado antes. Las hormigas son unos seres muy extraños. ¡Quizá sean duendes! ¡O trasgos! ¡O malos espíritus! ¿Quién sabe?... Y, en todo caso, junto a este cedro tenemos un inmenso hormiguero: examinémoslo...

—¡Eso, eso! ¡Veámos!—gritó Miyata, grandemente impresionado por esta idea. Y marchó por una azada.

La tierra que circundaba las raíces del cedro había sido removida, de una manera bien extraordinaria, por una numerosa colonia de hormigas. Más al interior se veían las excavaciones hechas por estos raros animalitos. Y sus construcciones de arcilla, de tallos y de paja, parecían ciudades en miniatura. En medio de una construcción infinitamente más grande que las otras, había un maravilloso enjambre de hormigas pequeñas que rodeaban a una gran hormiga de enorme cabeza negra y alas amarillas.

—¡Toma! ¡Este es el rey de mi sueño!—gritó Miyata.—¡Y aquí está el palacio....! ¡Pero esto es una fantasía nunca vista! ¡Esto es asombroso....! Raishu debe estar algo más al sudoeste, a la izquierda de esa raíz grande.... ¡Sí! ¡Aquí está! Ahora tengo la seguridad de que encontré la montaña de Hanryoko y la tumba de la princesa...

Buscó y buscó en los restos de la guarida, y por fin descubrió una pequeña cárcava, en la cima de la cual se hallaba colocada una guija enmohecida que tenía la forma de un monumento budista. Debajo encontró el cadáver de una hormiga hembra, cubierto de arcilla.





HOICHI EL DESOREJADO

Hace ya más de setecientos años que tuvo lugar en los desfiladeros de Shimonoséki, en Dan–no–ura, el último combate de la grande y larga contienda que sostuvieron los Heikés, o tribu de Taira, con los Jenjís, o tribu de Minamoto. En esta batalla perecieron todos los Heikés, con sus niños y mujeres, e igualmente su joven emperador, recordado ahora con el nombre de Antoku Tenno. Y aquellos mares y aquellas costas han sido frecuentados sin cesar por las almas de las víctimas durante siete siglos. . . . En el transcurso de las noches obscuras, miles de fuegos espectrales revolotean sobre las playas, o se deslizan rápidamente por encima de las olas, como si fueran pálidas lucecillas, a las cuales los pescadores llaman "fuegos endemoniados." Y siempre que los vientos llevan la dirección de tierra, se oyen grandes alaridos que proceden del mar y gritos e imprecaciones tan ruidosos, que parecen el clamor de una gran batalla.

Antiguamente los Heikés eran mucho más inquietos que ahora: acostumbraban a rodear los barcos que cruzaban por las noches sus dominios, y hacían todo lo posible para hundirlos. Si lo conseguían, atacaban a los náufragos, arrastrándolos hacia el fondo del mar. Con el fin de aplacar los espíritus de estos muertos fué edificado el templo budista de Amidaji y a su lado un cementerio, muy cerca del mar. Ahí se erigieron monumentos, poniendo en ellos el nombre del emperador ahogado y de sus heroicos vasallos. Por las almas de los guerreros se celebraban en el templo, con toda regularidad, in-

finidad de servicios y ceremonias budistas. Después que se terminó el templo y que fueron erigidas las tumbas de los Heikés, ya no causaron éstos tantos disturbios como anteriormente; pero, a intervalos, continuaron haciendo cosas raras y misteriosas, para demostrar que aun no habían hallado el estado de perfecta paz.

En *Akamagaséki* (1) vivió, hace varios siglos, un cieguecito llamado Hoichi, que era muy célebre por su gran habilidad en el arte de cantar poesías y de interpretar música en el *biwa* (2). Desde su más tierna infancia fué educado para declamar versos y tocar el *biwa*, y siendo todavía un mozalbete sobrepasaba ya en destreza y condiciones a sus maestros. Como profesional de este instrumento llegó a ser famoso, principalmente por sus recitados históricos de los Heikés y de los Jenjís. Dícese que cuando cantaba las tristes y evocadoras canciones del combate de Dan–no–ura "hasta los mismos duendes eran incapaces de contener las lágrimas."

En los albores de su artística profesión, Hoichi fué muy pobre; pero después encontró a un buen amigo que le prestó ayuda. El sacerdote del Amidaji sentía gran fervor por la música y por la poesía. Muy a menudo invitaba al ciego para que diera representaciones poéticas en el templo. Más tarde, grandemente impresionado por el maravilloso dominio musical que poseía el cieguecito, le propuso que hiciera su vida y fijase su residencia en el templo de Amidaji. Hoichi aceptó la oferta muy agradecido. El sacerdote le destinó una cámara para él solo. En pago de la alimentación y de la morada, el cieguecito no tenía otra obligación que la de alegrar con sus canciones los solitarios atardeceres de aquellos parajes, recitando leyendas musicales y siempre que no tuviera ninguna otra cosa que hacer.

Cierta noche, durante un verano, el sacerdote recibió aviso para ir a efectuar una ceremonia budista en casa de un feligrés suyo que había fallecido. Marchó acompañado de un acólito, quedando en el templo solamente Hoichi. La noche era muy calurosa, y el cieguecito buscó el fresco yendo a sentarse bajo el pórtico que daba frente a su dormitorio. Desde el pórtico se distinguía perfectamente un diminuto jardín que rodeaba la parte zaguera del Amidaji. Hoichi se acomodó en aquel sitio y esperó la vuelta del sacerdote. Para distraer su soledad ensayó en el *biwa* algunas canciones. Transcurrió la media noche, y su protector no regresaba; mas como el viento era demasiado sofocante aún, permaneció sentado.

(1) O SHIMONOSÉKI. La ciudad también es conocida por el nombre de Bakkan.
(2) El BIWA es una especie de laúd de cuatro cuerdas que se usa generalmente para audiciones de música recitada.

Poco tiempo después oyó pasos hacia la puerta trasera. Alguien atravesaba el jardín, avanzando hacia el pórtico, y se detenía frente a Hoichi; pero no era el sacerdote. Una voz profunda y sonora llamó por su nombre al trovador, pero lo hizo de un modo áspero y descortés, de la misma manera que lo hacen los *samurais* (1) cuando dan órdenes a sus inferiores.

—¡Hoichi!...

Este se asustó, y durante el primer momento no pudo responder. Y la voz habló de nuevo, en tono de áspero mandato:

—¡Hoichi!...

—¡Ay!—respondió el músico, temblando ante la amenaza que se adivinaba en el metal de aquella voz.—¡Soy ciego... y no puedo saber quién me llama!...

—¡No temas nada!—exclamó de un modo más benigno el recién llegado.—Estoy parado en un lugar cerca de esta iglesia y me ordenaron traerte un mensaje. Mi señor actual, que es una persona de elevadísima alcurnia, ha llegado a Akamagaséki con una numerosa corte de servidores nobles. Mi señor deseaba visitar el sitio donde se verificó la famosa batalla de Dan–no–ura y hoy lo ha recorrido. Hace tiempo que oyó hablar de tu destreza en el manejo del *biwa* y de tus dotes poéticas en los recitados de los combates, de modo que desea oírte; por lo tanto, prepara el instrumento y ven conmigo ahora mismo, que vamos a la casa en que está esperándonos la augusta reunión.

En aquellos tiempos era temerario tratar de resistirse a las órdenes de un *samurai*. Considerando esto, el cieguecito se calzó las sandalias, tomó el *biwa* y marchó con el enviado, quien le conducía bien, pero muy de prisa. La mano del guía era de hierro y el rechinar de sus pasos demostraba que iba perfectamente armado; quizá sería algún centinela del palacio... Y las primeras alarmas de Hoichi desaparecieron; empezó a imaginar que el suceso traería buenas consecuencias para él, pues recordaba la afirmación del *samurai* acerca de "una persona de elevadísima alcurnia," y dió en pensar que el señor que tanto empeño demostraba en oírle sería, cuando menos, un *daimio* (2) de las primeras clases. En aquel instante el *samurai* se detuvo, y como el trovador supiera que habían llegado a una gran puerta, se quedó estupefacto, porque no recordaba que en aquella parte de la ciudad hubiera una gran puerta, excepto la principal del Amidaji.

—*¡Kaimon!*.... (3)—exclamó el *samurai*. Y se oyó desatran-

(1) **Samurais:** Caballeros de la nobleza militar.

(2) **Daimio:** Señor de una comarca o región del país

(3) **Kaimon:** Término respetuoso, que significa "abrid la puerta." Era usado por los samurais cuando llamaban a los guardas para pedirles admisión por la puerta de los señores.

car la puerta. Entonces ambos pasaron dentro, cruzaron un espacio de jardín y se detuvieron de nuevo delante de alguna entrada.

El acompañante gritó en voz alta:

—¡Venid aquí!.... ¡He traído a Hoichi!....

Y sonaron ruidos de pasos rápidos, de biombos que se descorrían, de balcones que abrían sus vidrieras, de voces femeninas que hablaban apresuradamente... Por el lenguaje de las mujeres conoció el cieguecito que debían pertenecer a la servidumbre de una casa noble; pero no pudo adivinar a qué sitio le habían conducido. Poco tiempo tuvo para hacer conjeturas porque, después de ayudarle a subir varios escalones de piedra, sobre el último de los cuales le mandaron dejar las sandalias, sintió que las manos de una mujer le guiaban a través de interminables distancias de entarimados lisos y resbaladizos, por entre infinidad de ángulos y columnatas y sobre maravillosas anchuras de pisos esterados, que debían ser las vastas extensiones de algún colosal departamento... Al llegar percibió una gran reunión de personas, que por el crujir de las sedas, remedaba el zumbido de las hojas de un bosque. También oyó el mosconeo de muchísimas voces que hablaban en tonos reposados y que por sus palabras parecían de gentes principales.

Dijeron a Hoichi que tomara acomodo en el cojín que le habían preparado. Después que templó su *biwa*, la voz de una mujer, que el ciego se imaginó sería la directora de los servicios femeninos, se dirigió al trovador y le habló así:

—Es necesario que recites la historia de los Heikés, acompañando los versos con el *biwa*....

Mas la recitación completa requería varias sesiones, por lo que Hoichi se atrevió a decir:

—Como la historia entera es bastante larga, ¿qué parte de ella quiere oír el augusto auditorio que va a hacerme el honor de escuchar?

La voz femenina respondió:

—Canta la que se refiere a la batalla de Dan-no-ura, que es la parte más conmovedora.

Hoichi elevó su hermosa voz y cantó el romance del combate librado en el áspero y rugiente mar. Su *biwa* imitaba de un modo asombroso el voltear de los remos, las embestidas de las embarcaciones, el aleteo y el silbar de las flechas, los gritos, las imprecaciones y el correr de los hombres, el estrépito de los aceros al chocar contra los morriones y las celadas de las armaduras, el ruido seco que hacían los cadáveres al sumergirse para siempre en las furiosas y encrespadas olas....

A un lado y a otro, durante las pausas, oía exclamaciones de encanto y alabanza por su trabajo:

—¡Es un artista maravilloso!

—¡En nuestra provincia nunca hubo un músico tan grande como éste! ¡Ni en todo el Imperio hay un cantor que pueda igualarse con Hoichi!. . . .

Al darse cuenta del entusiasmo que producía, adquirió nuevo vigor y tocó y cantó aún mejor y con más bríos. A su alrededor se hizo un silencio de profunda veneración y respeto. Cuando, al final, empezó a describir el trágico destino de las mujeres y de los niños y la muerte de Nii–no–Ama teniendo en sus brazos al joven emperador, los oyentes profirieron un prolongado grito de angustia, y desde aquel momento lloraron y gimieron tan ruidosa y tan desesperadamente, que el ciego tembló al considerar la violencia de la pena que había causado en los circunstantes. Los gemidos y los sollozos continuaron durante bastantes minutos, pero poco a poco dejaron de oírse. Y de nuevo, en medio del gran silencio que siguió después, Hoichi oyó a la que él creía la directora de servicios:

—Aunque ya había llegado a nuestro conocimiento que eras un diestro tocador de *biwa* y sin igual en el arte de recitar, jamás pudimos suponer que fueras tan habilidoso como ahora has demostrado serlo. Nuestro augusto señor está muy complacido de ello y desea conferirte una recompensa digna de tus grandes méritos. Pero quiere también que vengas durante seis noches seguidas, al transcurrir las cuales piensa regresar al palacio. Mañana, a la misma hora, habrás de volver. El criado que hoy te ha conducido hasta aquí, te irá a buscar. . . . Hay otro asunto del que tengo orden de informarte: durante el tiempo que nuestro augusto señor permanezca en Akamagaséki no hablarás absolutamente a nadie de tus visitas a esta casa. Nuestro augusto y gran señor ha mandado que no se haga pública su presencia . . . Y ahora, eres libre de regresar al templo . . .

Después que Hoichi dió cumplidas gracias por el ofrecimiento de la recompensa, una mano delicada y juvenil le condujo hasta la entrada de la casa; desde allí, el enviado le llevó al templo. Una vez llegados al pórtico se despidieron, y el *samurai* desapareció. . .

Cuando regresó el cieguecito casi despuntaba ya la aurora; pero no se notó su ausencia, porque el sacerdote había vuelto muy tarde y le creyó durmiendo. Durante el día, Hoichi pudo gozar de algún reposo. Nada dijo de su fantástica aventura. Al llegar la siguiente noche, el mismo samurai vino a buscarle. En la augusta reunión obtuvo el mismo gran éxito de su recital anterior. Pero durante la segunda visita fué notada su ausencia del templo, a causa de una circunstancia fortuita. Al regresar por la mañana fué llevado ante el sacerdote, el cual, en tono cariñoso, le dijo:

—Mi querido Hoichi: hemos estado intranquilos. Salir tú

solo a tales horas, ciego como estás, es muy peligroso. ¿Por qué no nos lo has dicho?.... Hubiera ordenado que te acompañaran. ¿Dónde estuviste?....

El músico, de un modo evasivo, respondió:

—¡Perdonadme, cariñoso amigo! Tenía que arreglar varios asuntos particulares. No puedo hacerlo a otra hora....

La reticencia de Hoichi causó más sorpresa que pesar en el ánimo del buen sacerdote. No le parecía natural, y sospechó algún extravío. Se imaginaba que el cieguecito había sido embrujado o alucinado por los malos espíritus. Nada más le preguntó; pero hizo llamar a sus criados y les comunicó órdenes secretas para que vigilasen los movimientos de Hoichi, siguiéndole si volvía a dejar el templo al llegar la próxima noche.

Y, en efecto, el músico fué visto salir del templo. En seguida los sirvientes encendieron sus linternas y se dispusieron a seguirle; pero la noche era obscura y muy lluviosa, y antes de que ellos pudieran llegar a la carretera, ya había desaparecido. Evidentemente había caminado muy de prisa, y esto era una cosa bien extraña, teniendo en cuenta su ceguera y el pésimo estado del camino. Los criados cruzaron con rapidez calles y más calles, preguntando en todas las casas que acostumbraba visitar Hoichi; pero no supieron darles noticia alguna.

Regresaron al templo siguiendo el camino de la costa. De repente, quedaron asombrados al oír las acordes de un *biwa* que sonaba de un modo furioso en el cementerio de Amidaji. Exceptuando algunos fuegos fatuos, cosas usuales en estos parajes, y más que nunca en las noches tormentosas, todo era obscuridad en aquella dirección. Se apresuraron a entrar en el cementerio. Y por medio de las linternas que llevaban pudieron descubrir a Hoichi. La lluvia caía incesante sobre él. Estaba solo, sentado delante de la tumba inmemorial de Antoku Tenno, rasgueando con gran pasión las cuerdas de su *biwa*, al tiempo que cantaba desaforadamente los versos de la batalla de Dan–no–ura. Y detrás de él, y delante, y a su alrededor, ardían las llamas espectrales de los muertos, semejantes a velas mortecinas, aunque no despedían luz, porque estos fuegos no proyectan resplandores sobre las superficies.... Jamás ningún huésped de ultratumba se presentó a la vista de un sér humano con mayor grandeza evocativa....

—¡Hoichi! ¡Hoichi!—gritaron los sirvientes.—¡Hoichi!

Mas el ciego pareció no oírles. Golpeó vigorosamente su instrumento y a cada instante cantaba con más brío y con más nerviosidad la canción de la batalla....

—¡Hoichi! ¡Hoichi! ¡Venid con nosotros!....

Pero él respondió, con malos modos:

—¡No puede tolerarse el que me interrumpáis de una manera tan desvergonzada estando delante de una reunión de nobles y augustas personas!. . . .

Al escuchar esto, a pesar de lo terrorífico del caso, los sirvientes no pudieron contener la risa. Indudablemente estaba embrujado. Se sentaron a su lado y después de grandes trabajos, lograron llevarle al templo, donde le despojaron de sus vestidos empapados de agua. Por mandato del sacerdote le hicieron comer y beber. Después le exigió una explicación completa acerca de las causas de su fantástica conducta.

Hoichi dudó largo rato entre hablar y callarse; pero viendo que su conducta tenía realmente alarmado al buen sacerdote, decidió explicarse con claridad. Y refirió todo lo que le había ocurrido desde la noche en que recibió la primera visita del samurai.

El sacerdote le dijo:

—¡Hoichi, mi amigo Hoichi! ¡Te encuentras en un gran peligro! ¡Qué desgracia! ¿Por qué no me lo has dicho antes?. . . . . Tu maravillosa destreza en el arte de la música te ha llevado ciertamente a un extremo lastimoso. Y ahora es preciso que sepas que no has estado visitando ninguna casa, sino que pasaste las noches entre las tumbas de los Heikés. Cuando te vieron los sirvientes, estabas delante de la tumba inmemorial de Antoku Tenno. Todo lo que has imaginado no era más que una ilusión de tus pensamientos, excepto la llamada de los muertos. Mas, por haberlos obedecido una vez, estás voluntariamente en su poder. Si los obedeces de nuevo, después de lo que ya ha ocurrido, destrozarán tu cuerpo, haciéndote infinidad de pedacitos. Pues en cualquier caso terminarán por asesinarte. . . Me es imposible acompañarte esta noche. He recibido aviso para ir a prestar un servicio religioso, pero antes de irme haré lo necesario para proteger tu cuerpo, escribiendo textos piadosos sobre él.

A la hora del crepúsculo, el sacerdote y su ayudante desnudaron al trovador, y, valiéndose de unos pinceles, le trazaron en el pecho, en la espalda, en los labios, en las manos y en las piernas, en fin, hasta en las plantas de los pies, un texto piadoso. Cuando terminaron esta operación, el sacerdote dijo a Hoichi:

—Esta noche, poco tiempo después de que yo me marche, te irás a sentar en el pórtico y esperas allí. Probablemente vendrá una voz y te llamará; pero, ocurra lo que ocurra, no contestes ni te muevas. Seguirás sentado, sin hablar, en actitud meditabunda. Si te agitas o haces algún ruido, serás partido en dos trozos. No temas nada, ni tampoco intentes pedir ayuda, porque ninguna ayuda humana podría salvarte. Si cumples todas las instrucciones

según te las doy, el peligro desaparecerá y no tendrás nada que temer de aquí en adelante.

Llegada la noche, el sacerdote y su acólito salieron; Hoichi fué a sentarse en el pórtico. Dejó su *biwa* en la tarima, y, adoptando una actitud reflexiva, permaneció enteramente quieto, cuidando de no toser ni respirar de un modo perceptible. Así transcurrieron varias horas.

Hasta que al fin oyó ruido de pasos que se acercaban. Sintió cruzar la puerta, hacia el jardín, y notó que se aproximaban al pórtico, deteniéndose frente a él.

—¡Hoichi!....—gritó la voz profunda. Mas el ciego contuvo su respiración y quedó inmóvil.

—¡Hoichi!—repitió de un modo sombrío la misma voz.

Pero el cantor seguía mudo y tan silencioso como una piedra. Y la voz gruñó sordamente:

—¡No contesta!... ¡Pues nunca ha hecho eso!... ¡Veamos dónde está el individuo!...

Se oyó el ruido acompasado de unos pies que subían hacia el pórtico y se detuvieron cerca de Hoichi. Durante varios minutos reinó un silencio de muerte. El músico sintió que su cuerpo se estremecía y que su corazón latía desordenadamente. Por último, la agria y rudísima voz susurró en los mismos oídos del cieguecito:

—¡Aquí está el *biwa*! ¡Pero del trovador no veo más que sus dos orejas!.... ¡Ahora ya está explicado por qué no contestaba: no puede hablar porque no tiene boca; de él no han quedado más que las dos orejas!... ¡Y yo debo llevar estas orejas a mi señor para demostrarle que su augusta orden ha sido cumplida en lo posible!.....

En aquel instante Hoichi sufrió un dolor agudísimo: sus orejas fueron atenazadas, y... ¡rrrrrás! desaparecieron. No dió el menor grito. Oyó retroceder los pies, que caminaban a lo largo del pórtico, bajaron al jardín, salieron a la calle, y... cesó de oír aquel ruido fantástico.

De ambos lados de la cabeza del trovador manaba sangre en abundancia, y sintió un cálido goteo; pero no se atrevía a levantar las manos....

El sacerdote regresó antes de salir el sol. Fué directamente hacia el pórtico, y se detuvo, pues había resbalado sobre algo viscoso, profiriendo un grito de horror. Con la luz de su linterna acababa de observar que la viscosidad era un gran chorro de sangre coagulada, y contempló a Hoichi, sentado aún en actitud medita-

bunda, conforme le ordenara al marchar. De sus heridas seguía cayendo la sangre.

—¡Pobre, pobrecito Hoichi!—gritó aterrado el sacerdote—¿Qué es esto?... ¿Estás herido?...

Al reconocer la voz de su amigo, el músico se sintió en salvo y prorrumpió en sollozos desgarradores, mientras le refería el terrible suceso nocturno.

—¡Pobre, pobre Hoichi! ¡Y ha sido culpa mía! ¡Mi grande y tremenda culpa!... ¡Por todas las partes de tu cuerpo había puesto infinidad de textos sagrados, por todas partes menos en las orejas! Confié a mi acólito el que hiciera esa operación, y ha sido mi falta, mi verdadera gran falta, el no haber inspeccionado la forma en que lo había hecho. ¡Pero ya no tiene remedio!... Solamente nos queda el tratar de curar tus heridas del mejor modo que esté a nuestro alcance. ¡Animo, querido amiguito! El peligro desapareció para siempre. Ya no volverás a recibir la visita de aquellos fantasmas....

Con la ayuda de un buen médico, Hoichi se curó bien pronto de sus heridas. La historia de su terrorífica aventura se divulgó por todas las regiones comarcanas, y se hizo muy famoso. Centenares de nobles llegaban a Akamagaséki para oír al cieguecito. Y Hoichi recibía grandes regalos de dinero, hasta que llegó a ser un hombre de gran fortuna... Pero desde el día de su aventura fué conocido por el sobrenombre de "Hoichi el desorejado."





LA MUJER DE NIEVE

En un lugar de la provincia de Musashi vivieron dos leñadores llamados Mosaku el uno y Minokichi el otro. En el tiempo a que me refiero, Mosaku era ya un anciano y Minokichi, su ayudante, contaba solamente dieciocho años de edad. Todos los días iban juntos a un bosque distante como cinco millas de su pueblecito. Para llegar a él, tenían que cruzar un ancho río, en el que había una barca. En el sitio donde estaba el embarcadero construyeron varios puentes; pero todos se los llevaron las aguas. Ninguno podía resistir las crecidas del caudaloso río.

En una tarde muy fría, al regresar los leñadores a su casa, se vieron sorprendidos por terrible huracán de nieve. Y llegaron al embarcadero y se encontraron con que el barquero se había marchado, dejando el bote en la orilla opuesta. Como el día no estaba para nadar, los leñadores se refugiaron en la choza del barquero, muy satisfechos de haber podido encontrar dónde guarecerse. En la choza no había brasero ni sitio para encender fuego, pues la cabaña estaba hecha con dos esteras y su extensión no llegaría a seis pies cuadrados. Sólo tenía una puerta, sin más huecos de ninguna especie. Mosaku y Minokichi sujetaron la puerta y se sentaron a descansar, abrigándose con sus casacones de paja. Imaginaban que la tormenta pasaría pronto.

El viejo se durmió poco después; pero el zagal estuvo despierto largo rato, escuchando el retumbar de los truenos, el bramido furioso del viento y el continuo azotar de la nieve contra la débil choza, que crujía y se bamboleaba con la misma ligereza que un junquillo

en el mar. Era una tormenta formidable. El aire se hacía más helado a cada momento. Minokichi temblaba bajo su casacón de paja; pero, al fin, no obstante el gran frío que lo atormentaba, se quedó aletargado. De pronto, al sentir que la nieve le caía en el rostro, se despertó. La puerta de la choza había sido forzada. Al resplandor de la nieve pudo distinguir la figura de una mujer. Era blanca desde la cabeza hasta los pies y estaba inclinada sobre Mosaku, echándole su aliento. Casi en aquel instante se volvió hacia Minokichi, y también se inclinó sobre él. Este quiso gritar, pero no pudo. Había perdido el habla. La mujer blanca se inclinaba y se inclinaba cada vez más, hasta que se tocaron los dos rostros.... El leñador observó que era muy bella, pero los ojos causaban espanto. Por espacio de unos segundos la contempló en silencio. Después, le dirigió una sonrisa, y le susurró al oído:

—Pensaba hacerte lo mismo que al otro. Pero no puedo menos de sentir alguna misericordia hacia ti: ¡eres tan joven!.... ¡Y eres un hermoso joven!.... ¡Muy hermoso, muy hermoso, Minokichi! Y por eso no quiero herirte ahora. Pero si alguna vez dices algo, aunque sea a tu propia madre, acerca de lo que has visto esta noche, lo sabré al momento ¡y te mataré! No olvides nunca esto que te he dicho....

Dió media vuelta, atravesó la puerta y desapareció. El leñador pudo moverse al fin. Corrió a la puerta y escudriñó por todas partes. Pero la mujer se había volatilizado misteriosamente y la nieve entraba de un modo arrollador en la desvencijada cabaña. Minokichi cerró la puerta y la aseguró con varios trozos de madera. Imaginó que el viento había sido quien derrumbó la puerta y que todo lo demás no pasaba de ser un sueño lúgubre. Y quizá la figura de mujer que vió en la puerta no fué otra cosa que la brillante claridad de la nieve.... Pero, como no estaba muy seguro de sus ideas, llamó al viejo. Y éste no le respondió. Minokichi quedó aterrado. Empezó a buscar a tientas en la obscuridad, dió con el rostro de Mosaku.... ¡y notó que estaba frío como el hielo! El desgraciado leñador había muerto....

Al romper el día cesó la tormenta. Cuando el barquero, un poco después de salir el sol, retornó a su puesto, halló a Minokichi tendido en el suelo, sin conocimiento, junto al congelado cadáver de Mosaku. Minokichi fué solícitamente atendido y pronto volvió en sí; pero estuvo enfermo durante mucho tiempo, a causa del frío que cogió en aquella terrible noche. La muerte del viejo le afectó de modo tremendo. No habló a nadie sobre la visita de la mujer blanca, y tan pronto como recobró la salud, reanudó sus tareas de leñador. Todas las mañanas iba solo al bosque y regresaba al anochecer, trayendo sus correspondientes haces de leña, los

cuales se encargaba de vender su madre para ir viviendo con su producto.

Una tarde del invierno siguiente, al regresar a su cabaña, encontró en la carretera a una niña que llevaba la misma dirección que él. La jovencita era alta, de cuerpo frágil y esbelto y de hermosa apariencia. Minokichi la saludó. Ella contestó al saludo y su voz resonó en los oídos del joven con la misma dulzura que el canto de un pájaro niño. El leñador se unió a la jovencita y empezaron a charlar. Dijo llamarse *O–Yuki* (1). Hacía poco tiempo que habían muerto sus padres y marchaba a Yedo para ver si, por medio de unos parientes pobres que allí tenía, entraba a servir en alguna casa principal. Minokichi quedó encantado con la amena charla de aquella mujercita, y cuanto más la miraba más bella le parecía. Le preguntó si estaba prometida. Y ella le contestó que no, riendo alegremente. A su vez, O–Yuki preguntó también al leñador si estaba casado o prometido. Minokichi respondió que, aunque sólo tenía que mantener a su madre (el padre había muerto ya), la cuestión de una "nuera conveniente" aun no se había tratado, porque él era muy joven....

Después de hacerse estas mutuas confidencias, siguieron su camino. Marcharon durante gran espacio de tiempo sin hablarse una palabra; pero, como dice el proverbio japonés: "cuando el deseo ha venido, los ojos pueden hablar mucho más que la boca"... Al llegar al pueblecillo ambos se hallaban encantados uno del otro. Minokichi rogó a O—Yuki que entrara en la casa para tomar algún reposo. La niña respondió con gran timidez y rechazó en un principio el ofrecimiento, mas acabó por aceptar. La madre del joven la recibió con mucho cariño y la preparó comida caliente. O–Yuki se portó de modo tan delicado y tan exquisito, que la anciana se aficionó a ella y la persuadió para que retrasara su viaje a Yedo. Y el desenlace natural de todo esto fué que O–Yuki no marchó nunca a Yedo.... Permaneció en la casa como una "nuera conveniente."

Y O–Yuki demostró que, en efecto, era una bonísima nuera: cuando cinco años después murió la madre de Minokichi, las últimas palabras que pronunció fueron palabras de afecto y alabanza dirigidas a la esposa de su hijo.

O–Yuki trajo diez hijos al mundo, niños y niñas, todos muy hermosos y de blanquísimo cutis.

Las gentes del país creían que O–Yuki era una persona algo bruja, basándose en la diferencia que existía entre ella y las restantes vecinas del pueblecillo. Quienes más se preocupaban de esto, naturalmente, eran las viejas. Y O–Yuki, a pesar de haber tenido

(1) O Yuki significa Nieve

diez hijos, se conservaba tan joven, tan fresca y tan bella como el primer día que entró en la aldea.

Una noche, después que acostaron a los niños, O–Yuki se sentó a coser a la luz de una linterna de papel. Minokichi, que estaba contemplándola, exclamó:

—El verte coser, con la luz sobre tu rostro, me hace recordar cierto suceso bastante extraño que me ocurrió cuando tenía diez y ocho años de vida. Entonces ví una cosa tan blanca y tan bella como tú lo estás ahora. Ciertamente, *aquella cosa* era igual que tú....

Sin levantar su mirada de la costura, O–Yuki preguntó:

—Dime algo de ella.... ¿Dónde la viste?

Y Minokichi refirió la macabra historia de la noche de tormenta. La habló de la Mujer Blanca que se inclinó sobre él, sonriendo y murmurando a su oído unas terribles palabras. También contó la silenciosa muerte de Mosaku, y añadió:

—Despierto o adormecido, aquella fué la única vez en mi vida que he visto un sér tan hermoso como tú. Desde luego, la mujer no era un sér humano; por eso me asusté de ella ¡y me asusté mucho! Pero ¡era tan blanca!.... Y, en verdad, nunca he podido tener la certeza de si fué un sueño lo que yo ví o si era la Mujer de Nieve.

O–Yuki arrojó al suelo violentamente sus labores, se levantó con precipitación, y dirigiéndose a Minokichi, le gritó:

—¡¡Era yo, yo, yo!! ¡Y te dije que te mataría si llegabas a decir a nadie una palabra sobre ello! Mas, por estos niños que duermen allí, no quiero matarte en este momento..... ¡Cuida bien de ellos, procura que nunca les falte nada, pues si algún día tuvieran motivo para quejarse de ti, entonces ¡te trataría como mereces!

Y a medida que gritaba, su voz se iba debilitando y sus ecos parecían el silbido de un viento lejano. Y se fundió en una nubecilla blanca y brillante, que hizo espirales por toda la habitación, hasta llegar al techo, y estremeciéndose desapareció por la chimenea.... Jamás volvió a ser vista....

APENDICE

APENDICE PARA LOS MAESTROS

LOS VEDAS. Nombre de la antigua literatura sagrada de la India. Al principio, nuestros orientalistas no habían visto en los Vedas más que una poesía patriarcal; pero luego han descubierto allí no sólo el origen de los grandes mitos indo–europeos y de nuestros dioses clásicos, sino también un culto sabiamente organizado y un profundo sistema religioso. La palabra *Veda* significa conocimiento o ciencia. En su constitución actual, los Vedas forman cuatro grandes colecciones: el Rig–Veda, el Yajur–Veda, el Sama–Veda y el Atharva–Veda. Cada colección se subdivide en tres partes: el *mantra,* que contiene los himnos; el *brahamana* o código del ritual, y el *aranyaka* que encierra instrucciones para los que, habiendo cumplido con todos sus deberes, se retiraban a la selva para entregarse al ascetismo (rishis.)

Se presentan aquí, adaptados en lo posible, algunos himnos y dos episodios del Yajur—Veda: El Relato del Diluvio y La Lección de la Muerte. Pertenece el último a los textos teológicos que conocemos con el nombre de Upanishads o Upanischadas, fundados en la doctrina de los Vedas e incorporados a ellos posteriormente. Los Upanischadas ("escuchar sentado, en sesión o asamblea, la palabra del maestro") constituyen lo más precioso de las revelaciones transmitidas a los arios de la India, y no se enseñaban, al principio, sino a aquellos que habían seguido una preparación especial y que habían probado su aptitud. Por esto se les suele llamar también *misterios o secretos.*

La Lección de la Muerte fué adaptada del texto conocido por Kata–Upanishad, nombre cuyo verdadero sentido no se conoce. Cuenta la historia de Nachiketas y su instrucción en la ciencia sagrada por un maestro, la Muerte, que posee el conocimiento de todos los estados subjetivos de existencia entre dos vidas terrestres.

EL RAMAYANA. La epopeya de los indos más universalmente conocida. Se atribuye al poeta Valmiki, pero debe tenerse en cuenta la antigüedad de la obra (1,000 a 500 años A. C.) y los innumerables incidentes de su desarrollo, para no juzgar definitiva ninguna atribución. En general, la literatura clá-

sica de la India–donde no existía algo semejante al criticismo europeo—se reprodujo oralmente durante muchos años, sufriendo modificaciones importantes. Así, los himnos del Rig-Veda, antiguos en 3,000 años A. C. fueron escritos en hojas de palmera hacia el siglo XVII, después de mil quinientos años de tradición oral. Sin embargo, la escrupulosidad con que se conserva los nombres de algunos probables autores, nos inclina a creer que, cuando menos, participaron muy especialmente en la divulgación escrita u oral de las obras.

El desarrollo del Ramayana es excesivo. Nosotros no utilizamos sino muy pocas de sus escenas principales, ligándolas dentro de cierta impresión de conjunto y adaptándolas a la comprensión y al gusto de las inteligencias jóvenes. Nuestro propósito es interesar a los niños en las tradiciones inmortales del Oriente, para lo cual creímos necesario suprimir el menor asomo de erudición.

BUDA. Damos una leyenda de Buda (623 a 543 A. C.) encareciendo a los profesores la necesidad de penetrarse de la doctrina budista y de su repercusión en el Oriente. La leyenda es admirable por sí sola; pero carecería de sentido si la doctrina no le infundiera un soplo de divinidad.

EL PANCHATANTRA. Libro de cinco series de cuentos que se suceden como ejemplos o incidentes de un cuento principal. La obra se atribuye a Vishnuzarman, un probable recopilador; pero debe aceptarse con las reservas indicadas respecto de la literatura clásica de la India.

No se conoce la forma del Panchatantra anterior a la traducción del médico persa Barzuyeh (siglo VI J. C.) de donde fué vertido al árabe y más tarde al castellano con el nombre de *Libro de Calila y Dimna*. Por consiguiente, es necesario admitir que dichas traduciones proceden de un original más antiguo e interesante; pero, como el lenguaje de la castellana es difícilmente reductible a la expresión moderna, preferimos dar adaptaciones de una versión directa del actual texto sánscrito.

LEYENDAS DEL LEJANO ORIENTE. Lafcadio Hearn, escritor inglés nacionalizado en el Japón, donde vivió los catorce últimos años de su vida, narró a los lectores occidentales un gran número de leyendas de su país adoptivo; pero, según él mismo advierte, muchas proceden de China, como el *Sueño de Ahinosuké* y probablemente *La Mujer de Nieve,* sólo que los narradores japoneses las han reformado y coloreado de tal manera que parecen indígenas. Por consi-

guiente, aunque en ellas predominan las peculiaridades del ingenio japonés, pueden tomarse como representativas de los dos grandes países orientales.

LENGUAJE. La pronunciación de los nombres sánscritos (de los Vedas a Tagore) debe regirse por las siguientes indicaciones: La *h* se aspira para producir un sonido semejante a nuestra *j*. La *j* tiene el sonido paladial de la *j* francesa. La *g* solo se pronuncia suave, aunque la sigan las vocales *e i*. La *sh* deberá decirse como en el inglés, aproximándola a la *ch* castellana. En general, sería preferible que los alumnos pudieran castellanizar uniformemente las palabras extranjeras.

BIBLIOGRAFIA. Una bibliografía rudimentarísima para uso de los maestros, es la siguiente:

José Vasconcelos: Estudios Indostánicos.
Jorge Frilley: La India y la Literatura Sánscrita.
C. W. Leadbeater: Historia y Religión del Buda.
José Alemany Bolufer: Panchatantra.
Rabindranath Tagore: La Luna Nueva.
Lafcadio Hearn: Kwaidan. Fantasmas de la China y del Japón.





GRECIA



HERACLES O HERCULES



ERACLES o Hércules era hijo de *Zeus,* (1) rey de los dioses, y de Alcmena. Tenía porte extraordinario, el cuello grueso, la cabeza pequeña y los cabellos cortos y crespos. Como Sansón entre los hebreos, había sido dotado del dón de la fuerza, para gloria de los dioses y admiración de los hombres.

Durante todo el día de su nacimiento, resonaron los truenos en Tebas, su patria.

Alcmena tuvo gemelos; cuando se hallaban en la cuna, dos serpientes cayeron sobre los niños: el otro hermano se llenó de miedo; pero Hércules las despedazó con sólo sus pequeños brazos. Esta fué su primera hazaña.

(1) Júpiter o Zeus.

Se cuenta que alguna vez fué amamantado por la diosa *Hera* (1) y que el niño mordió con tanta fuerza el seno, que la leche se derramó por el cielo, formando la Vía Láctea o Camino de Santiago...

La educación de Hércules fué completa: aprendió la lucha, la carrera de carros, el manejo del arco, la música, la gimnasia, la astronomía, y sólo al tocar la lira tuvo un fracaso, porque desafinaba feamente.... Al reprenderlo el maestro por la falta de delicadeza de su oído, Hércules le aventó el instrumento, matándole de un golpe.

Era muy comilón, y una vez que viajaba, se acercó a un campesino, a pedirle parte de su comida. Le fué negada; entonces Hércules desunció uno de los bueyes de la yunta con que araba el labriego, y lo devoró entero.

Era también gran bebedor, y cargaba un cubilete, con cuyo peso apenas podían dos hombres, pero que él levantaba hacia su boca con una sola mano....

Al entrar en la juventud, Hércules se fué a un lugar solitario a meditar en cómo decidiría de su vida. El Valor y la Pereza fueron a buscarlo en la soledad, invitándole cada uno a que les dedicase su juventud. Eligió al primero, a pesar de los placeres con que le incitaba la otra.

La diosa Juno no lo amaba, y aconsejó a Euristeo que le encomendase las empresas más duras, a fin de quebrantar sus fuerzas. Ellas han sido llamadas "los doce trabajos de Hércules." Fueron todos difíciles y hasta maravillosos; los más dignos de alabanza son estos:

TRABAJOS DE HERCULES

Un león devastaba los bosques de Nemea, en el sur de la Grecia. La bestia vivía en una caverna con dos entradas y su prodigio era que no podía ser herido.

El gigante cubrió una de las salidas, e internándose por la otra, llegó hasta el animal y lo ahogó entre sus brazos.

En una ciénaga de Lerna, vivía la Hidra, monstruo de innumerables cabezas, que parecía un árbol viviente. Era el terror de la región porque devoraba a los animales y a los hombres, y si éstos al defenderse le arrancaban una de las cabezas, ella le retoñaba al punto. De este modo, no había manera de aniquilarla.

Llegó Hércules hasta ella y le disparó flechas quemantes; se enroscó la Hidra a sus piernas, paralizándolo para el combate. Hércules fué entonces cortándole las infinitas cabezas, y a cada he-

(1) Juno o Hera.

rida aplicaba un cauterio ardiendo. Así le dió muerte. Con la ponzoña del monstruo, hizo mortales desde entonces las puntas de sus flechas.

En la Arcadia vivían las aves Stinfalidas, que tenían plumas de acero, y cuando eran atacadas, se defendían disparándolas como flechas. Hércules lanzó las suyas, emponzoñadas, e hirió de muerte a las aves funestas.

La diosa *Diana* (1) había dado muerte a cuatro ciervas espléndidas que hacían maravillosos los bosques por donde cruzaban, pues sus cuernos eran de oro. Pero quedaba una, desesperación de los cazadores. Hércules al verla vadear un río, enderezó su arco hacia ella y la dió muerte. Diana le encontró cuando la cargaba a sus espaldas, y le reconvino, un poco celosa de semejante hazaña.

El rey Augias tenía rebaños tan inmensos, que sus establos inficionaban el aire de la región con el estiércol amontonado durante muchos años.

Euristeo señaló al gigante el inmenso trabajo de limpiarlos. Hércules, no queriendo trabajar sumergido en la inmundicia, desvió el curso de un río, haciéndolo pasar por los establos, que en unos días quedaron purificados.

El Rey Diomedes tenía fama de que hacía desaparecer a cuantos extranjeros le pedían hospedaje. Esto era porque poseía cuatro caballos prodigiosos, que tenían las crines de bronce y sólo se alimentaban con carne humana. Diomedes, para conservarlos, hacía el sacrificio de sus huéspedes.

Hércules descubrió la iniquidad del rey, y dió muerte a él y a los cuatro corceles broncíneos.

Euristeo buscaba a Hércules todavía una empresa imposible, y así, le exigió que fuese a robar las manzanas de oro del Jardín de las Hespérides, guardadas por terrible dragón.

Según dicen algunos, Hércules hizo que verificase el robo el gigante Atlas, que sostenía el peso del mundo sobre sus espaldas, y mientras tanto, soportó él a la Tierra. Según otros, fué Hércules mismo quien despedazó al dragón que custodiaba el Jardín, cogiendo tranquilamente las frutas milagrosas, que resplandecían como una constelación sobre su pecho, cuando iba huyendo....

El duodécimo trabajo dado por Euristeo fué arrancar a Cerbe-

(1) Diana o Artemisa

ro de la entrada de los infiernos. El horrible Can tenía el cuello erizado de serpientes; como la Hidra, poseía muchas cabezas, y con cada una de las fauces abiertas ladraba a los condenados que querían escaparse, y si conseguía morderles, entraban sus dientes agudos hasta el tuétano de los huesos, causando espantoso dolor. El cuerpo del Can era tan venenoso, que de haber babeado las hierbas de la Tesalia, las volvió tóxicas y sólo sirvieron desde entonces para los maleficios de las hechiceras.

Le venció Hércules.

Uno a uno fué Hércules cumpliendo los trabajos que le imponía el perverso Euristeo, aconsejado de Juno; a cada nuevo encargo, pensaba éste que el gigante sería devorado por los monstruos; pero salía vivo, y hasta más fuerte y hermoso de cada hazaña, porque el valor rejuvenecía sus músculos y abrillantaba sus ojos.

Hizo, además de éstas, otras proezas: acabó con los Centauros, dió alivio a Prometeo, desprendiendo de su costado sangriento el buitre que lo devoraba, y hasta pudo herir a Hades (Plutón) en la misma morada de los muertos, a la que alcanzó a llegar.

Un día enderezó su arco contra el Sol, que enardecía salvajemente su espalda, y el astro, asombrado de su temeridad, le regaló una copa de oro.

Por su fama de triunfador de bestias y de hombres, ya no tenía en los juegos olímpicos quien quisiera disputarle el premio, y el propio Zeus, su padre, descendió a pelear con el gigante. Lucharon largamente; el combate no se decidía, puesto que Hércules estaba en frente ni más ni menos que del Rey de los Diosos. Entonces, conmovido Zeus, reveló su nombre, entre el estupor y la alegría de todo el pueblo.

LA MUERTE

Aunque la vida de Hércules había sido magnífica, recibió tremenda muerte.

Una de sus esposas, Deyanira, loca de celos porque Hércules amaba a otra, se unió al centauro Neso, que también le odiaba, y mandó a su esposo una túnica teñida con la sangre del centauro. Ella creía que este vestido mágico sólo dejaría al gigante más tranquilo y fiel a ella; pero en cuanto Hércules la puso sobre su cuerpo, el lienzo se apegó, confundiéndose con la carne y penetrándola del veneno de que estaba impregnado. Hércules, exasperado de dolor, se echó sobre una hoguera, para darse muerte rápida.

Subió al Olimpo, donde los inmortales, que le habían visto realizar trabajos casi divinos, le dieron sitio entre los semidioses.



PROMETEO

Prometeo era hijo del Titán Japeto y de la Tierra. Se le consideraba digno de ser admitido en el Olimpo y de tomar parte en las discusiones de los dioses; él amaba a los hombres y llevó la voz de éstos, que eran desgraciados, hacia el cielo.

Solía descender, y andaba entre los hombres a quienes enseñó la manera de contar el tiempo, la ciencia de los números, el alfabeto, la navegación y hasta la medicina: todas las artes.

Pero los hombres no conocían el fuego sino en la forma del rayo y del sol, y sin el fuego, su comida brutal consistía en las carnes crudas; no podían trabajar los metales, ni tener tampoco la llama encendida en el fondo de sus casas, como una amiga maravillosa. Los dioses, que no amaban a los hombres, se habían reservado "La flor roja," que es amorosa y civilizadora.

Prometeo, dispuesto a hacer del hombre *otra cosa mayor*, se acercó, temerario, a la rueda del Sol, y encendiendo en ella su antorcha, corrió a traerla a la Tierra.

El castigo vino pronto contra Prometeo, pues los dioses burlados, a su vez burlaron al titán de este modo: enviaron al mundo a Pandora, con una caja sellada, que contenía todos los males. La recibió un hermano de Prometeo, y al abrirla, las calamidades salieron volando desde la caja y se repartieron por sobre el mundo. Dañados los hombres, vino la expiación *del amigo de los hombres*: sujeto con cadenas de bronce, hincadas en una roca del Cáucaso, Prometeo quedó abandonado a los buitres. Sus gemidos resonaban en las

grutas de la montaña, y sus ojos sólo miraban en torno la impiedad de los riscos y la indiferencia del cielo. Prometeo no se humilló a los dioses, y con grandes gritos mostraba a Zeus su maldad, sin pedirle misericordia. Zeus, irritado por la rebeldía de un simple titán, cambió su suplicio por otro peor: le hizo descender hacia el Tártaro; después fué atado de nuevo a la roca, por tiempo incalculable. Un águila o un buitre, abría desgajándolas, sus entrañas, y éstas retoñaban a cada golpe del tremendo pico.

Los dioses no se apiadaron; pero Hércules, que era generoso sin ser divino, mató con sus flechas al ave, libertando al héroe.

La cautividad del fuego, que hasta entonces había corrido libre por el cielo, mudó la vida de los humanos: creó la casa; los metales derretidos fueron trabajados como el barro, y nacieron de ellos, cuya terquedad los hacía estériles, desde las armas temibles para las fieras, hasta las joyas delicadas que llevaron las mujeres sobre su pecho o sus manos.

Desde entonces tuvo Prometeo un lugar superior al de los héroes, que son solamente hombres, y su reto contra Zeus lo aproximó a los propios dioses.





ORFEO

Algunos lo llaman hijo de Apolo, y nació en la Tracia. Era esta tierra de hombres brutales, y Orfeo aparece entre ellos para suavizar sus costumbres, con las virtudes y con la música.

Hizo muchos viajes, entre los cuales fué el más notable el de los Argonautas. La mitad de su poder le venía de la manera perfecta con que tocaba la lira, y la otra mitad, de su suave doctrina. Durante la navegación de los Argonautas, Orfeo hacía música sobre el mar, y la nave se deslizaba suavemente entre las olas felices, penetradas del ritmo; las mismas sirenas dejaron de cantar, oyendo aquella música que empañaba sus voces; los arrecifes se apartaron del casco de la nave, por no lacerarla, y hasta los marineros suspendieron sus disputas, por el embeleso del sonido, y acordaron el ritmo de sus remos con el de la lira, por no romper el encantamiento; y al llegar a la región del vellocino de oro, el dragón que guardaba éste, también se adormeció con la música, descuidando el tesoro...

Después Orfeo fué a Egipto, donde los sacerdotes le enseñaron el viaje de las almas de uno a otro cuerpo y una doctrina de purificación; de regreso del Egipto, enseñó a sus salvajes compatriotas la expiación de la culpa y el castigo de la carne, por medio del ayuno.

Conocía la naturaleza y sabía las virtudes escondidas en las yerbas, y el arte de cultivar cada una de las especies. Pero no sólo él amaba a la Tierra, sino que la Tierra le amaba a él, y se conmovía como carne viva cuando lo escuchaba. Daba complacencia a

todas las criaturas con la música, y hasta las cosas inanimadas despertaban de su sueño y entraban en el hechizo. Los ríos paraban su corriente; los pájaros acudían, hasta obscurecer el cielo; los animales feroces tenían movimientos dulces, y los bosques danzaban con la misma agilidad de las ninfas, en torno suyo.

De vivir entre los árboles, se mezcló con las ninfas y dió su amor a una de ellas: Eurídice. La desposó, pero un rival quiso arrebatársela; la ninfa, huyendo, fué picada por una serpiente y cayó muerta.

Inconsolable, bajó a buscarla al Reino de los muertos. Y el encantamiento que seguía sus pasos, se hizo también en el mundo sombrío.

Sísifo pudo suspender su martirio y a Tántalo le abandonó por unos momentos la horrible sed. Los reyes de la morada de las sombras, Hades y Perséfone, ganados por la piedad, aceptaron devolverle a Eurídice; pero recomendando a Orfeo que no volviese atrás la vista hasta después de haber abandonado el antro.

Iba saliendo de los infiernos Orfeo, seguido de su esposa, mas tenía tal ansia de mirarla, que volvió la cabeza, vió un instante a su esposa, y la perdió para siempre.

Orfeo murió víctima de las Ménades, que dispersaron los miembros de su cuerpo por el campo y arrojaron su cabeza a un río. Se detuvo ésta en una isla, y allí quedó la boca del cantor, desprendiendo melodías como cuando estaba viva, y la lira misteriosa fué arrebatada hacia el cielo, donde formó la constelación que lleva ese nombre.

ORFEO ENCANTANDO A LOS ANIMALES

De Paul Fort

El alba acarició el monte volviéndolo de plata. Y cuando al penetrar en la selva dormida descubrió el césped de los claros, fué como si un mar sin oleaje descubriera los esplendores de un tesoro sumergido.

Sobre el monte argentado, en esa alba, Orfeo cantó:

Y en la selva despierta, sobre el follaje susurrante, se alzó un concierto de voces que brotaron de los arroyos o de las sendas, bajo los árboles, y que subían claras a las cimas.

La voz del león llegó hasta la lira de Orfeo.

El león apareció lentamente con la aurora, y se acercó rugiendo.

El Cantor estaba de pie frente a él y frente a la aurora con la lira brillante entre los dedos, bello y sin miedo.

Y, arrastrándose sobre las piedras, el león escuchó.

La voz del hombre y la de la lira cantaban, confundidas, la hora que subía al cielo brillante. Y el león vino a lamer las sandalias del hombre cuyo canto ascendente parecía la voz del Tiempo.

Y vinieron todos y fueron encantados.

El tigre se estiraba largo como una hierba larga y saboreaba el sonido como la hierba saborea el viento.

El orangután, pensativo, con la frente sobre su bordón, dejaba correr la baba de plata.

Vinieron en gran número y todos fueron encantados.

El oso danzaba como una roca que se bambolea, rimando la pendiente a saltitos. Sobre una peña roja de aurora, como una lira en el puño de un hombre, como una lira de cuerdas negras, se empinaba una joven cabra.

Vinieron en multitudes y todos fueron encantados.

El elefante todo oídos, dejaba a las brisas frescas hinchar las largas velas de sus orejas, y avanzaba soñadoramente y con tanta dulzura como un bajel sobre un río dormido.

El pavo real se hinchaba o se afinaba siguiendo el són.

Vinieron los soberbios y los tímidos y todos fueron encantados.

La gacela desmayada parecía no oír ya; pero lloraba lágrimas felices tejiendo su ensueño al filo de la melodía. ¡La bella y dulce, y tierna gacela amorosa!

Vinieron de cercanas y lejanas selvas, de desiertos y de llanuras.

El uro y el carnero, el búfalo y el unicornio se rozaban, como embriagados, con sus cuernos. Un monito que chupaba una naranja imprimía a sus ancas dulce balanceo.

Vinieron del oriente y del occidente. De todas partes, aun del cielo.

Guirnaldas de palomas desmayadas sobre el cuello de las águilas y horizontes de abejas incrustadas de brillantes abejorros; todo el alfabeto de las golondrinas y "el sueño de grandes ojos" del buho persiguiendo a un colibrí fantástico.

La tierra y la arena enviaron sus embajadas.

El cangrejo y la araña, con su airecito sagaz y sus ojillos vivos, llevaron sus virtudes.

Dos boas ayuntadas hicieron en el espacio con un rayo de sol, un caduceo gigantesco.

Vinieron los pesados y los esbeltos.

¡Oh, la girafa! ¡qué aire de gracia, qué gran aire! Escuchaba con los ojos muy altos bajo las pestañas; y el pingüino juraba con una pata levantada que no había visto nunca nada más bello.

Una nube de catarinitas apresaba el viento.

Un caracol rojo esplendía; el lagarto friolento titilaba; cerca del agua la rana reflejaba la luz y era sólo tres chispas en el diamante de la roca.

Vinieron en el aire azul; salieron de las piedras.

Las moscas hacían en el espacio una columna; una avispa tocaba su trompetilla; y había en torno un rumor ligero como el de un pequeño juicio final.

Vinieron de todas partes, aun del mar.

¡Llegó la ballena! ¡la ballena misma! Vino por el mar Mediterráneo; un río la arrancó cual un banco de arenques que arrastra hacia Orfeo la armada de los caimanes. Oíd su corazón que late al compás del sonido.

Y resucitaron del fondo de la leyenda.

Saliendo del huevo de oro del Sol, las alas negras del Roc se

tendieron lentas en las profundidades azules. Se vió en la polvareda de una onda de esmeralda y fuego, alzarse del Tártaro la sombra de Leviatán.

Vinieron de los Infiernos, de las Estrellas, de todas partes, seres desconocidos aun de los dioses.

De pronto, habiendo enmudecido Orfeo, el león rugió... Había visto en la sombra azul de un valle a un pastor con un rebaño, su caballo y su perro, que parecía no haber oído el puro Canto divino que hablaba al instinto.

Orfeo arrojó su lira que lloraba.

Pero en el mismo instante se vió a la Flora entera, más tarda para moverse al acento del Cantor, estremecerse en la llanura, trepar hacia las cimas y cubrir bajo el cielo, sus nieves eternas.

Los árboles helados se empavesaron de flores.

Orfeo cantó sin lira la belleza de la Flora. Y las flores embrujadas, cautivas del canto, se desprendían de las ramas como mariposas vibrantes, para fijarse, vueltas estrellas, en su frente.

¡Orfeo volvió a tomar la lira! Y las rocas lloraron fuentes de júbilo al oír su voz.

Y se vió, ¡divino prodigio!, el horizonte flotar cadencioso, mecer sus brumas descubriendo los montes en los sonidos, velándolos en las pausas.

Orfeo cantó al día, cantó al sol. Y el cielo, detenidas las nubes, escuchaba, y el rayo, encantado, escuchaba en el seno profundo de la borrasca escondida.

Cuando la noche cayó sobre Orfeo, los árboles, las bestias, las nubes, en las rocas y en el aire, oscilando y rodando, sintieron en su fuga que la Tierra embriagada giraba, giraba más de prisa....!



DEMETER O CERES

Tenía porte elevado y digno, el cutis rojo de soles, el pecho fuerte, la túnica color de trigo caía hasta sus pies, y en las estampas la figuraban con dos niños sobre el seno, como signo de la abundancia que daba a la tierra. Fué su flor la adormidera, por brotar en los trigales, y también porque le fué dada para que olvidase su dolor.

Se desposó con *Júpiter* (1), y tuvo de él a *Perséfone* (2).

Cortaba un día flores en el campo con ella; Hades (Plutón) dios de los infiernos, vió sobre el horizonte la figura de las dos hermosas mujeres. Perséfone parecía un arroyo de luz, y Hades, que sólo conocía obscuridad, se lanzó sobre ella, raptándola.

Ceres no supo quién la había raptado, y anduvo toda la tierra buscando a su hija; preguntaba por la desaparecida a los hombres, a los ríos, a las rocas, y encendió como antorcha el cráter del volcán Etna, para iluminar la noche y seguir caminando.

Se burlaron de la diosa errante unos campesinos a quienes interrogó, llena de dolor, y ella, por su impiedad, los transformó en ranas. En Eleusis fué bien acogida, en mérito de su desgracia, por el rey, y para corresponderle, Deméter tomó a su cargo a su hijo Triptolemo; le dió su leche, queriendo infundirle aliento divino, y quiso purificarlo de su naturaleza mortal. Cuando el niño creció fué enseñándole con dulzura el cultivo de los campos y el amasijo del pan, e hizo más tarde para él un carro en el que recorriese la tierra, enseñando a los hombres la agricultura.

(1) Zeus.
(2) PERSÉFONE o Proserpina.

Volvió a seguir la búsqueda de Proserpina y encontró un día sobre una fuente, flotando, el velo de la joven. Una ninfa le reveló quién era el raptor, y entonces ella fué hacia Júpiter, en demanda de justicia. Este prometió libertar a Proserpina, siempre que no hubiese comido nada en los infiernos, es decir, que no estuviese contaminada; pero Proserpina había llevado a su boca siete granos de granada. Entonces Júpiter, por ser propicio a Deméter, consintió en que su hija pasara la mitad del año con ella, y la otra con su esposo.

Cuando Perséfone subía a la superficie de la Tierra, la dicha de su madre hacía brotar las flores de los campos y crecer la yerba: echaban brotes los árboles y venía la estación de los frutos. Pero Perséfone, llamada por su esposo, abandonaba otra vez a su madre, y entonces amarilleaba el campo, perdía nitidez el horizonte y se desnudaba el bosque, por el dolor de Deméter. La pesadumbre y la felicidad de la diosa agrícola regían, pues, a la primavera y al invierno.

Deméter tenía relación con toda la tierra cultivada: eran suyas las lindes de los campos; venían de ella las buenas cosechas: eran como su regazo mismo las trojes y como su mirada la tierra verde. Se la llamó la Legisladora, y todas las tierras fértiles quisieron ser su patria: Sicilia, Egipto.





LA NINFA EGERIA

Había espíritus de las montañas, de los bosques y de las fuentes, que tenían la índole de las cosas que regían, y que se llamaban ninfas. Las más puras eran las ninfas de las fuentes; por ser éstas pequeñas y silenciosas, les habían sido dados espíritus femeninos. Eran solamente la soledad vuelta musa.

El sitio en donde manaba una fuente fué religioso, y a su agua no debía caer cosa impura. Las ninfas eran amadas de los campesinos, quienes hasta les hacían ofrendas de aceite, de leche y de miel.

Numa Pompilio, antes de dar sus leyes a Roma, se había retirado a una fuente, en la que tuvo la compañía de la ninfa Egeria. El rumor del agua era la voz de ésta y Numa la escuchaba como a una amiga, días y noches. Con su alma pura de contacto humano, nacieron de él las leyes perfectas que llevó a los hombres.

A la muerte de Numa, Egeria sufrió tanto que se retiró de Roma a llorarlo en los bosques muchos años.



LA NINFA ECO

Eco vivía en la corte de la diosa Juno; las musas le habían enseñado a cantar y a dar en la flauta hermosas modulaciones; hasta en la conversación su acento era muy grato de oír y ella, por lucirlo, estaba conversando siempre.

La diosa Juno, que era colérica, cansada un día de su charla, la arrojó del Olimpo; extremó su crueldad y dispuso que sólo pudiese hablar al ser interrogada.

Pero cuentan otros que Eco abandonó la corte por su propia voluntad. Amaba a Narciso, quien no tenía tiempo de mirarla, pues vivía cerca de una fuente, gozando al maravilloso reflejo de su cuerpo.

Eco huyó a las montañas a esconder su pesadumbre; su cuerpo fue enflaqueciendo hasta desaparecer, se evaporó como una fuentecilla la sangre de sus venas; la calidad de sus huesos pasó a las rocas; y se quedó vagando por las montañas, sin que desapareciera del todo su voz. Se alejó de las mesetas y de las llanuras, y fué a ocultarse en lo más hondo de las grutas, donde todavía existe. Si hay silencio y se la llama claramente, ella responde; pero, por su tristeza, su voz se oye como rota y muy lejana.

No ama a los hombres, mas suelen buscarla los niños, que la llaman con gritos, muchas veces, hasta que ella contesta desde una quebrada. La siguen y ella se va alejando más y más y se podría dar vuelta a la Tierra sin alcanzarla nunca. No es que se burle, sino que gusta de la soledad, porque recibió daño viviendo entre los hombres.



LA ILIADA



LA ILIADA



A guerra de Troya es el acontecimiento más célebre de la Edad Heroica Griega. Troya era una populosa y rica ciudad del Asia Menor y se levantaba cerca del monte Ida a orillas del Escamandro.

Príamo, rey de Troya, o Ilión, envió a su hijo Paris a la corte de un rey de la Hélade. En el camino se detuvo en la corte de Menelao, rey de Lacedemonia, se enamoró de Helena, mujer de este héroe y la raptó.

Todos los reyes amigos de Menelao y de su hermano Agamenón se dispusieron a vengar este ultraje. El relato de las batallas que en el último año del sitio (que duró diez) se realizaron, es lo que se llama la Ilíada. La Ilíada comienza con la disputa de Aquiles y Agamenón, que trajo grandes males al ejército y acaba con la muerte de Héctor; pero la guerra siguió todavía hasta que Troya fué tomada y destruída por los asaltantes.

LA COLERA DE AQUILES (1)

El sacerdote de Apolo, Crises, deseando redimir a su hija, se presentó ante las naves aqueas con un inmenso rescate y a todos, pero especialmente a los *Atridas*, (2) caudillos de pueblos, les suplicó así:

"¡Atridas y demás aqueos! Los dioses os permitan destruir la ciudad de Príamo y regresar felizmente a la patria. ¡Poned en libertad a mi hija, venerando a *Apolo!*" (3)

Todos los aqueos aprobaron que se respetase al sacerdote, mas el Atrida *Agamenón*, (4) le mandó enhoramala con amenazador lenguaje. El anciano sintió temor y sin desplegar los labios fuése por la orilla del mar y dirigió ruegos al soberano Apolo, el de la hermosa cabellera:

"Oyeme, tú, que llevas el arco de plata. ¡Cúmplase este voto! ¡Paguen los aqueos mis lágrimas!"

Oyóle Apolo e irritado descendió con su arco y su carcaj. Iba semejante a la noche. Sentado lejos de las naves tiró una flecha, y el arco de plata dió un terrible chasquido. Al principio el dios disparaba contra los mulos y los perros, mas luego dirigió sus mortíferas saetas a los hombres y continuamente ardían piras de cadáveres. Durante nueve días volaron por el ejército las flechas del dios. Al décimo, Aquiles convocó a junta, porque se lo puso en el corazón Hera, que amaba a los aqueos. Acudieron y, una vez reunidos, Aquiles, el de los pies ligeros, dijo:

"¡Atrida! Creo que tendremos que volver atrás yendo otra vez errantes, pues si no la guerra y la peste acabarán con los aqueos. Consultemos a un adivino o intérprete de sueños para que nos diga por qué se irritó tanto Apolo y si querrá apartar de nosotros la peste."

Cuando hubo hablado, se levantó Calcas que conocía lo presente, lo futuro y lo pasado, y había guíado las naves hasta *Ilión* (5) y dijo:

—"Hablaré, pero declara y jura que me defenderás, pues temo irritar a un varón que goza de gran poder entre los aqueos."

Respondióle Aquiles:

—"Ninguno pondrá en ti sus pesadas manos, mientras yo viva."

Entonces cobró ánimo Calcas, y dijo:

"No está el dios quejoso con motivo de algún voto sino a causa

(1) Aquiles: hijo de la diosa Tetis y del Rey Peleo.
(2) Los reyes Agamenón y Menelao, hijos de Atreo.
(3) Apolo o Febo: hijo de Zeus y de Latona; dios del Olimpo.
(4) Agamenón rey de Micenas y Corinto, hermano de Menelao.
(5) Ilion o Troya: ciudad del rey Príamo y de sus hijos Héctor y Paris.

del ultraje que Agamenón ha inferido al sacerdote a quien no devolvió su hija. Por eso el *Flechador* (1) nos causa males, y no nos librará de la peste hasta que sea restituída sin rescate la doncella de ojos vivos."

Dichas estas palabras se sentó.

Levantóse al punto el poderoso Agamenón, afligido, con las entrañas llenas de cólera y los ojos parecidos al fuego, y exclamó:

—¡Adivino de males! Jamás me has anunciado nada grato. Siempre te complaces en profetizar desgracias. Consiento en devolver a la joven Criseida, porque quiero que el pueblo se salve; pero preparadme otra recompensa. ¡Ved todos que se me va de las manos la que me correspondió!

Respondióle Aquiles el de los pies ligeros:

"¡Atrida codicioso! ¿Cómo pueden darte otra recompensa los aqueos? Entrega esa joven al dios y te pagaremos el triple, si *Zeus* (2) nos permite tomar Troya."

Díjole en respuesta el rey Agamenón:

"Aunque seas valiente, Aquiles, no podrás burlarme. Si los magnánimos aqueos no me dan otra recompensa conforme a mis deseos, yo mismo me apoderaré de la tuya o de la de Ayax o me llevaré la de Odiseo. Mas de esto deliberaremos otro día. Ahora botemos la nave y embarquemos a Criseida, la de hermosas mejillas, y sea capitán cualquiera de los jefes: Ayax, Odiseo o tú, Pelida, el más portentoso de los hombres, para que aplaques al Flechador."

Mirándole con torva faz, exclamó Aquiles: "¡Oh, codicioso! No hemos venido obligados a pelear contra los troyanos, pues nada nos han hecho. Te seguimos a ti para daros el gusto a ti y a *Menelao* (3) de vengaros de ellos. No fijas en esto la atención y aun me amenazas con quitarme mi recompensa.

"Jamás mi botín iguala al tuyo. Aunque la parte más pesada de la guerra la sostienen mis manos, tu recompensa es siempre mayor.

"Ahora me iré, pues lo mejor es regresar a la patria: no pienso permanecer aquí sin honra para proporcionarte ganancia y riqueza."

Contestó el rey Agamenón:

—"Huye, pues no te ruego que por mí te quedes. Otros hay a mi lado que me honrarán. Me eres odioso más que ningún otro, porque siempre te han gustado las riñas y peleas. Si es grande tu fuerza, un dios te la dió. Vete a tu patria, llevándote las naves y tus compañeros. No me cuido de que estés irritado; pero te haré

(1) Apolo.
(2) Zeus o Júpiter: el padre de los dioses.
(3) Menelao Atrida: hermano de Agamenón y esposo de Helena. Era rey de Lacedemonia.

una amenaza: puesto que Apolo me quita a Criseida yo mismo iré a tu tienda y me llevaré a Briseida, tu recompensa, para que sepas cuán poderoso soy."

Tal dijo. Acongojóse Aquiles y dentro de su corazón discurrió dos cosas: matar al Atrida o reprimir su furor. Mientras tales pensamientos tenía, vino *Atenea* (1) del cielo, y le tiró de la blonda cabellera apareciéndose a él solo. Aquiles volvióse y al instante la reconoció.

Díjole Atenea, la diosa de los ojos claros:

—"Vengo del cielo a apaciguar tu cólera y me envía *Hera* (1). Cesa de disputar. Lo que voy a decirte se cumplirá: Por este ultraje se te ofrecerán un día triples presentes. Domínate y obedéceme."

Envainó la enorme espada el hijo de Peleo y dijo a Agamenón:

—"¡Borracho, ojos de perro y corazón de ciervo! ¡Rey devorador de tu pueblo! En otro caso, Atrida, éste fuera tu último insulto, pero voy a decirte otra cosa y sobre ella prestaré juramento:

"Algún día los aqueos todos echarán de menos a Aquiles, y tú, aunque te aflijas, no podrás socorrerles cuando sucumban a manos de Héctor, matador de hombres. Entonces desgarrarás tu corazón por no haberme respetado."

Así se expresó el Pelida, y tirando a tierra el cetro tachonado con clavos de oro, se sentó.

En el otro lado, el Atrida iba enfureciéndose; pero se levantó Néstor, suave en el hablar, que había visto morir dos generaciones, y dijo:

"¡Oh, dioses! ¡Qué motivo tan grande de pesar para la tierra aquea! Alegraríanse Príamo y sus hijos si oyeran las palabras con que disputáis vosotros. Prestadme obediencia, que es lo mejor que podéis hacer. Ni tú, Agamenón, aunque seas valiente, le quites la doncella, puesto que se la dieron en recompensa, ni tú, Aquiles, quieras altercar de igual a igual con un rey. Si tú eres esforzado, Aquiles, se debe a que eres hijo de una diosa; pero éste es más poderoso porque reina sobre mayor número de hombres. Atrida, apacigua tu cólera, que Aquiles es para todos los aqueos fuerte muralla en el combate."

Respondió el rey Agamenón:

"Sí, anciano; oportuno es cuanto has dicho; pero este hombre a todos quiere dominar, a todos gobernar, a todos dar órdenes....."

Interrumpióle Aquiles:

—"Cobarde y vil podría llamárseme si cediera a todo lo que me dices... Manda a otros, a mí no me des órdenes, pues yo no

(1) Hija de Zeus, diosa de la sabiduría y las Artes llamada también Minerva.
(2) HERA o Juno: esposa de Zeus.

pienso obedecerte. Otra cosa te diré: No he de combatir con estas manos por la doncella que me disteis; pero de lo demás que tengo en mi nave, nada podrías llevarte y si no inténtalo; pronto tu negra sangre correría en torno a mi lanza."

Después de altercar así disolvieron la junta. El hijo de Peleo fuése hacia sus naves con Patroclo y sus amigos. Agamenón botó al mar una nave y condujo a Criseida hasta ella.

Pero no olvidó la amenaza que hiciera a Aquiles, y mandó a sus heraldos:

"Id a la tienda de Aquiles y, tomando de la mano a Briseida, traedla acá y si no os la diere, decidle que iré yo mismo a quitársela."

Contra su voluntad fueron los heraldos, y llegando a la tienda, paráronse sin decir nada; pero el héroe lo comprendió todo y dijo:

"¡Salud, heraldos! Acercaos, pues para mí vosotros no sois culpables, sino Agamenón que os envía. ¡Ea, Patroclo! Saca a la doncella y entrégala."

Su amigo obedeció. Entonces Aquiles rompió en llanto y alejándose de sus compañeros sentóse a la orilla del mar, y dirigió a su madre muchos ruegos:

"¡Madre! ¡El poderoso Agamenón me ha ultrajado!"

Oyóle la madre desde el fondo del mar, donde se hallaba, e inmediatamente subió como una niebla de las aguas y sentándose a su lado acaricióle la mano, y le habló así:

"¡Hijo! ¿Por qué lloras, qué pesar tienes? Habla, no me ocultes lo que piensas."

Dando profundos suspiros, contestó Aquiles:

"Tú lo sabes, madre; socorre a tu hijo: ve al Olimpo y ruega a Zeus. Muchas veces hallándome en el palacio de mi padre oí que te gloriabas de haber evitado tú sola una desgracia a Zeus que amontona las nubes. Recuérdaselo. Abraza sus rodillas: Quizá quiera favorecer a los troyanos y abandonar a los aqueos haciéndolos morir junto a las naves."

Respondióle Tetis:

"¡Ay, hijo mío! Yo misma iré al Olimpo y hablaré a Zeus. Tú quédate en las naves, conserva tu cólera y no combatas. Ayer fué Zeus al país de los etíopes para asistir a un banquete y todos los dioses le siguieron; pero de aquí a doce días volverá. Entonces acudiré y espero persuadirlo."

Volvió Aquiles a sus naves y no concurrió más a las juntas ni cooperó a la guerra.

Tetis no olvidó el encargo de su hijo y saliendo del mar al día duodécimo subió muy de mañana al cielo. Halló a Zeus sentado en la más alta de las muchas cumbres del monte. Abrazó sus rodillas

con la mano izquierda, tocóle la barba con la diestra y le dirigió esta súplica:

"¡Padre Zeus! Honra a mi hijo, el héroe de más breve vida, pues el rey Agamenón lo ha ultrajado. Véngale tú, Zeus Olímpico, concediendo la victoria a los troyanos hasta que los aqueos den satisfacciones a mi hijo y le colmen de honores."

Zeus que amontona las nubes agitó la divina cabeza en señal de asentimiento, y Tetis saltó al profundo mar.





LOS COMBATES—LA SALIDA

Los aqueos promovieron gran clamor como cuando las olas baten un elevado risco y soplan los vientos en encontradas direcciones. Luego levantándose se dispersaron por las naves, encendieron lumbre en las tiendas y ofrecieron sacrificios a los dioses para que los libraran de morir en la batalla.

Agamenón inmoló un buey de cinco años a Zeus que reina en el Olimpo, habiendo llamado a su tienda a los principales caudillos de los aqueos: A *Néstor* (1), a *Ayax* (2), a *Idomeneo* (3), a *Diomedes* (4) y a *Odiseo* (5). Espontáneamente se presentó Menelao porque sabía lo que su hermano estaba preparando. Colocáronse todos alrededor y tomaron harina con sal. Y puesto en medio Agamenón oró, diciendo:

"¡Zeus gloriosísimo! Que no se ponga el sol ni sobrevenga la noche antes que yo destruya el palacio de Príamo, entregándolo a las llamas y rompa con mi lanza la coraza de Héctor."

Hecha la rogativa y esparcida la harina con sal, cogieron las víctimas por la cabeza y las degollaron. Pero Zeus, no oyó su súplica.

Al momento Agamenón dispuso que los heraldos llamaran a la batalla y los aqueos se reunieron prontamente. El Atrida y los

(1) Rey de Pilos.
(2) Rey de Salamina.
(3) Rey de Creta.
(4) Rey de Argos.
(5) Rey de Itaca.

reyes hacían formar a los guerreros; Atenea ponía fortaleza en sus corazones para que pelearan sin descanso, y el brillo de las armaduras de los que se ponían en marcha llegaba al cielo.

Y los que en el florido prado del *Escamandro* (1) llegaron a juntarse, fueron innumerables.

A los troyanos mandábalos el gran Héctor y Eneas, el rey Asio, Pándaro y Sarpedón. Puestos en orden de batalla con sus respectivos jefes, los troyanos avanzaron gritando como aves. Los aqueos marchaban silenciosos respirando valor y dispuestos a ayudarse mutuamente.

Cuando ambos ejércitos se hubieron acercado, apareció en primera fila, *Paris* (1) semejante a un Dios, con una piel de leopardo sobre los hombros, el corvo arco y la espada, y blandiendo dos lanzas desafió a los más valientes a que sostuvieran con él terrible combate.

Menelao, el legítimo esposo de Helena a quien Paris retenía en su palacio, le vió venir y como un león hambriento saltó del carro al suelo sin dejar las armas, ansioso de castigar al culpable. Pero Paris apenas le distinguió entre los combatientes delanteros, retrocedió al grupo de sus amigos como el que descubre un dragón en la espesura de un bosque.

Advirtiéndolo Héctor, lo llenó de injurias:

—"¡Miserable Paris, mujeriego; seductor! ¡Ojalá hubieses muerto! Te valdría más que no ser la vergüenza de los tuyos. Los aqueos se ríen de haberte creído un bravo campeón cuando fuiste a sus comarcas, porque no hay en tu pecho ni fuerza ni valor. Reuniste a tus amigos, y te trajiste de remota tierra una mujer linda que era esposa y cuñada de hombres guerreros ¡y hoy no esperas a Menelao para el combate!.... Conocerías al varón de quien tienes la bella esposa y no te valdrían los dones de *Afrodita* (3), la cabellera y la hermosura cuando rodaras por el polvo. Los troyanos son muy tímidos, si no ya estarías cubierto de una túnica de piedras por los males que les has causado."

Respondióle Paris:

"¡Héctor! Con motivo me injurias; pero tu corazón es inflexible como el hacha que se hunde en el leño. Si ahora quieres que combata detén a los aqueos y a los troyanos todos: dejadnos enmedio a Menelao y a mí para que peleemos por Helena. El que venza por ser más valiente lleve a su casa mujer y riquezas, y vosotros después de jurar la paz seguid en la fértil Troya, y vuelvan los aqueos a sus comarcas."

(1) Río sagrado.
(2) El raptor de Helena, esposa de Menelao.
(3) AFRODITA o Venus, diosa del Amor.

Así habló. Oyóle Héctor con placer y corriendo al centro de ambos ejércitos, detuvo las falanges troyanas. Los aqueos le arrojaban flechas y piedras; pero Agamenón les gritó:

"No tiréis, pues Héctor quiere decirnos algo."

Quedaron silenciosos, y Héctor, colocándose entre unos y otros, dijo:

—"Oíd, aqueos y troyanos, el ofrecimiento de Paris. Propone que dejemos las armas en el suelo, y él y Menelao peleen en medio por Helena. El que venza por ser más valiente, llevará a su casa mujer y riquezas, y los demás nos juraremos paz y amistad."

Enmudecieron todos hasta que Menelao habló de este modo:

—"Oídme a mí. Tengo el corazón traspasado de dolor y creo que ya habéis padecido muchos males por causa mía y por culpa de Paris. Es tiempo de que nos separemos. Conducid aquí a Príamo para que sancione los juramentos."

Tal dijo. Gozáronse todos con la esperanza de que ya iba a terminar la calamitosa guerra, y dejando las armaduras en tierra se acercaron, y Héctor despachó dos heraldos a la ciudad para que llamaran al Rey.

Los heraldos encontraron al anciano Príamo cerca de la muralla, y le dijeron lo que se había acordado. Mandó el anciano que enganchasen los caballos y subiendo guió su carro por la llanura hasta el campo de batalla. Levantáronse al verlo llegar todos los reyes, hicieron los juramentos y después Príamo regresó a Ilión.

COMBATE DE PARIS Y MENELAO

Héctor y Odiseo midieron el campo y echaron suertes para decidir quién sería el primero en arrojar la lanza.

Los hombres oraban y algunos decían:

"¡Padre Zeus! Concede que quien tantos males nos causó a unos y a otros, muera, y nosotros gocemos la amistad jurada."

Vistióse Paris una magnífica armadura, protegió el pecho con la coraza, colgó de su hombro una espada de bronce, embrazó el fuerte escudo, cubrió su cabeza con hermoso casco empenachado de crines de caballo y asió una poderosa lanza.

De igual manera armóse Menelao.

Cuando aparecieron entre ambos ejércitos mirándose de un modo terrible, aqueos y troyanos se quedaron atónitos al contemplarlos.

Paris lanzó primero la lanza y dió un bote en el escudo de Menelao Atrida sin que el bronce lo rompiera, y la punta se torció al chocar.

Disponiéndose a acometer, oró Menelao:

"¡Zeus, soberano! Permíteme castigar al que me ofendió, para que los hombres venideros teman ultrajar al que les diere su amistad!"

Su lanza atravesó el escudo de Paris, se clavó en la coraza y rasgó la túnica; pero el troyano, inclinándose, evitó la muerte.

El Atrida desenvainó la espada, pero al herir a su enemigo se le rompió en tres pedazos. Entonces lo cogió por el casco, y lo arrastró hacia los aqueos, medio ahogado por la correa, y lo hubiera llevado consigo hasta su tienda, consiguiendo enorme gloria, si no le hubiese advertido Afrodita, hija de Zeus, quien rompió la correa dejando el casco vacío en la mano de Menelao. De nuevo atacó el Atrida a Paris para matarlo con la lanza, pero entonces Afrodita lo arrebató envuelto en densa niebla, y se lo llevó hasta el palacio.

Y Menelao se revolvía entre la muchedumbre, como una fiera, buscándolo.

Entonces Agamenón dijo:

"¡Oíd, Troyanos y Aqueos! La victoria quedó por Menelao. Entregadnos a Helena y pagad una indemnización que sea justa."

Y todos los aqueos aplaudieron.





LOS TROYANOS ROMPEN LA TREGUA

Pero Zeus, que quería honrar a Aquiles, dispuso que los troyanos, contra lo jurado, volvieran a atacar a los aqueos.

Atenea transfigurada en varón penetró hasta el ejército e incitó a un troyano para que disparase sus flechas contra Menelao. Rechinó el gran arco en las manos del guerrero, crujió la cuerda y la flecha se clavó en el cinturón del Atrida y rompiendo la coraza rasguñó la piel e hizo brotar la sangre.

Estremecióse el rey Agamenón al verlo, pero como advirtiera que quedaban fuera el nervio y las plumas, recobró el ánimo y asiendo la mano de Menelao, dijo:

"Hermano, te han herido pisoteando los juramentos; pero si el Olímpico no los castiga ahora, lo hará más tarde y pagarán cuanto hicieron. Día vendrá en que perezca la sagrada Ilión y Príamo y su pueblo."

En seguida recorrió veloz las filas de los guerreros, excitándolos a la pelea, y diciendo:

—"¡Aqueos, no desmaye vuestro valor, Zeus no protegerá a los pérfidos; han faltado a sus juramentos y sus carnes serán pasto de los buitres, y nosotros nos llevaremos sus riquezas cuando tomemos la ciudad!"

Como las olas impelidas por el viento, primero se levantan en alta mar, braman después al romperse en la playa, suben a lo alto

y escupen la espuma, así las falanges de los aqueos marchaban al combate.

Los caudillos daban órdenes y los guerreros avanzaban callados.

Los troyanos se acercaban también y un confuso vocerío elevábase de entre ellos. A éstos los excitaba Ares, a los otros Atenea y a ambos la Discordia y el Terror.

Cuando los ejércitos volvieron a juntarse, chocaron entre sí y se produjo gran tumulto. Se oían simultáneamente los lamentos de los heridos y los gritos jactanciosos de los matadores, y la tierra manaba sangre. Cuando Odiseo y Ayax entraron al combate arredráronse los combatientes delanteros y Héctor mismo. Entonces Apolo, que presenciaba los combates, excitó a los troyanos, diciendo: "¡Acometed, hijos de Príamo! No cedáis en la batalla, que no pelea Aquiles, hijo de Tetis, el más valiente de los hombres."

Entonces Palas Atenea infundió gran valor a Diomedes y al Atrida Agamenón y a Menelao, y muchos troyanos murieron. Pero Ares enardeció a Héctor que, blandiendo un par de afiladas picas, recorrió el ejército y promovió terrible pelea. Cubrió el campo Ares de espesa niebla para socorrer a los troyanos, que a todas partes iba manejando una lanza enorme, y su furor era insaciable.

ATENEA HIERE A ARES EN EL COMBATE

Cuando Hera vió que los troyanos capitaneados por el dios mataban a muchos aqueos, dijo a Atenea:

"¡Hija de Zeus! Vana será la promesa que hicimos a Menelao de que no se iría sin destruir Troya, si dejamos que Ares ejerza su furor."

Al punto Atenea se armó para la guerra. Cubrió su cabeza con áureo casco y asió la lanza poderosa con la que la hija del prepotente Padre destruye filas enteras de héroes.

Hera, tomando el aspecto de un guerrero, descendió y dijo a los aqueos:

—"¡Qué vergüenza, aqueos, hombres sin dignidad! Mientras Aquiles asistía a las batallas, los troyanos amedrentados no pasaban de sus puertas, y ahora combaten lejos de la ciudad y junto a las naves!"

Con tales palabras los excitó a todos.

Atenea, la diosa de los brillantes ojos, fué en busca de Diomedes y le halló junto a su carro refrescando una herida que un arquero le causara. La diosa le dijo:

—"¡Diomedes, carísimo a mi corazón! No temas a Ares ni a ninguno de los inmortales dioses. Tanto te voy a ayudar."

Y subiendo al carro con él, guió los caballos hacia el combate.
Cuando Ares les vió venir se encaminó a su encuentro. Deseaba acabar con Diomedes, y le dirigió la lanza por encima de las riendas; pero Atenea la alejó del carro e hizo que diera el golpe en vano. A su vez Diomedes atacó a Ares y la pica, dirigida por la diosa, hirióle.

Ares clamó como gritarían nueve o diez mil hombres en la guerra. Temblaron amedrentados aqueos y troyanos y el dios, cubierto por una niebla, se dirigió al cielo, donde Zeus mandó que lo curaran.

COMBATE ENTRE HECTOR Y AYAX

Inspirado por Apolo que deseaba que la victoria fuera para los troyanos, entró Héctor corriendo con la lanza cogida por enmedio, detuvo las falanges enemigas y, puesto entre unos y otros, dijo:

"¡Oídme, aqueos y troyanos! Entre vosotros se hallan los más valientes aqueos. Aquél que quiera combatir conmigo que se adelante. Propongo lo siguiente y Zeus sea testigo:

"Si logra quitarme la vida, despójeme de mis armas y llévéselas a las naves y entregue mi cuerpo a los míos, y si yo le matare, me llevaré sus armas a la sagrada Ilión, las colgaré en el templo de Apolo y enviaré su cadáver a los navíos."

De este modo se expresó. Todos enmudecieron, pues, por vergüenza, no rehusaban el desafío, y por miedo, no se decidían a aceptarlo. Al fin Menelao exclamó de esta manera:

"¡Ay de mí, aqueos! Grande será nuestro oprobio si no sale alguno al encuentro de Héctor. Ojalá os volvierais agua y tierra allí donde estáis sentados, hombres sin honor. Yo seré quien me arme y luche, pues la victoria la conceden desde lo alto los dioses."

Dicho esto, empezó a ponerse la armadura. Pero Agamenón asióle de la mano, exclamando:

"¡Deliras, Menelao! No quieras luchar con un hombre más fuerte que tú, con Héctor, que a todos amedrenta y cuyo encuentro causaba horror al mismo Aquiles. Siéntate con tus compañeros y los aqueos harán que surja otro campeón."

Levantóse entonces Néstor, el viejo, e increpó duramente al ejército. Y nueve en junto se presentaron. Acudió Agamenón, luego Diomedes, Ayax, Idomeneo, el divino Odiseo y otros.

Echaron suertes y salió Ayax. Armóse al punto y tan terrible entró al combate que los aqueos se regocijaron y al mismo Héctor palpitóle el corazón en el pecho.

Blandiendo la enorme lanza, arrojóla contra el escudo de Ayax y la fuerte punta lo horadó, pero en la última capa quedó detenida. Ayax tiró a su vez un bote en el escudo liso de Héctor, y el arma atravesándolo se hundió en la coraza y rasgó la túnica, pero el héroe, inclinándose, evitó la muerte. Arrancando ambos las lanzas acometiéronse de nuevo. Ayax hirió en el cuello a Héctor. Mas no por eso cesó éste de combatir. Cogió con su robusta mano una piedra y la tiró contra el enemigo haciéndolo vacilar. Este cogió una mucho mayor y la despidió con fuerza inmensa. La piedra dobló el borde del escudo de Héctor y, chocando con sus rodillas, lo tumbó de espaldas. Pero Apolo lo puso en seguida de pie.

Helios descendía ya y los heraldos suspendieron el combate, y ambos héroes se separaron haciéndose magníficos regalos, sin que la victoria quedara para ninguno, pues eran igualmente fuertes.





COMBATE JUNTO A LAS NAVES

Eos se esparcía por la tierra cuando Zeus reunió la junta de los dioses en la más alta de las cumbres del Olimpo, y les habló así:

"¡Oídme todos, dioses y diosas! El que intente socorrer a los aqueos o a los troyanos, volverá afrentosamente al Olimpo, o, cogiéndolo, le arrojaré al Tártaro, en lo más profundo debajo de la tierra."

Todos callaron asombrados, y Atenea dijo:

"¡Padre nuestro, el más excelso de los dioses! Bien sabemos que tu poder es incontrastable, pero tenemos lástima de los aqueos que morirán."

Sonrióse Zeus, unció los corceles de pies de bronce, y subió al carro. Los caballos emprendieron el vuelo entre la tierra y el cielo, y llegaron a la cima del monte Ida desde donde se puso a contemplar la ciudad troyana y las naves aqueas.

Los aqueos se desayunaban apresuradamente, y, en seguida, tomaron sus armas. Los troyanos se armaban también dentro de la ciudad. Cuando los dos ejércitos llegaron a juntarse, se produjo un gran tumulto. Al amanecer, los tiros alcanzaban por igual a unos y otros, y los hombres caían. Cuando el sol hubo recorrido la mitad del cielo, Zeus, para saber a quién estaba reservada la dolorosa muerte, cogió por el centro la balanza y tuvo más peso el día fatal de los aqueos.

Entonces el padre de los dioses tronó fuerte desde el Ida y envió una ardiente centella a los aqueos, quienes al verla no se atre-

vieron ya a permanecer en el campo, ni Agamenón, ni Ayax, ni Idomeneo.

Néstor dijo a Diomedes, que combatía cerca de Héctor:

"Tuerce la rienda a los caballos. Hoy Zeus da la victoria a los troyanos, y ningún hombre puede impedir sus propósitos." Tal dijo. Diomedes estaba indeciso. Tres veces se le presentó la duda en el corazón y tres veces Zeus tronó sobre el monte para anunciar el triunfo de los habitantes de Ilión.

Y Héctor los animaba diciendo:

"¡Troyanos! Sed hombres, mostrad vuestro valor. Zeus envía la perdición a los aqueos; los débiles muros que construyeron para proteger sus naves no podrán contener mi arrojo, pues los caballos salvarán fácilmente el foso. Cuando llegue a las naves, traedme el voraz fuego para que las incendie y mate junto a ellas a los aqueos aturdidos por el humo. Seguid adelante, para ver si nos apoderamos del escudo de Néstor, que es todo de oro, y le quitamos a Diomedes la labrada coraza. Creo que si hacemos estas cosas, los aqueos se embarcarán esta misma noche en sus naves."

Así habló, vanagloriándose. El espacio que había entre los bajeles y el muro, llenóse de carros y de hombres que retrocedían, y Héctor, igual a Ares, hubiese pegado fuego a las naves, de no haber sugerido Hera a Agamenón que animara a los aqueos.

Subió el atrida a la nave de Odiseo, que estaba en el centro, para que lo oyeran por ambos lados hasta las tiendas de Ayax y de Aquiles, que estaban en los extremos. Y, con voz penetrante, gritaba a los aqueos:

"¡Qué vergüenza, aqueos, hombres sin dignidad! Nos gloriábamos de ser valientísimos y que cada uno haría frente en la batalla a ciento y a doscientos troyanos!.... ¡Ahora ni con uno podemos! Y Héctor pegará fuego a las naves. ¡Padre Zeus! Cúmpleme este voto: déjanos escapar y librarnos de este peligro, y no permitas que los troyanos maten a los aqueos."

El Padre, compadecido de verle derramar lágrimas, le concedió que su pueblo se salvara y no pereciese, y en seguida mandó un águila, la mejor de las aves agoreras, que tenía en las garras un hijuelo de cierva y lo dejó caer al pie del altar donde los aqueos ofrecían sacrificios al dios. Cuando éstos vieron el ave enviada por Zeus, sólo pensaron en combatir de nuevo. El primero en resistir el ataque, fué Diomedes, luego los atridas Ayax e Idomeneo. Teucro, el mejor de sus arqueros, envió muchas flechas contra Héctor y mató a varios grandes guerreros; pero Héctor se le escapaba siempre. Por fin, el jefe troyano acertó a darle con una gran piedra cerca del hombro donde la clavícula separa el cuello y las heridas son mortales, y le rompió el nervio.

El Olímpico excitaba siempre el valor de los troyanos, que hicieron retroceder a los aqueos más allá del foso. Héctor iba delante haciendo gala de su fuerza, y perseguía a los aqueos matando al que se rezagaba, y todos huían espantados. Cuando atravesaron la empalizada del foso, muchos sucumbieron a manos de los troyanos. Los que pudieron escapar no pararon hasta las naves, y allí se animaban unos a otros y, con los brazos levantados, oraban a todos los dioses.

Hera, compadecida de los aqueos, dirigió a Atenea estas palabras:

"¡Oh Dioses! ¡Hija de Zeus! ¿No nos cuidaremos de socorrer, aunque sea tarde, a los aqueos moribundos? Perecerán por el arrojo de un solo hombre, de Héctor, hijo de Príamo, que causa tan gran estrago."

Atenea dejó caer el hermoso peplo bordado, y se armó para la guerra, pero el padre Zeus, apenas las vió desde el Ida, se encendió en cólera y llamó a Iris para que le sirviera de mensajera:

"¡Anda, vé, rápida Iris! Haz que se vuelvan y no las dejes llegar a mi presencia. Lo que voy a decir se cumplirá: las derribaré del carro que romperé luego, y ni en diez años curarán de las heridas que las produzca el rayo, para que conozca la de los ojos claros que es con su padre, contra quien combate."

Iris, la de los pies rápidos, se levantó para llevar el mensaje y alcanzando a las diosas a la entrada del Olimpo, las transmitió la orden de Zeus.

Hera dirigió entonces a Atenea estas palabras:

"¡Oh, dioses! Mueran unos y vivan otros, cualesquiera que fueren; yo no quiero que por los mortales peleemos con Zeus."

El padre Zeus guió su carro hasta el Olimpo y tomando asiento en el trono de oro, dijo a Hera y a Atenea:

"¿Por qué os halláis tan abatidas?"

Atenea, aunque airada, guardó silencio, y Zeus añadió: "En la próxima mañana verás, si quieres, cómo el padre de los dioses hace gran ruina en el ejército de los aqueos, porque el impetuoso Héctor no dejará de pelear hasta que junto a las naves se levante Aquiles, el de los pies ligeros."

AGAMENON ENVIA MENSAJEROS A AQUILES

La brillante luz de Helios se hundió en el océano trayendo sobre la tierra la noche obscura. Contrarió a los troyanos la desaparición de la luz; mas para los aqueos fué grata.

Héctor reunió a sus soldados en las riberas del Janto, en un lu-

gar donde el suelo no aparecía cubierto de cadáveres, y les arengó diciendo:

"Oídme, troyanos y aliados: En el día de hoy esperaba volver a la sagrada Ilión después de destruir las naves y acabar con todos los aqueos; pero la noche los ha salvado y a los buques que tienen en la playa. Ocupémonos en preparar la cena; traed de la ciudad y de vuestras casas, pan y vino; amontonad abundante leña y encendamos muchas hogueras que ardan hasta que despunte la aurora, no sea que los aqueos intenten huir esta noche por el mar. Durante la noche hagamos guardia nosotros mismos, y mañana al comenzar del día, tomaremos las armas para trabar vivo combate junto a las naves."

De este modo arengó Héctor y los troyanos le aclamaron, y toda la noche permanecieron en el campo, donde ardían numerosos fuegos.

Entre tanto los aqueos estaban conmovidos y asustados y aun los más valientes agobiados de insufrible pesar. El atrida iba de un lado para otro y mandaba a los heraldos que convocaran junta. Los guerreros acudieron afligidos. Levantóse Agamenón llorando como fuente profunda que desde altísimo peñasco deja caer sus aguas sombrías, y dijo:

"¡Amigos, capitanes y príncipes de los aqueos! ¡En grave infortunio envolvióme Zeus! Me prometió que no me iría sin destruir la bien murada Ilión, y ahora me manda regresar a Argos sin gloria después de haber perdido tantos hombres. Así debe ser grato al prepotente padre de los dioses. Ea, obremos todos como voy a decir: huyamos en las naves a nuestra patria, pues ya no tomaremos Troya, la de las anchas calles."

Largo tiempo, los afligidos aqueos quedaron en silencio, mas al fin Diomedes, dijo:

"¡Atrida! ¿Crees que los aqueos son tan cobardes y débiles como dices? Si tu corazón te incita a regresar, parte; pero los demás nos quedaremos hasta que destruyamos la ciudad de Troya."

Así habló y todos aplaudieron. En seguida Néstor se levantó, y dijo: "¡Gloriosísimo atrida! Te diré lo que considero más conveniente:

"Te llevaste a la joven Briseida, de la tienda de Aquiles; gran empeño puse en disuadirte, pero venció tu ánimo fogoso y menospreciaste a un fortísimo varón, honrado por los dioses, arrebatándole su recompensa que todavía retienes. Veamos si podríamos aplacarle con agradables presentes y dulces palabras."

Respondióle Agamenón:

"No has mentido, anciano, al enumerar mis faltas. Obré mal, no lo niego; vale por muchos aquel a quien Zeus ama cordialmente; y ahora el dios, queriendo honrar a Aquiles, ha causado la derrota de los aqueos. Mas ya que le falté dejándome llevar por la funesta cólera, quiero aplacarle y le ofrezco siete trípodes no puestos aún al fuego, diez talentos de oro y doce corceles robustos, que en la carrera alcanzaron la victoria. Le daré también siete esclavas y con ellas a Briseida. Todo esto se le presentará en seguida y si conseguimos volver a los fértiles campos de Argos, será mi yerno y tendrá tantos honores como mi hijo; ofrezco darle también siete populosas ciudades situadas todas junto al mar y pobladas de hombres ricos en ganado, que le honrarán como a un Dios. Todo esto haré con tal de que deponga su cólera."

Contestóle Néstor: "¡Glorioso atrida! No son despreciables los regalos que ofreces a Aquiles; que vayan a su tienda Fénix, Ayax y Odiseo acompañados de los heraldos, y roguemos a Zeus que se apiade de nosotros."

AQUILES SE NIEGA A SALVAR A LOS AQUEOS

Cuando los mensajeros llegaron a las tiendas y naves de los mirmidones, hallaron a Aquiles deleitándose con una hermosa cítara labrada. En frente, Patroclo, solo y callado, esperaba que el Pelida acabase de cantar. Entraron precedidos por Odiseo, y se detuvieron delante del héroe; Aquiles, asombrado, se alzó del asiento sin dejar la cítara y Patroclo levantóse también. Aquiles tendióles la mano, y dijo:

"¡Salud, amigos! Grande debe ser la necesidad cuando venís vosotros, que sois para mí los más queridos de los aqueos."

Y diciendo esto les hizo sentar en sillas cubiertas de ricos tapetes, y habló a Patroclo:

"Amigo, saca el vino más añejo y distribuye copas, pues están bajo mi techo los amigos que me son más queridos."

Odiseo llenó su copa, y dijo: "¡Salve, Aquiles! Nos sucede una gran desgracia ¡oh amado de Zeus! Y dudamos si nos será dado salvar o perderemos las naves, si tú no te revistes de valor. Los orgullosos troyanos combaten junto al muro, y dicen que, como no podremos resistirles, asaltarán las negras naves; Zeus relampaguea haciéndoles favorables señales, y Héctor, envanecido y confiado, no respeta a hombres ni a dioses. Está poseído de rabia y asegura que ha de quemar las naves y matar cerca de ellas a los aqueos. Mucho teme mi alma que los dioses cumplan sus amenazas, y que esté dispuesto que muramos en Troya, lejos de la patria

tierra. Ea, levántate, si deseas salvar a los aqueos que están acosados por sus enemigos. A ti mismo te ha de pesar si no lo haces, y no puede repararse el mal una vez causado. Cede ya y deja la funesta cólera: Agamenón te ofrece ricos presentes si renuncias a ella." Y le refirió cuanto Agamenón dijo en su tienda que le daría.

Respondióle Aquiles:

"Preciso es que os manifieste lo que pienso hacer para que dejéis de importunarme. Creo que ni el atrida Agamenón ni los aqueos lograrán convencerme. Me quitó la dulce esposa y la retiene aún. ¿Por qué los aqueos han traído la guerra a los troyanos? ¿Por qué el atrida reunió tan gran ejército? ¿No es por Helena, la de hermosa cabellera? Pues ¿acaso son los atridas los únicos hombres que aman a sus esposas? Todo hombre bueno quiere y cuida a la suya y yo amaba a la mía. Que no me tiente; le conozco y no me persuadirá. Que delibere contigo, Odiseo y con los demás reyes, cómo podrá librar a las naves del fuego enemigo. Muchas cosas ha hecho ya sin mi ayuda, pues construyó un muro abriendo a su pie un ancho y profundo foso; mas ni con eso puede contener el arrojo de Héctor, matador de hombres. Mientras yo combatía con los aqueos, jamás quiso Héctor que la pelea se trabara lejos de la muralla. Pero yo no deseo ya guerrear contra Héctor, y mañana, después de ofrecer sacrificios a los dioses, botaré al agua los cargados bajeles y los verás, si quieres, surcando el mar. Decídselo así públicamente al rey Agamenón. Sus presentes me son odiosos y aunque me diera diez o veinte veces más de lo que posee, o tanto cuanto son las arenas o los granos de polvo, ni aun así aplacaría mi enojo. No me casaré con la hija de Agamenón, aunque fuese más hermosa que Afrodita. Mi madre la diosa Tetis dice que el destino ha dispuesto que si me quedo a combatir en torno de la ciudad troyana, no volveré a la patria, pero mi gloria será inmortal, y que si regreso perderé la fama, pero mi vida será larga. Yo aconsejo a todos que se embarquen y se vuelvan a sus hogares."

Todos enmudecieron al oírle, y Ayax, por fin, habló diciendo: "Odiseo, vámonos. No espero lograr nuestro propósito y hemos de anunciar la respuesta, aunque sea desfavorable a los que nos están esperando. Aquiles tiene en su pecho un corazón orgulloso y salvaje."

Respondióle Aquiles: "Ayax, mi corazón se enciende en ira, cuando me acuerdo del desprecio con que el atrida me trató delante de todos. Id y publicad mi respuesta. No me ocuparé de la guerra hasta que el hijo de Príamo llegue matando aqueos hasta las tiendas y las naves de los mirmidones y las incendie. Creo que Héctor se cuidará de combatir tan pronto como se acerque a mi tienda y a mi nave."

Los enviados regresaron. Y Odiseo dijo a Agamenón:

"Glorioso atrida, no quiere Aquiles deponer la cólera; te desprecia a ti y a tus dones; dice que botará sus bajeles al descubrirse la nueva aurora y aconseja a los demás que se vuelvan a sus hogares"

Largo rato duró el silencio de los afligidos aqueos. Mas al fin exclamó Diomedes:

"Agamenón, no debiste rogar al hijo de Peleo, ni ofrecerle regalos; has dado pábulo a su soberbia; dejémosle que se vaya o que se quede, ahora acostémonos y cuando aparezca Eos que se reúnan junto a las naves los hombres y los carros, y tú exhorta a la tropa y pelea en primera fila."

Tales fueron sus palabras. Volvieron todos a sus tiendas, se acostaron y el dón del sueño recibieron.

LA DERROTA

Eos se levantaba del lecho para llevar la luz a los dioses y a los hombres, cuando enviada por Zeus se presentó en las veleras naves aqueas la Discordia con la señal del combate en la mano. Subió la diosa a la nave de Odiseo y desde allí dió grandes voces y horrendos gritos a fin de que pelearan y combatieran sin descanso.

Los troyanos pusiéronse también en orden de batalla, alrededor del gran Héctor y de Eneas, y el primero armado de su escudo los llevó al combate. Los aqueos y los troyanos se acometieron y mataron sin pensar en la fuga, y la pelea estaba indecisa. Agamenón entró en las filas de los guerreros y combatió con la lanza, con la espada y con grandes piedras, sin cuidarse de que la sangre caliente brotaba de su brazo, pues pronto lo hirieron. Mas así que la sangre dejó de correr, agudos dolores debilitaron sus fuerzas. De un salto subió al carro y con el corazón afligido hizo que lo llevasen a las naves y, gritando fuertemente, dijo a los aqueos:

"¡Amigos! Apartad vosotros de las naves el funesto combate, pues a mí Zeus no me permite ya combatir contra los troyanos."

Al notar Héctor que Agamenón se ausentaba, animó a los suyos:

"¡Troyanos, sed hombres y mostrad vuestro valor! El guerrero más valiente se ha ido y Zeus nos concederá la victoria." Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Muy alentados abriéronse paso y cayeron, como tempestad que viene de lo alto, sobre los contrarios.

Odiseo, famoso por su lanza, acudió para ayudar a Diomedes que había sido herido, y cuando lo hubo subido al carro, se quedó solo entre los troyanos que lo acometían por todos lados, hasta que

también fué herido en un costado, y entonces retrocedió llamando a voces a sus compañeros.

Ayax vino a auxiliarlo con su escudo, fuerte como una torre, y los troyanos huyeron a la desbandada.

Como el hinchado torrente que aumentó la lluvia arrastra pinos y encinas secas, así Ayax destrozaba corceles y guerreros. Las lanzas, que manos audaces despedían contra él, se clavaban en el gran escudo o caían en el suelo delante del héroe. Idomeneo vió que Ayax estaba abrumado por los tiros y se colocó a su lado; pero Paris logró herirlo y entonces retrocedió al grupo de sus amigos para evitar la muerte. Aquiles, que desde lo alto de la nave contemplaba la gran derrota, llamó a Patroclo, su compañero, y le dijo:

"Ahora vendrán los aqueos a suplicarme y se postrarán a mis plantas; pero vé, Patroclo, y pregunta quién es el herido que saca Néstor del combate."

Patroclo obedeció y se fué corriendo. En la tienda de Néstor, díjole éste:

"¿Cómo es que Aquiles no se compadece de los aqueos? ¡No sabe en qué aflicción está sumido el ejército! Los más fuertes, heridos, yacen en las naves. Con una flecha fué herido el poderoso Diomedes, con la pica Odiseo y Agamenón. Pero Aquiles, a pesar de su valentía, no se cuida de los aqueos. ¿Aguarda acaso que las veleras naves sean devoradas por el fuego en la orilla del mar sin que podamos impedirlo? ¡Ojalá fuese yo tan joven y mis fuerzas robustas! Pero del valor de Aquiles sólo se aprovechará él mismo. ¡Oh, amigo! ¡ya no hay defensa para los aqueos!"

Desde las torres, los aqueos tiraban piedras para defenderse, y los dardos llovían y los cascos resonaban secamente. Por donde quiera ardía el combate al pie del muro. Los aqueos, llenos de angustia, veíanse obligados a defender las naves, y estaban apesarados porque los dioses protegían a los troyanos.

Héctor echó a andar y siguiéronle todos con fuerte gritería, porque querían romper la gran muralla aquea. Arrancaban las almenas, demolían los parapetos y tiraban de las torres, con esperanzas de romper el muro; pero los aqueos no les dejaban libre el camino y, protegiéndose, herían a los que estaban al pie de la muralla.

Héctor cogió entonces una piedra de ancha base y aguda punta que había delante de la puerta; dos forzudos hombres de hoy, con dificultad hubieran podido cargarla en un carro, pero él la manejaba fácilmente, porque Apolo la hizo liviana. Se detuvo delante de la puerta y apoyándose en el suelo para que el golpe no fuese débil, arrojó la piedra al centro de la puerta: rompiéronse ambos quiciales, cayó la piedra adentro, desuniéronse las hojas y cada una

se fué por su lado. Héctor, semejante a un dios, saltó al interior. El bronce relucía de un modo terrible en torno de su cuerpo. Nadie, a no ser un dios, hubiera podido salir a su encuentro y detenerlo cuando transpuso la puerta. Sus ojos brillaban como el fuego. Volviéndose a la tropa, alentaba a los troyanos para que pasaran la muralla. Obedecieron, y los aqueos se refugiaron en las naves.

Los troyanos, semejantes a leones, las asaltaron y Héctor, resplandeciente, saltó al centro de la turba como ola impetuosa.

Defendíanse los aqueos detrás de las naves que se habían sacado a la orilla, y los otros fueron a perseguirlos. Obligados a retroceder, se apiñaron cerca de las tiendas, sin dispersarse por vergüenza y por temor.

Néstor les suplicaba:

"¡Oh, amigos! ¡Mostrad que tenéis un corazón pundonoroso! ¡Resistid firmemente!"

Pero hubiérase dicho que, sin estar cansados, comenzaban entonces a pelear ¡con tal denuedo combatían!

Héctor alcanzó por fin la popa de una nave y muchas dagas y hachas y picas cayeron al suelo, ya de las manos, ya de los hombros de los combatientes. Héctor, asido a la nave, gritaba:

"¡Traed fuego! ¡Zeus nos concede un día que lo compensa todo, pues vamos a tomar las naves que nos han ocasionado tantos males!"

Acometieron con mayor ímpetu y Ayax, abrumado a tiros, dejó la cubierta y desde un banco apartaba con la pica a cuantos llevaban el fuego, y a todos les dió muerte.





MUERTE DE PATROCLO

Mientras peleaban así por la nave, Patroclo se presentó a Aquiles, derramando ardientes lágrimas. Vióle Aquiles, y le dijo:

"¿Por qué lloras, Patroclo, como una niña? ¿Vienes a participarnos algo a los mirmidones y a mí mismo? ¿O lloras acaso porque los aquivos perecen cerca de las naves?"

Dando profundos suspiros, respondió así Patroclo:

"¡Oh, Aquiles, hijo de Peleo! No te enfades, porque es muy grande el pesar que los abruma. ¡Los más fuertes, heridos unos de cerca y otros de lejos, yacen en los bajeles! ¡Tú, Aquiles, eres implacable! ¡Que jamás se apodere de mí un rencor como el que guardas! ¡Oh, tú, que tan mal empleas el valor! ¿A quién podrás ser útil más tarde, si ahora no salvas a los aqueos de una muerte indigna? Si te abstienes de combatir por algo que te haya dicho Tetis, envíame a mí y permite que cubra mis hombros con tu armadura para que los troyanos me confundan contigo y cesen de pelear y los aqueos se reanimen."

Así le suplicó; y con ello llamaba a la terrible muerte.

Aquiles le contestó:

"¡Ay de mí, Patroclo! Se me oprime el corazón cuando pienso que un hombre porque tiene más poder, quiere privar a su igual de lo que le corresponde; pero no es posible guardar siempre la ira en el corazón. Cubre tus hombros con mi armadura, ponte al frente de los mirmidones y llévalos a la pelea, pues una nube de troyanos

cerca las naves, y los aqueos sólo disponen de un corto espacio. Sobre ellos cargan confiadamente porque no ven mi casco. Pero tú, Patroclo, échate impetuosamente sobre ellos y apártalos de las naves y tan luego como los alejes vuelve atrás y deja que peleen en la llanura."

Mientras ellos hablaban, Ayax ya no resistía; su refulgente casco resonaba de un modo horrible contra sus sienes y ya no podía sostener con firmeza el escudo. Copioso sudor corría de todos sus miembros y apenas podía respirar. Héctor, que se hallaba cerca de él, le dió con la espada un golpe en la pica y se la quebró. Los troyanos arrojaron entonces el fuego, y una llama inextinguible envolvió la nave.

Así que el fuego rodeó la popa, Aquiles, golpeándose el muslo, dijo a Patroclo:

"¡Ya veo en las naves la llama! ¡Apresúrate a vestir las armas y yo en tanto reuniré la gente!"

Patroclo se puso la armadura y la coraza, embrazó el escudo, cubrió la cabeza con el hermoso casco cuyo terrible penacho de crines de caballo ondeaba en la cimera, y asió dos lanzas fuertes. Sólo dejó la lanza de Aquiles porque el hijo de Peleo era el único capaz de manejarla.

Aquiles, recorriendo las tiendas, hacía tomar las armas a todos los mirmidones, y les decía:

"¡Mirmidones! ¡A la vista tenéis la gran empresa de combate que habéis anhelado! Que cada uno pelee con valeroso corazón contra los troyanos."

Cuando los troyanos vieron a Patroclo, se les conturbó el ánimo. Se figuraban que el Pelida había vuelto a ser amigo de Agamenón, y cada uno miraba adónde podía huir para librarse de la muerte. Patroclo tiró la reluciente lanza, echó a los asaltantes de los bajeles y apagó el fuego. El navío quedó medio quemado, y los troyanos huyeron retirándose de las naves, y ya no fué en orden como repasaron el foso. A Héctor le sacaron de allí, con sus armas, sus ligeros corceles; y el héroe desamparó la turba de troyanos a quienes detenía el profundo foso. Patroclo excitaba con ardor a los aqueos, y los contrarios, puestos en desorden, llenaban todos los caminos. Patroclo se encaminaba a donde veía a los enemigos más desordenados. Los guerreros caían de bruces debajo de los carros y éstos se volcaban con estruendo.

Patroclo mató en combate a Sarpedón. Quisieron arrebatar el cadáver y empezaron a pelear sobre él, y los aqueos hubieran tomado Ilión por las manos de Patroclo si Apolo no se hubiera colocado en la bien construída torre. Tres veces encaminóse Patroclo a la muralla y tres veces rechazóle Apolo.

Héctor, que se hallaba cerca de las puertas, volvió a la batalla, y Zeus permitió que Apolo hiriera a Patroclo por la espalda y que rodara por tierra el casco de Aquiles. Cuando Héctor notó que Patroclo estaba herido, fué en su seguimiento, causando gran aflicción al ejército aqueo. Advirtió Menelao que Patroclo había sucumbido y dando agudos gritos abrióse paso entre los combatientes para ver si lograba arrastrar el cadáver y entregarlo a Aquiles. Ayax fué quien cubriéndolo con su escudo, se lo quitó a Héctor que quería entregarlo a los perros de Troya. Los combatientes, blandiendo afiladas lanzas, luchaban por él.

Menelao llamó a Antíloco, y le dijo:

"Corre a las naves y anuncia a Aquiles que ha muerto Patroclo, su amigo más amado: por si dándose prisa puede llevar al navío el cadáver desnudo, pues las armas las tiene ya Héctor."

Antíloco salió del combate, llorando, para dar al Pelida la triste noticia.

Hallóle junto a las naves (ya el héroe presentía lo ocurrido al ver a los aqueos correr aturdidos por la llanura en dirección a las naves), y dióle la triste nueva.

Negra nube de pesar envolvió a Aquiles. Cogió ceniza con ambas manos y derramándola en su cabeza, afeó su rostro y manchó su túnica; después se tendió en el suelo, gimiendo. Oyóle su madre. que se hallaba en el fondo del mar y salió de su gruta. Las nereidas la acompañaban llorosas, y cuando llegaron a Troya, la madre se acercó al héroe, abrazóle la cabeza y dijo:

"¡Hijo! ¿Por qué lloras? ¿Qué pesar te ha llegado al alma? Zeus ha cumplido lo que tú le pediste alzando las manos: los aqueos acorralados sufrieron vergonzosos desastres."

Exhalando profundos suspiros contestó Aquiles:

"¡Madre mía! El Olímpico ha cumplido; pero ¿qué placer puedo tener habiendo muerto Patroclo? Lo he perdido; y Héctor después de matarlo le despojó de mis armas. Yo no quiero permanecer entre los hombres si Héctor no pierde la vida atravesado por mi lanza."

Respondióle Tetis, derramando lágrimas:

"Breve será entonces tu existencia, pues la muerte te aguarda así que Héctor perezca."

Y contestó muy afligido Aquiles:

"Muera yo en el acto ya que no pude socorrer al amigo cuando lo mataron."

Respondióle Tetis:

"Sí, hijo. Pero tu magnífica armadura la tiene Héctor. No entres en combate hasta que me veas volver; mañana al romper el

alba vendré a traerte una hermosa armadura fabricada por *Hefestos*." (1)

Mientras la diosa se encaminaba al Olimpo, los aqueos huyendo, llegaron a las naves. Héctor parecía una llama. Tres veces asió a Patroclo por los pies e intentó arrastrarlo y tres veces Ayax lo rechazó con impetuoso valor; pero se lo hubiera llevado al fin si Hera, colocándose cerca de Aquiles, no le dice:

"¡Oh, Peleida, el más portentoso de los hombres! ¡Vé a defender a Patroclo por cuyo cuerpo se combate cerca de las naves! Muéstrate a los troyanos a la orilla del foso para que temiéndote dejen de pelear."

Aquiles se levantó, y Atenea circundóle la cabeza con ardiente nube, y él, acercándose a la orilla del foso, dió recias voces. Atenea gritó también y los troyanos se turbaron, y doce de sus más valientes guerreros murieron atropellados por sus carros, y heridos por sus propias lanzas. Y los aqueos, muy alegres, sacaron a Patroclo fuera del alcance de las armas y colocáronlo en un lecho. Los aquivos pasaron la noche llorando a Patroclo. Y Aquiles gimió sobre el cadáver:

"Ya que he de morir, ¡oh, Patroclo! no te haré las honras fúnebres hasta que traiga la cabeza de Héctor, tu matador."

Cuando Tetis llevó a las naves la armadura que Hefestos le entregara, halló al hijo querido reclinado sobre el cadáver y llorando copiosamente. La diosa infundióle fortaleza y audacia, y echó unas gotas de ambrosía en la nariz de Patroclo para que el cuerpo se hiciera incorruptible. Luego Aquiles convocó a los héroes aqueos. Los guerreros afluyeron y el brillo de sus corazas y sus escudos llegaba hasta el cielo. Toda la tierra se mostraba risueña por los rayos que el bronce despedía. Armóse Aquiles, sacó su lanza y dando voces dirigió sus caballos por las primeras filas.

(1) Vulcano, dios, hijo de Hera, el herrero de los dioses.



MUERTE DE HECTOR

Mientras los aqueos se armaban alrededor de Aquiles, los troyanos se preparaban también en una colina.

Zeus llamó a todos los dioses, y les dijo:

"Id hacia los teucros y los aqueos y cada uno auxilie a los que quiera, pues si Aquiles combatiese solo contra los troyanos, éstos no resistirían ni un instante la acometida del hijo de Peleo."

Los dioses fueron al combate divididos en dos bandos: encamináronse a las naves Hera, Atenea, Poseidón, Hermes y Hefestos, y fueron hacia los troyanos Ares, Apolo, Artemisa, Lato, el río Janto y Afrodita.

Atenea daba fuertes gritos, unas veces junto al foso cavado al pie del muro y otras en los altos promontorios, y Ares, que parecía negro torbellino, animaba vivamente a los guerreros de Héctor. El Padre de los hombres y de los dioses tronó horriblemente en las alturas; Poseidón sacudió la inmensa tierra y las cumbres de los montes, y retemblaron las cimas del Ida, cuando los dioses entraron al combate. Al soberano Poseidón le hizo frente Apolo; a Ares, Minerva; a Hera, Artemisa, hermana del Flechador; a Latona, Hermes y al Hefesto, el gran río Janto que los hombres llaman Escamandro.

Apolo, que enardece a los guerreros, movió a Eneas a oponerse al Peleida. Y Eneas dijo:

"Ningún hombre puede combatir con Aquiles porque a su lado está siempre una deidad que lo libra de la muerte. Si un dios iguala-

ra el combate, Aquiles no me vencería fácilmente, aunque se gloriase de ser de bronce."

Tan pronto como se hallaron frente a frente empezaron a combatir y cuando ya Aquiles lo vencía, Poseidón lo arrebató, pasándolo por encima de muchas filas de héroes.

Aquiles se revolvía furioso con la lanza persiguiendo cual un dios a los que debían de morir, la negra tierra manaba sangre, y sus corceles hollaban a un mismo tiempo cadáveres y escudos; el eje del carro tenía la parte inferior cubierta de sangre, y los barandales estaban salpicados de gotas que los cascos de los caballos y las ruedas despedían.

Cuando los troyanos, perseguidos por el de los pies ligeros, llegaron al vado del voraginoso Janto, Aquiles los dividió en dos grupos. Al primero echólo por la llanura hacia la ciudad. Los otros rodaron al río y cayeron en él con estrépito: resonaban las aguas y los teucros nadaban gritando y los torbellinos los arrastraban. La corriente, de profundos vórtices, se llenó de hombres y de caballos que caían confundidos. Aquiles saltó al río con sólo la espada y comenzó a herir a diestra y siniestra y el agua bermejeó de sangre. Los troyanos se refugiaban temblando debajo de las rocas. El río, con el corazón irritado, presenciaba el estrago, hasta que transfigurándose en hombre, le dijo desde uno de los vórtices: "¡Oh, Aquiles! Mi hermosa corriente está llena de cadáveres que obstruyen el cauce y no me dejan verter el agua en la mar y tú sigues matando de un modo atroz. ¡Cesa ya, príncipe de hombres!"

Respondióle Aquiles: "No me abstendré de matar a los troyanos ¡oh, Escamandro! hasta que, peleando con Héctor, él me mate o yo acabe con él." Dijo, y saltó al centro del río. Pero éste le atacó enfurecido: hinchó sus aguas, revolvió la corriente y las olas rodearon a Aquiles que ya no podía tenerse en pie. Asióse entonces con ambas manos a un olmo corpulento; pero el río lo arrancó de raíz. Aquiles, amedrentado, dió un salto, salió del agua y corrió por la llanura. Mas el río lanzó tras él sus olas con gran ruido y lo alcanzaba azotándole los hombros.

El Peleida, levantando los brazos al cielo, gimió:

"¡Padre Zeus! ¿Cómo no viene ningún dios a salvarme? ¡Ojalá me hubiese muerto Héctor! Ahora quiere el destino que yo perezca cercado por un gran río como un niño a quien arrastran las aguas."

El Escamandro no cedía en su furor, sino que levantando a lo alto sus olas llamaba a gritos al Símois para que le ayudara a matar a Aquiles y se revolvía, mugiendo, con la sangre, la espuma y los cadáveres.

Hera llamó a Hefestos su hijo, para que llevara su llama al Janto, y Hefestos incendió primeramente la llanura, quemó los

cadáveres y, dirigiéndose al río, hizo arder los lomos y los sauces así como el loto y el junco. Anguilas y peces padecían saltando en la corriente, y el río, quemándose también, así hablaba:

"¡Hefestos! Ninguno de los dioses te iguala y no quiero luchar contigo. Cesa ya de perseguirme y que Aquiles arroje a los troyanos de la ciudad."

El agua hervía, y no podía seguir adelante oprimida por el vapor, y el río seguía diciendo:

"¡Oh, Hera! ¿Por qué tu hijo maltrata mi corriente?" Hefestos apagó la abrasadora llama y Aquiles volvió al campo a perseguir impetuosamente a los troyanos, que se refugiaron en la ciudad. El destino hizo que sólo Héctor quedara fuera de la muralla, junto a las puertas.

Aquiles llegó, tan veloz como el corcel vencedor en la carrera, y el anciano Príamo fué el primero que lo vió venir por la llanura. Gimió el viejo en la muralla golpeándose la cabeza con las manos levantadas y profirió grandes voces y lamentos dirigiendo súplicas a su hijo para que no aguardara a Aquiles, solo e inmóvil junto a las puertas. Y le decía:

"Ven adentro del muro, hijo querido, para que salves a los troyanos y a las troyanas. Compadécete de mí, de este infeliz que aún conserva la razón y no quieras proporcionar gloria inmensa al Peleida y perder tú mismo la existencia."

Así se expresó el anciano y con las manos se arrancaba de la cabeza muchas canas; pero no logró persuadir a Héctor. La madre de éste, Hécuba, que en otro sitio se lamentaba llorosa, le suplicaba también; y Héctor seguía aguardando a Aquiles que se acercaba; pero cuando éste llegó, Héctor se echó a temblar y ya no pudo permanecer allí sino que dejó las puertas y huyó espantado. Aquiles corrió detrás de él y tres veces dieron la vuelta a la ciudad de Príamo por fuera del muro. A la cuarta, Atenea fué a encontrar a Héctor tomando la figura de Deífobo, su hermano, y lo engañó para que combatiera. Ambos guerreros se hallaron frente a frente. Acometiéronse y Aquiles mató a Héctor y quitóle de los hombros las ensangrentadas armas. Acudieron entonces los demás aqueos y ninguno dejó de herirle. Aquiles horadó los tendones de detrás de ambos pies desde el tobillo hasta el talón; introdujo correas de piel de buey y le ató al carro de modo que la cabeza fuera arrastrando; subió y picó a los caballos para que corrieran. La madre al verlo se arrancaba los cabellos, y arrojando de sí el blanco velo, prorrumpió en tristísimos sollozos. El padre suspiraba lastimeramente y alrededor de él y por la ciudad, el pueblo gemía y se lamentaba. El anciano quería salir por las puertas Dardanias y, revolcándose en el lodo, decía:

"Dejadme salir, amigos, para que vaya a las naves y ruegue a ese hombre que me entregue el cadáver de mi hijo."

Y Hécuba comenzó entre las troyanas el funeral lamento:

"¡Oh, hijo! ¡Ay de mí, desgraciada! ¿Por qué viviré después de haber muerto tú? Día y noche eras en la ciudad motivo de orgullo y el baluarte de los troyanos que te saludaban como a un dios."

La esposa de Héctor, Andrómaca, nada sabía, pues ningún mensajero le llevó la noticia y en lo más hondo del palacio tejía una tela purpúrea. Pero oyó gemidos y lamentaciones que venían de la torre y al instante salió del palacio como una loca y llegó a la muralla. Palpitándole el corazón registró el campo, y en seguida vió que los caballos arrastraban el cadáver de Héctor fuera de la ciudad hacia las naves. Las tinieblas de la noche velaron sus ojos y cayó de espaldas.

Llegando a las naves, Aquiles arrojó el cadáver del troyano a los pies del lecho de Patroclo. Gimió, y dijo:

"¡Alégrate, oh, Patroclo, aunque estés en el Hades! Ya te cumplo cuanto te prometiera. El fuego devorará contigo a doce hijos de troyanos ilustres y a Héctor lo entregaré a los perros para que lo despedacen."

Pero Afrodita apartó a los canes día y noche y ungió el cadáver con divino aceite para que no se maltratara.

Celebráronse los funerales de Patroclo; pero los dioses inspiraron al anciano Príamo, quien sin ser visto llegó hasta Aquiles y abrazándole las rodillas besó sus manos homicidas, diciéndole:

"¡Acuérdate de tu padre, oh Aquiles, que tiene la misma edad que yo! Quizá los vecinos circundantes lo oprimen y no hay quien le salve del infortunio y la ruina; pero al menos tú vives y en espera de tu vuelta se alegra su corazón. Mas yo, desdichadísimo, no tengo ya ningún hijo. Cincuenta tenía cuando vinieron los aqueos y todos han muerto. Y el que era único para mí, Héctor, a ese tú le mataste. Respeta a los dioses, Aquiles, y apiádate de mí; te ofrezco cuantioso rescate si me lo entregas. Soy el mortal más digno de compasión, puesto que me atreví a llevar a mis labios la mano del matador de mis hijos."

A Aquiles le vino deseo de llorar, y cogiendo la mano de Príamo apartóle suavemente y accedió a sus súplicas.



LA TOMA DE TROYA

Finalizaba el año décimo y Troya no se entregaba. Cansados los griegos de sostener un sitio tan largo, construyeron, auxiliados por el arte divino de Atenea, un caballo grande como un monte, cuyos costados estaban formados con tablas de abeto bien ajustadas. Dentro se ocultaron con gran sigilo los mejores guerreros—Diomedes, Odiseo, Ayax, Idomeneo—y mucha más gente armada. Después levantaron el campamento y llevaron las naves a una isla cercana, dejando abandonado en la playa el enorme caballo que, decían, era un voto para alcanzar feliz regreso.

Volvió la tranquilidad a Troya después de tan largo duelo y se abrieron las puertas. Los troyanos se maravillaban de ver la extraña ofrenda y uno de ellos aconsejó que se llevase el caballo a la ciudad. Hubo con motivo de esto encontrados pareceres, y la mayoría era de opinión de que así se hiciera. Casandra, hija de Príamo, comenzó a recorrer la ciudad, prediciendo a gritos la ruina de la patria; pero los troyanos no dieron valor alguno a sus palabras, y la máquina funesta entró, por una brecha abierta en la muralla, hasta el centro de la ciudad.

En aquella lúgubre noche, mientras estaban entregados al sueño los troyanos, salieron del vientre del caballo los guerreros escondidos, abrieron las puertas de la población al resto del ejército y unidos con los que estaban afuera, se entregaron al incendio y la matanza. La mayor parte de los habitantes fué pasada a cuchillo, los supervivientes fueron reducidos a esclavitud, y la ciudad, convertida en hoguera, fué en poco tiempo, un montón de cenizas.

LA ODISEA

DESPUES DE QUE LOS AQUEOS TOMARON TROYA EMPRENDIERON EL REGRESO A SUS HOGARES; PERO EL VIENTO DISPERSO LAS NAVES Y SEPARO A ODISEO Y SUS COMPAÑEROS DEL RESTO DEL EJERCITO. EL RELATO DE SUS AVENTURAS SE CONOCE CON EL NOMBRE DE ODISEA. LAS QUE AQUI SIGUEN SON ALGUNAS DE ELLAS.


MONTE
NEGRO.



ODISEO EN LA ISLA DE LOS CICLOPES



EGAMOS a la isla de los soberbios Cíclopes, gentes sin ley, que no cultivan los campos ni labran las tierras, sino que todo les nace sin semilla y sin arada. Moran en las cumbres de empinados montes, en hondas grutas, y cada uno gobierna a su mujer y a sus hijos sin cuidarse de los otros.

Ni muy próximo ni muy alejado, existe un islote delante del país de los Cíclopes. Hállase cubierto de floresta, donde se reproducen en cuantía considerable las cabras monteses, jamás asustadas por la presencia del hombre, porque allí no van nunca los cazadores, ni pastan los rebaños, ni se ara la tierra, pues carece de pobladores. Tal era la tierra a donde arribamos conducidos, sin duda, por un dios en noche obscura, pues nada podíamos ver nosotros. Apretada niebla envolvía

(1) Ciclopes: raza de gigantes con un solo ojo en medio de la frente.

las naves y *Selene* (1) no lucía en el anchuroso Uranos (2) cubierto de nubes.

No bien mostróse Eos (3) de rosados dedos, hija de la mañana, recorrimos el islote requiriendo los corvos arcos y los venablos de larga punta, y comenzamos el ojeo, otorgándonos un dios abundante caza. Pasamos así todo el día y en tanto veíamos el humo de la próxima tierra de los Cíclopes y nos llegaba su voz y el balar de sus ovejas.

Convoqué a mis amigos, y les dije:

"Permaneced aquí, bravos compañeros. Con mi nave y mi gente iré a enterarme de quiénes son esos hombres, si soberbios, salvajes e injustos, u hospitalarios y temerosos de los dioses."

Llegado que hubimos a la cercana tierra, se nos mostró en una extremidad frontera a las aguas, alta gruta a la sombra de unos laureles. Numerosos hatos de ovejas y cabras sesteaban en las inmediaciones. Ceñíala alto muro de piedra y grandes pinos y encinas de elevada copa. Allí tenía su asiento un varón de gigantesca talla. Solo y apartado de todos, llevaba a pastar su grey, sin cuidarse de los demás. Era un monstruo horrible en nada semejante al hombre que come pan; pero sí a una umbrosa cumbre de montaña que descuella sola entre las cimas que la rodean.

Encargué a mis fieles compañeros que se quedasen a guardar la nave; escogí a los doce mejores y echamos a andar llevando un odre rebosante de dulce vino.

Pronto llegamos a la gruta; pero el Cíclope estaba apacentando las ovejas. Miramos lo que allí había: los zarzos gemían bajo la pesadumbre de los quesos; los establos rebosaban de corderos y cabritos.

Instóme mi gente, deseosa de tomar algunos quesos y de llevarse del aprisco corderos y cabritos, para que regresáramos a la nave y huyéramos al punto a través del salobre mar. Pero yo no me dejé persuadir. Encendimos fuego, ofrecimos un sacrificio a los dioses y nos sentamos en espera del Cíclope.

Al regresar el Cíclope traía un enorme haz de leña para preparar la comida y a la entrada de la gruta lo arrojó con gran estruendo. Presa de horrible temor huímos al fondo de la gruta. Hizo que entrasen las cabras y alzando grandísimo pedrusco, tan grande que veintidós carros de cuatro ruedas no lo habrían movido, acomodólo a guisa de puerta. Sentóse en seguida; ordeñó las ovejas y las cabras, encendió fuego y al vernos, nos hizo estas preguntas:

(1) La Luna.
(2) El Cielo.
(3) La Aurora.

"Forasteros ¿quiénes sois? ¿De dónde venís por el ponto? ¿Os lleva algún negocio o vagáis a la ventura como los piratas que recorren los mares acarreando infortunios a los hombres?"

Así nos dijo. Nos quebraba el corazón el temor que nos produjo su horrible voz y su aspecto monstruoso. Mas con todo eso le respondí de esta manera:

"Somos *aqueos* (1) a quienes extraviaron al salir de Troya vientos de todas clases; deseosos de arribar a nuestra patria llegamos aquí por otros caminos. Nos preciamos de pertenecer a las huestes de *Agamenón* (2) cuya gloria es inmensa. Suplicantes nos postramos a tus rodillas, varón excelente, para que nos acojas con bondad. Respeta a los dioses, que *Zeus* (3) hospitalario venga a los suplicantes."

Así le hablé y respondióme con ánimo cruel:

"Insensato eres, oh, forastero, al pedirme que tema a los dioses y los acate. Nada se nos importa a los Cíclopes de los dioses felices porque somos más fuertes que ellos y no te perdonaré a ti ni a tus compañeros por temor a Zeus si mi ánimo no me lo ordenase. Pero dime en qué lugar dejaste tu nave a fin de que yo lo sepa."

Su intención no me pasó inadvertida, y de nuevo le hablé con engañosas palabras:

"*Poseidón* (4) rompió mi nave estrellándola contra las rocas en los confines de vuestra tierra."

Así le dije. El Cíclope no me dió respuesta; pero extendió las manos sobre mis camaradas, agarró a dos de ellos y, cual si fuesen cachorrillos, arrojólos en tierra con tamaña violencia que los sesos fluyeron al suelo y mojaron el piso. Seguidamente despedazó los miembros y se puso a comer cual montaraz león sin perdonar las entrañas ni los huesos. Ante tal horror alzamos las manos gimiendo en oración a Zeus. El cíclope, tan luego como hubo llenado su enorme vientre, se acostó en la gruta tendiéndose en medio de las ovejas.

Entonces pensé acercarme a él y sacando la aguda espada hundírsela en el pecho; más todos hubiéramos perecido allí a causa de no poder apartar el pesadísimo pedrusco que colocara el monstruo a la entrada.

Y así aguardamos gimiendo.

Cuando se descubrió Eos, la hija de la mañana, encendió la lumbre el Cíclope y ya sentado comenzó a ordeñar su hato. Luego echó mano a otros dos de los míos y con ellos se preparó el almuerzo. Acabando de comer sacó de la cueva los ganados moviendo con

(1) Pueblo griego que había ido a la conquista de Troya.
(2) Rey griego que tuvo el mando supremo en la guerra de Troya.
(3) Padre de los dioses; llamado también Júpiter Olímpico.
(4) Dios de los mares, llamado también Neptuno, y padre del Cíclope Polifemo.

facilidad la enorme peña que al instante tornó a colocar y fuése guiando sus animales.

Allí quedamos, meditando horribles propósitos.

En el suelo del establo veíase una gran rama de olivo verde. Corté de ella un trozo que dí a los compañeros mandándoles que lo puliesen. Una vez alisado agucé uno de sus cabos y lo oculté cuidadosamente. Elegí luego por suerte a los que, uniéndose conmigo, deberían atreverse a levantar la estaca y clavarla en el único ojo del Cíclope cuando de él se apoderase el sueño.

Por la tarde volvió el Cíclope con el rebaño. Cerró la puerta acomodando la enorme piedra que llevó a pulso y comenzó a ordeñar sus cabras. Acabadas tales cosas agarró a dos de mis compañeros y se aparejó la cena. Entonces acerquéme a él y teniendo en la mano una copa de negro vino, le hablé de esta manera:

"¡Cíclope! Toma y bebe de este vino. Para ti lo traía deseoso de ofrecértelo si apiadándote de mí disponías mi regreso a la Patria. ¡Pero nadie te iguala en la cólera! ¿Cómo se acercará a ti ningún nacido si careces de compasión?"

Tomó el vino y gustóle tanto que me pidió más.

"Dame de buen grado más vino y dime tu nombre para que te ofrezca un dón hospitalario."

Tres veces se lo presenté y tres veces bebió incautamente. Y cuando los vapores del vino envolvieron su mente, díjele:

"Cíclope ¿Preguntas cuál es mi nombre?

Voy a decírtelo: Nadie es mi nombre y Nadie me llaman mi padre, mi madre y mis hermanos."

En seguida me respondió:

"A Nadie me lo comeré al último y a todos los demás antes que a él: tal será el dón hospitalario que te ofrezca."

Tiróse hacia atrás y cayó de espaldas. Así echado rindióle el sueño, domador de todo. Entonces metí la estaca en el abundante rescoldo para calentarla y animé con mis palabras a los compañeros, temeroso de que me abandonaran horrorizados.

Cuando la estaca de olivo estaba a punto de arder y alumbraba intensamente, la saqué del fuego. Una deidad nos infundió audacia. Ellos, tomando la estaca, hincáronla por la aguzada punta en el único ojo del Cíclope, y yo, alzándome, hacíala girar por arriba y la sangre brotaba alrededor del caliente palo. Quemóle el vapor párpados y cejas, la pupila estaba ardiendo, sus raíces crepitaban por la acción del fuego, y rechinaban como rechina el hierro en el agua fría.

Dió el Cíclope un fuerte y horrendo gemido, retumbó la roca y nosotros, amedrentados, huímos prestamente; él se arrancó la estaca toda manchada de sangre, arrojóla furioso lejos de sí y se puso a llamar con grandes gritos a los Cíclopes que habitaban en los

contornos. Al oír sus voces, acudieron muchos, unos por un lado y otros por otro, y parándose junto a la cueva le preguntaron qué le pasaba.

"¿Por qué tan irritado, ¡oh, Polifemo! gritas de semejante modo en la divina noche despertándonos a todos? ¿Acaso algún hombre se lleva a tus ovejas? ¿O acaso te matan con engaño o fuerza?"

Respondióles desde la cueva Polifemo:

"¡Oh, amigos! ¡Nadie me mata con engaño!"

Y ellos le contestaron:

"Pues si nadie te hace nada, ya que estás solo, no es posible evitar la enfermedad que te manda el gran Zeus; ruega a tu padre, el soberano Poseidón."

Se fueron todos y yo me reí en mi corazón viendo cómo mi fingido nombre les había engañado.

El Cíclope gimiendo, anduvo a tientas, quitó el peñasco y se sentó a la entrada tendiendo los brazos por si lograba echar mano a alguien.

Yo meditaba para librar de la muerte a mis compañeros y a mí mismo. Al fin parecióme la mejor resolución la que voy a decir: había unos carneros bien alimentados, hermosos, grandes y de espesa lana. Sin desplegar los labios, los até de tres en tres entrelazando miembros de aquellos sobre los que dormía el monstruoso Cíclope: así el carnero del centro cargaba a un hombre y los otros dos iban a los lados para salvarlo. Y viendo yo que había otro que sobresalía entre las reses, me colgué de él deslizándome al vientre y así me quedé agarrado de la abundantísima lana.

Cuando se descubrió Eos, la hija de la mañana, los animales salieron presurosos a pacer. Su amo afligido por los dolores palpaba el lomo a todas las reses y no advirtió que mis compañeros iban atados al pecho de los animales. El último en tomar el camino de la puerta fué mi carnero, cargado con su lana y conmigo.

Polifemo lo palpó, y así dijo:

"¡Carnero querido! ¿Por qué te quedaste detrás de las ovejas? Siempre llegabas el primero y ahora vienes el último de todos. Sin duda echarás de menos el ojo de tu señor a quien cegó un hombre malvado, perturbándole con el vino... Pero no se librará de una horrible muerte. Pronto su cabeza despedazada a golpes se esparcirá por el suelo de la gruta."

Diciendo así dejó al carnero y lo echó fuera. Cuando estuvimos algo apartados soltéme del carnero y desaté a mis compañeros. Al punto recogimos las reses y llegamos por fin a las naves.

Nuestros compañeros se alegraron al vernos a nosotros y em-

pezaron a gemir por los demás. Pero yo les prohibí el llanto. Embarcáronse en seguida y sentándose en los bancos tornaron a herir con los remos el espumoso mar.

Y al estar tan lejos cuanto se puede oír a un hombre que grita, hablé al Cíclope:

"¡Cíclope! No debías emplear tu gran fuerza en comerte a tus huéspedes en tu misma morada. Por eso Zeus y los demás inmortales te han castigado. Si alguno te pregunta la causa de tu ceguera diles que quien te privó del ojo fué Odiseo, hijo de Laertes, que tiene su casa en Itaca."

El Cíclope furioso arrancó la cumbre de una gran montaña y arrojóla delante de nuestra embarcación. Agitóse el mar, y las olas al refluir empujaron nuestra nave hacia la tierra firme; pero yo, asiendo con ambas manos un larguísimo botador, echélo al mar y ordené a mis compañeros con silenciosa señal que apretaran con los remos a fin de librarnos de aquel peligro. Encorváronse todos y empezaron a remar.

El Cíclope oró a Poseidón, su padre, alzando las manos al estrellado cielo.

"¡Oyeme, Poseidón, que ciñes la tierra! Concédeme que Odiseo no vuelva nunca a su palacio. Mas si le está destinado que ha de ver a los suyos, sea tarde y mal, y después de perder a todos sus compañeros y encuentre nuevas penas en su morada."

Tomó en seguida un peñasco mucho mayor que el de antes y lo despidió lanzándolo con fuerza inmensa detrás de nuestra nave. Agitóse el mar, pero las olas mismas nos llevaron esta vez hasta el islote.

Así llegamos a donde estaban los restantes navíos y nuestros compañeros que nos aguardaban llorando.

Saltamos a la orilla y sacamos la nave a la arena y yo sacrifiqué en la playa a Zeus, que amontona las nubes, el carnero más hermoso. Estuvimos todo el día en la isla desierta; pero apenas se descubrió Eos de rosados dedos, nos embarcamos y seguimos adelante con el corazón triste por la pérdida de nuestros compañeros.



EOLO DA A ODISEO LOS VIENTOS PRISIONEROS

Llegamos a la isla cercada de broncíneo e inrompible muro donde moraba *Eolo* (1). Eolo tratóme como a un amigo por espacio de un mes, y me hizo muchas preguntas sobre Troya y sobre los Aqueos.

Cuando quise partir dióme encerrados en un cuero de buey, a los mugidores vientos; ató el cuero en la nave con un reluciente hilo de plata de modo que no saliese el menor soplo, y envióme sólo a *Céfiro* (2) para que soplando llevara nuestras naves.

Navegamos seguidamente nueve días con sus noches, y en el décimo se nos mostró la tierra patria y vimos a los que encendían fuegos cerca del mar. Había yo gobernado sin descanso el timón de la nave que no quise confiar a nadie, y me rindió el sueño.

Los compañeros hablaban los unos con los otros de lo que yo llevaba a mi palacio, figurándose que en el cuero había oro y plata recibidos de Eolo. Y alguno de ellos dijo al que tenía más cercano:

"¡Cuán querido y honrado es este varón!

Muchos y valiosos objetos trajo de Troya mientras que los demás volvemos con las manos vacías. Eolo acaba de darle estas cosas. Veamos lo que son y cuánto oro y plata hay en el cuero."

Y desatando mis amigos el odre escapáronse con gran ímpetu todos los vientos. En seguida arrebató las naves una tempestad violenta y llevólas al ponto alejándolas de la orilla. Ellos lloraban

(1) Dios de los vientos.
(2) Viento ligero que sopla por el Oeste.

al verse de nuevo lejos de la patria. Yo pensé si debía tirarme del bajel y morir en el ponto.

Las naves tornaron a la isla de Eolo; llegados allá saltamos en tierra encaminándonos al palacio. Eolo y sus hijos se pasmaron al verme, y nos hicieron estas preguntas:

"¿Cómo aquí Odiseo? ¿Qué funesta deidad te persigue?"

Yo, con el corazón afligido, les dije:

"Mis imprudentes compañeros y un sueño pernicioso causáronme este daño. Remediadlo vosotros, amigos, ya que podéis hacerlo."

El padre me respondió:

"Sal de la isla, Odiseo, no me es permitido tomar a mi cuidado a un hombre que se ha hecho odioso a los dioses."

Seguimos adelante con el corazón angustiado y navegamos seis días y seis noches. Al séptimo llegamos a la ciudad de los lestrigones. Dejé mi negra embarcación fuera del puerto lleno de naves e hice atar las amarras a un peñasco. Subí luego a una altura y desde allí ví el humo que se alzaba de la tierra. Designé entonces tres hombres para que averiguaran cuáles hombres comían el pan de esa comarca. Fuéronse y siguiendo el camino llano por donde las carretas llevaban la leña de los altos montes a la ciudad, encontraron una doncella, la hija de Antífates, que iba a proveerse de agua a una fuente. Detuviéronse preguntándola quién era el rey y ella les mostró en seguida la casa de su padre. Cuando llegaron a la magnífica morada hallaron dentro a la reina que era alta como la cumbre de un monte. La mujer llamó a su marido y Antífates maquinó contra mis compañeros cruda muerte: agarrando prestamente a uno se lo comió, mientras los otros dos tornaban a los barcos en precipitada fuga. Antífates gritó por la ciudad y acudieron por todos lados los fuertes lestrigones que no parecían hombres sino gigantes, y desde las peñas tiraron pedruscos muy pesados. Pronto se alzó en las naves un deplorable estruendo causado a la vez por los gritos de los que morían y por la ruptura de los barcos. Mientras así mataban a los que estaban en el puerto, saqué la espada y corté las amarras de mi bajel, mandando a mis compañeros que batieran los remos para librarnos de aquel peligro.

De allí seguimos adelante con el corazón triste.

ODISEO EN LAS ISLAS DE CIRCE

Llegamos a la isla donde moraba *Circe* (1), la de las lindas trenzas, deidad poderosa, hija de Helios.

Silenciosamente acercamos la nave a la ribera haciéndola entrar en amplio puerto; permanecimos allí dos días con sus noches y nos roían el ánimo el cansancio y los pesares.

Mas al punto que Eos nos trajo el día tercero, tomé mi lanza y subí a una altura muy escarpada. Desde allí ví el humo que se alzaba del palacio de Circe entre un espeso encinar. Emprendí la vuelta. Reuní a mis amigos, y les hablé de esta manera:

"¡Amigos! ya que ignoramos dónde está el poniente, ni el sitio en que aparece Eos, tomemos alguna determinación; desde la altura he contemplado esta isla, es baja y a su alrededor forma una corona el mar inmenso. Con mis propios ojos ví salir humo de en medio de los pinares."

A todos se les quebraba el corazón acordándose de Antífates y del Cíclope que se comía a los hombres, y ninguno quería ir.

Formé dos secciones poniendo al frente de una a Euríloco y mandando yo la otra. Echamos suertes y Euríloco tuvo que partir con veintidós compañeros.

Dentro de un valle y en lugar visible, descubrieron el palacio de Circe construído de piedra pulimentada. En torno suyo encontraron lobos y leones a los que Circe había encantado; pero esos animales no acometieron a mis hombres, sino que, levantándose, fueron a halagarlos con las largas colas. Llegando a la mansión de la diosa, oyeron a Circe que cantaba. Llamáronla. Circe se alzó en seguida, abrió la magnífica puerta, los llamó y siguiéronla todos imprudentemente, menos Euríloco que se quedó afuera por temor de algún engaño.

Cuando los tuvo dentro, los hizo sentar y preparó un potaje de quesos, harina y miel fresca con vino, echando en él drogas perniciosas para que los míos se olvidaran por completo de la tierra patria. Bebieron y en seguida los tocó con una varita y tuvieron la cabeza, la voz, las cerdas y el cuerpo como puercos, pero sus mentes quedaron tan enteras como antes. Así fueron encerrados en pocilgas y todos lloraban: Circe les echó de comer bellotas que es lo que comen los puercos.

Sin dilación volvió Euríloco para enterarme de la suerte de nuestros compañeros.

(1) Diosa que poseía drogas mágicas.

Yo entonces, colgándome la grande espada y tomando el arco, le mandé que nos llevara por el camino que habían seguido; mas él comenzó a suplicarme, abrazando mis rodillas:

"¡No me lleves allá! ¡déjame aquí! sé que no volverás tú ni traerás a ninguno de los compañeros. ¡Huyamos en seguida con los que quedan!"

Así me habló, y yo le contesté:

"Quédate tú; yo iré, porque la dura necesidad me lo pide."

Alejéme de la nave; pero yendo por el valle salióme al encuentro *Hermes* (1) en figura de un hermoso mancebo, y me habló diciendo:

"¿A dónde vas por aquí, solo y sin conocer la comarca? Tus amigos han sido encantados en el palacio de Circe. ¿Vienes acaso a libertarlos? Yo quiero salvarte. Toma este remedio (y me dió una planta que tenía negra la raíz y blanca la flor) que apartará de tu cabeza el mal, y ve a la morada de Circe. Te preparará un manjar y te echará drogas en él, mas no podrá encantarte. Cuando te toque con su vara, tira de la espada y acométela como si desearas matarla. Ella cobrando temor te invitará a permanecer con ella, no te niegues para que libres a tus amigos; pero hazle prestar juramento de que no te hará ningún daño."

Cuando así hubo dicho, se fué, y yo seguí hasta la morada de Circe. Llegando, me detuve en el umbral y empecé a dar gritos. La diosa oyó mi voz y alzándose abrió la puerta y me llamó, y yo, con el corazón angustiado, me fuí tras ella.

Hízome sentar, y en una copa de oro, me preparó la bebida. Me la dió y bebí sin que lograra encantarme. Tocóme entonces con su vara y yo desenvainé la espada y arremetí contra ella. Ella profirió agudos gritos, se echó al suelo, y abrazándome por las rodillas me dirigió estas palabras:

"¿Quién eres? Hay en tu pecho un ánimo indomable. Sin duda eres aquel Odiseo de quien me hablaba siempre Hermes, asegurándome que vendrías cuando volvieses de Troya. Ven y crezca entre nosotros la confianza."

Yo le repliqué, diciendo:

"¡Oh, Circe! ¡Cómo me pides que tenga confianza después de que en este palacio convertiste a mis compañeros en cerdos? Presta juramento de que no maquinarás contra mí ningún daño."

Juró al instante e invitóme a comer; pero yo permanecí quieto sin echar mano a los manjares y abrumado por fuerte pesar. Entonces vino a mi lado y me dijo:

(1) Hermes o Mercurio, dios hijo de Zeus llamado también el Mensajero.

"¿Por qué, Odiseo, permaneces mudo, sin tocar la comida ni la bebida? ¿Sospechas que haya algún daño?"

Y le respondí diciendo:

"Oh, Circe, si me invitas de buen grado, suelta a mis fieles amigos para que mis ojos puedan verlos."

Circe salió del palacio con la vara en la mano, abrió las puertas de la pocilga y sacó a mis compañeros en figura de puercos de nueve años. Colocáronse delante y ella anduvo por entre ellos untándolos con una nueva droga; en el acto cayeron de los miembros las cerdas, y mis amigos tornaron a ser hombres, pero más jóvenes y mucho más hermosos. Conociéronme y uno a uno me estrecharon la mano.

La diosa dijo entonces:

"Odiseo, ve a donde tienes tu velera nave, sácala a tierra firme y trae en seguida a tus fieles compañeros."

Tomé el camino de la orilla del mar y hallé a mis compañeros, que al verme me rodearon llorando y diciendo:

"Tu vuelta, oh amado de Zeus, nos alegra tanto como si hubiéramos llegado a Itaca, nuestra patria tierra. Mas cuéntanos la pérdida de nuestros compañeros."

Entonces, les dije con suaves palabras:

"Saquemos primero la nave a tierra firme y después seguidme para que veáis cómo los amigos comen y beben en la mansión de Circe."

Y obedeciéronme todos, aun Euríloco que estaba lleno de temor.

Circe los lavó y los ungió con rico aceite y celebramos alegre banquete en el palacio.

Allí nos quedamos día tras día un año entero.

Mas cuando acabó el año y volvieron a sucederse las estaciones, llamáronme mis fieles compañeros y me recordaron la tierra patria y mi casa.

Cuando el sol se puso, y sobrevino la noche, empecé a suplicar a la diosa:

"Oh, Circe, cúmpleme tu promesa de mandarme a mi casa."

Y la diosa contestóme en seguida:

"No te quedes por más tiempo aquí mal de tu grado. Pero antes ve a la morada de *Hades* (1) para consultar al tebano *Tiresias* (2) el adivino ciego, que te dirá el camino que debes seguir, y cómo podrás volver a tu patria atravesando el mar."

(1) Dios de los infiernos; llamado también Plutón, hermano de Zeus y Poseidón. Mora en las entrañas de la tierra.

(2) Célebre adivino originario de Tebas, en donde le rendían homenaje como a un dios.

Yo anduve por toda la casa llamando a los compañeros y cuando ya estuvieron reunidos, les dije:

"Circe me ha dicho que debemos hacer un viaje a la morada de Hades para consultar el alma del tebano Tiresias."

Nos embarcamos, y la nave nos llevó a los confines del Océano, de profunda corriente. Allí está el pueblo y la ciudad de los cimerios entre nieblas y nubes, sin que jamás Helios los ilumine con sus rayos.

En seguida hice los sacrificios que me había dicho Circe. Corrió la negra sangre y al instante salieron las almas de los muertos: mujeres, jóvenes, niños, ancianos y doncellas. Agitábanse con gran ruido alrededor del hoyo lleno de sangre, y al verlas me dominó el terror. Desenvainando la espada me senté y no permití que los muertos se acercaran a la sangre antes de haber interrogado al adivino.

Vino primero la sombra de un compañero muerto en la mansión de Circe; vino luego la sombra de mi madre, a la cual yo dejé viva cuando partí para Troya. Vino después el alma del tebano Tiresias. Conocióme, y me habló así:

"¡Odiseo, rey de Itaca! ¿Por qué has dejado la luz de *Helios* (1) y vienes a ver a los muertos? Apártate, a fin de que bebiendo la sangre te revele lo que quieres."

Bebió, y dijo así:

"Un dios hará difícil tu vuelta, Odiseo, pues Poseidón que sacude la tierra, te guarda rencor porque cegaste a su hijo el Cíclope. Llegarás, después de padecer trabajos, si respetas a las vacas de Helios cuando las halles paciendo en la isla Trinacria. Si las causas daño, desde ahora te anuncio la pérdida de tu nave y la de tus compañeros. Y si tú te libras llegarás tarde y mal a tu patria, y en extranjera nave, y hallarás en tu casa otra plaga: unos hombres soberbios que se comen tus bienes y pretenden a tu esposa. Te vendrá más adelante y lejos del mar, una suave muerte cuando ya estés abrumado de vejez y a tu alrededor los ciudadanos sean dichosos."

Cuando así hubo dicho volvió a internarse en la sombra. Regresamos en seguida al bajel y ordené a mis compañeros que desataran las amarras.

Embarcáronse y la honda corriente llevó nuestra nave nuevamente por el mar hasta la isla de Circe.

CIRCE ACONSEJA A ODISEO

Circe me tomó de la mano y me hizo sentar separadamente de los compañeros, y me preguntó cuanto me había ocurrido. Yo se lo conté.

(1) El Sol.

Entonces me dijo:

"Oye ahora lo que te voy a decir: llegarás primero a la isla de las Sirenas que encantan a los hombres. Aquel que imprudentemente se acerca a ellas no vuelve a ver a su esposa ni a sus hijos, porque las Sirenas, sentadas en una pradera donde tienen a su alrededor enorme montón de huesos de hombres, le hechizan con sus cantos. Pasa de largo y tapa las orejas de tus compañeros con blanda cera a fin de que ninguno las oiga; mas si tú desearas oírlas, haz que te aten de pies y manos arrimado al mástil. Sólo así podrás deleitarte oyéndolas."

"Más allá de las islas de las Sirenas hay dos caminos: a un lado se alzan peñas enormes contra las cuales rugen las inmensas olas. Ninguna embarcación ha llegado allí salva, pues las olas y las tempestades se llevan las tablas de los barcos y los cuerpos de los hombres."

"Al lado opuesto hay dos escollos, el uno alcanza el anchuroso Uranos con su pico agudo coronado de pardo nubarrón que jamás le abandona. Ningún hombre, aunque tuviese veinte manos y veinte pies, podría subir al escollo, pues la roca es tan lisa que parece pulimentada. En medio del escollo hay un antro sombrío. Hacia él, Odiseo, lleva tu nave. En la profunda cueva mora Escila que aúlla terriblemente con voz semejante a la de una perra recién nacida. Es un monstruo perverso, tiene doce pies todos deformes, y seis cuellos larguísimos cada cual con una horrible cabeza en cuya boca hay tres filas de apretados dientes. Está sumida hasta la mitad del cuerpo en la honda gruta, saca las cabezas fuera y registrando alrededor pesca delfines, perros de mar y otros monstruos mayores. Por allí jamás pasó una embarcación cuyos marineros pudieran gloriarse de haber escapado sanos y salvos, pues Escila arrebata a los hombres con sus horribles cabezas."

"El otro escollo es más bajo y lo verás cerca del primero."

"Hay allí una higuera frondosa y a su sombra Caribdis sorbe las turbias aguas. Tres veces al día las echa afuera y otras tantas vuelve a sorberlas de un modo horrible. No te encuentres allí, Odiseo, cuando las sorba, pues nadie podría salvarte. Debes acercarte mucho al escollo de Escila y pasar muy rápidamente, pues mejor es que pierdas seis compañeros que no a todos."

Así se expresó. Y le contesté diciendo:

"Háblame sinceramente, oh diosa. Si por algún medio logro escapar de Caribdis ¿podré atacar a Escila cuando quiera apoderarse de mis compañeros?"

"Escila no es mortal, contra ella no hay defensa posible. Huir de su lado es lo mejor. Si te demoras junto al peñasco por atacarla, se lanzará otra vez y te arrebatará otros seis compañeros."

"Llegarás más tarde a la isla Trinacria donde pacen las vacas de Helios que ni se reproducen ni mueren, porque son divinas. Si las respetas llegarás a Itaca; pero si les causares daño, desde ahora te anuncio la perdición de la nave y la de tus compañeros. Y aunque tú te escapes llegarás tarde y mal y tristemente a tu patria."

Así dijo. Y yo ordené a mis compañeros que subieran a la nave y la diosa se internó en la isla.





CARIBDIS Y ESCILA

Conducida por el próspero viento que henchía las velas, avanzó la nave. Entonces dirigí la palabra a mis compañeros, diciendo:

"¡Oh, amigos, no conviene que sólo uno conozca los consejos que me dió la diosa Circe! Nos ordena rehuir la voz de las Sirenas y el florido prado donde se hallan. Sólo yo debo oírlas; pero atado de pies y manos a la parte inferior del mástil. Y aunque os ruegue o mande que me soltéis, atadme con más lazos todavía."

Mientras hablaba, llegamos a la isla de las Sirenas. En el instante echóse el viento, reinó sosegada calma y algún dios adormeció las olas. Mis compañeros amainaron las velas y habiéndose sentado en los bancos, emblanquecían el agua agitándola con los remos. Tomé un gran pan de cera y partiéndolo me puse a apretar con mis manos; pronto se emblandeció la cera y fuí tapando con ella los oídos a todos los compañeros. Atáronme luego con fuertes lazos, y sentándose tornaron a herir con los remos el espumoso mar.

Las Sirenas empezaron a llamarme con sonoro canto.

Ordené a mis compañeros que me desatasen; pero levantándose dos al punto atáronme más reciamente, y los demás siguieron remando. Cuando dejamos atrás las Sirenas, y ni su voz ni su canto se oía ya, quitáronse mis compañeros la cera y me desligaron.

Al poco rato percibí humo, grandes olas y un fuerte estruendo. Mis amigos amedrentados soltaron los remos y la nave se detuvo.

Acercándome les dijo:

"¡Amigos! La desgracia que se nos presenta no es mayor que

las que hemos sufrido. No olvidéis que escapamos del Cíclope gracias a mis consejos. Batid, pues, los remos, y tú, piloto, apártate de ese humo y de esas olas y procura llevar la nave cerca del escollo."

Obedecieron, y yo, poniéndome la armadura, tomé dos lanzas y subí a esperar a Escila; pero no la vi. Pasamos el estrecho llorando. De un lado estaba Escila y del otro Caribdis sorbía de manera horrible las turbias aguas del mar. Al vomitarlas dejaba oír un murmullo como el de una enorme caldera que está sobre el fuego y la espuma llegaba a las cumbres de los dos escollos. El temor se apoderó de los míos y mientras mirábamos a Caribdis, temerosos de la muerte, Escila me arrebató seis compañeros. Cuando volví los ojos vi en el aire los pies y las manos de los que eran arrebatados y me llamaban, y de todo cuanto padecía, peregrinando por el mar, fué éste el espectáculo más lastimoso que vieron mis ojos.





ODISEO EN LA ISLA DE HELIOS

Llegamos muy pronto a la isla donde pacía el ganado divino de Helios. Desde la nave oí los mugidos y me acordé de las palabras de Tiresias y de los consejos de Circe que me encargó que huyese de la isla.

Con el corazón afligido, dije a mis compañeros:

"Amigos, encaminemos el bajel lejos de la isla, porque Tiresias y Circe me anunciaron que en ella nos aguarda el más terrible de los infortunios."

A todos se les quebraba el corazón, y Euríloco me dijo:

"¡Eres cruel, oh, Odiseo! Tus miembros no se cansan y debes de ser de hierro, ya que no permites a los tuyos, molidos de fatiga y de sueño, tomar tierra en esa isla, sino que los mandas que se alejen en la noche por el sombrío ponto. Obedezcamos a la noche, oh, Odiseo, y descansemos aquí. Al amanecer nos embarcaremos nuevamente."

Los demás compañeros aprobaron y yo afligido, les dije:

"Prometed, entonces, que si encontramos una manada de ovejas y de vacas, ninguno de vosotros matará ni una sola, y que comeréis sólo los manjares que nos dió Circe."

Juraron y detuvimos la nave. Aparejamos la cena y mientras lloraban mis compañeros acordándose de los amigos a quienes devoró Escila, les sobrevino el sueño.

Cuando la noche llegó a su último tercio, Zeus suscitó una tempestad deshecha.

Al levantarse Eos de rosados dedos, pusimos la nave en seguri-

dad llevándola a una profunda gruta, y yo, reuniendo nuevamente a mis amigos, repetí: "Puesto que hay en la nave alimentos y bebida, abstengámonos de tocar esas vacas porque son de un dios terrible, Helios, que todo lo ve."

Durante un mes, sopló el Noto. Y mientras no les faltó pan y vino, abstuviéronse mis compañeros de tocar las vacas por el deseo de conservar la vida. Pero tan luego como se agotaron los víveres, viéronse obligados a ir errantes tras peces y aves, porque el hambre nos atormentaba. Yo me interné en la isla, con el fin de orar a los dioses, y en tanto Euríloco dió a mis compañeros este pernicioso consejo:

"Oíd mis palabras, compañeros: todas las muertes son horribles; pero ninguna tan mísera como morir de hambre. Tomemos las más excelentes de las vacas de Helios; ofrezcamos sacrificios a los dioses, y si conseguimos tornar a Itaca, levantaremos un templo al dios Helios; pero si irritado quiere Helios perder nuestra nave, prefiero morir de una vez en las olas que consumirme lentamente en una isla desierta."

Tales palabras profirió, y los demás las aprobaron.

Seguidamente echaron mano a las vacas.

Al acercarme yo al bajel, llegó hasta mí el olor de la grasa quemada. Clamé a los dioses y reprendí a mis compañeros, pero ya no había ningún remedio porque las vacas estaban muertas.

Los dioses mostraron varios prodigios: los cueros se movían y las carnes asadas y crudas mugían en los asaderos.

Durante seis días mis compañeros celebraron banquetes con las vacas sagradas. Al séptimo cesó el vendaval y nos embarcamos

NAUFRAGIO DE ODISEO

Cuando ya no se divisaba tierra alguna, Zeus colocó encima de la nave una parda nube debajo de la cual se obscureció el ponto. En seguida desencadenóse gran tempestad; un torbellino rompió los dos cables del mástil que al caer hirió al piloto. Zeus despidió un trueno y arrojó su rayo en nuestra nave, que se estremeció llenándose de olor de azufre, y mis hombres cayeron al agua. Llevábalos el oleaje semejantes a cornejas marinas. Un dios los privó de la vuelta a la patria.

El mar separó los flancos de la quilla, y yo, atando con una soga de buey, mástil y quilla, y sentándome en ambos, dejéme llevar por los perniciosos vientos.

Toda la noche anduve a merced de las olas, y al salir el sol llegué al escollo de Escila. Caribdis estaba sorbiendo las turbias

aguas del mar y yo me lancé a la higuera y me agarré como un murciélago sin que pudiera afirmar los pies en sitio alguno. Me mantuve reciamente esperando que Caribdis vomitara el mástil, y cuando éste apareció por fin soltéme de pies y manos y caí con estrépito en medio de las aguas junto a los largos maderos, y sentándome encima me puse a remar con los brazos. No permitió el padre de los hombres y de los dioses que Escila me viera, pues no me hubiese librado de la muerte.

Errante fuí durante nueve días y en la noche del décimo los dioses me llevaron a la isla de la ninfa Calipso, hija de Atlante, la cual me acogió amistosamente y me prodigó sus cuidados ofreciéndome que me haría inmortal y libre de la vejez si me quedaba para siempre con ella.

Largo tiempo permanecí allí contra mi voluntad porque no disponía de naves. Sentábame en la playa, y allí me estaba, sin que mis ojos se secasen del continuo llorar y consumía mi existencia suspirando por el regreso; pues la ninfa ya no me era grata. Hasta que los dioses conmovidos ordenaron a Calipso que me despidiera. Llegándose entonces a mí, me dijo:

"Desdichado, no llores más ni consumas tu vida porque de buen grado te dejaré que partas. ¿Quieres abandonarme y regresar a tu casa? Bien ido seas. Si conocieses los males que te aguardan, te quedarías conmigo y yo te libraría de la vejez y la muerte. Pero estás deseoso de ver a tu esposa, de la que padeces nostalgia todos los días. Sabe que me vanaglorio de no serle inferior, que no pueden competir las mortales con las diosas."

Respondí al punto:

"No te enojes conmigo, veneranda deidad. Conozco muy bien que la prudente Penélope no puede igualarte en hermosura. Con todo, quiero y ansío irme a mi casa y ver lucir el día de mi regreso. Y si alguno de los dioses quiere aniquilarme en el obscuro mar, lo sufriré. He padecido mucho así en el mar como en la guerra. Venga este mal tras de los otros."

No bien se mostró Eos, hija de la mañana, vistióse la ninfa y me condujo a un extremo de la isla donde crecían grandes árboles, y cuyos troncos secos desde muy antiguo eran muy duros y a propósito para mantenerse a flote sobre las aguas. Derribé veinte y ensamblándolos con bronce, construí con ellos fuerte balsa. Al cuarto día ya estaba terminada y al quinto despidióme de la isla la divina Calipso, dándome vestiduras, un odre de vino, otro mayor de agua, un zurrón de cuero con abundantes provisiones, y mandándome favorable y plácido viento.

Gozoso desplegué las velas y sentándome comencé a regir el timón sin que el sueño rindiese mis párpados.

Diecisiete días navegué a través del ponto; y cuando alegre vi los montes del país de los Feacios, Poseidón que sacude la tierra, me miró. Encendióse de ira y echando mano al tridente reunió las nubes y turbó el mar levantando olas inmensas. Zozobró la balsa y mucho tiempo permanecí sumergido. Salí por fin despidiendo de la boca el agua amarga y nadando vigorosamente pude asir la balsa y sentarme en ella para evitar la muerte.

Vióme la ninfa Ino, la de los bellos pies, y apiadándose de mí, díjome estas palabras:

"¡Desdichado! ¿Por qué Poseidón que sacude la tierra, se irritó tan fuertemente contigo? Haz lo que voy a decirte: Quítate esos vestidos, deja la balsa, y a nado gana la tierra de los Feacios. Toma, extiende este velo bajo tu pecho y no temas morir. Así que toques tierra firme quítatelo y arrójalo al mar."

Yo gemía indeciso, y mientras meditaba lo que debía hacer, Poseidón levantó una ola inmensa y lanzóla contra mí desbaratando la balsa y dispersando como pajas los maderos.

Sentado en un leño, desnudéme los vestidos que me diera Calipso y extendiendo el velo, echéme al agua. Vióme el poderoso dios y picando sus corceles, se fué a su morada.

Dos días anduve errante, mas al tercero aplacóse el vendaval y pude ver que la tierra estaba muy cerca. El mar se rompía en las peñas, y bramaban contra los rocas las olas inmensas. Apartándome llegué hasta la desembocadura de un río de hermosa corriente. El río apaciguó sus olas y me acogió. Dobláronse mis rodillas y quedéme tendido en la ribera, sin fuerzas, porque el cansancio me abrumaba. Cuando respiré, desaté el velo y arrojélo en el río que corría hacia el mar; llevóselo una ola grande y pronto la ninfa lo tuvo en sus manos.

Entonces busqué un asilo y metiéndome debajo de unos arbustos donde había abundancia de hojas secas, Atenea derramó sobre mis ojos el dulce sueño.



ODISEO EN EL PAIS DE LOS FEACIOS

Mientras dormía Odiseo, Atenea se encaminó a la ciudad de los Feacios donde reinaba a la sazón Alcínoo. Penetró en la estancia del palacio en que dormía una doncella parecida a las diosas por su hermosura, Nausícaa, hija de Alcínoo, y tomando el aspecto de una joven muy querida de ella, le dijo: —"¡Nausícaa! tienes descuidadas tus vestiduras y cercano está el día de tu casamiento, en el que necesitarás ataviarte con los más hermosos vestidos. Vayamos a lavarlos; yo te acompañaré. Pide a tu padre que mande prevenir al rayar el alba el carro en que llevarás tus mantos espléndidos."

Dijo así, y cuando hubo aconsejado a la doncella, se fué al Olimpo.

Pronto vino Eos, y despertó a Nausícaa. La doncella, admirada del sueño, se fué por el palacio y dijo a su padre:

"¡Padre querido! ¿Querrías ordenar que me aparejasen un carro para que fuese al río y lavase nuestras hermosas vestiduras?"

El respondió: "Ve, hija. Mis esclavos te prepararán un carro alto y grande capaz de llevar toda tu carga."

Prepararon fuera de la casa un carro, y mientras Nausícaa sacaba de la habitación los espléndidos vestidos, su madre púsole en una cesta toda clase de manjares.

Nausícaa tomó el látigo y asiendo las riendas fuése acompañada de sus esclavas.

Así que llegaron al río sacaron las ropas, las metieron en las profundas aguas y las pisotearon en las pilas rivalizando unas y

otras en hacerlo con destreza. Después se bañaron y se pusieron a comer a la orilla del río. Mientras Helios secaba las ropas. En seguida jugaron a la pelota y Nausícaa, la de los brazos de nieve, comenzó a cantar. Cuando ya estaba a punto de volver a su morada, la princesa arrojó la pelota errando el tiro, y todas gritaron fuertemente.

Despertóse Odiseo, y sentándose se dijo:

"Ay de mí ¿qué gentes habitarán esta tierra a donde he llegado? A mí llegan voces de mujer. . . . ¿Será la voz de las ninfas que viven en la cumbre de las montañas y en los manantiales de los ríos?

Hablando así salió de entre los arbustos cubriendo su desnudez con una frondosa rama, e igual que un montaraz león se apareció entre las doncellas que huyeron despavoridas. Sólo la hija de Alcínoo se mantuvo firme, y Odiseo le habló con blandas palabras:

"¡Oh, reina! ¡Ya seas diosa, ya mortal, yo te imploro! Si eres una diosa de las que habitan el anchuroso Uranos, te hallo parecida a Artemisa por tu hermosura y gracia, y si naciste de los hombres que moran en la tierra, ¡tres veces felices sean tu padre y tu venerable madre y tus hermanos! Te contemplo con admiración ¡oh, mujer! y me infunde temor abrazar tus rodillas, aunque estoy abrumado de un pesar muy grande. Ayer pude salir del ponto después de veinte días en que me ví a merced de las olas. Algún dios me ha echado aquí acaso para que padezca nuevas desgracias. Pero tú ¡oh, reina! apiádate de mí ya que eres la primera persona a quien me acerco después de soportar tantos males. Así los dioses te concedan cuanto tu corazón anhele."

Nausícaa, la de los brazos de nieve, le respondió:

—"¡Forastero! Sabe que el mismo Zeus distribuye la felicidad así a los buenos como a los malos, y si te dió esas penas justo es que las sufras. Pero ahora que has llegado a nuestra ciudad, no carecerás de ninguna de las cosas que debe tener un suplicante. Te mostraré la población y te diré el nombre de nuestro pueblo: Los Feacios poseen la ciudad y la comarca y yo soy la hija del magnánimo Alcínoo, cuyo es el imperio de este pueblo."

Dijo y dió esta orden a las esclavas:

—"¡Deteneos, esclavas! ¿A dónde huís por haber visto un hombre? Este es un infeliz que viene perdido y es necesario socorrerle, pues todos los forasteros y mendigos vienen de Zeus. Así, pues, dadle de comer y de beber y lavadle en el río.

Detuviéronse las esclavas, condujeron a Odiseo a un lugar abrigado para que se lavara, y le dejaron un manto y una túnica.

Luego que se hubo lavado y ungido con aceite, cubrióse con las vestiduras que le diera la doncella y Atenea hizo que apareciese hermoso.

Las esclavas le ofrecieron manjares y bebidas y Odiseo bebió y comió con avidez porque desde hacía mucho tiempo estaba en ayunas.

Entonces Nausícaa le dijo:

"Levántate, forastero, y partamos para la ciudad. Yo te guiaré a la casa de mi padre."

Llegaron a la mansión de Alcínoo que resplandecía como Helios y Selene. En la casa halló a los caudillos y príncipes de los Feacios y tendiendo los brazos a las rodillas de la reina, comenzó su ruego de esta manera:

"Oh, reina, después de sufrir mucho, vengo a tu esposo y a ti, a quienes permitan los dioses vivir felizmente. Hace mucho que ando lejos y padeciendo infortunios, dadme hombres que me conduzcan para que pronto vuelva a la patria."

Dicho esto sentóse junto al hogar en la ceniza.

El rey Alcínoo hízolo sentarse en una silla espléndida; una esclava dióle aguamanos que trajo en magnífico jarro de oro y que vertió en fuente de plata. La despensera trájole pan e innúmeros manjares y Odiseo comenzó a comer y beber.

Alcínoo dijo:

"¡Príncipes y capitanes Feacios! Acabada la cena idos a dormir a vuestras casas. Mañana ejerceremos en el palacio los deberes de la hospitalidad, y en seguida concertaremos lo más oportuno para que pueda nuestro huésped volver a la patria tierra por lejana que esté."

Los generosos Feacios condujeron en una de sus naves a Odiseo hasta el país de Itaca, donde el héroe, ayudado por Atenea, pudo llegar a su morada. Durante su ausencia, que duró veinte años, su hijo Telémaco, al que dejara en la cuna, se había hecho hombre. Vivía en su palacio con la hermosa Penélope, su madre, y grandes calamidades habían caído sobre ellos porque los príncipes y señores de Itaca, al ver que Odiseo no regresaba, instaron a Penélope para que escogiera marido de entre ellos. Penélope los engañó largo tiempo con mil argucias de las cuales la más famosa fué esta: púsose a labrar una gran tela que debía servir de mortaja a Laertes, padre de Odiseo, y dijo a los pretendientes que, al terminarla, escogería marido. Y cuatro años más los tuvo esperando, pues deshacía de noche lo hecho durante el día. Cuando los pretendientes se dieron cuenta, declararon que se instalaban en la casa hasta que ella se resolviera por alguno. Y empezaron a comerse entre todos la hacienda de Odiseo. Desesperado Telémaco resolvió, por consejo de Atenea, salir de Itaca para ir en busca de su padre.

Cuando Odiseo hubo llegado a Itaca, la diosa lo hizo regresar y les suscitó un encuentro en casa de uno de los esclavos del hijo de Laertes. Y juntos resolvieron acabar con los pretendientes.

Disfrazado de mendigo llegó Odiseo a su propia casa: los pretendientes que comían y bebían en la sala, lo llenaron de injurias y él lo soportó todo con paciencia esperando el momento de la venganza.





ODISEO EN ITACA

Acostóse Odiseo en el vestíbulo de la casa; tendió la piel de un buey y echó encima otras muchas pieles de ovejas sacrificadas, y tendido, discurría males contra los pretendientes.

Atenea inspiróle en el corazón a la discreta Penélope, que en la propia casa de Odiseo les sacara a los pretendientes el arco y el pulido hierro, a fin de celebrar un certamen. Subió Penélope la alta escalera de la casa, tomó en su hermosa mano la llave de bronce y se fué al aposento interior donde guardaba los objetos preciosos del rey—bronce, oro y labrado hierro— y también el arco y las flechas. Rechinaron las hojas como muge un toro que pasa en la pradera y abrióse inmediatamente la puerta. Penélope descolgó de un clavo el arco, y sentándose allí mismo lloró ruidosamente. Cuando ya estuvo harta de llorar y gemir, fuese hacia la habitación donde se hallaban los pretendientes, paróse ante la columna que sostenía el techo, con las mejillas cubiertas por espléndido velo, y les habló de esta manera:

"Oídme, ilustres pretendientes, los que habéis caído sobre esta casa para comer y beber de continuo durante la prolongada ausencia de mi esposo, sin poder hallar otra excusa que la intención de casaros conmigo y tenerme por mujer. Os propongo este certamen: pondré aquí el gran arco de Odiseo, y aquél que más fácilmente lo maneje, lo tienda y haga pasar una flecha por el ojo de las doce segures, será con quien yo me vaya, dejando esta casa a la que vine

casi niña y que es tan hermosa que me figuro que habré de acordarme de ella aun entre sueños."

Tales fueron sus palabras, y mandó en seguida al porquerizo que ofreciera el arco a los pretendientes.

Antínoo, el más audaz de los pretendientes, dijo: "Creo que nos será difícil armar ese pulido arco, porque no hay entre todos los que aquí nos encontramos, un hombre como fué Odiseo." Así les habló, pero allá dentro de su ánimo, tenía esperanzas de armar el arco y hacer pasar la flecha a través del hierro. Telémaco les dijo:

"Oh, dioses, díceme mi madre querida que se irá con otro y saldrá de esta casa; y yo creo que Zeus me ha vuelto el juicio. Ea, pretendientes, no difiráis la lucha con pretextos, y no tardéis en hacer la prueba de armar el arco, para que os veamos. También yo lo intentaré; y si logro armarlo y hacer pasar la flecha a través del hierro, mi madre no me dará el disgusto de irse con otro y abandonar el palacio."

Dijo, y poniéndose en pie, se quitó el manto y descolgó de su hombro la espada. En seguida hincó las segures abriendo para todas un gran surco, alineándolas a cordel y poniendo tierra a ambos lados. Todos se quedaron sorprendidos al notar con qué buen orden las colocaba. De seguida, fuése al umbral y probó a tender el arco. Tres veces lo movió, con el deseo de armarlo, y tres veces hubo de desistir de su propósito. Y lo hubiese armado acaso, tirando con gran fuerza por la cuarta vez, pero Odiseo se lo prohibió con una seña, y le contuvo en su deseo. Entonces, Telémaco habló de esta manera:

"¡Oh, dioses! O soy ruín y menguado o soy aún demasiado joven, y no puedo confiar en mis brazos para rechazar a quien me ultraja. Probad el arco vosotros que me superáis en fuerza, y acabemos el certamen."

Diciendo así, puso el arco en el suelo y volvió a su asiento, y Antínoo habló de esta manera:

"Levantaos consecutivamente, compañeros, empezando por la derecha."

Y a todos les agradó lo que dijo. Levantóse primero Liodes, que era el único que aborrecía las iniquidades que cometían los demás pretendientes, y probó el arco; mas no pudo tenderlo con sus manos blandas y no encallecidas, y al momento dijo así a los otros:

"¡Amigos! Yo no puedo armarlo; tómelo otro. Ahora cada cual espera en su alma que se le cumplirá el deseo de casarse con Penélope; mas tan pronto como vea y pruebe el arco ya puede dedicarse a pretender a otra aquiva, solicitándola con regalos de boda."

Antínoo ordenó a un cabrero que encendiera lumbre en la sala,

y que trajera una gran bola de cebo para que los jóvenes calentando el arco y untándolo con grasa, pudieran armarlo; mas no consiguieron tenderlo porque les faltaba la fuerza. Quedaban sólo sin probarlo Antínoo y Eurímaco que eran los Príncipes entre los pretendientes y a todos superaban en fuerza.

Entonces salieron juntos de la casa el porquerizo, el boyero y Odiseo, quien les dijo:

"Si Odiseo llegara de súbito porque alguna deidad os lo trajese ¿os pondríais de parte de los pretendientes o de parte suya? Contestad como vuestro corazón os lo dicte."

Dijo entonces el boyero: "¡Padre Zeus! ¡Qué vuelva aquel varón y tú verías cuál es mi fuerza para defenderlo!"

El héroe les dijo entonces: "Pues aquí lo tenéis, soy yo que después de muchos trabajos he vuelto tras veinte años de pesares a la patria tierra."

Y les mostró la cicatriz que tenía en la pierna y que servía para reconocerle. Ambos la vieron y examinaron cuidadosamente y en seguida rompieron en llanto, echaron los brazos sobre Odiseo y le besaron la cabeza y los hombros.

Odiseo los calmó, diciendo: "Cesad de llorar y de gemir, no sea que alguno lo vea. Entremos al palacio uno tras otro y acordaos de esto que os digo: los ilustres pretendientes no han de permitir que se me dé el arco; pero tú, porquerizo, traélo, pónmelo en las manos y dí a las mujeres que cierren las puertas y que si alguna oyere gemidos o estrépito de hombres, no se asome."

Hablando así, entró en el espléndido palacio, y fué a sentarse en el sitio que antes ocupaba. Luego penetraron también los dos esclavos. Ya Eurímaco manejaba el arco, dándole vueltas y calentándolo, mas no conseguía armarlo, y entonces Antínoo habló así:

"¡Eurímaco! Pon en tierra el arco y ofrezcamos un sacrificio a Apolo para ver si así podemos armarlo y terminar este certamen."

El ingenioso Odiseo, les habló entonces de este modo:

"Oídme, pretendientes: dejad el arco y mañana algún dios dará bríos a quien le plazca. Pero ahora entregádmelo a mí y probaré con vosotros mis brazos y mi fuerza."

Todos sintieron gran indignación, y Antínoo lo increpó, diciendo:

"¡Miserable mendigo! ¿No te basta estar sentado tranquilamente en el festín con nosotros, sin que se te prive de ninguna de las cosas del banquete? Sin duda te trastorna el vino que suele perjudicar a quien lo bebe. Si llegaras a tender el arco, te anuncio una gran desgracia, pues no habrá quien te defienda en este pueblo."

Entonces Penélope habló a Antínoo, diciendo:

"No es decoroso ni justo que se ultraje a los huéspedes de Telémaco. ¿Por ventura crees que si el huésped tendiese el arco de

Odiseo, me llevaría a su casa para tenerme por mujer propia? Ni él mismo concibió en su pecho tal esperanza, ni eso se puede pensar razonablemente."

Dijo entonces Telémaco: "¡Madre mía, ninguno de los aqueos tiene poder superior al mío para dar o rehusar el arco a quien me plazca. Vuelve a tu habitación y ocúpate en las labores que te son propias, que del arco nos cuidaremos los hombres, y principalmente yo, que mando en esta casa."

Asombrada se fué Penélope a su habitación, y en tanto el porquerizo tomó el arco para llevárselo al huésped. Todos los pretendientes se enfurecieron; pero él atravesó la sala y lo puso en las manos de Odiseo. En seguida hizo cerrar sólidamente todas las puertas.

Tomó el héroe una flecha que estaba encima de la mesa, armó el arco, apuntó al blanco, despidió la saeta y no erró ni un solo tiro. Después, dijo a Telémaco:

"¡Telémaco! ¡No te afrente el huésped que está en tu palacio! Ni erré el blanco ni me costó gran fatiga armar el arco. ¡Mis fuerzas están íntegras todavía!"

Saltó entonces al umbral con el arco y la aljaba repleta de flechas, y habló así a los pretendientes:

"El certamen fatigoso está acabado; ahora apuntaré a otro blanco." Y enderezó la saeta hacia Antínoo. Levantaba éste una copa de oro entre sus manos, cuando la flecha, hiriéndole en la garganta, asomó por la cerviz. Desplomóse Antínoo y brotó de sus narices un espeso chorro de sangre. En la caída empujó la mesa dándole con el pie y esparció las viandas por el suelo. Al verle caído, los pretendientes levantaron gran tumulto dentro del palacio; dejaron las sillas y moviéndose por la sala recorrieron con los ojos las bien labradas paredes, pero no había ni un escudo ni una lanza de qué echar mano, y con airadas voces dijeron a Odiseo:

"¡Oh, forastero, mal haces en disparar el arco contra los hombres! Ahora te aguarda una terrible muerte, porque quitaste la vida a un varón que era el más notable de los jóvenes de Itaca, y por ello te comerán a ti los buitres."

Así hablaban figurándose que había muerto a aquel hombre involuntariamente.

Dijo con torva faz Odiseo:

"¡Ah, perros! ¡No creíais que volviese a mi morada y me arruinábais la casa, y estando yo vivo cortejábais a mi esposa sin temer a los dioses! Ahora pende la ruina sobre vosotros todos."

Los pretendientes desenvainaron las espadas para combatir, pero en el mismo instante Odiseo empezó a disparar sus flechas. Mientras tuvo flechas para defenderse fué apuntando e hiriendo sin

interrupción a los pretendientes, los cuales caían uno en pos de otro. Mas en el momento en que se le acabaron dejó el arco, echóse al hombro un escudo de cuatro pieles, cubrió la robusta cabeza con un yelmo, y asió dos fuertes lanzas y junto con Telémaco atacó a los pretendientes.

Cuando los vió a todos, tantos como eran, caídos entre la sangre y el polvo, dijo a Telémaco que llamara a las esclavas para que limpiaran la sangre.

Atenea llegó a la estancia superior donde descansaba Penélope, y le dijo estas palabras:

"Despierta, Penélope, para ver con tus ojos lo que anhelabas todos los días. Ya llegó Odiseo, ya volvió a su casa, y ha dado muerte a todos los pretendientes."

Alegróse Penélope y saltando de la cama comenzó a destilar lágrimas y bajó de la estancia superior.

El héroe se hallaba sentado de espaldas y Penélope permaneció mucho tiempo sin desplegar los labios por tener el corazón indeciso: unas veces mirándole fijamente veía que aquel era realmente su aspecto; y otras no le reconocía a causa de las miserables vestiduras que llevaba.

Telémaco habló así entonces:

"¡Madre mía! ¿Por qué estás tan apartada de mi padre, en vez de sentarte a su lado y hacerle preguntas y enterarte de todo? Ninguna mujer se quedaría así con el ánimo firme, cuando su esposo vuelve después de veinte años a la patria tierra."

Respondióle Penélope:

"Hijo mío, atónito está mi ánimo y no podría decirle ni una palabra, ni hacerle preguntas, ni mirarlo frente a frente."

Se adelantó y desfallecieron sus rodillas. El corrió a su encuentro derramando lágrimas y ella echóse en sus brazos y le besó en la cabeza.



LOS HEBREOS

ANTIGUO TESTAMENTO


MONTE
NEGRO.



ISAAC Y REBECA

Ya estaba muy viejo Abraham; Sara, su mujer, había muerto; él se hallaba lleno de pesadumbre y, presintiendo su fin, quiso dejar casado a su hijo Isaac. Llamó a Eliezer, su siervo más anciano, a quien había confiado empresas costosas, porque le amaba, y le dijo que iría a Mesopotamia, a buscar esposa entre los suyos para Isaac, pues no quería que tomase mujer cananea. El siervo se llenó de temor, pero el patriarca le alentó diciéndole que el Dios que velaba sobre él y su descendencia, le asistiría a través del viaje.

Eliezer preparó diez camellos, los cargó con lo mejor que había en las bodegas del patriarca, cogió lo más delicado entre sus joyas, y partió hacia Mesopotamia.

Cuando ya estuvo próximo a la ciudad, se postró a hacer oración, pidiendo a Dios la gracia de reconocer a la joven que su amo desposaría, para continuar la santa descendencia del pueblo de Israel. Hizo arrodillarse a sus camellos a corta distancia de un pozo: allí venían al atardecer todas las jóvenes de la aldea a buscar agua. Después oró, diciendo:

"Jehová, dame la gracia de un buen encuentro. La joven que se acerque al pozo y me ofrezca agua para mí y para mis camellos, será la que destine tu voluntad a Isaac, mi amo."

Vinieron las jóvenes, la primera de ellas Rebeca, hija de Betuel, hermano de Abraham. La miró el siervo, vió que era hermosa de cuerpo y que su semblante era puro, y le pidió de beber.

Rebeca bajó su cántaro hasta las manos del siervo, y cuando hubo bebido, le dijo:

"También daré de beber a tus camellos."

Hundió el cántaro en el pozo, y fué abrevando una por una a las bestias. Cuando bebió el último camello, Eliezer preguntó a la joven por su familia. Rebeca respondió:

"Soy hija de Betuel, sobrino de Abraham. En la casa de mis padres hay paja en abundancia para tus camellos, y lecho para que descanses esta noche."

Entonces el siervo, viendo que todo esto venía de la mano de Dios, se postró e hizo su acción de gracias. En seguida puso en manos de Rebeca los presentes de oro y plata que traía consigo.

Rebeca corrió hacia su casa a contar a sus padres el suceso. Salió su hermano Labán a recibir a los mensajeros, descinchó sus camellos, ofreció al siervo y a los camelleros agua para que lavasen sus pies, y les invitó a la mesa.

"No comeré, dijo Eliezer, mientras no haya dicho a vosotros el motivo de mi viaje. Soy siervo de Abraham, a quien Dios ha bendecido, dándole muchos rebaños, vacadas, camellos y asnos, y tesoros de toda especie. Su mujer le ha concedido un hijo, y él, deseando que tome esposa entre los suyos, me ha enviado en busca de vosotros. Me resistí, diciéndole que tal vez la joven que eligiese no querría marchar conmigo, por ser yo un siervo; pero él me ha enviado bajo juramento a buscarla. Se ha hecho visible la voluntad del Señor en mi elección de Rebeca. Declaradme ahora si seréis propicios al deseo de mi amo, a fin de que yo regrese solo o con ella hacia Canaan."

Los padres contestaron que, según todos los signos, ésta era la voluntad de Jehová, y entregaron la hija al servidor.

Cubrióla éste de collares y adornos finísimos, y repartió otros entre los suyos. Descansó solamente aquella noche y al amanecer preparó sus camellos para el regreso.

Los padres bendijeron a Rebeca, diciéndole:

"Seas madre de miles de hombres y tu descendencia posea la puerta de sus enemigos."

Acompañada de su hermana y su nodriza, Rebeca se puso en marcha hacia la tierra de Isaac, a quien no conocía y que había de ser su esposo.

Al atardecer, Isaac venía por el campo; era ésta la hora en que hacía meditación. Vió la polvareda de los camellos y se volvió hacia la caravana. Rebeca preguntó al siervo por el hombre que los

miraba llegar, y al saber que era Isaac, bajó los velos sobre su cara. La recibió Isaac, escuchó el relato de su siervo, y haciéndola entrar en su casa, la tomó por esposa y la amó toda su vida. Y así fué consolado de la muerte de Sara, su madre.





JACOB Y RAQUEL

Eran dos hermanos: Jacob y Esaú; pero Esaú no amaba a Jaboc, y su madre sufría al mirarlos ir y venir, sin amor, por su casa.

Isaac, su padre, llamó un día a Jacob y le dijo que no era su voluntad que tomase mujer cananea, y le mandó partir hacia la tierra de su tío Labán, para tomar esposa de su sangre.

Jacob abandonó, pues, su tierra, caminando todo el día hacia el Oriente.

Al llegar la noche, eligió un lugar en el medio del campo para dormir, y puso una piedra por almohada bajo su cabeza. Durmió y tuvo un sueño maravilloso: veía una escala cuya base estaba en la tierra, en el sitio en que reposaba su cuerpo; subía y subía hasta llegar al cielo, y los ángeles iban y venían por ella.

Mientras gozaba de la visión, oyó una voz exclamar:

—"Yo soy Jehová, el Dios de Abraham y de tu padre Isaac, y la tierra en que descansas la daré a ti y a tu simiente."

"Tu descendencia será numerosa como el polvo; se ha de extender al Occidente y al Oriente, al Aquilón y al Mediodía, y en ella serán benditas todas las generaciones del universo."

"Seré contigo y te guardaré por donde vayas, hasta que se haya cumplido en ti mi promesa."

Despertó Jacob lleno de turbación, y dijo:

—"Este lugar es pavoroso y sagrado; parece la misma puerta del cielo, y yo no lo sabía."

Para recordarlo y volver a él, tomando aceite, lo derramó sobre la piedra.

Siguió caminando, hasta encontrar en su camino un abrevadero de rebaños. Un grupo de pastores hacía beber a las ovejas: levantaban la piedra, arrimaban al pozo los corderos, y lo volvían a sellar. Jacob se aproximó, y les preguntó si conocían a Labán. Los pastores respondieron:

—"Le conocemos, y he aquí que viene caminando hacia el agua su hija Raquel."

Estaban todavía hablando cuando vieron venir a Raquel, entre una manada de ovejas, porque era pastora como ellos. Entonces Jacob levantó él mismo la piedra y dió de beber una por una a las ovejas de Raquel. Después se acercó a ella, la besó, y contándole que era hijo de Rebeca, hermana de Labán, lloró de alegría.

La joven corrió a su casa a dar la buena nueva a su padre. Labán salió al encuentro de Jacob, y al ver su semblante, que le recordaba el de su hermana, lo saludó así:

—"Ciertamente eres de mi carne y de mis huesos."

Tenía Labán gran casa, muchos campos y dos hijas: Lía y Raquel. Ambas eran hermosas, pero Jacob amó a Raquel.

Después de algún tiempo, Labán preguntó a Jacob qué salario pedía; éste ofreció servirle siete años para obtener a su hija Raquel.

Le sirvió, pues, Jacob, siete años, que le parecieron como unos cuantos días, por el amor de Raquel.

Al terminar el plazo, Labán preparó grandes fiestas para celebrar los desposorios; pero en vez de dar a Jacob la elegida, le dió a Lía, la mayor.

Cuando Jacob reclamó a Labán del engaño, éste le prometió darle a Raquel, si seguía a su servicio otros siete años.

Aceptó Jacob la voluntad de su tío, y siguió pastoreando los grandes rebaños, que Dios aumentaba bajo su mano.

Labán era avaro y mentiroso, y se aprovechaba del trabajo leal de Jacob en provecho suyo. Jacob, para obtener el precio de sus años de servidumbre, tuvo que valerse de malicia.

Labán le había dicho que serían suyas las corderas negras y los cabritos de dos colores que naciesen, (los cuales eran muy raros entre los rebaños). Jacob entonces puso en los arroyos a donde iban a beber las cabras, ramas que pintarrajeaba de blanco, abriéndoles listas claras con su cuchillo. De las cabras que miraban estas ramas, nacían cabritos pintados.

Así, el rebaño de Jacob fué aumentando prodigiosamente, con mucha envidia de Labán.

Cuando se cumplieron los catorce años, Labán le dió por mujer a Raquel. Agradecido, Jacob se quedó otros siete a su servicio.

Jacob llegó a tener doce hijos: su familia era numerosa, y Labán miraba sin alegría esa prosperidad. Entonces cogió a sus mujeres, sus camellos, sus asnos, sus ovejas, y volvió a su país.

Salió a recibirlo en ánimo de guerra Esaú; pero Jacob lo desarmó con su generosidad. Hizo separar para él buena parte de sus rebaños, y cuando le vió venir, se postró a sus pies, pidiéndole le devolviese su amor de hermano.

Llegó Jacob a su tierra; alcanzó la felicidad de abrazar a su anciano padre, Isaac, y le hizo compañía tierna hasta su muerte, sepultándolo al lado de Rebeca, y junto de Abraham y Sara.





LA HISTORIA DE JOSE

Jacob vivía en Canaan, y tenía doce hijos, que apacentaban ovejas, vendimiaban o sembraban los trigos del año. Jacob tenía estos hijos de varias esposas, porque la tierra no estaba bien poblada, solía haber más trigo que segadores, y los hombres por esto, se casaban varias veces. No tenían la misma madre los hijos de Jacob, y no se amaban entre sí. Jacob era ya muy viejo y quería particularmente al menor de los hijos, a José, que era hijo de su esposa más querida.

José solía tener sueños maravillosos, que contaba a sus hermanos al otro día, mientras descansaban, a la hora de la siesta, en el campo.

Un día les dijo:

—He soñado que estábamos segando. Yo ponía mi gavilla, que se quedaba muy derecha, sobre el campo, y las once de vosotros se inclinaban en torno de ella.

—¿Qué queréis decir con eso?—le preguntaron irritados sus hermanos—¿que vos gobernaréis sobre nosotros?

Y como no le amaban, hallaron fealdad en su sueño.

José era inocente y volvió a contarles otro sueño suyo, días más tarde.

—He soñado que el sol, la luna y once estrellas, se inclinaban delante de mí.

Entonces su padre le reprendió, preguntándole si con su relato quería significar que su padre, su madre y sus hermanos, se habían de postrar delante de él. Pero José no tenía voluntad sobre sus sueños y los contaba por candor.

Los hermanos desde entonces lo amaron menos aún, y resolvieron hacerle daño, porque soñaba cosas grandes, y también porque su padre le acariciaba más y le había dado en esos días una túnica nueva de colores.

Una vez andaban los hermanos por el campo, guiando a las ovejas hacia los buenos pastos. José estaba con Jacob, y éste lo mandó a que se fuera a reunir con ellos.

Cuando lo vieron venir, los hermanos se dijeron:

—Allá viene el de los sueños. No hay nadie en el campo y podemos matarle; le echaremos después en una cisterna y creerán que lo ha muerto una fiera.

Rubén, uno de ellos, que no era malo, les dijo, atribulado:

—¿Para qué hemos de matarle nosotros mismos y mancharnos con sangre? Mejor echémosle vivo en una cisterna y allí morirá solo.

El pensaba en venir por la noche y sacarlo del pozo.

Aceptaron los hermanos. José se aproximaba; se arrojaron sobre él y lo precipitaron adentro. Pero la cisterna estaba seca.

En ese momento asomó por el camino una caravana de mercaderes. Eran ismaelitas, hombres del desierto, y llevaban muchos camellos, cargados con materias preciosas, que cambiaban en los diversos pueblos: resinas, clavos de olor, bálsamos, telas teñidas con zumos intensos, colmillos de elefante y muchas cosas maravillosas que se daban en la Arabia o se fabricaban en Egipto. También solían llevar esclavos, que compraban los ricos para su servicio de toda la vida.

Judá, otro hermano, propuso entonces:

—No nos manchemos con sangre del hermano; es nuestra carne; vendámoslo a estos mercaderes.

Aceptaron los otros, porque siendo perversos, tenían, sin embargo, miedo de matar, y llamaron a los mercaderes de la caravana.

Se acercaron éstos; los hermanos sacaron de la cisterna a José, que miraba en torno sin saber qué harían de él. Los ismaelitas vieron al niño: era hermoso y muy tierno, y los miraba con unos ojos grandes de miedo.

Dieron a los hermanos veinte monedas de plata, pusieron a José entre la jiba de un camello cargado, y se alejaron con él, sin que los hermanos los llamaran para recuperar al inocente.

Viajaron días y noches por tierras extrañas, pasaron pueblos y pueblos, y José no sabía a dónde le llevaban.

Llegados al Egipto, lo vendieron a un rico, llamado Putifar.

SIERVO EN EGIPTO

Entró en su casa José, y empezó a ser siervo, aunque tenía lejos un padre, dueño de grandes rebaños.

De esclavo pasó pronto a ser administrador o mayordomo del palacio. Gobernaba a los otros siervos, vigilaba las caballerizas, repartía los frutos y proveía a la casa. Era diligente y tenía modales suaves.

Putifar estaba casado con una mala mujer, que un día dijo a José que lo amaba. José le contestó que su amo le había dado poder sobre todas las cosas de la casa, con excepción de ella, su esposa. Volvió a hablarle, y José por desprenderse de ella, dejó en sus manos su manto y salió, huyendo.

Al volver Putifar, la mala mujer acusó a José de insolencia contra ella. La creyó Putifar y arrojó de su palacio al siervo fiel e hizo que lo tomaran los guardas y lo llevasen a la cárcel. Como José era un esclavo, no fué oído, e inocente, entró a vivir con los demás penados.

Allá no le abandonó su alegría, que era la alegría de Dios, y sufría lleno de paciencia. En vez de vivir irritado entre los presos, se hizo el compañero bueno de ellos: les enseñaba a trabajar, les contaba lindas historias y así les daba gozo con su compañía. Todos le obedecían por amor, y el jefe de la cárcel, que lo miraba, le entregó la guarda de los presos.

Dos personajes de la corte habían caído en desgracia y se encontraban en la misma cárcel con José: un copero y un jefe de panaderos del Faraón. Un día amanecieron preocupados, pues habían tenido unos sueños extraños. José les preguntó por qué estaban silenciosos, y ellos entonces le contaron sus sueños.

Contó el copero: Soñé que veía tres sarmientos secos. De pronto, reverdecieron delante de mis ojos, echaron hojas y racimos, y los racimos maduraron a mi vista. Yo cogí una copa y era la del Rey, los exprimí contento, y puse la copa en la mano de mi Señor.

—Tu sueño quiere decir, fué diciendo José, que dentro de tres días serás llamado al servicio del Faraón, y volverás a servir el vino de su copa, como en los tiempos en que te amaba. Cuando estés en su presencia, acuérdate de mí, que estoy prisionero sin culpa.

El panadero contó entonces el sueño suyo:

—Soñé que caminaba con tres canastos sobre mi cabeza, y el de encima llevaba innumerables panes y manjares para el Faraón; mas venían las aves del cielo y los devoraban.

—Tu sueño dice, contestó José, que en tres días más el Faraón dispondrá tu muerte, y tu cabeza será colgada en un madero.

Pasaron los tres días, y acaeció, como José lo había visto por medio del Espíritu, que el Rey hizo llamar al jefe de coperos y lo restituyó en su rango, y que ordenó que al jefe de panaderos se le diera muerte. Pero el copero no se acordó de su promesa, cuando estuvo delante del Faraón.

Mas un día, el Rey tuvo sueños extraordinarios, e hizo llamar a los adivinos del reino, para que los interpretasen. Ninguno supo lo que querían decir, y viendo a su amo afligido, el copero se acordó de su camarada de cárcel, que estaba próximo a Dios y conocía el sentido de los sueños. Lo hizo llamar; vino José y escuchó del mismo Faraón los sueños maravillosos.

—Yo he visto—le dijo el Rey—que del Nilo salían siete vacas, hermosas y lucientes, como apacentadas en ricos pastos. Se internaban por un verde carrizal, y entonces salían del Nilo otras siete vacas, enjutas como si nunca hubieran comido yerbas, se echaban sobre las otras y las devoraban, quedando ellas con la misma delgadez.

"Desperté en esta parte del sueño, volví a dormirme, y empezó otro sueño:

"Yo miraba sobre un solo tallo, brotar siete espigas doradas, y tan gruesas que caían a los lados por su peso. De pronto nacieron de la misma caña otras siete, entecas y como hambrientas, que devoraron a las otras.

"He llamado a los magos egipcios, pero no me han sabido dar razón de estos sueños."

José respondió:

—Los dos son una mismas cosa. Las siete vacas gordas y las siete espigas espléndidas, son siete años de abundancia que vendrán sobre el Egipto. Las cosechas darán asombro a sus dueños, y todos se alimentarán copiosamente. Y las siete vacas flacas, lo mismo que las espigas entecas, son siete años de escasez, en que las provisiones de los anteriores se acabarán; habrá hambre en la tierra de Egipto y en las otras, y las gentes padecerán, a menos que tú elijas a un hombre hábil que, en los años ricos, reúna, en grandes graneros, el trigo suficiente para el largo tiempo de la sequía.

—Tú serás ese hombre, le contestó el Faraón, porque tienes sobre los otros el Espíritu de Dios, que te guarda y te conduce.

Puso en el dedo de José el anillo de primer ministro egipcio, y le hizo pasear en un carro por las calles de la ciudad, para que conocieran los ciudadanos a aquel que todos obedecerían. Los hombres se inclinaban a su paso, en señal de obediencia, y le miraban con

asombro, porque era varón lleno del Espíritu de Dios, que se hacía visible en su rostro.

MINISTRO DE FARAON

Empezó a gobernar José al mismo tiempo que empezaban los años de buenas cosechas y obligaba a los dueños de todas las tierras a dejar una quinta parte para los graneros reales.

Y vino la sequía. Corría el Nilo con un caudal mezquino, y blanqueaba su lecho seco; los campos estaban dorados de yerbas secas; el trigo no alcanzaba a granar; el arroz no espigaba. Los animales arrastrábanse entre los rastrojos; pero el pueblo egipcio acudía todas las tardes a los inmensos graneros reales, donde se le entregaban las provisiones de la semana. Y no se cansaba de alabar en las plazas y en los caminos a José y su boca con adivinación.

En las tierras próximas a Egipto empezó el hambre también y morían muchas gentes; alcanzó a la tierra de Canaan, donde aún vivía Jacob, ya muy anciano, con su familia.

Un día dijo a sus hijos:

—Hay trigo en Egipto. ¿Por qué no vais a comprar para que no muramos?

Prepararon el viaje, y salieron diez de ellos, camino del Egipto.

José estaba encargado de todo el reparto y así los jóvenes fueron llevados a su presencia.

Habían pasado muchos años y el rostro de todos era otro que el de la infancia; pero José los reconoció y, después de oir su petición, les dijo:

—No sois compradores, sino espías.

—No, señor, replicaron ellos; somos gentes de paz y venimos de la tierra de Canaan a buscar trigo; formamos una familia numerosa: nuestro anciano padre y once hijos. Eramos doce, mas uno ya no existe.

Repuso José:

—Si contáis verdad, y no sois espías, quede uno prisionero y vuelvan los otros a Canaan a traerme al hermano menor; de este modo yo creeré.

Los hermanos se llenaron de tribulación y hablaban entre ellos, diciendo que les venía esta angustia porque aún les demandaba Dios la sangre de José.

Ellos hablaban, creyendo que por usar lengua hebrea, José no los entendía; pero el intérprete repetía sus palabras a José.

José los escuchaba e iba reviviendo todo su pasado: veía el rostro de Jacob y veía los campos donde él apacentaba de niño sus

ovejas. Y con su corazón oprimido de pena, se apartó a llorar para que no le viesen.

Después dió orden a los esclavos de que llenasen muchos costales de trigo y pusieron dentro de cada uno el dinero.

Los hermanos regresaban muy tristes a Canaan; Simeón había quedado en rehenes y Jacob los reprendería por la pérdida de su hijo.

Hicieron un alto en el camino por tomar descanso, y cuando abrieron un saco de las provisiones, hallaron el dinero. Entonces se llenaron de asombro y de temor.

Al llegar a Canaan contaron a su padre todo lo que les había acaecido, y con amargura le dijeron cuál era la condición del Ministro del Faraón para rescatar al cautivo.

Jacob, angustiado les contestó:

—Ya perdí a José y a Simeón, y ahora queréis que pierda a mi Benjamín. Con dolor voy a bajar a la sepultura.

Pero las provisiones se agotaron, y hubo que volver a Egipto, llevando a Benjamín, sin lo cual no podrían presentarse en palacio.

Jacob los hizo que aparejaran un camello con presentes para el Ministro: lindas vasijas de barro pintadas, bálsamo y especias preciosas, miel y nueces, y almendras, en pesados fardos.

Llegaron al palacio de José quien, al verlos regresar con Benjamín, rebozó en su interior de alegría, porque éste era hijo de su misma madre, y no había podido olvidarlo. Luego hizo preparar un gran banquete. Viendo los preparativos, los hermanos estaban confusos y llenos de miedo, porque no comprendían. Al día siguiente, el Ministro hizo llenar sus sacos de granos y los once hebreos volvieron a salir de Egipto. José había hecho de nuevo poner el dinero de cada uno en su saco, y además mandó que se deslizara en el de Benjamín su copa de plata.

Partieron los hermanos, y no iban muy lejos, cuando José envió emisarios tras de ellos, con orden de registrar las cargas de los camellos y de acusarlos, maliciosamente, como ladrones. Los desgraciados protestaron su inocencia, mas fué encontrada la copa de plata en el costal de Benjamín. Entonces ellos rasgaron sus vestidos y regresaron hacia Egipto.

Llevados a la presencia del primer Ministro, se pusieron a temblar y no acertaban a hacer su defensa, pues había tremenda prueba. José simulaba la acusación, se fingía lleno de ira y acabó exigiéndoles que dejasen en su poder a Benjamín. El sólo quería saber si sus hermanos eran capaces de abandonar a Benjamín.

Rompieron en llanto los hermanos y Judá ofreció quedarse él en vez de Benjamín, de cuya vida dependía la de su padre Jacob, que lo amaba entrañablemente, por el recuerdo del hijo muerto. Y

tanta era la confusión de todos, y tan verdadero su dolor, que José no pudo contenerse más, y también estalló en llanto. Al fin, les dijo:

—¡Yo soy José! Decidme si vive mi padre todavía.

Y como sus hermanos dudaban de lo que oían, siguió hablándoles:

—Sí, yo soy aquel hermano que vendisteis; pero no os aflijáis, porque para salvación de todos Dios me envió a Egipto. Yo aseguraré vuestra posteridad en la tierra, pues faltan todavía cinco años de hambre. Os digo, pues, que no vosotros, sino la voluntad de Dios, lo ha hecho todo. Daos prisa en volver a vuestra patria; haced saber a mi padre mi gloria y traédmelo.

Cayó sobre el cuello de Benjamín, y le cubrió de lágrimas, y fué besando a todos los demás.

Al saber la noticia, el Faraón declaró a José que entregaría las mejores tierras a los israelitas, y dispuso que se tomaran bastantes carros para transportar a las mujeres y los niños.

Se pusieron en marcha los hermanos y caminaban enmudecidos como en un encantamiento.

Al llegar a su casa, dijeron a su padre:

—José vive aún y gobierna toda la tierra de Egipto.

Mas quedó frío el corazón de Jacob porque no daba crédito a semejantes palabras. Creyó sólo cuando le refirieron una por una las palabras de José y cuando vió los carros destinados a transportar al pueblo.

Entonces exclamó:

—¡Basta! ¡Mi hijo vive todavía, yo iré a verle y después ya podré morir!

Más tarde partieron de Canaan en una caravana inmensa que comprendía todas las familias y que era como un país en marcha.

Salió José a recibir a Jacob al camino, y estuvieron abrazados durante largo tiempo.

Y dijo Jacob, cuando ya se desató el nudo de su garganta:

—Muera yo ahora, ya que he visto tu rostro.

Se derramaron los hebreos por el valle del Nilo. Jacob vivió allí algunos años, y murió con muchedumbre de días, viendo a su raza crecer calladamente, como una selva que fuera de Dios.



MOISES.—JUVENTUD



OS hebreos seguían viviendo en Egipto, y se habían multiplicado mucho, porque Dios quería numeroso a su pueblo. Mas, desde que murió José, los faraones, celosos de esa prosperidad, les daban trabajos duros y carga de impuestos. El pueblo hebreo era vivaz como la yerba del campo, y seguía aumentando. Entonces un faraón dictó una ley disponiendo que los hijos varones que nacieran de madre hebrea fuesen arrojados al río Nilo.

A Jacobed, mujer de Anram, le había nacido en ese tiempo un niño. Lo vió tan hermoso que no se resignó a hacerlo morir; pero temiendo la ira del Faraón, urdió esta estratagema: hizo que su marido calafateara bien un canastillo de mimbre; puso dentro de él a la criatura y mandó a su hija mayor que lo hiciera flotar sobre el Nilo a la hora en que bajaba a bañarse la hija del Rey.

La princesa entró en el río, vió flotar el canastillo de juncos, e hizo que lo arrebataran a la corriente. Al sacar al niño, que lloraba en el fondo, lo vió tan lindo, que dispuso se criara con ella en palacio. La hermana espiaba entre un cañaveral y se acercó a ofrecer a la princesa un ama, la cual fué su propia madre.

El niño recibió el nombre de Moisés, que quiere decir *salvado de las aguas*, y se crió entre las rodillas de su madre y las salas del palacio real.

Moisés creció, se hizo hombre, y vió los sufrimientos de su pueblo. No pudiéndolos soportar, huyó a la tierra de Madiam, en donde se casó y fué pastor hasta los cuarenta años.

Era Moisés alto y hermoso como un gran árbol; su presencia elevaba a los hombres, y su mirada estaba llena de la fuerza de Dios.

EL MENSAJE

Una vez, guiando a sus ovejas, vió sobre el campo una zarza que ardía sin consumirse. Desde la llama hablaba el Espíritu de Dios, y le dijo:

"No te acerques, y quita tu calzado, porque pisas tierra santa." "Yo soy el Dios de Abraham, de Israel y de Jacob; he visto la aflicción de mi pueblo y te he elegido para libertarlo."

Moisés oía temblando y respondió avergonzado que él no tenía ni siquiera el dón de la palabra, por ser tartamudo. El Espíritu le contestó que Aarón, su hermano, hablaría por él, y que sobre las palabras hablarían sus hechos, pues le sería dado el dón de hacer maravillas.

Poco después, Moisés y su hermano, se presentaron al Rey de Egipto y le pidieron la liberación del pueblo judío, que marcharía hacia otras tierras más piadosas.

El Faraón era soberbio, a causa de su poder sobre millones de hombres; escuchó con desprecio a Moisés y dió más cargas a los israelitas...

LAS PLAGAS

Entonces Moisés empezó a obrar prodigios terribles, a fin de que el Faraón comprendiera que en verdad él llevaba "mensaje de Dios." Cayeron sobre el país diez plagas:

Las aguas del Nilo se volvieron sangre, y las mujeres no podían llenar sus cántaros en el caudal espeso y nauseabundo. Salieron más tarde del río y de las fuentes millones de ranas, que cubrían los

caminos, los campos, las calles de las ciudades, los patios y las habitaciones; saltaban a las mesas, y los hombres iban y venían entre los animales impuros. En seguida, nubes de moscas cayeron sobre el valle, obscureciendo el aire; entraban con el aliento a la garganta, y los hombres las respiraban; llenaban sus oídos y picaban en sus cuellos y sus brazos desnudos. Más tarde, vino peste sobre las bestias del campo, y murieron los rebaños y los animales de labor. Todavía creció el sufrimiento: los hombres se llenaron de úlceras y eran unos para los otros motivo de repugnancia. Tempestades de rayos quemaron los campos e hicieron caer a los hombres como los henos cortados. Lo que el rayo no quemó, lo devoraron las langostas: vinieron en masas obscuras sobre la escasa tierra verde, y la dejaron desnuda en unos cuantos días. Tinieblas espesas envolvieron al país, y los hombres caminaban tanteando o se quedaban como ciegos en el umbral de sus casas.

Al sobrevenir cada una de estas plagas, el Faraón se llenaba de miedo y prometía a Moisés que dejaría salir a los hebreos. Suspendía Moisés el azote, pero en cuanto había pasado, el Faraón revocaba la orden y caía otra calamidad sobre los desgraciados egipcios que purgaban la impiedad de su rey. Por fin llegó la última plaga, que fué la mayor: un ángel dió muerte a los primogénitos de cada familia.

Cuando, al levantarse aquel día, encontraron muerto a uno de los suyos, al más amado, subió tan grande el clamor de los pueblos, que el Rey se decidió a obedecer la voluntad de aquel Dios fuerte que era el Dios hebreo.

EL EXODO

Salieron los hebreos para su larga expedición, sin otra seguridad que la del "varón de Dios," que había de guiarlos. En número de seiscientos mil dejaron la tierra de la servidumbre. Los seguían sus rebaños, y cargaban sobre los camellos o a sus espaldas, objetos arrebatados a los egipcios, a quienes habían enriquecido en tantos años.

Se internaron en el desierto. Una ancha nube les proyectaba sombra durante el día, amparándolos del tremendo sol, y la misma nube se encendía al llegar la noche; era como una llama corriendo por el cielo, y ellos caminaban a su resplandor.

No iban muy lejos todavía, cuando el Faraón se arrepintió de haberlos dejado partir, y con grandes ejércitos salió tras ellos. Los hebreos llegaban a las orillas del Mar Rojo, y allí serían acabados sin misericordia. El Espíritu de Dios alzó entonces la mano de

Moisés sobre las aguas, y éstas se abrieron dejando un camino enjuto, por donde pasó la muchedumbre. Cuando los egipcios quisieron pasar, las olas se juntaron, cubriéndolos.

Siguieron su camino, y el desierto aparecía cada vez más desolado. Las fuentes escasearon primero y después desaparecieron. Entonces el pueblo enloqueció de desesperación por la sed. La última fuente que hallaron tenía el agua con un sabor amargo de podredumbre. Moisés dejó caer en ella un leño, fué subiendo, subiendo la linfa, y adquirió un gusto grato, y todos pudieron beber.

Después de muchas jornadas, se agotaron las provisiones, y vino el hambre. Los hebreos quisieron volverse hacia el Egipto.

EL MANA

"Habláis contra Dios, les dijo Moisés; pero El os probará su misericordia." Y bandadas de codornices pasaron en un vuelo largo sobre las caravanas, casi tocando las cabezas. Las cogían como por juego y hacían grandes huecos en la obscura bandada. Descansaron apaciguados aquel día, y para mayor maravilla, al amanecer apareció el arenal cubierto de una cuajada blanca, como de harina un poco endurecida.

¿Mhana? ¿Qué es esto? se preguntaban todos, y con ese nombre: *maná*, se quedó el alimento misterioso.

"Es el pan que se cuaja en torno de nosotros, mejor que en los trigales" se decían, e iban recogiendo la blancura enjuta, como de requesones oreados, que sabía a harina mezclada con miel.

Subiendo la mañana, el maná desaparecía de las arenas, para volver a bajar en la noche, y ellos encontraban de nuevo al otro día el campamento rodeado de esta nieve silenciosa.

OTROS PRODIGIOS

Siguieron la marcha, y volvió a afligirlos en el camino la sed; Moisés abrió una fuente viva, golpeando con su báculo las peñas.

Durante los años de la marcha, los hebreos habían aumentado enormemente, y eran ahora una muchedumbre tan poderosa, que los amalecitas, pueblo del desierto, al verlos acampados cerca, se prepararon para combatirlos.

Moisés hizo jefe de sus gentes a Josué, gran guerrero, y él subió a una colina, a implorar la misericordia del Señor para su pueblo. Mientras se combatía, él oraba con gran ardor, y cuando sus brazos estaban en lo alto, ganaban los hebreos, y cuando se le caían de

cansancio, ganaban los amalecitas. Sus compañeros lo sostuvieron, y su oración duró hasta el atardecer, hora en que los enemigos fueron derrotados.

Siguieron caminando, hasta llegar a los pies del Monte Sinaí: allí fijaron su campamento.

LOS MANDAMIENTOS

Un día la montaña se cubrió de una nube ceñida y negra, que sólo abrían los relámpagos, de momento en momento. Los truenos parecían rasgar el monte, y los relámpagos continuados, como un parpadeo, iluminaban todo el desierto.

Creyendo oír en el trueno la voz de Jehová, los judíos se pusieron a temblar; comprendieron que su Dios quería hablarles, y como ellos eran muchedumbre, es decir, masa confusa y torpe, pidieron a Moisés que subiese a la montaña a recibir la palabra "porque si Dios nos hablara a nosotros mismos, exclamaron, todos moriríamos."

Ascendió Moisés hacia los picachos cubiertos de obscuridad, y allí estuvo cuarenta días, y recibió de Dios los mandamientos, destinados a su pueblo y a todos los pueblos de la Tierra.

Descendió llevando a su raza el mensaje del Señor en las tablas, que pesaban sobre sus brazos; pero los suyos no habían sido capaces de esperarlo fielmente.

Cansados de la tardanza de su jefe y de la soledad del desierto, los judíos pidieron a Aarón que les hiciera otros dioses capaces de llevarlos, ya que en Moisés era lenta la voluntad del Señor. Fundieron, pues, sus zarcillos y sus demás objetos de oro, hicieron un enorme becerro, semejante a las bestias estúpidas que adoraban los egipcios, y Moisés encontró a la multitud danzando en torno del animal resplandeciente.

Dejó caer las tablas de piedra, que se despedazaron, y en seguida se puso a castigar a los idólatras, para que todo el pueblo no se contagiara de la vergüenza. Después volvió a subir al Sinaí, para que en él se purificaran los hebreos y fuesen dignos del dón profundo de Dios. Cuando volvió a bajar, su semblante resplandecía, y ni los ancianos se atrevieron a mirarlo cara a cara. Veló su rostro, y desde entonces sólo apartó el velo cuando se aproximaba al Tabernáculo, para la adoración.

LEYES DE MOISES

Moisés organizó toda la vida del pueblo de Israel; estableció la fiesta de la Pascua en cada aniversario de la salida de Egipto; fué otro aniversario solemne el de Pentecostés, en recuerdo de los mandamientos; otro, el de los Tabernáculos, en memoria de la sombra protectora que Dios había echado sobre ellos a través del desierto.

Caminaba la multitud llevando al centro la que fué llamada Arca de la Alianza; su interior era de oro y contenía las tablas de la Ley y un vaso con el maná sustentador, y seguía al Arca el Tabernáculo o templo transportable.

Pero no sólo dió Moisés a su pueblo las reglas del culto: miraba por su vida, dictándoles preceptos de higiene, con que evitaron las enfermedades; los enardecía para los combates contra las tribus beduinas; creaba para ellos leyes que los regirían por miles de años, y que hoy todavía parecen admirables a los hombres.

Un año estuvieron al pie del monte Sinaí. Un día la nube detenida sobre ellos como una tienda blanca se agitó convidándolos a continuar la jornada. Cargaron el Arca, y se pusieron en movimiento los grandes escuadrones.

La larga permanencia en torno del Sinaí los había acostumbrado al reposo, y al caminar nuevamente, empezaron sus murmuraciones: unos se lamentaban de la marcha inacabable, sin término conocido; otros, cansados de comer maná, pedían alimentación de carne, y hacían recuerdo de las glotonerías de los egipcios. Una ráfaga de viento marino, volvió a llevar grandes bandadas de codornices, y los carnales se aplacaron. Llegaron, por fin, a las fronteras de Canaan, la tierra prometida.

CANAAN

Moisés mandó de avanzada hombres de todas las tribus que trajesen noticias sobre las condiciones del país. Regresaron los mensajeros, cargando los frutos más exuberantes que habían visto nunca ojos humanos: eran higos blanqueados de miel, eran pesados racimos de granadas, y eran uvas magníficas. Aquella tierra, en verdad, *manaba leche y miel.* Pero declararon los mensajeros que la poseían gigantes invencibles con quienes sería tremenda la pelea.

Entonces hubo en la muchedumbre una emoción a la vez de

codicia y de miedo: deseo de llegar al país verde y ser dueños de pastos y viñas, y pereza para combatir.

Fué creciendo la murmuración de los cobardes. Dios castigó a los "hombres de poca fe" y dijo a Moisés que no entrarían en la tierra prometida sino los jóvenes, que estaban puros; los incrédulos vagarían por el desierto muchos años, y morirían en él.

Avanzando, tuvieron otros combates; cometieron otras felonías contra Moisés, provocando la ira de Dios, que les mandó calamidades como la plaga de serpientes. Se mezclaron con mujeres de otras razas, que les dieron el contagio de su idolatría; pero el Díos de Abraham seguía guardándolos, pues había de serles cumplida la alianza de Abraham.

MUERTE DE MOISES

Ya Moisés estaba muy anciano y lleno de fatiga; también había dudado alguna vez de la protección de Jehová, y como los otros, tampoco gozaría la gloria de pisar la tierra de promisión.

Reunió un día a su pueblo para repetirle los mandamientos del Señor y hacerle jurar sus leyes, y después subió al monte Nebo, desde donde le fué dado divisar Canaan. Levantó un himno de alabanza, y murió. Había vivido ciento veinte años de dolores y de esperanzas por su pueblo.

Sólo el que vino mucho más tarde trayendo a los hombres la Buena Nueva, Jesucristo Nuestro Señor, sería más grande que él sobre el mundo.





SANSON Y DALILA

Había en Israel un hombre llamado Manoa, cuya mujer era estéril. Un día se apareció a ella un varón maravilloso, que le dijo:

"Tendrás un hijo extraordinario; pero es preciso que mientras esté en tus entrañas seas pura, no bebas vino ni comas alimentos inmundos. Además, no cortarás nunca su cabellera."

La mujer preguntó al varón su nombre, mas éste le contestó solamente que su nombre era maravilloso.

El varón era un ángel, y la mujer tuvo un hijo a quien llamó Sansón, y que trajo al mundo el dón de la fuerza, concedido por Dios para victoria de su pueblo.

Sansón tomó por esposa a una mujer filistea, es decir, de raza enemiga, contra la voluntad de su padre.

Un día iba por el campo, y vió venir a su encuentro a un león.

Sintió que el Espíritu hecho fuerza, entraba en él, y se lanzó sobre el león, desquijarándolo como a un cabrito. Pasado algún tiempo, al ir por el mismo camino, halló tendido todavía el cuerpo del león, y he aquí que dentro del esqueleto se había formado una colmena con panales perfectos.

Se celebraba una vez en casa de la mujer de Sansón un banquete, y vinieron treinta filisteos a comer. En la alegría de la mesa, el gigante, que gustaba de hacer donosas bromas, les presentó, por juego, este enigma: "Del devorador salió comida y del fiero dulzura." "Si no lo descifrarais, les dijo, me daréis treinta camisas como regalo, y si lo descifrarais yo pagaré la apuesta."

Los filisteos pasaron siete días procurando adivinar el enigma y no lo conseguían, hasta que optaron por pedir ayuda a la mujer de Sansón. Ella no quiso que sus compatriotas quedasen humillados, y se puso a lamentarse con Sansón de que, aunque fuese su esposa, le era bien extraña. "Hay cosas tuyas, esposo mío, le dijo, que yo no conozco, y esto me da mucha tristeza." Y se fingió tan apesadumbrada, que Sansón le confió la "adivinanza."

Al vencer el plazo, los filisteos, llenos de regocijo, dieron a Sansón la respuesta:

"¿Qué cosa más dulce que la miel? ¿Y quién más fiero que el león?"

El comprendió lo que había pasado, y les dijo con desdén:

"Habéis descubierto mi enigma *arando con mi misma novilla.*"

Se encolerizó, y, como la otra vez, el Espíritu vino hacia él en forma de fuerza. Fué hacia el pueblo de los filisteos, hirió a muchos luchando terriblemente; tomó después sus despojos y pagó con ellos la apuesta.

Su suegro quiso entonces vengar a su raza, y dió a otro hombre la mujer de Sansón. Al regresar a su casa, la buscaron sus ojos y ya no estaba.

Loco de ira caminó hacia el campo de sus enemigos. Además de fuerte, era ágil, y tenía una carrera prodigiosa. Corrió por viñas y trigos, cogiendo zorras y chacales, hasta tener trescientos, que juntó cola con cola; puso entre ellos una tea ardiendo y soltó a las bestezuelas, que corrieron enloquecidas entre los trigales y las viñas. Ardieron los campos, y ese año no cosecharon los filisteos.

Entonces éstos, llenos de odio contra el gigante, subieron hacia su casa, le pusieron fuego y quemaron viva a la familia.

Volvió a tomar venganza Sansón, y luchando solo contra todos, hizo tal mortandad, que dejó a centenares tendidos sobre el campo como cuando los leñadores dejan los troncos muertos uno contra el otro, en los bosques.

Los filisteos marcharon entonces contra Judá, para castigar a todo el pueblo judío.

Los hebreos fueron a buscar a Sansón, lo hallaron en la hendedura de una peña, lleno de pesadumbre, y le dijeron que iban a entregarle a sus enemigos, para salvar a su pueblo.

Sansón aceptó; dejó que lo ataran y caminó después con ellos al encuentro de los enemigos. Pero cuando caía la muchedumbre sobre él, el Espíritu de Dios, en forma de fuerza, hinchó su cuerpo de pronto, y alzando los brazos, rompió como hilo las sogas fuertes. Recogió del suelo una quijada de asno, y blandiéndola como si fuese una espada, hirió a sus enemigos sin cansarse, horas y horas, y así dió muerte a mil filisteos.

Entonces los judíos le hicieron juez de Israel, y durante veinte años Sansón les dió gobierno vigoroso.

Una vez, el gigante fué a la ciudad enemiga de Gaza. Cuando supieron que se hallaba entre ellos, sus enemigos cercaron la casa. A la media noche, se levantó Sansón, y para burlarse de todos, arrancó las puertas poderosas de la ciudad y con ellas a cuestas, subió hasta el monte que dominaba el pueblo y las dejó caer por las faldas. . .

DALILA

Pero la desgracia vino sobre Sansón.

Amó a una mujer llamada Dalila, y el alma de ella le hizo traición.

Los príncipes de los filisteos le aconsejaron que lo engañase con su amor, para conocer el secreto de la fuerza que había recibido de Jehová.

Dalila rogó al gigante, mientras lo acariciaba, le dijese su secreto, y Sansón, sin descubrírselo, le respondió primero que lo atasen con siete cuerdas frescas de arco, con las cuales se volvería débil; lo ató Dalila, pero él, jugando, rompió las cuerdas como si hubiesen sido hebras de hilo casero; díjole más tarde que si lo ataban con sogas sin uso, sí podrían vencerlo. Tomó Dalila las sogas, que el gigante aventó con un movimiento gracioso de sus brazos, como si nadara; después le aseguró que, si tejían las siete trenzas de su cabeza con la trama de una tela, quedaría de veras indefenso; lo hizo así Dalila, y él, se libertó de nuevo, apartando cabellos y telas, como se aparta el humo blando. . .

Entonces ella empezó a lamentarse desesperada:

—¡Cómo aseguras que me amas, y tu corazón guarda su secreto! ¡Te has burlado de mí tres veces, y estoy llena de humillación!

El gigante la vió llorar amargamente, lo conmovieron sus palabras, y le contó todo:

—No han pasado navaja por mi cabeza, por consejo que un ángel dió a mis padres, y si cortaran mi cabellera, me debilitaría, quedando como un infante.

Subieron otra vez los filisteos, y llevaron todo el dinero ofrecido a Dalila por la entrega de Sansón.

Ella tenía al gigante dormido sobre sus rodillas. Cortó con suavidad sus siete trenzas, y en seguida lo sujetó ella misma, porque él ya era, cual lo había dicho, débil como un niño. Luego gritó a Sansón como las otras veces:

—¡Sansón, los filisteos te acometen!

Y él se levantó para abalanzarse sobre ellos; pero la fuerza de Dios lo había abandonado. Le prendieron, le vaciaron los ojos, le llevaron a Gaza, y allí fué puesto, por mofa, a moler en un molino, como una mujer, para la comida de los demás presos.

Días más tarde, los príncipes filisteos ofrecieron un gran sacrificio a sus dioses, en gratitud de que les había entregado al gigante; el pueblo, en torno de ellos, alababa la victoria, y era tal la muchedumbre, que llenaba el palacio y además las azoteas.

Pero los filisteos olvidaban que el cabello de Sansón había empezado a crecer. Engreídos con su triunfo, quisieron burlarse de él, y en medio del ardor de la fiesta, pidieron que viniera a divertirlos.

Llegó Sansón, tanteando con sus manos temblorosas, y hasta jugó entre ellos; mas su corazón estaba lleno de amargura. Hizo que lo colocasen en medio de las columnas del palacio, para hacer descansar su cuerpo. Se levantó de pronto, y gritando: "¡Muera Sansón con todos los filisteos!"—sacudió terriblemente las columnas, y el enorme edificio cayó con estrépito, aplastando a la multitud entera.

Así murió Sansón, juez de Israel, al que Dios había dado el dón de la fuerza maravillosa, para ayuda de su pueblo.





RUTH

Un judío llamado Elimelec, dejó Belem, su tierra, porque había hambre en ella, y pasó al país de Moab, con su mujer Noemí y sus dos hijos.

Murió Elimelec; Noemí quedó viuda; pero tuvo compañía amorosa en las mujeres de sus hijos, que se habían casado en país extranjero.

Años después, ellos murieron, y Noemí pensó entonces que debía regresar a su patria.

Salió de Moab y sus nueras caminaban con ella hasta las afueras de la ciudad, para decirla adiós. Cuando llegaron a las lomas del camino en que ya se perdía Moab, Noemí las despidió, dándoles su bendición así:

—Volvéos a vuestros hogares. Jehová tenga con vosotras la misericordia que habéis tenido conmigo y con mis muertos, y os conceda otros esposos.

Las jóvenes lloraban, sin querer dejarla.

Noemí volvió a decir:

—Volvéos, que yo no tengo más hijos de mis entrañas qué daros, y me duele que mi desgracia haya caído también sobre vosotras.

Una de ellas, Orfa, aceptó regresar. La otra, Ruth, se colgó a su cuello, y exclamó llorando:

—Yo iré contigo, y viviré donde tú vivas: tu pueblo será mi

pueblo, y tu Dios será mi Dios, y también quiero ser sepultada al lado tuyo.

Noemí vió su piedad y aceptó el pacto.

Caminaron y caminaron, hasta llegar a Belem. Los habitantes ya no la reconocían, y al encontrarla se preguntaban: ¿Será ésta Noemí?

Ella les decía:

—No me llaméis Noemí (hermosa), sino Mara (amarga) porque el Señor me ha llenado de dolores. Yo salí rica de Belem y regreso con las manos vacías.

Habían vuelto en la época de la siega de cebadas y trigos; pero Noemí ya no poseía ningún campo.

Entonces Ruth propuso que ella iría a espigar en las otras sementeras, si hallaba gracia a los ojos de los dueños, y la dejaban atravesar los trigales.

Así lo hizo, y Dios la llevó hacia los campos de Booz, pariente de Elimelec, y en el cual se acababa la sangre de éste.

Booz era ya anciano; no tenía hijos, mas era amigo del Señor y El, junto con darle grande extensión de tierras, había puesto misericordia para los hombres en su corazón.

Espigaba Ruth detrás de los segadores, recogiendo lo que ellos, pasando, dejaban caer. La vió Booz, preguntó quién era, y cuando supo que pertenecía a la familia de Elimelec, dijo a Ruth que espigase en su campo, entre las mujeres de su servidumbre, y comiese con ellas también. La dijo que conocía su lealtad hacia los suyos, a quienes había servido con dulzura.

Ruth, conforme a la voluntad del patriarca, seguía a los segadores, que ahora dejaban caer abundantemente las espigas al cruzar junto a ella. Al atardecer, se sentaba entre los trabajadores, y comía de su sopa obscura, y recibía su pan.

Así llegó el primer día cargada de trigo a la casa de Noemí, y le contó, llena de gozo, su conversación con Booz.

Noemí exclamó:

—¡Bendito sea Jehová, cuya bondad no abandona a los vivos ni a los muertos!

Le explicó que Booz era su pariente y que le correspondía desposarla, según la tradición, por ser el último de su raza.

Cuando llegó el tiempo de aventar el trigo, Noemí hizo que Ruth se pusiera su mejor traje, porque habría fiestas en la era.

Booz comió y bebió alegremente con sus trabajadores y con ella, junto a la parva, que era grande como una colina muy suave.

Al día siguiente se sentó a las puertas de la ciudad, donde se trataban las cosas importantes, entre los ancianos reunidos. Uno

de ellos dió cuenta al pueblo de que el campo de Elimelec sería vendido, y aconsejó a Booz adquirirlo, por ser de la familia.

Adquirió Booz el campo, y a la vez dijo a los ancianos que tomaría a Ruth por mujer, para que el nombre de Elimelec no desapareciera de la tierra. Y los ancianos, llenos de alegría, dieron entonces a Booz su bendición, diciéndole:

—Jehová te conceda que la mujer que va a entrar a tu casa sea como Raquel y como Lía, que edificaron la casa de Israel, fueron para Jacob. Así tu nombre será ensalzado en toda nuestra tierra.

Ruth tomó por esposo a Booz, y tuvo de él un hijo, y de la descendencia de éste nació, siglos después, David, rey de Israel, y de la descendencia de David, Jesús, Nuestro Señor.



NUEVO TESTAMENTO



NACIMIENTO DE JESUS



L Emperador romano había dictado orden de que se hiciese el censo del imperio. La tierra de Israel había caído cautiva y pertenecía también a Augusto.

El judío José, carpintero, y María, su esposa, caminaron desde Nazareth, donde vivían, hacia Belem, en donde habían nacido, para empadronarse.

Llegaron a esta ciudad, cuando ya estaban llenas todas las posadas, pues habían acudido muchas gentes a cumplir el edicto. Así José y María sólo hallaron un establo donde pasar la noche. Era ése un establo de pueblo pobre, lleno de las viejas bestias de labor, asnos, mulas, bueyes, plebeyos que miran dolorosamente.

Hacia la media noche, María sintió los dolores del parto. Reci-

bió a su hijo sobre la paja del establo, y lo entibió toda la noche contra su pecho.

En las cercanías de Belem, había pastores que velaban sobre su ganado durante las horas nocturnas. Vieron de repente aparecer sobre ellos un resplandor grande, como de aurora. Se llenaron de turbación; mas una voz salió de aquella gran luz, diciendo esta salutación:

"¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!"

Miraron entonces dentro del resplandor a un Angel, que les habló, diciéndoles:

"¡Os traigo la buena nueva de que os ha nacido hoy un Salvador; id a adorarle!"

Se unieron al ángel innumerables espíritus, que formaban como un ejército gozoso suspendido sobre el campo, y todos repetían:

"¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!"

Los pastores se levantaron, cogieron de sus provisiones los quesos tiernos y la miel, y dejando el ganado, se encaminaron hacia la ciudad. Anduvieron por ella hasta detenerse, iluminados, a las puertas del establo. En el fondo se hallaban José y María. Entre ellos estaba extendido sobre las pajas el Niño, y ambos le adoraban con la mirada y la oración, en silencio.

Ofrecieron sus dones los pastores, contemplaron al Niño, por el cual los cielos mandaban mensaje a los hombres, y volvieron después a sus rebaños.

Tres Reyes Magos del Oriente habían sido también avisados de que en Belem nacería por aquel tiempo el Salvador de que hablaban los profetas. Prepararon sus camellos con carga de presentes, y se pusieron en marcha. Una estrella nueva, que era el signo misterioso, los guiaba. Cruzaron muchas tiendas, e iban recogidos y silenciosos, los tres en un mismo sueño. Al fin se detuvo la estrella sobre el establo. Levantando su preciosa vestidura, los Reyes se hincaron sobre la paja, entre los animales, que los miraban, y ofrecieron al Niño oro, incienso y mirra. El oro lo ofrecían como a rey, porque el Niño sería un rey, que dominaría sobre los corazones de los hombres; el incienso se lo ofrecieron como a Dios, y la mirra que es amarga, como a hombre, porque El conocería todo el dolor. Después de adorarle, volvieron a sus países.

Así, Jesús nació en un establo; venía a amar a los pobres, que son mirados como los establos de las ciudades; no tuvo pañales, pues no recogería para sí nada sobre la Tierra que da las materias preciosas; asistieron a su nacimiento los animales humildes, que son la inocencia; los primeros en mirar su rostro fueron los pastores,

porque se movería entre las gentes sencillas, y le adoraron los reyes, en señal de que los reinados son solamente un poco de polvo delante de Dios.

Hace del suceso, que fué el mayor de la Tierra, mil novecientos veinte años; pero desde entonces, año por año, al venir la Pascua, los hombres, desde Noruega hasta los mares australes, destinan esta noche al recuerdo *del mayor entre los nacidos.* El dejó una doctrina de salvación para el mundo, que no hemos cumplido. Recordarlo es, juntamente, hacernos el reproche de no ser todavía capaces de *realizar lo divino* y mantener la esperanza de que algún día esa doctrina estará como el divino recién nacido, viva entre nosotros; bastará para mudar el mundo según Cristo, que reyes y pastores nos volvamos "los hombres de buena voluntad" que saludaron los ángeles.





HERODES

Cuando nació Jesús, reinaba en Israel, Herodes, bajo la protección del emperador de Roma.

Herodes era un árabe, que había conseguido, adulando a los romanos, el gobierno de los judíos.

Reunía, dando impuestos duros al pueblo, grandes sumas de dinero, que enviaba para las fiestas de Roma, y hasta dejó en herencia a Octaviano una nave de oro y otra de plata.

Vivía temeroso de todos: no había adquirido ninguna cosa limpiamente; estaba además lleno de supersticiones como un bárbaro.

Cuando los Reyes Magos iban a Belem en busca del Niño Jesús, para adorarle, pasaron a visitarlo. Iban contando a quienes encontraban, que hacían su jornada para adorar a un nuevo rey que había nacido. Herodes se turbó al oírlos: él no entendía de otros reyes que los que gobiernan la carne y la tierra.

Al oír la noticia del suceso, Herodes dijo a los Magos que volviesen por el mismo camino y le contasen dónde habían hallado al Rey recién nacido, a fin de ir también a rendirle su tributo.

Los Magos llegaron a Belem y ofrecieron sus presentes al Niño; pero avisados por un sueño, regresaron a su patria por otro camino. Así Herodes quedó burlado.

La duda lo llenó de angustia, y exasperado, dictó esta orden: la de que sus soldados cayeran sobre Belem y diesen muerte a todos los niños menores de dos años. Murieron miles de inocentes, y se

asegura, que hasta un hijo del impío. Pero Jesús fué salvado, porque, en sueños, Dios mandó a José que se levantase, tomase al Niño y a su Madre y huyera a Egipto.

José obedeció el mandato, y se puso en camino hacia el lejano Egipto. María, que se hallaba débil, hizo el viaje sobre un asnillo, llevando al infante sobre sus rodillas.

Años más tarde murió Herodes. Se pudrió vivo; miraba los gusanos ir y venir por sus miembros, y daba horror hasta a sus esclavos, pues exhalaba pestilencia como una bestia muerta. Intentó darse muerte con un cuchillo, para librarse de su inmundicia; mas no pudo morir, y se miró a sí mismo desgajarse hasta la última hora.

Mientras tanto, Jesús crecía en Egipto, bajo los ojos de la Virgen María, lleno de gracia, como una flor.





PARABOLAS DE JESUS



I.—PARABOLA DEL HIJO PRODIGO

¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si perdiere una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va hacia la que se extravió, hasta que la halla?

Y hallada la pone sobre sus hombros, gozoso viene a su casa, junta a sus amigos y a sus vecinos, y les dice: dadme parabienes, porque he hallado mi oveja que se había perdido.

Así os digo que habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos.

Y también ¿qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una, no enciende el candil y barre la casa buscándola con diligencia hasta hallarla? Y cuando la ha hallado, junta a las amigas y a las vecinas, diciendo: dadme parabienes, porque he hallado la dracma que había perdido.

Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente.

He aquí que un hombre tenía dos hijos. El menor de ellos, dijo a su padre: "Padre, dame la parte de la hacienda que me pertenece."

Este repartió la hacienda. No muchos días después, el hijo menor partió lejos, a una provincia apartada, y allí desperdició su riqueza, viviendo disipadamente.

Cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia, y comenzó a faltarle todo. Entonces fué hacia uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual le mandó a su hacien-

da, para que apacentase los puercos. Deseaba henchir su vientre de las bellotas que comían los puercos; pero nadie se las daba.

Un día, volviendo en sí, dijo: "¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí padezco de hambre! Me levantaré, iré hacia él y he de decirle acercándome: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; ¡hazme, pues, como a uno de tus jornaleros."

Y levantándose caminó hacia la tierra de su padre, quien lo vió desde lejos, y lleno de misericordia, corrió hacia él y se echó sobre su cuello, besándolo."

El hijo exclamó, según lo había pensado: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo."

Mas el padre, dijo entonces a sus siervos: "Sacad el mejor vestido y vestidle, y poned anillos en su mano y zapatos en sus pies. Traed, además, el becerro mejor cebado, y matadlo, y comamos y hagamos fiesta, porque éste mi hijo era como muerto y ha revivido: se había perdido y lo encuentro." Y comenzaron a regocijarse.

El hijo mayor estaba en el campo; al llegar a la casa, oyó la sinfonía y las danzas, y llamando a uno de los criados, le preguntó qué significaba todo aquello.

Contestó éste: "Tu hermano ha venido, y tu padre ha muerto el mejor becerro, por la alegría de que haya llegado salvo a la casa."

Entonces el hermano, lleno de irritación, no quería entrar. Salió su padre y le rogaba en vano que entrase. Respondiendo, dijo al padre: "He aquí que sirviéndote tantos años, y no habiendo traspasado jamás tu mandamiento, nunca me has dado un cabrito para regocijarme con mis amigos, y ha venido ese tu hijo, que consumió tu hacienda con rameras, y tú has matado el mejor de los becerros."

El padre respondió: "¡Hijo! tú siempre estás conmigo y todas mis cosas son tuyas; mas era necesario hacer fiesta y holgarnos porque éste tu hermano, que fué como los muertos, ha revivido; se había perdido, y es recuperado."



II.—PARABOLA DE LA SIMIENTE

Mirad, salió el sembrador a sembrar, y en el sembrar, una parte cayó junto al camino, y vinieron las aves y comiéronsela; y otra cayó en lugar pedregoso, donde no tenía mucha tierra, y nació, pero por no tener hondura de suelo, saliendo el sol, se quemó, y por la falta de raíces, acabó por secarse. Y otra cayó entre espinas, y subieron las espinas, y ahogáronla. Y otra cayó en buena tierra, y dió fruto ciento, sesenta y treinta por uno.

El que tiene orejas para oir, oiga.

. . . .

A todo aquél que oye la Palabra del reino de Dios y no entiende, viniendo el Malo le arrebata la simiente sembrada en su corazón. La sembrada en lugar pedregoso es el caso de aquél que oye la Palabra y con gozo la toma, pero no tiene raíz en sí, es mudable, y así, viniendo la aflicción o la persecución por causa de la Palabra, luego se escandaliza. La sembrada en las espinas es el caso del que oye la Palabra, pero el cuidado de este siglo y el engaño de la riqueza, ahogan la Palabra, y queda sin fruto. Y la sembrada en tierra buena es el caso del que oye la Palabra, y la entiende; fructifica ella y hace ciento, sesenta o treinta por uno.



III.—PARABOLA DEL GRANO DE MOSTAZA

Semejante es el Reino de los Cielos al grano de mostaza, que tomó un hombre y sembró en su campo. Es la menor de todas las simientes, pero después que ha crecido es mayor que las legumbres y hácese árbol, y vienen las aves del cielo a anidar en sus ramas.

O también es semejante el Reino de los Cielos, a la levadura que toma la mujer y esconde en tres medidas de harina hasta que sea leudado todo.



IV.—PARABOLA DE LAS VIRGENES NECIAS Y DE LAS VIRGENES PRUDENTES

Semejante es también el Reino de los Cielos a diez vírgenes, las cuales, tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo. Cinco de ellas eran necias y cinco sabias.

Las que eran necias, tomando su lámpara, no tomaron consigo aceite, y las sabias sí lo tomaron en sus vasos junto con las lámparas.

Tardando el esposo, se adormecieron todas, y durmieron. A media noche se dijo a voces: "He aquí que viene el esposo. Salid a recibirle."

Entonces se levantaron todas las vírgenes a aderezar sus lámparas, y las necias dijeron a las sabias: "Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan." Y respondieron las sabias: "No, porque puede faltarnos a nosotras y a vosotras; mejor será que vayáis hacia los que lo venden, y compréis."

Mientras fueron a comprarlo, vino el esposo y las bien apareja-

das entraron con él; y después vinieron también las otras, diciendo: "Señor, Señor, ábrenos." Y él les respondió: "Dígoos de verdad que no os conozco."

Así es que velad, pues no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre viene.





V.—PARABOLA DE LOS TALENTOS

Cierto hombre, queriendo hacer un largo camino, llamó a sus criados y dióles su hacienda: a éste cinco talentos, a ése dos, y a aquél uno, a cada uno según su propia fuerza, y partió luego.

El que había recibido cinco talentos, negoció con ellos e hizo otros cinco; el que había recibido dos, ganó también otros dos, y el que había recibido uno, cavó en la tierra y escondió el dinero de su Señor.

Después de mucho tiempo, volvió el amo, y les tomó cuenta de los talentos. El primero dijo: "Señor, cinco talentos me diste y he aquí otros cinco que he ganado con ellos."

Díjole el amo: "¡Oh, buen criado fiel, en lo poco has sido fiel y yo te constituiré en mucho: entra en el gozo de tu Señor!"

Y vino el segundo y dijo: "Señor, dos talentos me diste, y he aquí otros dos que he ganado sobre ellos."

Díjole su Señor: "¡Oh, buen criado fiel, en lo poco has sido fiel y yo en mucho te constituiré: entra también en el gozo de tu Señor!"

Y vino el tercero, y dijo: "Señor, conociéndote que eres hombre terrible, que siegas a donde no has sembrado y que allegas a donde no has derramado, tuve miedo y escondí tu talento en la tierra: aquí tienes lo tuyo."

Respondiéndole su amo, le dijo: "Mal criado perezoso, sabías que yo siego a donde no he sembrado y que allego a donde no he derramado; convenía, pues, que tú dieses mi dinero a los cambia-

dores, y al volver yo habría recibido lo mío con logro." Añadió después: "Quitadle el talento, y dádselo al que tiene diez. Porque a todo aquel que tiene le será dado y abundará, y a aquel que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. *Por esto al criado inútil echadlo a la obscuridad postrera, y allí habrá llanto y batimiento de dientes.*"



INDICE

INDICE

Págs.



SE ACABO DE IMPRIMIR ESTE LI
BRO EN EL DEPARTAMENTO EDITORIAL
DE LA SECRETARIA DE EDV
CACION PVBLICA EN MEXICO
EL XXV DE OCTVBRE DE
MCMXXIV Y FVE OR
NAMENTADO POR
MONTENEGRO
Y FERNANDEZ
LEDESMA


UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
10001301976